FERDINAND de SAUSSURE

3ª edición

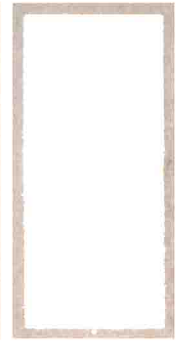
Fuentes manuscritas y estudios críticos

Edición a cargo de Ana María Nethol









lingüística

Traducción de:
ANA MARÍA NETHOL Y MIGUEL OLIVERA GIMÉNEZ

Ferdinand de Saussure

Fuentes manuscritas y estudios críticos

por
E. Benveniste, R. Godel, A. J. Greimas,
L. Hjelmslev, A. M. Nethol, F. de Saussure,
J. Starobinski, R. S. Wells
Edición a cargo de Ana María Nethol





siglo veintiuno editores, sa de cv
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310 MÉXICO, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO, BOGOTÁ, D.E. COLOMBIA

primera edición en español, 1971
segunda edición corregida y aumentada, 1977
tercera edición en español, 1985

ISBN 968-23-0696-5

ÍNDICE

ADVERTENCIA

A los efectos de obviar una doble referencia —a primera y segunda edición— trataré de precisar las características de este libro haciendo una mención sobre el que apareció en 1971 con el título *Ferdinand de Saussure*. Éste constaba de una serie de estudios sobre la teoría saussureana que incluimos en este volumen a excepción de "Naturaleza del signo lingüístico" de Émile Benveniste, por considerarlo parte de una polémica ampliamente discutida que se centra en un pasaje del *Curso de lingüística general* y cuya interpretación es tan dudosa como la intención de Saussure de volcar ciertas afirmaciones sobre el signo.

Esta edición tiene características diferentes: los trabajos críticos referidos a la obra de Saussure se ubican en un segundo plano ante la significación que adquiere la publicación de manuscritos de alumnos de Saussure: los apuntes de la *Introducción* pertenecen al curso de lingüística dictado en la Universidad de Ginebra entre 1908 y 1909, compilados y ordenados por Robert Godel y publicados en la revista *Cahiers de F. de Saussure* en 1957. Este documento complejo, por momentos desordenado y aparentemente contradictorio, permite una lectura más directa y cercana en contacto con un texto donde aparecen las dudas, los hallazgos y obstáculos en una secuencia ininterrumpida que ayuda a establecer contrastes con el conocido *Curso* armado por Bally y Sechehaye, confeccionado como una estructura rígida y compartimentada, donde los autores descartan y/u omiten aspectos que en esta *Introducción* se presentan como fundamentales (véase más adelante, "Proceso de producción...").

Con respecto a estudios críticos o interpretaciones de la teoría de Saussure que se incluyen en esta compilación, se advertirá que no existen posiciones ni temáticas homogéneas. Por el contrario, se trata de trabajos que se desarrollan desde diferentes ángulos que se vinculan a la teoría saussureana y constituyen aproxima-

ciones que se ocupan tanto de aspectos generales como particulares del contenido de su obra.

Los primeros estudios, de carácter más general, dan relevancia al discurso de Saussure como fundamento explicativo de fenómenos que sobrepasan el mero estudio de las lenguas naturales; insisten especialmente en las perspectivas que abre la teoría para el conocimiento de mecanismos que rigen el lenguaje humano y los materiales que ésta puede aportar a las ciencias sociales en *algunos aspectos* de su práctica; postulan asimismo el fundamento semiológico de la teoría.

En este planteo coinciden los dos primeros trabajos, aunque en "Proceso de producción de una teoría lingüística y semiológica" se intenta simplemente mostrar que en Saussure existe un arduo trabajo teórico cuya base es la apoyatura semiológica y donde el estudio de la lengua ocupa un lugar más, si bien privilegiado, por los avances teóricos (evidentemente no casuales) dentro de la amplia gama de sistemas de signos. Por su parte, Greimas, en "Actualidad del saussurismo" insiste en los desplazamientos posteriores a que da lugar la teoría tanto en la elaboración de una teoría del lenguaje (Merleau-Ponty) como en la extensión a la sociología o antropología (Lévi-Strauss); a la instauración de un metalenguaje literario que redefine la crítica de la literatura (Barthes), en fin, a la extensión en música y arte en general.

En "Saussure, medio siglo después", Benveniste hace una síntesis de la obra de Saussure y demuestra de qué modo éste considera los fenómenos del lenguaje como de naturaleza doble, formados por partes que sólo adquieren valor, una en función de la otra; señala además las repercusiones de la teoría a partir tanto de la noción de sistema (lengua) como de unidad (signo).

Los artículos de Godel y Wells, "La teoría del lenguaje de Ferdinand de Saussure" y "El sistema lingüístico de Ferdinand de Saussure", analizan la obra también desde un punto de vista general pero desde una perspectiva estrictamente lingüística. La diferencia entre estos dos trabajos se sitúa en las posiciones de escuela lingüística que cada uno representa. Godel es uno de los principales estudiosos del material saussureano, tal como lo muestra su libro *Les sources manuscrites du Cours de linguistique générale* y pertenece al grupo de lingüistas conocido con el nombre de Escuela de Ginebra. Este grupo, en líneas generales, cayó en el error de atenerse demasiado a la letra (o en este caso a la palabra) de su maestro: produjo trabajos interpretativos y sólo

desarrolló indirectamente las importantes sugerencias que contiene el *Curso*, sin continuar la línea de trabajo en el sentido que éste señala. De todas maneras, el ordenamiento de materiales y trabajo de exégesis que realizó Godel, proporcionó importantes aportes a la comprensión de la teoría. El de Wells es un caso distinto: su origen teórico se sitúa en la corriente iniciada por Bloomfield, cuya reseña de la obra de Saussure incluimos en este volumen. El estudio de Wells es el más minucioso y crítico: a partir de sus diferencias con la teoría de Saussure, cala profundamente en la obra sin aceptar algunos puntos de partida; desde las primeras líneas de su artículo señala como principio insostenible que las propiedades formales de los fonemas sean independientes de su cualidad física. Esta posición es la base de su línea teórica: las propiedades de los fonemas son, para los llamados "descriptivistas norteamericanos", las propiedades de los sonidos efectivamente existentes, así como las propiedades de las palabras (morfemas) son su propia capacidad de combinación.

El trabajo de Hjemslev, "Lengua y habla", retoma los argumentos que derivan de esta dicotomía establecida por Saussure. A lo largo de toda su obra y principalmente en este artículo, parte de las reflexiones de Saussure y desarrolla hasta sus últimas consecuencias un aspecto de las postulaciones que aparecen en el *Curso*: el de la necesidad de constituir un aparato teórico para explicar y describir la organización de la lengua, apartándose de las propiedades concretas de los elementos. A partir de la afirmación de Saussure: "la lengua es una forma y no una sustancia", Hjemslev elabora una axiomática para la descripción de sistemas semióticos diversos, tal como lo explicita en su libro *Prolegomena to a theory of language*. El artículo es por sí mismo demostrativo de los peligrosos alcances de una especulación abstracta que vuelve dificultoso el campo de aplicabilidad de la teoría, si bien explicita ciertos fenómenos generales que permiten comprender los mecanismos formales del sistema.

En "Los anagramas de Ferdinand de Saussure", Starobinski estudia un nuevo aspecto de las preocupaciones de Saussure; presenta una serie de reflexiones que éste hace sobre las construcciones anagramáticas del verso latino: su organización y prevalencia de una palabra-tema a lo largo de los poemas. Una lectura atenta de estas observaciones permite detectar una preocupación distinta a las que plantea en las clases recogidas por los alumnos, compiladas y corregidas en el *Curso*: la diferencia cualitativa en-

tre el sistema de la lengua y el proceso de discurso, es decir, entre el mecanismo subyacente y la producción de los enunciados, esa "puesta en marcha" del sistema de relaciones y formas que, según su teoría, todo individuo posee. La consideración sobre los anagramas son un testimonio importante de la preocupación que lo absorbe los últimos años de su vida.

Por último (y esto constituye casi una segunda advertencia), algunas palabras sobre el sentido y los motivos de esta publicación; cuando en 1971 armé la compilación a que hago previamente referencia, la perspectiva desde la que la organicé era distinta a la actual. Por entonces pienso que existía la tendencia a creer en una especie de verdad o realidad especulativa, cuya producción se encerraba en el vicioso circuito de intercambio que los textos iban armando entre sí. Unos cuantos núcleos librescos constituían las fuentes de salida a las que se adherían nuevos textos cuyo campo referencial era siempre la escritura y los datos de la "otra realidad" el pretexto para remitir a esos nódulos. Por entonces y aun antes, un grupo de trabajadores en las ciencias sociales argentinos y latinoamericanos comenzaron a orientar su práctica hacia una perspectiva transformadora, canalizando los problemas fundamentales y descartando las discusiones estériles para encarrilarlas a un proyecto científico liberador: se señalaron objetivos a los que tenía que abocarse todo científico consciente en el marco de ese proceso. Para enfrentar al imperialismo había que ir creando condiciones de existencia y proyectos concretos de una ciencia latinoamericana y argentina y, en el plano interno, encontrar los objetivos específicos dentro de cada zona de trabajo. Durante este lapso cobró vigor en la Argentina un proyecto político que, junto a instancias concretas de trabajo, intenta marchar hacia un mismo objetivo. Dentro de estas perspectivas muchos de nosotros fuimos cambiando, por una parte, el punto de vista que nos situaba frente a las producciones provenientes en su mayoría de países centrales, y, por otra, abriendo un amplio abanico de interrogantes sobre el papel de la ciencia en un país dependiente y proyectos para implementar actividades acordes con las necesidades del proceso.

Si bien no es este el espacio adecuado para desarrollar la gama de interrogantes que nos formulamos, creo que puede ser ilustrativo señalar algunos de ellos. En primer lugar, la significación y alcances políticos del campo científico que abordamos, la defi-

nición y puesta en acción de una ciencia transformadora y las prioridades para llevar adelante esa práctica. En lo que atañe a los textos y materiales provenientes de centros de poder, su revisión crítica y reubicación en función de las condiciones científicas y políticas de producción de las que eran emergentes y su posible utilización en función de dichas tareas prioritarias.

En la Argentina, la situación de la ciencia lingüística reproduce las condiciones en que se encuentran las ciencias sociales en general: durante las décadas de 1950 a 1970 nuestros estudiosos e investigadores retoman las mismas temáticas y adoptan los sucesivos métodos y teorías que provienen de centros cuyas prioridades científicas y desarrollo tecnológico poco tienen que ver con los nuestros. La actividad científica se encuentra en un grado tal de dependencia que la producción de trabajos disminuye con respecto a años anteriores y se encierra en el círculo vicioso de la discusión entre tendencias (que no son otras que las importadas) y, a lo sumo,, en la realización de cursillos donde los más "adelantados" —o los más pacientes— reproducen lo que han aprendido.

Dentro del mismo movimiento que comienza a cuestionar el papel de las ciencias sociales y sus procedimientos y temáticas vigentes, un grupo de lingüistas argentinos y de otros países latinoamericanos se plantean la práctica de esta ciencia como una imperiosa necesidad política. Basta una ojeada de conjunto sobre los problemas más generales: a la incidencia de las políticas del lenguaje en el ámbito sociocultural, a las consecuencias nefastas de la represión sobre el lenguaje, a la hegemonía política de un dialecto sobre otro, a la influencia del lenguaje de los medios de comunicación, a la carencia de planificación adecuada para la enseñanza del lenguaje en la escuela primaria y media (para sólo citar ejemplos sobresalientes) para ver cuáles son los canales de trabajo que debemos seguir para poder abrir brechas coherentes que, apartándose de polémicas estériles, construyan objetivos y prácticas sólidas.

A partir de estos planteos, reeditar un libro dedicado a Ferdinand de Saussure adquiere un nuevo sentido: un sentido instrumental, donde la lectura del clásico y las interpretaciones de su obra no constituyen la posibilidad cerrada de conocer a fondo una teoría para legitimarla o detractarla; constituye una perspectiva *abierta* para extraer, profundizar, explicar y aplicar los ele-

mentos que sirven de ella en función de las necesidades que nos imponen la observación empírica y la acción sobre la realidad a partir de la posición histórico-política que asumimos.

ANA MARÍA NETHOL

PRIMERA PARTE

FERDINAND DE SAUSSURE

CURSO DE LINGÜÍSTICA GENERAL (1908-1909)

INTRODUCCIÓN
(A partir de notas de estudiantes)

El Nº 12 de los *Cuadernos Ferdinand de Saussure* (1954), que contiene notas inéditas de Saussure, nos ha deparado testimonios que nos alientan. Este año tenemos una razón muy particular para consagrar una parte del presente número a una publicación análoga: aparece en la fecha del centenario del nacimiento de Saussure (28 de noviembre de 1857).

Para la elaboración de su libro, Bally y Sechehaye utilizaron principalmente los cuadernos de los estudiantes que siguieron en 1907, 1908-1909 ó 1910-1911 los cursos de Saussure dictados en la Universidad de Ginebra. La publicación parcial de estos cuadernos de apuntes nos parece oportuna en el momento actual: luego de cuarenta años de polémicas es útil, mientras se espera una edición crítica del *Curso*, presentar a los partidarios y adversarios de las tesis saussureanas las ideas del maestro tal como han sido anotadas por sus oyentes directos. Será necesario, cuando se lean las páginas que siguen, tener en cuenta que se trata de lecciones destinadas a estudiantes no iniciados en lingüística y cuyas notas son un reflejo más o menos aproximado de la exposición oral.

La elección de publicar prioritariamente la *Introducción del segundo curso de lingüística general (1908-1909)* obedece a dos razones: esta "charla", tal como el mismo Saussure la ha calificado, trata todas las cuestiones generales que fueron objeto de su reflexión y da lugar a interesantes vinculaciones con las notas anteriores y con el tercero y último curso. Por otra parte, Bally y Sechehaye la utilizaron de manera fragmentaria: fuera de los capítulos y de la Introducción, III, IV y VII de la segunda parte y VIII de la tercera, de los cuales ésta es la fuente única o principal, el texto se encuentra disperso a través de la obra y combinado con el del primero o tercer curso.

Se han podido utilizar tres manuscritos. El más completo, R, consta de 119 páginas, a menudo anotadas hasta los márgenes.

Su redactor, A. Riedlinger, utilizó las notas de su amigo F. Bauchardy para completar las suyas. Por mi parte, he agregado este manuscrito B, así como los cuadernos de L. Gauthier (G), más sintéticos, pero que contienen elementos no recogidos por Riedlinger.

El texto ha sido organizado de la siguiente manera.* El manuscrito de R ha sido reproducido casi íntegramente. En los casos en que la anotación de B o G parece más satisfactoria, se ha sustituido a la de R y ésta aparece en nota. Los pasajes de B y G que faltan en R han sido insertadas en el texto en su lugar correspondiente o probable y las variantes de interés aparecen en notas. Las siglas ubicadas en el margen izquierdo indican el origen de cada trozo de texto. Finalmente, los caracteres en negrita marcan en el texto la concordancia literal de R y G: en estos casos puede pensarse que es la expresión misma de Saussure la que ha sido registrada.

Se descuenta que no fue agregado nada al texto de los manuscritos: los pasajes oscuros se dejaron tal como estaban, sobre todo porque la oscuridad parece a veces resultar de intervenciones de R (véase n. 60, 71, 152a, 170). Nos hemos limitado a los siguientes retoques: corrección de faltas de ortografía o de lenguaje; corrección de *lapsus* (en ese caso la lección manuscrita figura en nota); escritura entera de las palabras abreviadas; explicitación del signo = (es, equivale a, corresponde a); notación uniforme de las palabras griegas en caracteres griegos; retoques de puntuación de acuerdo con los límites impuestos por el sentido, especialmente cuando la inserción de un pasaje de B o de G obligaba a modificar la puntuación de R.

En las notas se encontrarán, además de las variantes consideradas interesantes y las lecciones de R no aparecidas en el texto, referencias a pasajes del CLG en las que los editores han preferido en lugar del texto del segundo curso, uno paralelo del pri-

* Abreviaturas y siglas.

CLG. F. de Saussure, *Curso de lingüística general* (los números de página son los de la edición argentina, publicada por Editorial Losada, 1945.

R. manuscritos de A. Riedlinger (I R = manuscrito del primer curso, 1907).

B. manuscrito de F. Bouchardy, segundo curso.

G. manuscrito de L. Gauthier, segundo curso.

D. manuscrito de G. Dégallier (principalmente del 3er. curso, 1910-1911).

mero o tercero. Para la interpretación remitimos a Robert Godel, *Les sources manuscrites du Cours de linguistique générale*, Librería Droz, Ginebra, 1957 (cap. IV, Problèmes d'interpretation).

ROBERT GODEL

INTRODUCCIÓN

La lingüística no es algo simple ni en su principio ni en su método, ni en el conjunto de sus investigaciones, porque tampoco lo es la lengua.

G La lengua no es un objeto de estudio fácil.

R En principio, es lo contrario de lo que parece: nos parece que se encuentra al alcance de la mano; quizá está demasiado cerca; tal como un velo (Max Müller) o más bien un vidrio óptico (Saussure) por el cual y a través del cual podemos asir los otros objetos. En esto hay algo de ilusorio. La lengua ofrece contrastes y paradojas inquietantes a quienes quieren aprehenderla por alguno de sus costados.

G Las palabras son elegidas arbitrariamente,[1] etcétera.

R ¿Existe algo más arbitrario que las palabras de la lengua? *Huir* podría también significar *avanzar*. La elección es arbitraria: sin embargo la más pequeña variación de la pronunciación de *huir* puede cambiar el sentido hasta volverlo ininteligible.[2] Mejor ejemplo: *trois* que se confunde con *Troie* [*] si se alarga la pronunciación.

Esta elección arbitraria parece ser lo que tiene de más estable. Sin embargo, a pesar de esa estabilidad hasta el mínimo detalle, nosotros no comprendemos la lengua de hace algunos siglos.

G La lengua es a la vez muy fija y muy cambiante.

[1] La misma fórmula en R 88.

[2] *Leer* <o> lo vuelve ininteligible (?).

[*] Sólo traducimos los ejemplos del francés cuando se encuentra una equivalencia directa con el castellano que no signifique una nueva distorsión al mensaje originario, como en el caso del ejemplo anterior; en el original *fuir* (huir) y *aller en avant* (avanzar, adelantarse, etc.). *Trois* (tres) y *Troie* (Troya) son usados por Saussure como ejemplo de un problema fonético del francés: en estos casos, así como en las citas de ejemplos de morfología y sintaxis de la misma lengua, se deja el texto en el idioma original, con traducción entre paréntesis o bien se hacen en nota las aclaraciones necesarias.

R Otra paradoja: ¿Es necesario utilizar el órgano de la lengua para hablar? Y entonces los sordomudos...

La lengua[3] no puede clasificarse en ninguna parte: no hay objeto que le sea comparable. Para probar que tiene algo especial, es suficiente considerar la lingüística después de 50 años, tal como surge de la gramática comparada de Boop.

G La gramática de Boop es de 1816 y los principios falsos que encierra han sido mantenidos durante 50 años.

R Resultan asombrosas las ideas fantásticas, mitológicas, de los eruditos hacia 1840-1860 sobre la naturaleza del objeto de la lingüística. Por lo tanto este objeto no debe ser tan simple. La generación que en 1875 corrige el punto de vista de los anteriores se encuentra sin embargo muy lejos de encontrar cierta claridad. Los problemas más elementales están lejos de haber sido clarificados en forma unánime. Razón de esta dificultad:

De cualquier costado que se tome la lengua hay siempre un doble plano que se corresponde permanentemente, donde una parte sólo vale por la otra.[4]

Las sílabas que uno articula ¿no están acaso en el sonido, en lo que percibe el oído? Sí; pero los sonidos no existirían sin los órganos vocales. Por lo tanto, si se quisiera reducir la lengua al sonido, no se la podría separar de las articulaciones bucales; y recíprocamente, no se pueden definir los movimientos del organismo bucal haciendo abstracción de la impresión acústica.[5] Esta correspondencia es una trampa: si no se percibe la dualidad, uno se ocupará sólo de uno de sus aspectos (y así en el fonema K: dos costados que no son más que uno por su correspondencia).

Pero admitamos que el sonido sea simple. ¿Es el sonido vocal lo que constituye la lengua? Éste es instrumento del pensamiento (aunque también esta palabra es una trampa: se corre el riesgo de dar independencia al sonido calificándolo así), sin que exista por sí mismo, independientemente del pensamiento.[6] Aparece de nuevo una correspondencia peligrosa. El sonido vocal es una palabra[7] sólo en la medida exacta, constante, en que se le asigna un sentido.

[3] La lengua, RB. En CLG, p. 51 (fuente: D 172).

[4] El lenguaje es algo doble, G

[5] Véase CLG, pp. 91-92 (fuente: IR 1. 23-24; D 59).

[6] El sonido es en sí mismo únicamente instrumento del pensamiento, o solamente una correspondencia, G

[7] no es algo, G

G Las mismas sílabas son diferentes para las diferentes nacionalidades.
R Esta correspondencia se verifica a cada paso de la lingüística a tal punto que no puede hablarse de lo que es una forma si no tenemos en cuenta a la vez el sonido y el sentido.

x / o	□ / A
A, unidad compleja acústico-vocal	unidad compleja mental y psicológica

Pero este aspecto concierne a la lengua considerada a partir de nosotros mismos, de la observación de un individuo. Esta unidad compleja debe encontrar su espacio por lo menos en dos individuos; por lo tanto existe una tercera unidad compleja.

——————X[8]

G constituida por un mínimo de dos individuos.
R El pasaje de la boca de A al oído de B y viceversa constituirá toda la vida de la lengua e implica en cada situación el paso por el espíritu de los sujetos hablantes. Para la utilización de la doble unidad compleja son necesarios por lo menos dos individuos: en uno solo, la lengua no cumpliría ninguna función. La lengua está hecha para comunicarnos con nuestros semejantes y es a través de la vida social que recibe su consagración.[9]

En la lengua existe entonces un doble costado que se corresponde:[10] es a la vez

social
————
individual

Si se considera entonces el ámbito de existencia de la lengua, siempre habrá una lengua social y una lengua individual. Las formas, la gramática, existen sólo socialmente, pero los cambios provienen de un individuo.
G Los cambios individuales se vuelven sociales.
R Sólo por abstracción puede dejarse de lado uno de estos

[8] La figura sorprende: se esperaría: A — B; pero A designa más arriba la unidad acústico-vocal.
[9] El cuerpo social da la consagración última a la lengua, G
[10] Por todas partes hay entonces una dualidad, G

aspectos y esto constituye siempre un peligro: que se atribuya a uno de los aspectos lo que corresponde también al otro.

Siempre en la misma dualidad: si nos preguntamos cuál es el verdadero centro, lo más esencial de la lengua, es necesario hacer la distinción entre lenguaje (lengua considerada en el individuo y que constituye una fuerza, una facultad, **la organización lista para hablar**; aunque el individuo por su propio arbitrio no pueda llegar jamás a la lengua) y lengua, que es algo eminentemente social: un hecho existe lingüísticamente cuando llega a ser algo de todos, cualquiera sea el punto de partida.

G Todo hecho individual tiene valor cuando se convierte en social.

R La consagración social, por la masa, parece constituir una unidad en la que podamos finalmente apoyarnos en medio de las dualidades que, de acuerdo con su grado, hemos señalado. Pero ¿a qué corresponde esta unidad? La idea del norteamericano Whitney, que dice que la lengua es una institución, nos parece justa. Va demasiado lejos cuando manifiesta que es una institución que por azar ha tomado los órganos vocales como medio de expresión y que si hablamos es porque hemos reconocido que era más cómodo servirnos de ellos que, por ejemplo, de los dedos. Pero Saussure no quiere insistir sobre el aspecto de lo natural de la lengua.

G Esta institución reside sobre todo en la aceptación de una convención por el cuerpo social.

R Esta institución es ante todo una *convención*; se apoya en miles de signos, empleados millones de veces, todos los días. Es por lo tanto un sistema extremadamente múltiple por el número de piezas que pone en juego.[11]

La lengua es entonces un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el uso de la facultad del lenguaje en los individuos.[12] La facultad del lenguaje es un hecho distinto de la lengua pero que no puede ejercerse sin ella.

Por habla, se designa el acto del individuo realizando su facultad por medio de esa convención social que es la lengua.[13] En el

[11] que lo ponen, R. Véase CLG, pp. 138-139 (fuente: D 215-216)

[12] para permitir el uso del lenguaje que es virtual en todo individuo, G

[13] El habla es el acto por el que el individuo realiza la facultad del lenguaje gracias a esa convención que es la lengua, G

habla existe la idea de la realización de lo que es permitido por la convención social.[14]

Nos encontramos más o menos preparados para ubicar la lingüística entre las otras ciencias. Sin embargo se presentan otros aspectos, diferentes y paralelos a los que hemos considerado. Hemos considerado la lengua en el individuo y la sociedad, pero las diferentes sociedades no poseen la misma lengua: ésta difiere geográficamente.

Dos tipos de diversidad:

1) Diversidad relativa: diversidad en la unidad.

B No existe un solo idioma que no esté dividido geográficamente.

R La unidad de las lenguas romances supone el fraccionamiento entre el francés, el italiano, etc.; el francés, lejos de ser uno, está subdividido en una serie de dialectos locales; si se observa uno de sus *patois*, creerlo será también ilusorio.

2) Diversidad radical, por ejemplo entre las lenguas indoeuropeas y el chino. Las bases de expresión del pensamiento difieren entre esas lenguas.[15]

Se plantea la cuestión de raza; vemos surgir relaciones con la etnología.

Esta diversidad no constituye uno de esos aspectos dobles, inquietantes, que ofrece la lengua. El fenómeno de la diversidad geográfica es algo más simple. Sentimos que es el producto de otra cosa;

B que debe reducirse a otro principio, o sea, esta diversidad no es un aspecto primario de la lengua.

R Cuando consideramos la diferencia entre el francés y el latín,[16] observamos que esta diversidad es producto del tiempo. La lengua se vincula con el tiempo, tiene una historia; es la manera más simple de decirlo.

G Existe entonces el punto de vista histórico.

R Esto parece simple, pero sin embargo, el no haber revisado lo suficiente el punto de vista histórico ha producido muchos errores en los comienzos de la lingüística. Este punto de vista ha conducido a otro exceso,

B a tal punto que se confunde con la lengua misma,

[14] El lenguaje es algo potencial, el habla es lo realizado, B
[15] En las lenguas no emparentadas, las bases . . . , G
[16] las diferencias relativas (dialectales), G

R y hoy es necesario combatir en otro sentido: la lengua es algo más que esta relación con el tiempo.
G Nuevamente tropezamos con otra dualidad; la lengua y la historia de la lengua.
R Parece que fuera muy simple hacer la distinción entre la historia de la lengua y la lengua misma, entre lo que ha sido y lo que es[17] pero la relación entre estas dos cosas es tan profunda que la distinción se hace con dificultad. Existe un aspecto doble, un encabalgamiento difícil de resolver. Distinguir entonces estos dos planos: lo que ocurre en el momento y en el tiempo, en épocas sucesivas. Estos dos planos constituyen disciplinas diferentes.

Cuando se formula una regla se confunden constantemente los dos puntos de vista.[18] Distinguir entonces las leyes que funcionan en el tiempo (dinámicas) de las otras que son estáticas.
B Ejemplo: no se expresa en forma diferente la regla de *liaison* y la regla de fonética.
R Ejemplo simple de estas dos leyes: el acento latino y su efecto en francés. "El acento tónico en francés se encuentra siempre sobre la misma sílaba que en latín"; por otra parte: "Después del acento las sílabas caen".[19] Este doble aspecto servirá para la clasificación interna de la lengua.

¿No existen otros hechos que nos permitan situar, clasificar la lengua?
G La lengua y la escritura. Pareciera que una y otra fueran solidarias, sin embargo es necesario distinguir radicalmente entre ellas. Sólo la palabra hablada es objeto de la lingüística.[20]
R La clasificación de la lengua en el tiempo sólo es posible porque la lengua se escribe. No se puede entonces rechazar la importancia de la escritura.
G En efecto, además de señalar un estadio de la civilización y perfeccionamiento en el empleo del lenguaje, la lengua escrita y la escritura repercuten sobre la lengua hablada.
R Pero la confusión entre la lengua escrita y hablada ha sido al comienzo la causa de innumerables e infantiles errores. Aque-

[17] lo que ha andado, B
[18] Sobre estas formulaciones falsas, véase R 65, 69.
[19] Véase CLG, pp. 154-155 (fuente: D 242-244).
[20] Fórmula análoga CLG, p. 72 (fuente: I R 1.11).

llos que están afectados de afasia no pueden escribir,[21] o a la inversa. Estas dos facultades poseen por lo tanto compartimientos cercanos en el cerebro. Esto indica que no hay que descuidar las relaciones de la escritura y de la lengua. Sin embargo no hay que olvidar que el objeto de la lingüística es la lengua hablada.[22] No se observa nada de anormal en las lenguas no escritas, sino lo contrario: una lengua que no ha sido escrita jamás constituye la norma. Pero las influencias de la lengua escrita sobre la hablada son múltiples: uno se ve obligado a cierta elección, se conservan sólo las palabras que se escriben a menudo, se vicia la pronunciación (sep*t* cents, Lefébure por Lefèvre).[23] (Estas influencias) pueden ser consideradas como un aspecto patológico de la lengua, pero no pueden ser ignoradas.

G Nos encontramos nuevamente frente a un doble aspecto.

R La lengua escrita y la lengua hablada: un aspecto más de las correspondencias de la lengua, uno de sus aspectos dobles: en la correspondencia existe una dualidad de los sistemas de signos,

G y esta correspondencia varía con las escrituras (china y latina, por ejemplo). La correspondencia no es perfecta: existen casos en que la palabra escrita no representa la palabra hablada.

R Esta correspondencia ha producido y produce aún efectos deplorables. Nunca es totalmente posible deshacerse de la palabra escrita.

G Si la escritura es tan complicada como la de los chinos, en el cerebro la lengua resulta inseparable de la escritura.

R Un ejemplo impactante de la dificultad de separar las dos cosas, consiste en que para los chinos, la escritura ha llegado a constituir una segunda lengua; la palabra escrita se ha transformado en una palabra aparte y hasta interviene en la conversación para explicar la palabra hablada. Cuando se presentan palabras habladas parecidas, el chino escribe los signos.

Esto ocurre sólo con las lenguas escritas que se vuelven literarias. La importancia de la escritura es tan grande para la lengua que uno se ha preguntado si acaso la lingüística no es una ciencia filológica. M. L. Havet sostiene que la lingüística camina

[21] Las personas afectadas de *afasia* tienen muy a menudo afectada su facultad de escribir. ¿Esto no se relaciona acaso con nuestro organismo?

[22] la palabra hablada, B

[23] Véase CLG, p. 81 (fuente: D 51).

constantemente en la misma dirección de la filología y se confunde con ella...[24]
B No comparto esta opinión.
R En cada grupo de lenguas,
G cuando la escritura se vuelve corriente,
R se crea un tipo de lengua escrita que se constituye en *norma* y que no puede ser ignorada, frente a los dialectos locales. Desde el momento en que se escribe, se produce inmediatamente una mezcla artificial, que es difícil distinguir de la lengua misma. La lengua griega ofrece a través de sus dialectos, el ejemplo de cuatro o cinco lenguas artificiales.[25]
G En latín, por ejemplo, existe una lengua oficial que ha actuado sobre la lengua común.
R La unión de la escritura con el desarrollo artístico, literario, nos obliga aun más a tener en cuenta la lengua escrita, literaria.

G *12 de noviembre*

R Para asignar un lugar a la lingüística no es necesario tomar la lengua en todos sus aspectos. De esta manera, muchas ciencias (psicología, fisiología, antropología, gramática, filología, etc.) podrían reivindicar a la lengua como su objeto.[26] Toda vía analítica no nos conduce a nada. Seguiremos una vía sintética. Tenemos que tomar lo que sentimos como esencial y entonces, podremos asignarle al resto su verdadero lugar en la lengua.

¿Es muy difícil? Ante todo la lengua *es un sistema de signos* y es necesario recurrir a la ciencia de los signos[27] que nos permite conocer en qué pueden consistir, sus leyes, etc. Esta ciencia no existe en las disciplinas conocidas.[28] Se trataría de una semiología (ninguna relación con la semántica: ciencia del sentido de las palabras de la lengua por oposición a la de las formas). Es evidente que la lengua no abarca todos los tipos de signos. Debe

[24] L. Havet cree que la lingüística sigue los pasos de la filología y tiende a confundirse con ella, G

[25] de cuatro o cinco dialectos artificiales, B. El griego conoció tres o cuatro de estas lenguas convencionales, según los géneros, G

[26] podrán reclamar una parte, B Cada disciplina puede reclamar como suya una parte de la lingüística, G

[27] La ciencia de la que depende la lingüística es la que se ocupa de los signos, G

[28] casi no está desarrollada, G

existir entonces una ciencia de los signos más amplia que la lingüística (sistemas de signos: marítimos, de ciegos, de sordomudos y finalmente lo más importante: ¡de la escritura misma!)[29]

Sin embargo, es necesario decir ante todo que la lengua va a ocupar el compartimiento principal de esta ciencia; que constituirá el patrón general. Pero esto sólo por azar: teóricamente será tan sólo *un* caso particular. No podemos decir qué será esta ciencia de los signos: sin embargo, este conjunto de ciencias semiológicas tiene derecho a existir tanto como la lingüística misma, a la que consideramos digna de estudio y que reclama su lugar de antemano.

En la escritura, nos encontramos frente a un sistema de signos similar al de la lengua. Sus principales características son:

1) **El carácter arbitrario del signo** (no hay relación entre el signo y la cosa que se designa);

2) Valor puramente negativo y diferencial del signo:[30] su valor surge de las diferencias.

G Esto es lo que permite que adopte formas variadas

R (para *t*, por ejemplo en una misma persona: T, *T*, t, *t*;[31] sin embargo, lo que se necesita es que no llegue a ser totalmente idéntica a una *l* o a una *n*);[32]

3) Los valores de la escritura actúan sólo como dimensiones opuestas en un sistema definido; son opositivas, y constituyen valores sólo por oposición. Existe un límite en el número de valores[33] (no es exactamente lo mismo que 2), pero la resolución es finalmente de valor negativo: ejemplo:

B P, veo una *p*, un ruso verá *r*;[34]

R 2) y 3) son consecuencia necesaria de 1).

B Decir que los signos son arbitrarios es suficiente. Lo que ocurre es que lo único importante son las diferencias.

R 4) **Indiferencia total del medio de producción del signo** (se

[29] La semiología comprende otras ciencias paralelas a la de la lengua: las que tienen por objeto las señales marítimas, los sistemas para sordomudos, las escrituras para ciegos, G

[30] 2) El carácter negativo y diferencial, G

[31] T, *T*, t, *t* RGB

[32] que sea diferente de l, L o M, m, etc., B pero t no va a ser nunca *l*, G

[33] 3) El valor del signo es opositivo, sólo vale en un sistema, G

[34] Lo que para un ruso es P para un griego será R, etc..., R

desprende también de 1)), puedo escribir en blanco, negro, cóncavo, relieve, etcétera.
G (de todas las maneras posibles, etc.)
R es indiferente.

Todos estos caracteres los encontramos en la lengua:

1) la palabra *Apfel* es tan capaz de designar el conocido fruto como *manzana*.[35] En la asociación del signo a la idea, no existe nada que ligue en sí ese signo a esa idea. Ésta es una de las razones que hacen que deba evitarse el término símbolo, que es justamente lo contrario (como en la balanza, símbolo de la justicia; allí encontramos una relación entre el signo y la idea).[36]
G 2) El valor negativo de la palabra es evidente.[37] Todo consiste en diferencias.

3) El valor se vuelve positivo gracias a la oposición, por la cercanía, por el contraste:[38]
R Ejemplo [tanto para 2) como para 3), en realidad se relaciona con 3]: ἔφην es imperfecto y ἔστην es aoristo,
G si bien tienen una formación parecida,
R porque φημι se vincula a ἔφην próximo a ἔστην no se encuentra στῆμι. Estos signos actúan entonces, no por su valor intrínseco, sino por su posición relativa, como en un juego de ajedrez.
G 4) Indiferencia del medio de producción:
R (Menos evidente) ¿Es necesario que la lengua se pronuncie por medio del órgano vocal? No; las palabras pueden ser trasladadas a la escritura. El instrumento no cuenta. La comparación de la lengua con otro sistema de signos nos permite llegar hasta allí y afirmar que en esto no está la esencia de la lengua.

En la escritura hay también una serie de caracteres extrínsecos: 1) la escritura supone un acuerdo de la comunidad, un contrato entre sus diferentes miembros. Sin embargo, en cuanto planteamos la necesidad de una convención, otro hecho nos recuerda la verdadera naturaleza de esta convención: la escritura reposa sobre una convención, sobre algo arbitrario, pero: 2) al individuo le es imposible cambiar nada, tampoco puede hacerlo la comu-

[35] Véase CLG, p. 130 § 2 (fuente: D 188 y 211).
[36] Véase CLG, p. 131 (fuente: D 189).
[37] Valor negativo de la palabra, B
[38] El valor se vuelve positivo, B 2) y 3) Todo consiste en diferencias, en oposiciones, R

nidad. Desde el momento en que se adopta, se ve desarrollar una evolución que podríamos llamar fatal, de esta escritura; toda voluntad, tanto social como individual no puede cambiar nada. Esta convención, voluntaria en su origen, ya no lo es cuando pasa la primera generación. Las otras generaciones la mantienen pasivamente.

Estos dos caracteres se encuentran también en la lengua:

1) la convención social; es evidente que existe, pero no es menos evidente que es imposible detenernos en ese acuerdo primitivo que existe solamente en teoría;
G no se vuelve a reproducir nunca;
R vemos inmediatamente que habiéndose producido esta convención en forma totalmente libre, nos encontramos frente a la segunda característica:
G todas las generaciones posteriores al contrato primitivo reciben esta herencia sin aportar modificaciones voluntarias.
R Las generaciones siguientes no podrán hacer ningún cambio en cualquier momento.

A esta comparación se la podría llevar mucho más lejos, hasta el detalle, y encontrar también analogías entre sistemas de signos distintos de la escritura (como el sistema de señales marítimas) y el de la lengua.[39]
G Un sonido cambia gradualmente como puede cambiar de tonalidad una bandera; esto puede traer confusiones.
R Sentimos que nos encontramos frente al mismo tipo de hechos. Sin embargo no es necesario buscar una identidad perfecta: un ministro puede cambiar el sistema de señales marítimas. Empero, suponiendo que dejamos las cosas libradas a sí mismas, resultan bastante análogas con lo que ocurre en lingüística. En el lenguaje de los sordomudos podría señalarse la misma analogía. Por lo tanto, sea cual fuere el círculo exacto que pueda trazarse alrededor de la lengua, es evidente que nos encontramos frente a una acción social del hombre[40] lo suficientemente particular como para constituir una disciplina.

Todos estos hechos serán objeto de una disciplina, de una rama de las ciencias que pertenezca a la psicología y a la sociología.

[39] También se puede esbozar un paralelo entre la historia de la lengua y la de las señales, G
[40] la lengua es un tipo de actividad social, G

Corresponde al psicólogo determinar su lugar exacto (véase A. Naville, <*Nouvelle*> *classification des sciences* <1901, p. 104>, que ha tenido en cuenta la idea de Saussure);
G pero corresponde al lingüista constituir la lingüística en ciencia semiológica distinguiéndola de las otras ciencias semiológicas;
R a nosotros nos corresponde determinar, dentro de los diferentes sistemas semiológicos, lo que hace de la lengua un sistema aparte.

Es necesario señalar una vez más que si podemos llegar a clasificar la lengua, si por primera vez no se nos aparece como caída del cielo, es porque la vinculamos con la semiología.

G *4ª lección, 19 de noviembre*

R ¿Dónde se detendrá la semiología? Es difícil decirlo. Esta ciencia verá extenderse cada vez más su dominio. Los signos, los gestos de cortesía, van a entrar en ella: constituyen un lenguaje en la medida en que significan algo
B arbitrariamente;
G los caracteres de estos signos poseen rasgos comunes con los del lenguaje;
R son impersonales, salvo matices, pero lo mismo puede decirse de los signos de la lengua; no pueden ser modificados por los individuos y se perpetúan fuera de ellos. Una de las tareas de la semiología será la de marcar grados y diferencias: los signos de la lengua son **totalmente arbitrarios**, en cambio, habrá ciertos actos de cortesía que no posean este carácter y que se aproximen al símbolo [41] (por ejemplo, el chino se prosterna delante de su emperador tocando la tierra nueve veces).

Todas las formas, todos los ritos, todas las costumbres tienen carácter semiológico
G por su carácter social.

Así como existe la posibilidad de que el sentido de una costumbre se pierda totalmente, del mismo modo puede ocurrir que las palabras de una lengua se vuelvan ininteligibles para los sujetos hablantes (es decir, que no tengan más una significación reconocida o (tengan) una significación totalmente diferente de

[41] mientras el signo de cortesía tiene tal vez una significación en sí mismo. Tal vez es un símbolo, B

la primitiva).[42] La semiología, aunque sea para ver cuál es el límite de su dominio, tendrá mucho por hacer.

¿Por qué no ha sido reconocida hasta ahora como ciencia aparte, definida en su objeto tanto como las otras? Integrando los ritos, las costumbres,
G los signos de cortesía,
R etc., a otros signos, estos ritos, aparecerán desde otro punto de vista y puede ser que desde ese punto de vista se vea mejor la unidad y se sienta la necesidad de unirlos en y por la semiología.

¿Qué hizo que la semiología no se impusiera como ciencia aparte? Ocurre que
G el ejemplo principal de un sistema de signos [43]
R es la lengua y sólo estudiando los signos en la lengua se conocerán los aspectos esenciales, la vida; [de modo que] el estudio de la lengua realizado por quienes no sean lingüistas no aborda la cuestión en sus aspectos esenciales. Por este motivo, el problema semiológico no aparece cuando no se lo estudia desde el punto de vista de la lengua <o> cuando se estudia la lengua como la estudian los psicólogos, los filósofos o gran parte de la gente: en efecto

1)
G los psicólogos o los filósofos
R consideran la lengua como una nomenclatura
G (o por lo menos es así en la práctica)
R y suprimen así la determinación recíproca de los valores de la lengua por su coexistencia misma.
G Un signo designa la idea, depende de un sistema de signos (esto es lo que se descuida), todos los signos son solidarios.
R Todas las dimensiones dependen unas de otras: si queremos determinar en francés qué es "jugement",[*] sólo se lo puede definir por lo que lo rodea, tanto para decir lo que es en sí <mismo>,[44] como para decir lo que no es. Lo mismo ocurre

[42] Fenómeno equivalente al de las palabras ignoradas o no comprendidas, G
[43] el sistema principal de los signos, R
[44] O: lo que hay en él (? Véase R 28).

[*] Fallo judicial, proceso judicial, opinión, sentido común, punto de vista, entendimiento, proposición, etc.: Saussure indica que el significado sólo está determinado por el contexto.

si se desea traducir en otra lengua. A partir de allí aparece la necesidad de considerar el signo, la palabra, en el conjunto del sistema. Asimismo los sinónimos "craindre, redouter", sólo existen uno junto al otro,

G uno por el otro;

R *craindre* * va a enriquecerse con el contenido de *redouter* en la medida que *redouter* deje de existir.

G Vayamos más lejos: *perro* designaría *lobo* si la palabra *lobo* no existiera. La palabra, entonces, depende del sistema; no existen signos aislados.[45]

B Por lo tanto, perder de vista que hay solamente un *sistema* de signos para estudiar, es arriesgarse a olvidar la verdadera manera de tratar la semiología.[46]

R 2) Cuando se desea profundizar el signo, uno se ve llevado a estudiar su mecanismo en el individuo, a analizar las operaciones mentales y físicas[47] que se pueden conocer en el individuo. **Pero esto es solamente la ejecución del signo,** no el carácter esencial (así como la ejecución de una sonata de Beethoven no es la sonata misma).[48] ¿Por qué se elige al individuo? Porque está más a nuestro alcance, depende de nuestra voluntad.[49]

3) Cuando se reconoce que es necesario considerar el signo

G en su valor y su existencia social,[50]

R **uno tiende a tomar** primero **lo que** parece **depender más de nuestras** voluntades; y se limita a este aspecto creyendo haber captado lo esencial: esto es lo que hace que se hable de la lengua como de un contrato, de un acuerdo.

G Esto es descuidar lo más característico. El signo, en su esencia no depende de nuestra voluntad.

R Lo que es más interesante para estudiar en el signo son los

[45] lo mismo ocurriría con "perro, lobo", si se los considera como signos aislados, R

[46] Si se comete este error, la ciencia del lenguaje puede perjudicarse, G

[47] el proceso psicológico, G

[48] Véase CLG, p. 63 (fuente: D 183 y 6).

[49] porque la observación es relativamente fácil, G

[50] socialmente, R

* *Craindre* y *redouter* son ambos verbos de temor; el segundo parece tener una significación más contundente y precisa, equivalente en castellano a tener miedo frente a temo (craindre) que puede indicar duda o sospecha de algo negativo.

aspectos por los que **escapa a nuestra voluntad.** Allí está su verdadero ámbito puesto que ya no podemos reducirlo.[61]
G El método falso consiste en considerar a la lengua como una legislación,[52]
R como los filósofos del siglo XVIII, dependiendo de nuestra voluntad; pero la lengua, debe ser mucho más soportada dado que no se la ha hecho;[53] en la lengua existe el mínimo de iniciativa.

El momento en que se acuerdan los signos
G no tiene importancia. En primer lugar
R no existe realmente, es sólo ideal; y si existiera, no sería tenido en cuenta[54] en la vida regular de la lengua. La cuestión del origen de las lenguas[55] no tiene la importancia que se le da; ni siquiera existe.
G Sería como estudiar donde comienza el Ródano, local y temporalmente. La cuestión es absolutamente pueril.[56]
R El momento de la génesis es imposible de captar; no se lo percibe. **El contrato primitivo se confunde con lo que ocurre todos los días** en la lengua
G (con creación indefinida de signos),
R con las condiciones permanentes de la lengua: si se aumenta un signo de la lengua se disminuye en la misma proporción la significación de los otros. Si a la inversa, al comienzo se hubieran elegido solamente dos signos, todas las significaciones se habrían repartido entre estos dos signos. Uno habría designado la mitad de los objetos, el otro la otra mitad.
G El momento de lo llamado acuerdo, convención, desaparece.
R El momento del acuerdo no es diferente de los otros; ocupándonos de él dejamos de lado lo esencial:

1) **El hecho de que un sistema de signos** como el de la lengua **sea recibido pasivamente** por las generaciones siguientes (se lo consideraba como un acto pensado, como una intervención activa de la lengua)

2) que en todo caso la característica del sistema de signos será

[61] Su fuerza está allí, irreductible, G
[52] se considera entonces la lengua como una leg— R
[53] En realidad, la lengua es sobre todo algo que se soporta, no algo que se domina, G
[54] sería de mediocre importancia, G
[55] del lenguaje, G
[56] (la cuestión de la fuente del Ródano: ¡pueril!), R

la de transmitirse en condiciones que no tienen ninguna relación con las que lo constituyeron (aun si aceptamos que es obra de la voluntad, como el esperanto).[57]

G Desde el momento en que se adopta, ya no se lo domina más.

R La lengua es algo así como un pato empollado por una gallina. Pasado el primer momento, la lengua ha entrado en su vida semiológica y ya no se puede volver atrás: va a transmitirse por leyes que no tienen nada que ver con sus leyes de creación.

3) Este sistema

G en su marcha en el tiempo

R al transmitirse, se altera en su material, lo cual altera la relación del signo con el pensamiento.[58] Esto ocurre en todo el sistema de signos.

G Cuando el signo cambia, el sentido tiene que cambiar:

R por ejemplo en la expresión *quoi qu'il en ait*: <por un> lado[59] está *malgré que j'en aie*, por otro *malgré* <*que*> = *quoique*, de allí *quoique j'en aie*.* La idea que entra en esta expresión proviene de una alteración del material, de la identificación de *malgré* con *quoique*. Otro ejemplo: *de par le roi* = *de la part du roi* (de parte del rey) (*par* por *part*);** *le roi* funcionaba como genitivo; ejemplo muy simple; cuando dos palabras llegan a constituir una sola se produce un *quiproquo* y una alteración del sentido.[60] Estos hechos se encuentran siempre.

4) Esta relación del signo con el pensamiento es precisamente la que constituye el signo: no es la serie de sílabas sino *un ser doble* constituido por una serie de sílabas en la medida en que se le asocie una significación determinada,

G la unión del signo y la significación que se le asocie.

R El signo es doble:

[57] con las que han determinado el contrato primitivo (en el caso del esperanto) G

[58] la relación entre el sentido y el signo, G

[59] al lado, R

[60] *de par le roi* (originariamente: *de part le roi*). O bien dos palabras que se vuelven idénticas; esto determina el *quiproquo* y reunión de dos sentidos en una sola palabra: *quoqu'il en ait* (sobre *malgre que* = *quoique*), G

* La forma *quoique* introduce expresión concesiva, lo mismo que *malgré que* y *quoi qu'il* (aunque, a pesar de que, sea como sea, etc.).

** Por (instrumental o medio) y parte (forma preposicional - agente como en de parte de).

significación
____
sílabas

este es el punto más difícil de la semiología,[61] pero este aspecto también habría sido descuidado en la forma de abordar la cuestión.

G Lo que distingue signo y significación es una operación científica.

R A esta correspondencia se la podría representar por la siguiente comparación: no se puede separar el anverso de una hoja <de papel> sin el reverso. Sólo por abstracción podemos tomar uno de los dos.

Por lo tanto, la naturaleza del signo sólo puede verse en la lengua y esta naturaleza incluye cosas que son las que menos se estudian. Es por esto que, a primera vista, no se ve la necesidad o utilidad particular de una ciencia semiológica cuando se trata la lengua desde puntos de vista generales, filosóficos, cuando se estudia otra cosa con la lengua.

G Los rasgos esenciales del signo han sido descuidados por la psicología.

R El carácter esencial del signo es lo que, en la lengua, escapa a la voluntad individual o social y que menos aparece a primera vista. Si se considera el signo desde esta perspectiva al estudiar los ritos, etc., veremos aparecer aspectos insospechados que entran en un estudio común: el de la vida particular de los signos, la semiología. Se puede afirmar entonces que la lengua no es única en su especie sino que está englobada dentro de lo que se denomina con un nombre un poco largo: instituciones sociales; una cantidad de cosas que es necesario estudiar junto con ella.

G *23 de noviembre*[62]

R Todo lo que separa a la lengua de otro sistema semiológico, aunque a primera vista parezca importante, debe ser descartado como lo menos esencial, para estudiar su naturaleza: así por ejemplo el juego del aparato vocal (hay sistemas que no lo utili-

[61] la naturaleza doble es un fenómeno difícil, pero esencial, G

[62] Esta fecha coincide con una laguna en G—. La referencia a la tesis expuesta en R 18 y demostrada por los argumentos 1)— 4) ¿terminaba con la lección del 16 de noviembre o marcaba el comienzo de la del 23?

zan, que se basan en otra cosa). En segundo lugar, el contrato primitivo, la convención inicial, es lo que tiene menos importancia:[63] allí no está el fondo de los hechos relativos a un sistema semiológico. En efecto, cuando un sistema semiológico llega a ser bien de una comunidad, es inútil querer apreciarlo fuera de lo que resulta de ese carácter colectivo, y es suficiente, para captar su esencia, examinar **lo que es con respecto a la colectividad.** Decimos que deja de poder ser apreciado según un carácter interno[64] e inmediato porque, a partir de ese momento, nada garantiza que sea una razón
G semejante a nuestra razón
R individual la que gobierne la relación del signo y de la idea.[65]
No sabemos a priori
B qué leyes,
G qué fuerzas van a actuar sobre el sistema[66] de signos. La lengua es entonces un barco en el mar, no ya en el astillero:
R no puede determinarse su curso a priori por la forma de su casco, etcétera.

Es suficiente considerar a la lengua como algo colectivo, social: el barco en el mar es el objeto para estudiar dentro de la especie barco.[67] Entonces, únicamente, es ese sistema de la comunidad el que merece el nombre de sistema de signos, y lo es. Los caracteres anteriores a su llegada a la colectividad, es decir, los elementos puramente individuales, no tienen importancia. El sistema de signos
G tiende siempre a encontrar este único medio donde vive,
R está hecho para la colectividad y no para un individuo, como el barco está hecho para el mar. Por este motivo, contrariamente a la apariencia, **en ningún momento el fenómeno semiológico deja fuera el hecho de la colectividad social.** Esta naturaleza social
G del signo,
R es uno de sus elementos internos y no externos. **Nosotros sólo reconocemos entonces como semiológica la parte de los fenómenos que aparece característicamente como un producto social,** y nos negamos a considerar como semiológico lo que es propia-

[63] es también accesorio, R
[64] ser estudiado en sus caracteres internos, G
[65] de palabras e ideas, G
[66] se van a mezclar con la vida del sistema, R
[67] el barco sólo merece ser estudiado en su comportamiento sobre el mar, G

mente individual: cuando hayamos definido <este producto social> habremos definido el producto semiológico, y por éste, la lengua misma. Esto equivale a decir que la lengua es un producto semiológico y que el producto semiológico es un producto social, Pero, ¿qué es desde más cerca?

Un sistema semiológico determinado [68] se compone de una cantidad de unidades (unidades más o menos complejas, de diferentes órdenes, sufijos, etc.); [69] la verdadera naturaleza de esas unidades, lo que impedirá confundirlas con otra cosa, es que son valores. Este sistema de unidades que <...> es [70] un sistema de signos, constituye un sistema de valores. Todo lo que pueda definirse respecto al valor, se aplicará también, en forma general, a estas unidades, los signos.

El valor, en los diferentes órdenes —como en economía—, es muy difícil de definir y no es inmediatamente claro; pero por lo menos nos encontramos sobre un terreno que está definido, al menos en su exterior. Nos cuidaremos del peligro de ver algo simple en la palabra diciéndonos que el valor es en general muy complejo y que la palabra es, tal vez, uno de los valores más complejos, complejo de muchas maneras y en especial en el sentido
B en que puede hablarse de valor recíproco. Ningún valor existe solo. El valor, por otra parte, resulta de la consagración social. Parece que se tratara de valores diferentes, pero en el fondo es el mismo.[71]

R Estamos, entonces, preservados de ciertos errores. Vemos de inmediato, mucho mejor que antes, que sólo el hecho social es el que creará lo que existe en un sistema semiológico.[72] ¿Dónde existe, en cualquier orden, un sistema de valores si no es por la colectividad? Un individuo solo es incapaz de fijar ninguno. Al

[68] Una lengua, G

[69] (no solamente las palabras <elementos> de todo orden, sufijos, declinaciones, etc.), G las palabras, los sufijos, etc..., B

[70] que es, R

[71] desde el momento en que se habla de valores, está en juego su relación (ningún valor existe solo), lo que determina que el signo sólo tendrá valor por la consagración de la colectividad. Parece que en el signo existieran dos valores: un valor en sí, y el que proviene de la colectividad, pero en el fondo es el mismo, R Las diferentes unidades poseen necesariamente valores recíprocos. Pero el valor sólo es acordado por la fuerza social que lo sanciona. Si vamos al fondo de las cosas, los dos aspectos son idénticos, G

[72] en el valor semiológico, G

mismo tiempo vemos –lo que se liga siempre a la idea de valor– aparecer la naturaleza incorpórea de los signos[73] (sean palabras o unidades): no es la sustancia vocal lo que aparece como el fondo de lo que constituye una palabra.
G Sin duda
R no es posible ocuparse de la lengua sin ocuparse del cambio del sonido:[74] el sonido es un factor capital de la lengua; y sin embargo, en cierto sentido, el fenómeno fonético[75] es extraño a la esencia de la lengua. ¿De qué modo? Es necesario comparar otros valores. Creer que la materia que entra en una moneda es lo que fija su valor sería engañarse burdamente:
G el valor no está constituido por el metal;
R lo determinan muchas otras cosas: por ejemplo, el escudo vale 1/4 de 20 francos, el metal <vale> 1/8; o bien, con otra efigie, <la moneda>[76] no valdrá absolutamente nada; de un lado de la frontera vale tanto, del otro, tanto.
B El sonido por sí mismo no constituye el valor; nos encontramos frente a entidades incorpóreas[77]
R Si puede resultar paradójico que el sonido sea algo secundario, relativo en la palabra, otro tanto puede decirse de la idea que se asocia a las palabras, a las unidades: por sí misma sólo representa un aspecto del valor (¡tratada por la psicología pura!). Al pasar,
G la idea y el sonido no son suficientes para constituir el valor semiológico:
R la palabra no está determinada por la relación: $\frac{\text{idea}}{\text{sonido}}$

Luego de haber considerado:

A	B
$\frac{\text{idea a}}{\text{sonido a}}$	$\frac{\text{idea b}}{\text{sonido b}}$ [78]

[73] de los valores semiológicos, G la entidad incorpórea como fondo de lo que constituye una palabra, B
[74] Hay que ocuparse de los sonidos en el estudio de la vida de la lengua, G
[75] el sonido, G
[76] esta, R
[77] Las palabras son entidades inc– G
[78] $\frac{\text{idea A}}{\text{palabra A}}$ $\frac{\text{idea B}}{\text{palabra B}}$

habría que considerar la relación: $\frac{A}{B}$

Por lo tanto, los signos de la lengua son valores en que ninguno de los elementos asibles es suficiente para definirlos; no representan valores completos, son mucho más complejos.[79]

Sea cual fuere el lugar de la lengua entre los otros sistemas semiológicos, se la habrá ubicado cuando se determine qué es un sistema de valores. Su base habrá que encontrarla en la colectividad,[80] creadora del valor,
G que no existe fuera de ella.

Consecuencias: 1) se estudiará inútilmente lo que ocurre en el individuo aislado,[81] ya que éste es incapaz de fijar un valor;
R asimismo las variaciones ya no se encontrarán libradas a la iniciativa de los individuos, como para todo otro valor que dependa de factores sociales. Pero 2) lo que entra en un signo lingüístico no es lo que puede dar una idea[82] de lo que es ese signo. Esto no es otra cosa que la materia utilizada;
G el valor se mantiene independiente; puede variar sin que la mayor parte de los elementos varíe.[83]
R Retomamos lo que decíamos: la lengua
G no es una función de aparatos fisiológicos,
R no consiste en lo que interesa antropológicamente, en lo que es indispensable para producirla (el sonido, la idea[84] considerados aisladamente). Por cierto que tenemos un objeto muy complejo, pero no más complejo que todo otro valor.[85]

Lo que hemos dicho será suficiente para determinar lo que entra y lo que no entra en la lingüística y para clasificar sus diferentes problemas;[86] existe un punto que podemos ver con bastante claridad
G (resultado negativo)
R **hay un estudio que no entra en la lingüística:** se trata de la

[79] Estos elementos son mucho más complejos que idea + sonido, G — Véase R 50.
[80] en el medio social, G
[81] por lo tanto, 1º) el valor no existe fuera de la colectividad, será inútil estudiar el valor a partir de lo que ocurre en individuos aislados, R
[82] la representación integral, G
[83] sin que varíe la mayor parte de los elementos, R
[84] el pensamiento, G
[85] no más que los otros valores, G — Véase R 25 (mucho más complejos).
[86] las subdivisiones, G

fisiología del habla, de la manera en que se producen los sonidos que ejecuta el aparato vocal.
G Es una ciencia muy desarrollada en el momento actual.
R Diferentes métodos (el de Rousselot). Se la llama[87] auxiliar de la lingüística, pero desde nuestro punto de vista se encuentra absolutamente fuera de la lingüística:
B esto se desprende [...] de nuestra definición de la lingüística: sistema semiológico. Los órganos vocales son meros instrumentos.
G Se podría obtener el sonido no solamente por la garganta, sería lo mismo.
R En un sistema de valores que únicamente recibe su consagración por la masa, el instrumento no importa, el acto por el que se produce la impresión acústica tampoco interesa para el valor. (La manera de producir o de golpear el metal de una moneda interesa todavía menos que el metal mismo.) En la medida en que se haya hecho abstracción de este estudio se tendrá una idea cabal de la cuestión lingüística. En la práctica es muy importante para comprender bien los cambios de sonido que entran en la parte histórica de la lingüística,[88]
G pues estos cambios modifican las relaciones de la palabra y la idea.[89]
R Por lo menos la historia de los sonidos (fonética) es algo capital en la lengua, mientras que la manera como se producen dichos cambios es indiferente.
G Otro argumento, entre paréntesis: **en la palabra hay asociación de una impresión acústica y de una idea:**
R todo ocurre en el cerebro. Cuando dejamos de lado lo que ha producido esta impresión,[90] toda la lengua permanece en el cerebro, por ejemplo en el hombre que duerme.
BG Alguien que no habla tiene interiorizado todo el sistema de valores.[91]
G Esto conduce a la misma conclusión: importancia nula de la función vocal.
R Por este camino también podemos darnos cuenta de lo que hay en la lengua y de lo que es el fenómeno lingüístico.

[87] es, G
[88] que son uno de los factores históricos de la lengua, G
[89] Véase CLG, p. 140 (fuente: D 219).
[90] Descartemos la impresión acústica y mantengamos sólo su recuerdo, G
[91] Véase CLG, p. 58, 1º.

G *26 de noviembre*

R Hasta aquí hemos tratado de ponernos en claro sobre la naturaleza y lugar de la lengua, pero a través de una tentativa externa, por lo que no es: [92] asimilándola a un sistema de signos (por ejemplo la lengua de los sordo-mudos) o, en general, a los signos, o aún más en general, al valor; más aún, al producto social. Pero hemos logrado algún resultado: nos ha llevado a negar que la lengua [93] sea una función del individuo y a clasificarla dentro del mismo orden que el valor, que el producto social.

Pero

B aun cuando hayamos hecho aproximaciones o descartado ciertas cosas, siempre transitamos por un camino externo:

R circulamos alrededor de la lengua en lugar de ubicarnos en su centro: no hemos explorado por dentro los caracteres primarios, esenciales para la fijación de su naturaleza y lugar.

Si nos preguntamos, desde el plano interior, tomando el organismo de la lengua, cuáles son las características preponderantes del objeto, hay que señalar, plantear tal como surgen, en cuanto se lo aborda desde sus fundamentos, dos problemas que parecen contradictorios con lo que hemos dicho, y que, por otra parte, nadie los ha mencionado [94]: la cuestión de las *unidades* e *identidades*.

1) Cuestión de las *unidades*

a) En la mayor parte de los dominios que son objeto de ciencia, este problema ni siquiera se plantea: las unidades están dadas. En la zoología o la botánica, la unidad del individuo, animal o planta, se presenta a primera vista, presentándose como base desde el primer momento. Esto es lo que se llama una unidad concreta (es decir, no abstracta: para que exista no hay necesidad de una operación del espíritu). [95] La comparación de estas unidades, etc., y no su delimitación constituirá el objeto de la investigación:

G si no es el animal, que siempre es una unidad, será por ejemplo, la célula, que también es algo dado [96],

92 vinculándola con, B G
93 la lengua, R B el lenguaje, G
94 ("que no he visto planteados en ninguna parte"), G
95 Uno no se reduce a encontrarlas por abstracción, G
96 cuando lo que se dé no sea la unidad de la célula, R

R El astrónomo
G no tiene dificultad en distinguir las unidades
R (unidades separadas por el espacio); el químico
G tampoco: los cuerpos forman unidades dadas
R (por ejemplo, el bicromato de potasio es una unidad absoluta, que no puede ponerse en duda en ningún momento como unidad concreta; a lo sumo es posible preguntarse en qué consiste, investigar su composición).

b) Cuando las unidades concretas, en otros dominios científicos, no se presentan como evidencia, tampoco tienen importancia: no se percibe, por ejemplo, la unidad concreta de la historia[97] (¿individuo, época, nación?), pero la historia puede operar sin que le sea necesario afirmar que las toma como base; no ocupan un lugar necesario en el conjunto de la ciencia.

El lenguaje,[98] por el contrario, 1) **tiene fundamentalmente el carácter de un sistema fundado sobre oposiciones** (como un juego de ajedrez con las distintas combinaciones de fuerzas que poseen las diferentes piezas). Como la lengua está constituida enteramente por la oposición de ciertas unidades y no posee otro sustrato (¡la lengua consiste sólo en estas unidades! En la lengua no existe más que el juego de unas unidades con respecto a otras),[99] no se puede dejar de conocer estas unidades; no podemos dar un solo paso sin tenerlas en cuenta, sean lo que fueren.

2) **¿Resultan evidentes?** ¿Es fácil captar estas unidades en las que consiste todo el fenómeno de la lengua? A menudo la respuesta será sí; estas unidades son las palabras. Según parece, la lengua consiste únicamente en palabras. Lo que se trata es de afirmar si estas unidades están dadas como los individuos en una especie zoológica. **Pero de inmediato lo ponemos en duda viendo** lo mucho que se ha discutido para definir la palabra. Hagamos la experiencia sobre la palabra (ya que es la unidad que se nos propone). Tomemos *mois* [*] (admitamos que *moi* y *mois* son diferentes para nosotros, aunque no podamos hablar largamente sobre el tema y aunque para distinguirlos exista ya una combina-

[97] En la historia, no se observan unidades dadas, G
[98] El lenguaje, R B G
[99] La lengua no es libre de tener o no tener unidades: consiste justamente en eso. La cuestión no está en algún sustrato sino en ese juego, B

[*] La palabra *mois* (mes) y *moi* (pronombre de 1ª persona) son idénticas desde el punto de vista fónico; asimismo, no se diferencian en singular y plural.

ción de sonido y de idea [en esta distinción]— es decir que *moi* y *mois* no se nos dan directamente como unidades distintas).[100] ¿Acaso *mois* singular y *mois* plural son la misma palabra?

G Sin duda, es la misma palabra.

R Entonces *cheval, chevaux* (caballo, caballos) son también la misma palabra:

B esto es así si como *una* palabra incluyo la variación singular-plural;

R pero entonces, para encontrar una unidad no podemos tomar ni *cheval* ni *chevaux*, sino lo que resulte como media de ambos: hacemos una abstracción,

G dejamos la unidad concreta,

R tomamos como unidad algo que no está dado directamente, que es ya el resultado de una operación del espíritu.

Pero hay otro medio. Si recurro a otra base: la continuidad del discurso, voy a tomar la palabra como algo que constituye un segmento en la cadena del discurso y no en el conjunto de su significación (éstas son, en efecto, las dos maneras de considerar la palabra).

G Veamos si este método nos da la unidad co<ncr>eta.[101]

R Sin embargo, aparece en seguida algo que nos hace pensar: sibilidad de hacer cortes,
si escuchamos una lengua extranjera, nos encontramos en la impo-

G separaciones de palabras;

R por lo tanto, estas unidades no están dadas directamente por el aspecto fónico; hay que asociar la idea.

G Desearía que nos volcáramos sobre la idea dejando el fenómeno fónico.

R Entonces, si se toma la palabra como trozo del discurso, ¿habrá otras tantas unidades concretas? Retomemos *chevaux* o solamente *mois*, y representémonos "le mois de décembre" (el mes de diciembre) fonológicamente, como lo produciría un fonógrafo, sin interrupción — como escrito en una inscripción griega que fotografía, por así decir, el discurso. Hagamos los cortes; de inmediato vamos a ver que hacemos intervenir nuevamente el aspecto mental como instrumento, el sentido: */mwa/* va a constituir una

[100] MOIS (combinación de sonido e idea que evita la confusión con MOI), G

[101] completa, G

unidad, pero en "un mois et demi", la unidad ya no será /*mwa*/ sino /*mwaz*/.

G Hay entonces dos unidades; de no considerarlas, volveríamos a caer en la abstracción.

R Nuevamente, o bien ya no tenemos totalmente una unidad y debemos renunciar a considerar *mois* o *cheval* como palabras; o bien ya no tenemos una unidad concreta: es necesario una combinación de unidades para que resulte una primera unidad;[102] en seguida aparece una tergiversación del principio.

Se podría practicar sobre unidades distintas de las palabras. Existe un punto de vista que enuncia:

G la palabra es una abstracción porque no es más que una fracción de la frase;

R las unidades concretas son únicamente las frases; solo hablamos por frases: busquemos las palabras por abstracción. **Pero esto lleva lejos.** Si tomamos la masa de frases que se pronuncian, su gran característica es la de no parecerse en absoluto entre ellas, de no ofrecer un fondo común que pueda ser objeto de estudio. La inmensa diversidad de las frases puede parecerse a la inmensa diversidad de las individualidades. Pero las unidades

G de las otras ciencias

R tienen caracteres comunes y esenciales mucho más importantes que estas diferencias. Las otras ciencias pueden estudiar lo general en el individuo dejando de lado los caracteres que los diferencian de otros. En la frase[103] todo es diversidad y si se desea encontrar algo común,

B será necesaria la complejidad, es decir: métodos complejos y se llegará a la palabra

R que no se buscaba en forma directa.

G Conclusión: no es más fácil lograr algo con la frase que con la palabra.

R **Considerada** desde su plano interno, **en su objeto mismo, la lengua nos sorprende**, pues en ello consiste su carácter fundamental, **al no presentar unidades concretas**

G captables

R **de primera intención**, y sin que podamos renunciar a la idea de que existen y de que es su juego lo que hace la lengua. He

[102] Ya existe combinación de unid—, B
[103] En las frases, G

aquí el primer punto: una característica que se resuelve en un problema.

G *30 de noviembre*

Apéndice a la cuestión de las unidades.[104]

R Antes de abordar las identidades, volvamos sobre un aspecto de las unidades que habíamos dejado de lado. El aspecto del instrumento material del signo en lingüística. ¿Es decisivo el carácter de ser la voz humana y el producto de los aparatos bucales? No. Pero aquí tenemos un carácter capital de la **materia fónica** que no ha sido puesto en relieve lo suficiente: el hecho de que se nos presenta **como una cadena acústica, lo que supone el carácter temporal** de tener sólo una dimensión. Podría decirse que es un carácter lineal: la cadena del habla se nos presenta necesariamente[105] como una línea y esto tiene una significación inmensa para todas las relaciones posteriores que van a establecerse. Las diferencias cualitativas (diferencia de una vocal a otra, de acento) sólo se traducen sucesivamente
G no puede haber a la vez dos rasgos,
R no puede existir a la vez una vocal acentuada y átona; todo forma una línea, como en música.

Si salimos de la lengua, puede no ocurrir lo mismo con otros signos: lo que se presenta al órgano visual puede comportar una multiplicidad[106] de signos simultáneos. Se puede superponer un signo más general, que sería el fondo y otros proyectados sobre éste. Todas las direcciones y combinaciones son posibles, todos los recursos que pueden resultar de la simultaneidad están a nuestra disposición en el mismo sistema de signos.
G En la línea acústica no ocurre así.
R La materia acústica va siempre en el mismo sentido y no admite la simultaneidad de dos signos[107].
G Es importante, entonces, no confundir signos acústicos y visuales.
R Cuando se habla de signos pensamos de inmediato en los signos visuales y caemos en la falsa idea de que la separación de

[104] *Título tachado*: cuestión de las identidades, G
[105] el habla está representada, G
[106] una pluralidad, G
[107] Véase CLG, p. 133, § 3 (fuente: D 191).

los signos es algo simple y que no necesita de una operación del espíritu.

De este carácter de la lengua resulta que el aspecto material del signo [108] es amorfo, que no tiene una forma en sí. Ésta es una de las causas que hacen difícil encontrar dónde están las unidades. La tarea de la lingüística sería determinar cuáles son en realidad estas unidades válidas en general. No puede decirse que se haya dado cuenta, pues no ha hecho más que discutir sobre unidades mal definidas. La tarea más inmediata de la lingüística no será sólo la determinación de las unidades que maneja, pero haciéndolo habrá cumplido enteramente su cometido: [109] el papel característico del lenguaje con respecto al pensamiento no es el de constituir un medio fónico, material; es el de crear un medio intermediario

G entre el pensamiento y el sonido,

R de una naturaleza tal que el compromiso entre el pensamiento y el sonido nos conduce inevitablemente a las unidades particulares. El pensamiento, desde su naturaleza caótica, se ve forzado a precisarse, porque se descompone, se reparte, a través del lenguaje, en unidades.[110] Pero no hay que caer en la idea banal de que el lenguaje es un molde: considerarlo como algo fijo, rígido, mientras la materia fónica es tan caótica como el pensamiento. De ninguna manera: no es la materialización de estos pensamientos por un sonido lo que constituye un fenómeno necesario: es el hecho, de algún modo misterioso, de que el pensamiento-sonido implique las divisiones [111] que son unidades finales de la lingüística. Sonido y pensamiento sólo pueden combinarse por estas unidades. (Comparación de dos masas amorfas: el agua y el aire.[112] Si la presión atmosférica cambia, la superficie del agua se descompone en una sucesión de unidades, la ola = cadena intermediaria que no forma sustancia. Esta ondulación representa la unión, el acoplamiento, por así decir, del pensamiento con esta cadena fónica que es en sí amorfa.[113] Su combinación pro-

[108] la materia, B la materia del lenguaje, G

[109] casi todo su cometido, G

[110] se precisa en tanto se descompone. El lenguaje posee un carácter benefactor: el de forzar al pensamiento a descomponerse, G

[111] Lo más notable, es que el sonido-pensamiento (o pensamiento-sonido) implica subdivisiones, G

[112] una superficie líquida y la masa atmosférica, G

[113] (la materia que forma las olas es también amorfa), G

duce una forma.) El campo de la lingüística podría denominarse en un sentido muy amplio, el campo común de las articulaciones, es decir, de los "articuli", de los pequeños miembros en los que el pensamiento adquiere conciencia (¿valor? *B*)[114] por un sonido. Fuera de estas articulaciones, de estas unidades, o se hace psicología pura (pensamiento) o bien fonología (sonido).

G El dominio de la lingüística está en estos fenómenos fronterizos.

R La *cuestión de las identidades* **puede confundirse en parte con la de las unidades.** No es más que una complicación –fecunda por cierto– de esta cuestión. ¿Dónde reposa la identidad de *calidus y chaud* (š o) (caliente) o bien de *despectus* y *dépit* (despecho)? La cadena fónica en estas dos últimas palabras es diferente; la significación, lejos de ser idéntica. ¿En qué consiste esta identidad? Pero no pensemos que allí reside el gran problema: es también interesante preguntarse en qué hacemos reposar la afirmación de identidad

G de una misma palabra pronunciada dos veces seguidas,

R de "¡Señores!" y "¡Señores!" No cabe duda que allí hay dos actos sucesivos. Es necesario referirse a algún *vínculo.* ¿Cuál es? Se trata casi de la misma identidad de un tren expreso

G diario

R de las 12 hs 50 ó 5 hs para Nápoles. Puede parecer paradójico: ¡materia [fónica] diferente! Pero en "¡Señores!" pronunciado dos veces, ocurre lo mismo: he tenido que renovar su materia. No es entonces una identidad cualquiera la que tenemos en mano. Otro ejemplo: se reconstruye una calle; ¡es la misma calle!

Esta identidad es del mismo tipo que la identidad lingüística. Esta pregunta, ¿en qué reposa la identidad?, es la más grave porque nos retrotrae totalmente a la cuestión de la unidad.[115] No existe identidad si ciertas condiciones tácitas no están adquiridas previamente. El vínculo de la identidad lingüística (por otra parte puede haber muchos) afecta la idea misma de identidad. En el ejemplo de la calle podemos preguntarnos de qué tipo es esta unidad: se verá que es puramente negativa u opositiva.

El vínculo de identidad reposa entonces sobre **elementos que hay que tratar de descubrir**; a través de ellos estaremos muy cerca

[114] el apunte de B, escrito entre paréntesis por R, es sin duda la mejor.
[115] Esta cuestión de identidad se confunde con la de unidad, G

de las unidades. Esta cuestión de las identidades termina resultando la misma que la de las realidades lingüísticas. La lengua está llena de realidades engañosas porque un gran número de lingüistas ha creado fantasmas y se ha apegado a ellos. Pero, ¿dónde está el fantasma y dónde la realidad? Difícil de decir. Para establecerlo hay que persuadirse de que **uno no está frente a seres concretos.** Ejemplo (que mostraría que siempre se vuelve a una cuestión de unidades): la distinción de las partes del discurso. Es difícil comprender la naturaleza exacta de esta clasificación (¿es lógica, lingüística?, etc.).

G El adjetivo, se dice, es una parte del discurso.

R ¿Acaso en "ces gants sont bon marché" (estos guantes son baratos), *bon marché* es un adjetivo? La complicación reside en que hay dos palabras, porque al distinguir las partes del discurso se había creído que se distinguían palabras (¡!). La cuestión de la unidad se plantea entonces casi inmediatamente.

En otro orden de cosas, si tomamos por ejemplo los perfectos griegos en —κα, tenemos muchas razones para creer que ese —κα no tiene nada que ver con el verbo mismo y que se le ha ido adhiriendo poco a poco.[116] En este caso lo que está en juego es una cuestión de unidad. ¿Estamos seguros que antes de esta unión βέβη - κα constituía dos y que ahora βέβηκα no constituye más que uno? No podemos afirmarlo.

O bien una palabra como *cantor*. Sentimos que podemos, por la analogía, dividirlo en *cant+or*, sin embargo, etimológicamente es *can+tor*.[117] Este es un cambio, por así decir, de pura repartición: el total se mantiene igual. Se trata entonces de una cuestión de unidad; si no la escudriñamos no podremos darnos cuenta del fenómeno.

Saber cuáles son las diferentes cosas que tenemos el derecho a llamar realidades, es decidir qué vínculos de identidad existen entre ellas (qué identidades suponen) y qué categorías de unidades pueden formar.

¿Se podría hablar de categorías

G más que de unidades?

R No, porque en el lenguaje es siempre necesaria una mate-

[116] la κα del perfecto griego es probablemente una partícula adventicia, G

[117] Opongamos *chanteur*, donde sentimos dos elementos diferentes (chant + eur), a *cantor* cuya separación no se corresponde (can + tor), G

ria fónica; que habrá que segmentar, porque es lineal. Así se confirman las unidades.[118] Hablar de ideas generales antes de haber hecho lingüística es como poner el arado delante de los bueyes: pero hace falta. Nuestras observaciones tienen también el defecto de ser o demasiado largas o demasiado cortas.

G *3 de diciembre*

R *Observaciones incidentales.*[119] La idea de unidad sería tal vez más clara si se hablara de unidades significativas. Pero hay que insistir en el término: unidad. De otra manera, uno se expone a hacerse una falsa idea y a creer que hay palabras que existen como unidades a las que se le agrega una significación. Por el contrario, es la significación la que delimita las palabras
G en la masa hablada.[120]
R Criterio de lo que es pura abstracción y de lo que es concreto. En todo momento se ha hablado del peligro de las abstracciones. Para darnos cuenta de qué se trata hace falta un criterio; este criterio está en la conciencia de cada uno: lo que se encuentra en la conciencia de los sujetos hablantes, lo que se experimenta en diferente grado, es la significación. Podrá decirse entonces que lo real concreto, muy difícil de captar en la lengua, es lo que se siente, que equivale a su vez a lo que es significativo en diferente grado.[121]
G (Hay grados de conciencia y de significatividad.)
R Lo que es significativo se traduce en una diferenciación de unidades.
G La unidad no preexiste. La crea la significación.[122]
R Las unidades no están allí para recibir una significación. Cuando el gramático dice que en *ekwos, ekwo-* es la radical, esta delimitación es una abstracción de los gramáticos. Porque *ekwo* no era sentida como una unidad por los latinos. Si se separa *ekw / os* es más factible que se hayan distinguido dos elementos:

118 la línea fónica tendrá que ser cortada como con tijera y finalmente va a segmentarse en unidades, G
119 *notas posteriores*, G
120 en el pensamiento, R La sola significación permite delimitar las unidades, B
121 concreto / real } = lo que es sentido = lo que es significativo, G
122 la significación la crea, no existe de antemano, R

-*os*, al que se le adjudicaba un sentido en relación a *ekw*-; se sentían como dos unidades.
G Pero también puede ser que por analogía con *rek-s* se haya sentido la separación *ekwo-s*.
R La oposición entre la separación indoeuropea (*ekwo-s*) y <la separación> latina (*ekw-os*) se traduce en una delimitación de unidades.[123]
G Se ve entonces cómo es el sentido el que crea la unidad.
R *División interna de las cuestiones lingüísticas.*[124]

En primer lugar, hay que dejar de lado todo lo que vamos a llamar el aspecto externo de la lingüística, que no se vincula directamente con el organismo interno de la lengua. Se han hecho objeciones al empleo del término organismo: la lengua no puede ser comparada a un ser viviente, es, en todo momento, el producto de quienes depende. Sin embargo, podemos emplear esta palabra sin decir que la lengua es algo aparte, que existe fuera del espíritu, independiente.

¿Se puede hablar de lingüística externa
G y lingüística interna?
R Si tenemos algún escrúpulo, podemos decir: estudio interno y externo de la lingüística.

Lo que entra en el aspecto externo: historia y descripción ext<erna>.
G (Cátedra de Alexis François,[125] Historia *externa* de la lengua francesa.)
R La palabra lingüística evoca principalmente la idea de este conjunto.[126] Por este costado la lingüística toca una cantidad de dominios que no le son propios; lo que no constituye la lingüística propiamente dicha o pura. También en este caso nuestra definición es por la negativa; todo lo que no se relaciona con el organismo interior:[127]
G 1)
R las relaciones de las diferentes lenguas con la etnología, los

[123] ekwos, ekw— os [etc.] R B G, y no equos, equ—os: no se trata solamente del latín, como lo indica la última frase de R
[124] Divisiones interiores de la ling— G
[125] Profesor de la Facultad de Letras de la Universidad de Ginebra de 1908 hasta 1952.
[126] la lingüística, hasta el momento, parece preocupada principalmente de este campo, G
[127] interno, G — Véase n. 138.

puntos en que la lengua se asocia a la historia de los diferentes pueblos, civilizaciones, razas. Las relaciones, como ocurre en general, son aquí dobles: ¿los que hablan una lengua eslava, son todos de raza eslava?

G A la recíproca, la lengua eslava adoptada por un grupo no eslavo,[128] ¿<no> sufre ciertas consecuencias?

R En segundo lugar, relaciones con la historia política de los pueblos. Grandes hechos (como la conquista árabe, romana) tienen influencias sin límite en una gran cantidad de hechos lingüísticos.

G Además de las conquistas[129]

R existe la colonización, que transporta un idioma a medios diferentes; esto puede traer cambios en la lengua.

G Otras influencias políticas:[130]

R Noruega adoptó el danés

G como lengua oficial

R al unirse políticamente; actualmente, el noruego trata de deshacerse de ella, pero está impregnado de elementos daneses. El estado político: estados que dejan libertad a todos los idiomas (Suiza); otros que tratan de establecer la unidad (Francia).

G Medidas contra las lenguas de las minorías en un gran conjunto político.

R En estados muy civilizados,

G la civilización implica un desarrollo de la lengua, de ciertas lenguas técnicas:[131]

R lengua jurídica, etcétera.

En tercer lugar, vinculaciones con instituciones de todo tipo: la iglesia, la escuela. Es difícilmente separable de algo mucho más general: el desarrollo literario de una lengua, algo tan general que es casi inseparable de la historia política (pero estamos hablando sólo negativamente).

G Aquí se plantea

R el importante problema

G del nacimiento

R de las lenguas literarias que entran en lucha con los dialectos locales.

[128] si se trata de una raza errante que habla eslavo, R
[129] Junto a, B En la conquista, R
[130] Todo género de hechos políticos, R
[131] ciertos aspectos de la lengua se desarrollan, R

G A su vez, la lengua literaria depende más de otras cosas [132] que de la literatura: la ciencia, la lengua oficial,
R la influencia de los salones, de la academia; en Alemania, de la imprenta, de las cancillerías imperiales.

En cuarto lugar, tendríamos también **la extensión geográfica de las diferentes lenguas: el gran fenómeno de la diversificación dialectal, que es general,** sólo puede tratarse por un método geográfico: lo que se necesita en primer lugar son los atlas
G lingüísticos.
R Para mostrar en qué medida la lengua está ligada con la extensión geográfica, estos atlas dan únicamente el límite de los dialectos. Pero no hay límites de dialectos, sólo hay límites de *caracteres* dialectales:



Líneas isoglosas: término muy mal elegido; estas líneas <corresponden a> elementos dialectales, elementos de diversidad, no a lenguas (¡!). La objeción a esta clasificación (lingüística interna y externa) puede plantearse muy fácilmente: todo esto, ¿concierne al organismo interior [133] de la lengua? Si se trata de lenguas sedentarias y las condiciones son las habituales, son las condiciones orgánicas de la lengua (¡!). Puede ser; pero esto no concierne al organismo interior de la lengua: del mismo modo para el olivo o el lúpulo se pueden trazar sobre una mapa los límites de su zona de cultivo; pero toda la organización interior de la planta puede ser estudiada fuera de esta delimitación.

Pero la objeción va más lejos: no se podría separar todo este aspecto externo del estudio propiamente dicho de la lengua. Los alemanes han insistido mucho sobre las "realia"; han hecho observar en qué medida la gramática de una lengua depende de estas causas exteriores (también la planta puede ser cambiada interiormente por factores externos: terreno, clima, etc.); de qué modo la

[132] **se relaciona con muchas otras cosas, R**
[133] **se incluye en el desarrollo interno, G**

lengua está repleta de términos técnicos que no pueden explicarse si no se considera su proveniencia.[134] A propósito de la lengua literaria se ha dicho que desde cierto punto de vista es anormal: es normal, ya que en todas partes se desarrolla junto a los dialectos locales

G cuando un pueblo llega a un cierto grado <de civilización>.

R Es cierto que cuanto más se estudien los fenómenos externos mejor será para el estudio de la lengua. Pero es falso decir que hay necesidad de recurrir a ellos en todo momento. Hay que hacer la separación: es necesario para la claridad, y, cuanto más se separe, más va a ganar.

G Comparación: cuando una especie vegetal se desmejora bajo influencias externas, resulta una modificación interna: ¿este caso entra en la botánica? También en lingüística puede haber dudas de este género. Ejemplo:

R hay idiomas que no se sabe qué pueblos los han hablado (caso del zenda: ¿es la lengua de los medos?; del paleoeslavo: ¿es la antigua lengua búlgara o eslovena?, aunque no estemos enterados de lo que les concierna exteriormente, no tenemos dificultades para el estudio interior de estas lenguas.

En este aspecto externo, no hacemos entrar las ciencias o estudios auxiliares. Existen estudios auxiliares que no incluimos en ningún lugar de la lingüística: la psicología, la fisiología del habla.

G Ni siquiera se ubican en la lingüística externa[135].

7 de diciembre

R La mejor prueba de que es lícito distinguir entre la lingüística externa y <la lingüística> interna consiste en que no es posible trabajar con un método igualmente simple para una y otra. Esto nos permite tener un criterio para decir qué pertenece a la lingüística externa y qué no. Mientras hablemos de cosas como las que enumeramos más arriba, podremos seguir agregando detalle tras detalle sin sentirnos atenazados por el sistema. Nada es más envidiable para un lingüista que la rela-

[134] La mitad de la lengua sólo se explica por las lenguas técnicas, que implican el conocimiento de diversas especialidades, G

[135] (Es necesario que el fis<iólogo> se informe de lo que quiera estudiar, pero eso no es lingüística), R

tiva facilidad con la que puede hacerse la historia de un pueblo:
G Se puede cortar donde se quiera;
R mientras ocurra lo mismo con la historia de la lengua es señal de que estamos en la lingüística externa. Todos los detalles que determinan la historia de la expansión de una lengua fuera de su territorio se agruparán un poco según se quiera,
G siempre que se aporte la totalidad de los hechos;
R igualmente, si se investiga lo que ha creado una lengua literaria por oposición a los dialectos,[136] no es necesario salirse de la narración, y si se agrupan los hechos en divisiones más profundas, será para mayor claridad.

En la lingüística interna esto cambia: no admite cualquier orden;
G la lengua
R es un sistema que admite sólo su propio orden. Si se prefiere, en lugar de hablar de organismo, se puede hablar de *sistema*.[137] Es mejor y no cambia la idea. La lingüística externa es entonces todo lo que concierne a la lingüística sin entrar en su sistema.
G Todo aquello que se vincula con su sistema constituye la lingüística interna.
R La comparación con el ajedrez es interesante: el valor de cada pieza resulta de un sistema (conjunto) complejo de condiciones, más que del valor propio de cada pieza. Se puede ver claramente lo que es interno y externo en lo que ha podido hacer a la historia del ajedrez: su paso de Persia a Europa es externo;
G lo mismo si los términos que designan algo son de tal o cual origen.
R Es interno sólo lo que concierne al sistema. Sin embargo, no siempre se ve enseguida lo que interesa al sistema y los elementos exteriores no son siempre tan exteriores como los mencionados. Por ejemplo, si las piezas son de marfil o madera es indiferente para el sistema, por lo tanto exterior. Si se admite una pieza o una línea de cuadros más, es importante para el sistema, interior.[138] En ciertos casos habrá que discutir si se trata de interior o exterior. Es interior: **lo que es susceptible de cambiar los valores en diferente grado.** O bien: cada hecho ex-

136 También en lo que se refiere a la historia de la lengua literaria francesa, G
137 (Si quieren, digamos siempre sistema en lugar de organismo), G
138 interno, G

terno debe ser considerado por la teoría en la medida en que pueda cambiar los valores. Tendremos ocasión de replantear que en todo sistema como la lengua no hay nada más que valores.

¿Cómo están formados estos valores? Esto difiere según la base de cada sistema; esto es lo único constante: que los valores no constituyen nunca unidades simples y mucho menos en la lengua donde ni siquiera se puede delimitar una unidad material fuera de su valor (¡!).

Volvemos a un punto que habíamos tocado. Para simplificar, Saussure no establece diferencia fundamental entre estas cinco cosas: un valor, una identidad, una unidad, una realidad (en el sentido lingüístico: realidad lingüística) y un elemento concreto lingüístico.

Para que no parezca que tomamos cosas extraordinarias, tomemos el caballo del ajedrez: ¿es un elemento concreto del ajedrez? Seguramente no, puesto que, tomado en su materialidad, fuera de su cuadro y de otras circunstancias, representa algo para la materia universal pero absolutamente nada para el ajedrez. Lo concreto será el caballo[139], investido de su valor, haciendo uno con él. ¿Posee una identidad? Totalmente, en la medida en que tenga un valor. Puede comprobarse que no solamente cualquier otro caballo, sino también piezas que no tuvieran ningún parecido con este caballo, siempre que difieran de las otras, pueden considerarse idénticas para el ajedrez, siempre y cuando tengan el mismo valor. A partir de aquí se ve que la medida de la identidad, en los sistemas que nos ocupan, no es la misma que en otros: se ve el vínculo entre la identidad y la unidad, una es base de la otra.

Es lo mismo, ubicados en un ámbito sistemático, hablar de realidad o de valor, pero también de identidad y de valor, y a la inversa. Es esto lo que comprende todo este ámbito. (Hay que cuidarse de no dar otra base a estas entidades; no considerar las sílabas como realidades.)[140] Es algo para agregar a la significación,
G considerada inseparable,
R pero insuficiente. El valor no es la significación. El valor está dado por otros datos además de la significación, por la

[139] Sólo será un elemento concreto y real cuando esté, G

[140] Error fundamental: cuando se cree aprehender la base de la lengua en el fonismo de una palabra, G

relación
G con otras ideas,[141]
R **por la situación recíproca de las piezas de la lengua.**[142]

idea x — × — idea x [143]
marcher (caminar) — marchan<t> (caminante)

y así sucesivamente. **Es el mismo valor el que hará la delimitación; la unidad**[144] **no está fundamentalmente delimitada: esto es lo particular de la lengua.**

La palabra es la unidad más sólidamente delimitada. El lingüista que quiera delimitar la unidad de la palabra tendrá que investigar en qué se funda esta separación de la palabra, lo que podría ser tema de todo un año de curso. Existen escrituras que no conocen la separación de las palabras; los analfabetos (cartas de cocineras) ignoran su separación exacta.

G (Excelentes documentos para hacer reflexionar sobre qué es la palabra). La unidad
R se reduce siempre al valor y a la identidad por el valor; la unidad no tiene existencia previa fuera del valor. Esto nos conduce siempre a la pregunta: ¿qué es el valor?,
G ¿una identidad? ¿un elemento concreto (opuesto a elemento material)?[145]
R La división interior de la lingüística,
G a la que tendemos,
R está basada necesariamente en estas entidades de valor, etcétera.
G Si los valores forman una totalidad, las divisiones interiores deben partir de allí. Si la medida de identidad de la lengua le es propia, hay que partir de ahí.
R Fuera del valor no vemos otras identidades. Realidad, elemento concreto, unidad, se confunden. Tenemos que reconocer que hay dos clases de identidades en la lengua, o, en todo caso, que hay dos niveles de problema de identidad.
G 1)
R En todo momento nos encontramos frente a un tipo de

141 entre un todo y una cierta idea, R
142 de las piezas de ajedrez, G
143 marchand, R
144 la forma, G
145 identidad, elemento concreto, R

identidad que Saussure define: **identidad a través del tiempo;** se le puede proponer un término: diacrónica (que atraviesa el tiempo; es por la que decimos que *sevrer* (destetar) es *separare.* ¿En qué reposa exactamente esta identidad? de esto debe ocuparse una parte de la lingüística.

G No voy a ocuparme de explicar esta identidad.

R No vamos a decir, por ejemplo, que *fleurir* sea lo mismo que *florere:* **algo ha cambiado, no es la misma forma en línea directa** (en todo caso haría falta florire).

B Sin embargo uno no es más diferente que el otro. Digamos que por un lado hay identidad y por el otro, no.[146]

R En su aspecto más marcado (no absolutamente), la identidad diacrónica es lo que se llama identidad fonética. No nos fiemos de este término: la palabra no explica nada.

Por el hecho de que se haya hecho intervenir la idea de sonido, no creamos que hemos dado cuenta del fenómeno. Si nos preguntamos en qué consiste, vemos que hay que salirse de la idea del sonido (¡!). La idea de que se trata del sonido es precaria [147] desde muchos puntos de vista.

G No quisiera entrar a fondo en este problema.

R Por ejemplo, en todo cambio fonético, en toda ley fonética, ¿es el sonido lo que cambia? No: *a* no se transforma en *e*; [148] no se ha hecho más que reproducir una forma diferenciándose de ella. La relación de identidad [149] está fuera del sonido. Es como una melodía mal reproducida: sólo en nombre de la unidad es posible juzgar si ha existido un cambio:

G lo que se produjo es menos importante que la unidad que mantiene la identidad.[150]

R Es misteriosa la relación de esta identidad diacrónica que hace que dos palabras hayan cambiado completamente [151] (*calidus: šo;* <germ.> *aiwa:* <al.> *je*) y que sin embargo se afirme la identidad. **¿En qué consiste?**

¡Justamente!

[146] Por lo tanto, por un lado se plantea la identidad y del otro no, R

[147] La id<entidad> fonética es precaria, G

[148] No es el sonido lo que cambia, no es una *a* que se transforma en otra cosa, G

[149] de unidad, G

[150] es más importante que el cambio fonético, R

[151] Se nos puede plantear una unidad paradójica: G

G De repente nos encontramos en el primer problema de la lengua. Pero no significa que la respuesta sea fácil.
R En la lingüística hay entonces toda una serie de cuestiones para resolver, o más bien para sondear, que se relacionan con identidades de unidades diacrónicas.

G 2)

R Frente a esto, existe otro orden de identidades, el de las identidades sincrónicas que forman una lengua, las que constituyen un estado. En esto, más que en cualquier otro campo, los elementos que constituyen esta identidad no son evidentes en absoluto. ¿Acaso la negación *pas* es idéntica al sustantivo *pas*? Esto puede enfrentar la identidad diacrónica y <la identidad> sincrónica. Diacrónicamente, no hay duda ("Je n'irai pas" - esto está entendido). Pero sincrónicamente, vemos que estamos situados frente a otro sistema de pesos y medidas. Hay que responder negativamente:
G estamos frente a dos valores. No hay identidad;
R la prueba está que en la escuela se nos obliga a aprender esta unidad.

Éstos son los dos ejes que pueden estar en oposición, las dos grandes balanzas: la balanza sincrónica y la balanza diacrónica.

G *10 de diciembre*

R El término sincrónico (= que pertenece a un momento determinado de la lengua) es un poco indeterminado. Parece suponer que todo lo que es simultáneo constituye un mismo orden.
G Será mejor decir: idiosincrónico[152]
R (un nivel especial que corresponde a una lengua determinada) la separación llegará, en principio, hasta el dialecto y subdialecto en la medida en que sea necesario considerar aparte estas divisiones de la lengua. "Diacrónico", no solamente no necesita sino que no supone una especificación de este tipo: los términos que se relacionan en un sentido diacrónico no se encuentran en una misma lengua:

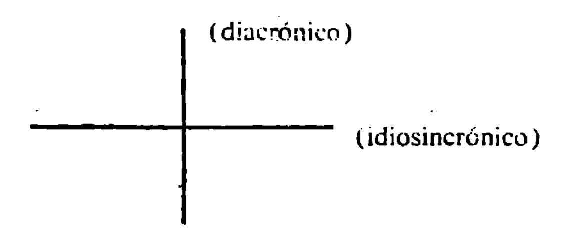
indo-europeo *esti*, griego ’εστι, alemán *ist*, francés *est*.

Es justamente el conjunto de los hechos diacrónicos y su dirección lo que crea la diversidad de los idiomas. (Al mismo tiempo,

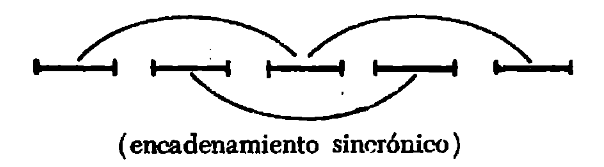
152 Hay que agregar *idio* sincrónico, R

no hace falta tal especificación. Basta que la relación (el vínculo diacrónico, *B*) establecida entre dos términos sea verdadera. Por lo tanto, no se trata de buscar otra cosa.)[152 a]

Los hechos de la lengua se reducen entonces a dos tipos de encadenamientos (diacrónico e idiosincrónico), que se puede representar por dos ejes:

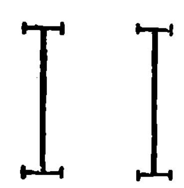


pero, en los dos encadenamientos, hay que trabajar siempre con las unidades exactas que pueden existir según el encadenamiento A o B:



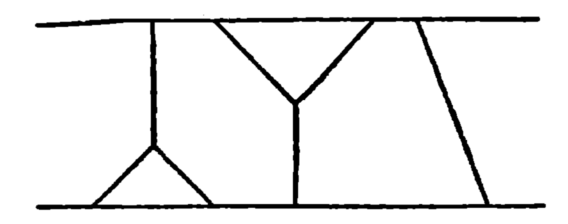
(encadenamiento sincrónico)

G En la relación diacrónica las unidades no son fijas sino variables. Se modifican en todo momento.
R Para la unidad diacrónica la figura falsa sería:



[152 a] Este pasaje no parece estar en su lugar.

como si la unidad ya estuviera delimitada. Por el contrario se establecen en virtud de este encadenamiento:



Ejemplo tomado al azar, del conjunto (en cierto sentido, un poco en el aire), que puede fijar muchas ideas y relacionarse con diferentes puntos que hemos tocado: en el origen de nuestras lenguas indoeuropeas no existe la preposición, pero las relaciones están marcadas por los diferentes casos, que son numerosos, y que tienen una gran fuerza significativa. Por otra parte, no existen verbos compuestos (de un preverbo y un verbo):

B conferre, inducere, etc.; περιοράω).

R En cambio existen partículas, palabras que se agregan para dar un matiz a la acción (como περί). No existe ni *obire mortem*, ni *ire ob mortem*; existe: *mortem ire ob*. Ejemplo griego: en un principio existe ὄρεος ("de la montaña". La fuerza significativa de esta forma reside originariamente tanto en el ablativo como en el genitivo) βαίνω. Esto puede significar no sólo: "vengo de la montaña". Algo le aporta un matiz: κάτα "bajando".

G En una época posterior,[153] tenemos: κατά ὄρεος/βαίνω

R (Saussure no insiste sobre el orden de los términos que también podría ser: ὄρεος κάτα). <κάτα> cumple entonces el papel de preposición.

G También existe:[154] κάταβαίνω/ὄρεος.

R Allí hay dos o tres fenómenos, pero todos reposan en una interpretación de las unidades. La lengua interpreta lo que ha recibido, no siempre cómo lo ha recibido. El valor de cada término ha cambiado, pero se trata ante todo de una nueva repartición de las unidades. La sustancia material que entra en cada

[153] En otro momento, R
[154] Luego, R

unidad es tan importante de considerar para conocer lo que ha ocurrido como la función que se le asigna a esta sustancia.
G Éste es un fenómeno[155]
R que entra en lo que se denomina sintaxis.

Pero creer que es posible moverse en el dominio del sentido puro cuando se hace sintaxis es una ilusión. Esta ilusión ha causado muchos errores.

Tenemos: 1) creación de una especie[156] nueva de palabras:
G las preposiciones,
R que ocurre por un simple desplazamiento de las unidades:
G resultado de otro corte: κάτα ha sido unido a ὄρεος; antes κάτα era una tercera unidad en la frase.
R No es inmediatamente importante que sea κάτα ὄρεος o ὄρεος κάτα. 2) Creación de un tipo verbal nuevo: κάταβαίνω en una o dos palabras. (¡Aunque esto también es un problema!) La unidad particular se resuelve también en un desplazamiento.
G Otra vez, nueva repartición de las unidades.
R 3) También existen los gérmenes de la desaparición
B de un caso: el ablativo, y de la desaparición
R del sentido[157] de los casos en ὄρεος. κάτα va a dar de ahí en adelante la principal contribución al sentido
G originario:
R —ος y no tiene mucha importancia. Por lo tanto, los tres fenómenos se reducen, como decíamos, a una cuestión de unidad.

Si tomamos el simple desplazamiento, hay allí otros tantos fenómenos diacrónicos. Por otra parte, no consisten en cambios fonéticos (ningún sonido cambió). Por lo tanto, la fonética, si es la rama principal, está lejos de agotar lo diacrónico.[158] En el cambio fonético cambia la suma de sonidos; aquí, la idea; lo que tiene de común con la fonética es que todo remite a unidades que se transmiten con o sin cambio en el tiempo.[159] ¡Cambios fonéticos!: se habla siempre de cambios *fonéticos* como si fuera lo único que existiera. Sin embargo hay palabras que se transmiten sin cambio de sonido: hay un desplazamiento que no es fónico.

[155] pero se trata principalmente de un hecho, R
[156] clase, G
[157] del sentido, R G del sentimiento, B
[158] De donde surge que el fenómeno fonético, si es lo típico del fenómeno diacrónico, no es, de ningún modo, el único fenómeno diacrónico, G — Véase R 113-119.
[159] Lo que une ambas cosas, es la transmisión, con o sin cambio, de un cierto número de unidades, B de ciertos elementos, G

G El encadenamiento u
R orden diacrónico equivale al desplazamiento de los valores de los que proviene, es decir al desplazamiento de las unidades significativas.

El orden idiosincrónico[160] es un equilibrio determinado de los valores que se establece en momentos determinados.

G No hay el mismo equilibrio en: βαίνω/ὄρεος/κάτα y en: κάτα ὄρεος/βαίνω.[161]

R El orden diacrónico y el <orden> idiosincrónico se oponen como cinemática y estática. Pero lo cinemático, ¿es siempre histórico? El término historia supone ideas demasiado vagas: la descripción de una época se llama también historia y no se opone al pasaje de una época a otra.

G Luego,
R las fuerzas estáticas y <las fuerzas> dinámicas de la lengua no sólo están en perpetua relación y contacto sino también en conflicto. Su juego recíproco las acerca[162] tanto que la teoría no alcanza a oponerlas muy netamente. Lo que podemos admitir como máximo son los términos: evolutivo y estático (evolutivo no es demasiado preciso, no pone en oposición suficiente los dos sistemas de fuerzas).

En lo diacrónico o sincrónico, los valores o unidades pueden ser de distinta especie. No hay que plantearlos a priori. Por ejemplo, ¿existe sincrónicamente un valor como la palabra? ¿Lo hay en el orden diacrónico? ¿Es el mismo?

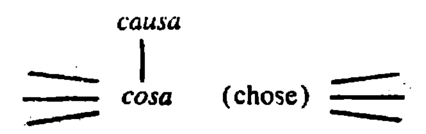
No pueden plantearse de antemano todas las categorías de unidades que uno puede llegar a reconocer en los dos órdenes. Antes de reconocerlas hay que aplicarles el punto de vista diacrónico y el punto de vista sincrónico como base de apreciación. Aun si las unidades elementales sólo pueden ser determinadas ubicándose en uno de los dos puntos de vista:[163] sólo hay realidad en alguno de estos dos órdenes, no hay realidades mixtas entre ambos.

Estos dos órdenes, ¿agotan los puntos de vista de la lingüística? ¿No existe un punto de vista pancrónico en la lengua? Es necesario hacer una distinción desde el comienzo: si únicamente se

[160] sincrónico, B G
[161] (no es el mismo que en el orden diacrónico), R
[162] las opone, G
[163] deben ser miradas a través de una de estas ópticas, G

trata de generalizaciones, entonces pueden ser[164] pancrónicas; pero no son más que generalizaciones. Por ejemplo,
G la siguiente ley: existen los cambios fonéticos.
R Los cambios fonéticos son diacrónicos en sí mismos, pero como ocurren y ocurrirán siempre, se los puede llamar pancrónicos. Pero si hablamos de hechos concretos, no hay punto de vista pancrónico. Precisamente, es lo que determinará lo que es lingüístico y lo que no es[165]: lo que puede ser considerado pancrónicamente.

La palabra *cosa* se encuentra, desde el punto de vista diacrónico, opuesta al latín *causa*
G pero un conjunto de vínculos la relacionan con *causa.*
R Desde el punto de vista sincrónico, habrá que ubicarla frente a otros términos del francés:
G (como casi todos los términos de la lengua).



R Si trato desde el punto de vista pancrónico, veo que lo pancrónico[166] en esta palabra son los sonidos /*kosa*/: en todos los tiempos ha sido posible pronunciar *kosa.* Pero esta materialidad de los sonidos tiene sólo un valor acústico, no lingüístico. La serie de sonidos *kosa* no es una unidad lingüística. He concedido demasiado: aun desde el punto de vista pancrónico *kosa* no es una unidad, es sólo un despojo material, un trozo fónico[167] diferenciado de otra cosa: es una masa informe, sin delimitación (en efecto, por qué *kosa* más que *osa* o *kos*);[168] no es un valor porque no tiene sentido.

Se pueden aplicar los tres puntos de vista: veremos siempre

[164] probablemente serán, G
[165] Es también un criterio de lo que no es lingüístico, G
[166] lo único pancrónico, G
[167] es sólo un fragmento, G
[168] / *oz* /, B. *N. del T.* Este ejemplo lo hemos traducido; en este caso se trata de grupos de sonidos que pueden vincularse a la palabra francesa chose (cosa) = / soz /.

que el punto de vista pancrónico conduce a algo que no es lingüístico.

Saber si una unidad puede ser diacrónica o sincrónica puede ser difícil. Por ejemplo, las unidades irreductibles:

a, i, u } [169]
d, b, }

¿Son lingüísticas, es decir, sincrónicas o diacrónicas?

G Nos preguntamos: 1) ¿en el orden sincrónico?

R En la medida en que se les pueda atribuir un valor, van a constituir unidades de la lengua. Podemos (Saussure no quiere dejar en suspenso el problema) decir que sí. Por ejemplo, *e* muda

G es un sonido que tiene un valor porque

R contribuye a constituir las unidades significativas, tal vez opuesto a otros valores. Son unidades segmentadas desde un punto de vista fonológico, pero que pueden adquirir un valor desde el punto de vista sincrónico, contribuir a la fisonomía del francés, al valor general.

Lo mismo que μ, π, que no pueden estar nunca en final de una palabra griega.

G Las unidades fonológicas contribuyen a constituir una lengua:

R [aunque estas unidades sean segmentadas fonológicamente, pero no fonéticamente, como *kosa*] [170] poseen un valor y tienen derecho a figurar en el punto de vista sincrónico o diacrónico, a ser consideradas como unidades lingüísticas.

G Pancrónicamente, los sonidos no tienen valor para el orden lingüístico (los sonidos se obtienen segmentando fonológicamente las palabras para llegar a los elementos irreductibles).

14 de diciembre

Digre<sión>.

G Fonética no es sinónimo de fonología = *Lautphysiologie*.

R Todo se reducirá entonces a lo sincrónico y diacrónico. Tendremos, en primer lugar, *fenómenos* diacrónicos y fenómenos sin-

[169] los sonidos, G

[170] Véase el comienzo de la lección siguiente, textos de B y G — No se entiende bien sobre qué tema termina la del 10 de Diciembre.

crónicos; *relaciones* diacrónicas y relaciones sincrónicas El problema consiste en saber en qué se diferencia hablar de fenómenos o de relaciones
G en lingüística.
R Tanto relación como fenómeno supone un cierto número de términos entre los que se produce, entre los que ocurre.[171] Estos términos son las unidades sobre las que hemos centrado nuestra atención; será útil, partiendo del fenómeno, volver a las unidades: este punto de vista puede hacer surgir su naturaleza.
G (Pero esto para más adelante.)
R En primer lugar, detengámonos en el fenómeno mismo. Es absolutamente necesario oponer los fenómenos sincrónicos y los fenómenos diacrónicos.

Aun cuando hablemos de fenómenos. ¿Es tan simple distinguir los fenómenos en diacrónicos y sincrónicos? Aquí, como siempre, como a propósito de otras ideas de fenómeno, se produce una continua trampa entre lo diacrónico y lo sincrónico: durante decenas de años la lingüística no ha hecho más que confundirlos. Esto proviene de que estos fenómenos se encuentran en una dependencia estrecha, y que por otra parte son completamente independientes. Son reductibles[172] uno a otro, pero irreductibles en otro sentido más importante. El fenómeno sincrónico está condicionado (pero no creado; es un efecto sólo en parte) por el fenómeno diacrónico. Pero el fenómeno sincrónico es de naturaleza radicalmente diferente. Tomemos un ejemplo al azar (con sólo abrir la gramática se lo encuentra).
G Veremos, como ejemplos, la confusión, sus atractivos y peligros.
R El amplio fenómeno latino que da como regularidad:

	capio	*percipio*
	taceo	*reticeo*
G	*amicus*	*inimicus*
R	*pater*	*Marspiter*,

para formularlo, ocurre que involuntariamente y aun estando prevenido, digamos
G (los gramáticos habituales):

171 En todo caso, existe una pluralidad de términos que constituyen las relaciones, G
172 En cierto sentido parecen reductibles, G

R "la *a* de *capio* se convierte en *i* en *percipio* cuando deja de ser sílaba inicial"; o bien: "*capio* cambia su *a* en *i* en *percipio*, ya que *a* se convierte en *i* cuando no es inicial"; o: "la *ă* latina, ubicada más allá de la inicial cambia en *i*; ejemplo: *căpio*, *percipio*". En esta fórmula, ¿cuántos fenómenos se han considerado? ¡Uno! Este fenómeno se plantea en un solo plano,

B en un tiempo;

R sólo existe un plano, una época. ¿Cuántos términos se comparan? Dos.

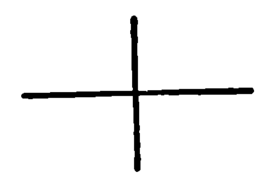
B *capio: percipio*. Si generalizamos se trata de *a* y de *i*.

R La verdad es que *căpio* nunca pudo haber dado la *i* de *percipio*. Esto lo tenemos que considerar así: en una época han coexistido *căpio* y *percăpio*, *păter* y *Marspăter*; luego, en otra época: *căpio* y *percipio*, *păter* y *Marspiter*; lo que a lo largo del tiempo ha dado *percipio* no es otra cosa que *percăpio*

G [178]

capio	percapio
capio	percipio

R Mientras la primera fórmula encierra todos los principales errores, este simple cuadro rectifica y de algún modo contiene las bases de todo lo que hay de importante para considerar lo sincrónico y lo diacrónico, la lengua misma; antes se consideraban dos términos, ahora hay cuatro; había un solo plano, ahora hay dos. Hay dos fenómenos en lugar de uno solo; además vemos que esos fenómenos se ubican en ámbitos, en órdenes, en ejes diferentes:



178 ↓ capio percapio
capio ↔ percipio, R (mal ubicado, *in marg.*)

G Uno está representado por la vertical, el otro por la horizontal.
R En realidad, se podría hablar de tres fenómenos: entre *capio* y *capio* hay un fenómeno diacrónico: de trasmisión sin cambio.

Pero Saussure no insiste sobre esto por el momento: lo esencial es que hay dos. Tal vez no es aparente que existe uno entre *capio* y *percipio* (vemos surgir la diferencia entre fenómeno y relación). El fenómeno existe en la medida en que estas diferencias entre palabras que contraen relaciones[174] contribuye a la significación. Esta significación es una oposición que se funda en una diferencia, diferencia que se vuelve más o menos regular. Ya no es una cuestión de grado: hay una significatividad asociada a esta diferencia que constituye la esencia del fenómeno sincrónico.
G Esta definición es válida para la flexión:
R No hay nada más significativo que una flexión; se trata sólo de una diferencia regular a la que se le atribuye un sentido.[175]

A esta forma del fenómeno sincrónico, a esta oposición se le dará el nombre de alternancia. El segundo fenómeno está condicionado por el primero: la oposición *capio* : *percipio* no existiría si un determinado fenómeno no hubiera transformado *percapio* en *percipio*. No decimos que esto lo ha originado: es necesario el importante hecho del valor que se vincula a este cambio de sonido para comprenderlo totalmente. Por otra parte, estos dos fenómenos son irreductibles uno a otro: el fenómeno sincrónico constituye un orden perfectamente independiente; el fenómeno que hace que el espíritu asocie una significación a la alternancia, a esta diferencia que se le ofrece, no tiene nada que ver con la transformación diacrónica *percapio*>*percipio*. Uno de los caracteres que los hace diferir, consiste en que: 1) El fenómeno diacrónico ocurre entre dos términos sucesivos,[176] de una época a otra; constituye el vínculo, la unión de esos dos términos a través del tiempo; 2) que estos dos términos sucesivos son *idénticos* según un determinado sentido que puede llamarse diacrónico. En el fenómeno sincrónico, los términos son *simultáneos* y *diferentes*: son opuestos (lejos de ser idénticos).[177] Los dos

[174] entre palabras semejantes, G
[175] que consiste en diferencias de sentido, G
[176] entre dos términos que no son simultáneos, G
[177] opuestos, es decir no idénticos, G

fenómenos son entonces irreductibles porque su esencia es diferente.

¿Cuál era la razón para que la fórmula
G de los gramáticos
R resultara vulnerable? Hay distorsión de los hechos y, por otra parte, el plano bajo el cual se consideraban las cosas para hacer de la dualidad una unidad es el carácter fonético; además se pretendía que este fenómeno fonético ocurriera[178] entre dos términos simultáneos, cuando exige la sucesividad. De este modo se dejaba de lado el término capital: *percapio*. Si no se está alerta puede suceder que un fenómeno enmascare a otro en ese cuadrilátero que puede representar la posición de los términos para toda cuestión lingüística. En otros casos pasará lo contrario: se considerará exclusivamente el costado no fonético. El error consiste siempre en considerar solamente un plano, en este caso, ocuparse sólo de lo sincrónico. Por ejemplo, el hecho de que tengamos en alemán:

Nacht / *Nächte* *Gast* / *Gäste*

La fórmula que se puede dar será puramente gramatical, es decir, sincrónica:
G "El plural está marcado por la Umlaut";[179] *
R "*a* cambia en *ä* en el plural" (en las condiciones que se especifiquen. Cuando se dice: en el plural, lo que prevalece es fundamentalmente una idea de significación que flota en el espíritu. Estamos frente a una alternancia que, en su principio fundamental, es de la misma naturaleza que en *capio: percipio*. Para juzgarlo, es suficiente restablecer el cuadrilátero. No vamos a ocuparnos de la significatividad.
G Detrás de esta diferencia hay, con toda seguridad, un fenómeno diacrónico para resolver.
R Vemos que, hasta el siglo x, había: *naht* *nahti*
↓ ↓
luego: *Nacht* *Nächte*
←——————→

[178] en un plano, B
[179] por la oposición <*a* /> *ä*, B

* Umlat, expresión conocida en castellano como "inflexión vocálica", consiste en la modificación de un sonido o timbre vocálico en el contexto de ciertos sonidos vocálicos o semivocálicos que le suceden.

G El fenómeno sincrónico es el que surge en primer término,
R en este caso no se discute que una significación[180] se asocia a esta oposición a/ä
G (mientras podría discutirse que exista un fenómeno entre *capio* y *percipio*, si bien afirmábamos que existe).
R Se diferencian porque ha cambiado un solo término. Por lo tanto, para el fenómeno diacrónico es lo mismo que antes:
G materialmente, no ha ocurrido nada más.
R Para el fenómeno sincrónico, se lo podría discutir: en *Nacht: Nächte*, la oposición es portadora (contribuye principalmente) de una diferencia de sentido. ¿De dónde proviene que esta diferencia de sentido sea más neta en *Nacht: Nächte* que en *capio: percipio*? Cierto azar favorecerá la oposición y el grado de significatividad.
B En sí, todo tipo de alternancia se convierte en un medio de significación.
R Otro caso en que vemos esta diferencia de grado:

λείπω/λέλοιπα τρέφω/τέτροφα.

El carácter diferencial *e / o* es, sin ninguna duda, significativo (contribuye a hacer sentir la diferencia presente y perfecto).

Lo mismo que en alemán, donde lo que hace la diferencia entre:

gebe gab; giesse goss

es la oposición *e/a, i/o*. Pero el valor significativo de esta alternancia (exactamente como en griego[181]) es mucho más grande en alemán. Lo que torna el fenómeno sincrónico dos o tres veces más significativo en alemán es que el perfecto griego mantiene эγ- (λελοιπα)
G mientras que en alemán el fenómeno es la única marca de oposición del presente al perfecto.
R Pero esto es sólo una cuestión de grado, no hay diferencia fundamental. Aquí tenemos también un caso (*gebe, gab*) donde, a causa de esta alta significatividad, se verá únicamente el fenómeno sincrónico, gramatical.[182] Sin embargo, está condicionado

[180] una significatividad, G
[181] R da aquí el esquema prehistórico, entre corchetes, que se reproduce más adelante (R 71).
[182] gramatical, es decir sincrónico, B

por el fenómeno diacrónico; sin éste, el fenómeno sincrónico no existiría; su esencia consiste en un cierto grado de significatividad que se vincula con la diferencia creada por el fenómeno diacrónico. Para llegar al fenómeno diacrónico habría que remontarse, para la alternancia griega λείπω/λέλοιπα, no solamente al indoeuropeo, sino hasta la prehistoria, donde se produce:

| e e
↓ e ↔ o[183]

G *17 de diciembre*

R *Observación* que se vincula directamente con lo que precede; no sólo en la práctica, sino también en la teoría: la única manera de captar lo que hay en una lengua en un momento dado, consiste en hacer tabla rasa del pasado.
B Luego de haber estudiado bien lo histórico, hay que olvidar el pasado para estudiar lo sincrónico.
R <Esto> es el resultado de la antinomia entre lo diacrónico y lo sincrónico.

Es paradójica la afirmación <corriente> de que nada es más importante que conocer la génesis de lo que existe en una época.[184] Es una paradoja verdadera, evidente, porque en vista de la naturaleza irreductible de los dos fenómenos, es necesario hacer abstracción <del pasado>. No se explica a uno por otro; uno condiciona al otro; no significa que haya que tratarlos juntos. Hay que insistir sobre la necesidad de la abstracción. Como se ha dicho en broma del periodismo, el punto de vista histórico,[185] conduce a todo siempre que se pueda desprender de él: muestra el azar de que dependen los valores, es indispensable para hacerse una idea justa del signo. Pero nosotros no hablamos evolutivamente, por etimologías, sino por valores existentes: los signos de la lengua realizan su valor defini[tiv]o no en lo que precede sino en lo que coexiste, y sólo se ven claramente estos valores, desprendiéndose, por así decir, (violentamente desde el punto de vista histórico que los hace ver desde otro ángulo).

[183] Aquí hay una nota de R que remite al 1er. curso (I R 2.3). Esta última afirmación, que *e* y *o* se hayan diferenciado por cambios fonéticos es refutada por Meillet, *Introd*<ucción al estudio comparativo de las lenguas indoeuropeas>, p. 28, G (¿observación personal, o hecha por Saussure?)
[184] la serie evolutiva de la lengua, B
[185] evolutivo, G

Ejemplo de *dépit* (véase Hatzfeld y Darmesteter, sobre la palabra *dépit*, I, Introducción p. I y ss., y su método: explicar el sentido de las palabras por su historia). Es un método posible, pero no da una imagen de la lengua[186] (véase Ch. Bally <*Précis de*> *stylistique*, p. 47 y ss.). El valor es la impresión. Y, ¿qué impresión tiene un francés actual sobre *dépit*?

Es imposible fijar esta impresión si no se olvida la historia de esta palabra; la idea de "mépris", que constituye el sentido de *en dépit de* no ha sido inspirada de ningún modo por el recuerdo de *despectus*.[187]

Otro ejemplo: *vous êtes* (usted es), *vous dites* (usted dice), *vous faites* (usted hace), no tienen la misma forma de otras segundas personas de plural. Para fijar el valor de este final tan raro, ¿hay que afirmar que (vous) *faites* es el resultado exacto de *facitis*?

B ¿Acaso el desarrollo histórico nos informa sobre la impresión?

R No; si se quiere juzgar hasta qué punto (di)*tes* es un final gramatical, hay que plantear el problema tal como se plantea para el conjunto de los sujetos hablantes, hoy, en aquellos que no saben nada de etimología.

Hemos hablado de *fenómenos* diacrónicos y sincrónicos. Enseguida, planteamos que existían necesariamente dos términos donde ocurrían. Estos términos van a ser las unidades. Abordar la cuestión de las unidades por el fenómeno puede ser una forma adecuada. Vimos que

Nacht / Nächte <es distinto de> nahti / Nächte

[186] El método histórico seguido por Hatzfeld y Darmesteter para la explicación de cada palabra, no da una imagen fiel de la palabra, G

[187] Respecto a la palabra *dépit*, es cierto que *en dépit de* constituye el empleo más aproximado a *despectus*. Sin embargo, *en depit de* puede ser mucho mejor comprendido por su comparación con otras expresiones simultáneas, G

Si queremos dar una fórmula adecuada del fenómeno sincrónico: oposición de sonido utilizada para una oposición de sentido,[188] habrá que señalar entre qué unidades ocurre y preguntarse de inmediato qué unidades hay que distinguir: ¿sólo Nacht / Nächte? ¿O bien hay que considerar toda la serie de palabras semejantes? ¿O bien es *a/ä*? ¿O la cuestión ocurre entre el singular y el plural (en la medida en que se asocian como sustrato a las formas?) Singular y plural son solamente abstracciones, no unidades (¡!). Es cierto, entonces, que esto ocurre entre muchas unidades, pero, ¿cuáles exactamente? Se verá entonces algo bastante curioso: que no existe una diferencia radical[189] en lingüística entre el fenómeno y las unidades. ¡Paradoja!

Toda unidad lingüística representa una relación, lo mismo que todo fenómeno. Luego, todo es relación: el pensamiento es el que delimita las unidades, el sonido solo no las delimita de antemano; siempre hay relación con el pensamiento.

En álgebra sólo existen términos complejos $\frac{a}{b}$, $(a \times b)$.

Todos los fenómenos son relaciones entre relaciones. O bien hablemos de diferencias: todo es diferencia utilizada como oposición, y la oposición da el valor. No hay más que diferencias que pueden llamarse fenómenos:[190] *Nacht/Nächte.* Si volvemos a las unidades, lo son las diferencias.[191]

Se puede ir más lejos y decir que los que se denominan caracteres de las unidades no se diferencian profundamente de las unidades mismas. Nos encontramos siempre en una cadena continua, que es lineal.

G Sea *Nächte* una unidad y *ä* un carácter de esta unidad, *ä*

R es siempre del mismo orden: es siempre una segmentación de la línea. Y bien, el problema de las unidades no es profundamente diferente del problema del estudio de los fenómenos. El estudio de los fenómenos es una manera de comprender el problema de las unidades. La lingüística no puede hacer nada mejor que ocuparse de las unidades, preo esto no difiere esen-

[188] de significación, B que corresponde a una oposición significativa, G
[189] Una distinción perfectamente posible, G
[190] calificar de fenómenos, de opositivos, B
[191] son siempre las diferencias, G

cialmente del problema de los fenómenos. Uno y otro están íntimamente ligados: se trata siempre de la segmentación que hace el pensamiento en la masa hablada que es informe.[192]

Si tomamos el
G fenómeno
R diacrónico, se planteará todo tipo de problemas de unidad: por ejemplo, ¿habrá que decir que tal sonido cambia en[193] tal otro? ¿O bien, que es la palabra la unidad que determina el cambio fonético?[194] Por lo tanto, no hay distinción esencial entre lo que es el fenómeno y la clasificación de las unidades. Vemos entonces que la clasificación primordial, interior, de la lengua en sincrónica y diacrónica es necesaria; está fuera de nuestra elección, se nos impone por la naturaleza de las cosas. No depende de nosotros preferir o no esta distinción: es la condición *sine qua non* para que exista un orden, o más bien para que no haya confusión.

Esta distinción central puede encontrarse en otros dominios, pero nunca con este carácter de necesidad. En lingüística podemos hasta llegar a decir que en el fondo hay dos ciencias distintas: la lingüística estática o sincrónica y la lingüística cinemática o diacrónica. Es probable que todas las ciencias que trabajen con valores se encuentren en la obligación, más o menos imperiosa, de clasificar los hechos en dos series diferentes; como la historia económica debe ser distinguida de la economía política.
G Existen dos cátedras.
R Obras recientes que tienden a ser científicas en ese dominio, acentúan esta distinción. En la medida en que los valores constituyen un sistema más organizado, más se acrecienta esta necesidad: ningún sistema es tan organizado como la lengua: organizado implica **precisión de valores** (el menor matiz cambia las palabras); **multiplicidad de géneros de valores; multiplicidad inmensa de términos, de unidades** en juego en el sistema; dependencia recíproca y estricta de las unidades[195] entre sí: en la lengua todo es sintáctico, todo es un sistema.

La razón principal que aclara por qué no pueden considerarse en conjunto los dos estudios, y que hay que distinguir el estu-

192 informe en sí, G
193 se reemplaza por, G
194 ¿O bien que tal palabra sufre tal variación? G
195 de todos los términos, G

dio de las cosas diacrónicas y de las cosas sincrónicas, consiste en que sólo lo sincrónico forma el sistema, puede constituirlo. Los hechos diacrónicos tienen por función modificar en todo momento ese sistema, pero no están vinculados entre ellos, no forman sistema: sólo una suma de hechos particulares.

Por lo tanto, dos dominios muy diferentes: mientras la primera categoría de hechos puede estudiarse únicamente en función de
G la conexión que tienen[106] entre sí;
R (las partes de un sistema, sólo tienen sentido por el conjunto), la otra categoría no posee ese carácter. Esto es general cuando se habla de un sistema. El desplazamiento de un sistema se realiza por la sucesión de hechos aislados. Comparación con el sistema solar: un nuevo astro lo modificaría por completo,[107] pero sería un hecho particular. Esto es lo que se ve siempre en la lengua: la Umlaut (*gebe, gab*, etc.) que tiene un lugar muy importante en germánico, y la misma alternancia en griego: τρέφω/τέτροφα; λέγω/λόγος: existen grandes series gramaticales ligadas unas a otras por la oposición regular *e/o*. Su valor significativo es inmenso en germánico. En otras lenguas este sistema se suprimió tajantemente: en toda la rama indo-persa, indo-iraniana:



La alternancia es uno de los elementos que forman el sistema de la lengua; es sincrónico, hace a una infinidad de cosas dentro de la lengua. Pero el hecho diacrónico que lo suprime es un hecho particular, aislado (es doble, esto es cierto, pero uno puede prescindir del otro, no están ligados entre sí). Esto nos da la imagen de la oposición de lo sincrónico y lo diacrónico. No es posible encarar juntos ambos estudios.

Después de haber reconocido esta división central, dada, forzosa, necesaria, hay que entrar en las divisiones detalladas: lo sincrónico y lo diacrónico son las dos grandes bases, los dos grandes ejes sobre los que operaremos.

G *Explicación.* Estos preliminares conducen a desarrollos más

[106] la colección que forman, R
[107] (Como si un nuevo planeta entrara en el sistema solar), G

considerables de los que podríamos hacer. Todo no ha sido oscuro, pero tampoco está absolutamente dilucidado.

21 de diciembre

Leyes diacrónicas y leyes sincrónicas

R Los hechos diacrónicos se oponen a los <sin>crónicos como los acontecimientos a un sistema, son solamente acontecimientos. Sin embargo, no se habla con esos acontecimientos; pero su carácter de hechos particulares conduce con rapidez a la cuestión de saber si se les puede atribuir el término ley: no hay ley puesto que todo es particular, puesto que se les reconoce el carácter de accidentes.

De hecho, sólo puede hablarse de ley en el caso del cambio fonético que, por otra parte, es un hecho capital y típico del fenómeno diacrónico. Nos encontramos entonces frenados por ese término de "leyes fonéticas" que parece establecer algo coordinado con lo sincrónico. Pero hay que oponer

G la ley diacrónica (representada por la ley fonética)[198]

R a la ley sincrónica. ¿En qué medida y en qué sentido estamos en presencia de leyes en cada dominio? Para hacerse una idea de lo que es una ley sincrónica se puede tomar el hecho de que determinada serie de palabras está instituida en francés en la frase: el complemento directo no tiene que preceder al verbo. O bien, algo de un género totalmente distinto: el acento tónico griego se limita a las tres últimas sílabas. Esto constituye un estado de cosas. En el orden sincrónico no tendremos ninguna dificultad en encontrar hechos muy diferentes en apariencia, a los que se les puede dar el nombre de ley. Otro ejemplo, en el antiguo eslavo todas las palabras terminan con una vocal.

G Ejemplos de leyes diacrónicas: [199]

R *teste*, *paste*
que en el siglo XIII[200] se reducen a: *tête*, *pâte* (cabeza, pasta);
ka latino → *ča;* también: *inamicus*, *reddatus*
inimicus, *redditus*

[198] la ley fonética, R
[199] Y como ejemplos de leyes en el cambio fonético, R
[200] hacia el siglo XII, G

¿Hasta qué punto estos diferentes hechos merecen ser llamados leyes? Sin pretender agotar la noción de ley
G en todos los dominios,
R es verdad que el término ley supone dos ideas:
1) El de la regularidad y el orden por una parte; y
2) el de carácter imperativo, de necesidad imperativa.[201] Los ejemplos sincrónicos, cualquiera sean, presentan una regularidad, un orden; no más que eso: ley equivale a ordenamiento, a fórmula de un orden establecido. No tiene un carácter imperativo; lo tiene en el sentido de que los individuos no pueden apartarse de aquélla, pero, en relación con la comunidad, este carácter es absolutamente precario; nada le garantiza la estabilidad, su orden está a merced del mañana. Nada se sanciona: mañana, un dialecto griego puede cambiar la acentuación;
G al principio, la infracción va a chocar pero podrá imponerse perfectamente.[202]
R <La ley> expresará entonces el orden tal como éste se constituye: tal como la ley de una plantación al tresbolillo;[203]
G comprobación de un estado.
R Como en el antiguo eslavo la ley que enuncia que toda palabra termina en una vocal: cuando ésta cae (*jazyk*/ŭ) la ley es violada. Actualmente centenas de palabras terminan en consonante. Pero, ¿la ley fonética?
G En las leyes diacrónicas,[204]
R no se puede desconocer la fuerza imperativa de la ley. Vemos, en efecto, que está sancionada, que es resultado del acontecimiento. Es cierto que sólo se la podrá expresar por la idea de una regularidad; su fuerza imperativa reside en que se aplica con regularidad. Nos preguntamos si las mantienen todas las palabras situadas en las mismas condiciones: ¿son absolutas, sin excepción? Es en esto donde se ha visto lo central del problema; pero no está allí, está en la cuestión de las unidades: ¿hay que concebirlas como aplicables a tales o cuales unidades, o no? No existe ley si no pueden indicarse una serie de hechos individuales que se le adjudican; pero, si vamos al fondo de la ley fonética,

201 1) la regularidad; 2) la imperatividad [...] o la necesidad imperativa, G regularidad y necesidad, B

202 chocará al principio, pero nada más, R

203 Esta ley es del mismo orden que cuando se dice: la ley de una plantación al tresbolillo, G

204 Aquí, R

vemos que no se ha dicho que haya que considerar el asunto de esta manera. Se dice: todas las palabras la reciben
G (o se lo niega). Pero se comienza por elegir la palabra como unidad;
R se comienza por armar un ejército de palabras; se supone que las palabras son individuos ya constituidos, y se dice que todas las palabras son alcanzadas por la ley. Pero, ¿es cierto que las palabras son estas unidades del fenómeno fonético? Supongamos que la cuerda de un arpa[205] esté desafinada: resulta claro que cada vez que se toca en una parte esta cuerda, se produce una falla. Pero, ¿puede decirse que, por ejemplo, los re de esa parte son falsos según una ley? Es absurdo; con una octava de diferencia ya no será cierto (¡!). Podemos hacernos una idea clara de las leyes fonéticas fuera del papel. En una región se modificará la *a*: se dirá *se fôcher* (por *se fâcher*, enojarse). ¿Son las palabras las modificadas, o bien un sonido como en el ejemplo de la cuerda de arpa [la *a*, es decir, ¡una *sola* unidad!]?
G Existe una ley si lo que se modifica son las palabras como unidades. Pero si comparamos el sonido (*a* que cambia en *ô*) con una cuerda del arpa, es absurdo hablar de ley.
R La ley sincrónica es lo que expresa simplemente un orden establecido, pero se le puede reconocer el derecho de llamarla ley: se habla de ley combinatoria; nosotros empleamos a menudo esta palabra para decir: orden establecido, comprensible. El carácter imperativo no es indispensable para poder hablar de ley.
B ¿Hay leyes fonéticas? Esto depende de saber si hay diversos tipos de unidades para considerar.
R Para las leyes fonéticas percibimos una regularidad ilusoria:
B comenzamos a establecer cortes que nos permiten determinar regularidades.
R El empleo del término ley cuando se habla de hechos diacrónicos es dudoso (sospechoso). Hay que utilizar con mucho más cuidado el término ley para los hechos diacrónicos que para los hechos sincrónicos. En todo caso, podemos sostener la idea de que los hechos diacrónicos son accidentales.

Los objetos que se pueden tratar forman dos campos: el o los campos sincrónicos (hay tantos como épocas puedan distinguirse), el campo diacrónico. Estudiar uno tras otro diversos estados de un idioma no significa moverse dentro de lo diacrónico. Es el

205 de un arpa, R G en un piano, B

error de los que creen hacer, por ejemplo, gramática histórica inglesa estudiando en un libro el antiguo anglosajón y (en otros) el inglés de otras épocas. Respecto de eso, existe una perspectiva diacrónica y una perspectiva sincrónica que nos permiten juzgar, observar todos los hechos. La primera considera los hechos en su encadenamiento diacrónico y la otra en su encadenamiento sincrónico, cada una posee su método. Existen –y volveremos a esto más adelante– dos variedades de perspectiva diacrónica posibles, que suponen cada una su método:

G



R La una desciende los tiempos (porvenir de una palabra), la otra los remonta (pasado de una palabra). Esta doble posibilidad es muy importante, ya que en la mayor parte de los casos sólo puede establecerse restrospectivamente, por reconstrucción, la forma primitiva de una palabra.

En el orden [207] sincrónico, hay sólo una variedad y un método posibles. Esta perspectiva del gramático, del lingüista, tiene como modelo,

G como prototipo,

R la perspectiva de los sujetos hablantes, y no existe otro método fuera de preguntarse cuál es la impresión de los sujetos hablantes. Para saber en qué medida una cosa *es*, habrá que indagar en qué medida *es* en la conciencia de los sujetos hablantes, qué significa. Por lo tanto, una sola perspectiva, un método: observar lo que es sentido por los sujetos hablantes.

Divisiones *que nos podemos ver llevados a hacer* **en el campo sincrónico:** está compuesto por el conjunto de las diferencias significativas. Esto hace que la lingüística sincrónica se ocupe del juego de esas diferencias significativas. En realidad, es idéntico hablar de cosas sincrónicas o de cosas significativas.

G Esta sinonimia se prueba por el hecho de que no hay nada sincrónico que no sea significativo.

R En el campo sincrónico sólo pueden existir cosas significativas: lo que existe, lo que es sentido. Lo que no es sentido es

[206] Prospectiva y retrospectiva, R (que coloca las dos flechas más lejos).
[207] el campo, G

sólo una invención de los gramáticos. Por otra parte, solamente es significativo lo que tiene

G a su disposición

R una diferencia (o hechos sincrónicos) para expresarse.

Es la diferencia lo que vuelve significativo algo, y es la significación la que también crea las diferencias. Por este motivo Saussure hablaba del juego de diferencias significativas como expresión del objeto de la lingüística sincrónica. No hay diferencia en hablar de diferencias, de hechos sincrónicos, de unidades significativas, etc. En la medida en que algo sea significativo, será sincrónico. En esta masa de hechos que realizan el juego de las diferencias significativas, la primera observación que hay que hacer es que no hay un límite trazado de antemano

G entre los diversos dominios a los que estamos habituados.

R Puede verse por la morfología, que es un ámbito de estudio de todas las lenguas: dejando de lado, por ahora, que es eminentemente sincrónica. ¿Qué se entiende por esto? <La palabra es> la traducción de *Formenlehre*: establece las diferentes formas de la declinación, de la conjugación, del pronombre, etc. ¿Supone una idea esencialmente distinta de la de gramática? La respuesta será: la gramática se ocupa de las funciones de estas formas, mientras la morfología

G se ocupa de las formas mismas.[208]

R La morfología nos dice que el genitivo de φύλαξ, es φύλακος; y la gramática, en qué caso se lo emplea. Esta distinción, en el fondo, es ilusoria: las unidades pueden establecerse únicamente por la significación y viceversa: cuando se plantean las diferentes formas de los casos de una declinación,

G se plantea que las diferentes formas tienen una función diferente;[209]

R queremos decir que φύλακος no tiene la misma significación que φύλακα o φύλακι. Φύλακος no es en sí absolutamente nada, sólo existe por oposición con φύλακι, φυλακα. Pero esta diferencia no es otra que la diferencia de funciones

B por oposición.

G Piensen en la hoja de papel

R a la que no se le puede separar el anverso del reverso (¡!).

[208] establece los estados, R

[209] se desea introducir diferencias, R

Estudio de las formas y estudio de las funciones es lo mismo. No será fácil establecer compartimientos.

G *11 de enero de 1909*

R ¿La lexicología es un compartimiento de la gramática? (Lexicología: tesoro de las palabras, tal como está organizado en un diccionario.) En apariencia es algo bastante apartado de lo puramente gramatical (que expresa la relación entre las palabras. Sin embargo, una gran cantidad de relaciones que se expresan por medios gramaticales pueden ser expresadas por medios lexicológicos. La barrera es bastante ilusoria:

$$\frac{\textit{fio}}{\textit{facio}} = \frac{\textit{dicor}}{\textit{dico}} \quad \begin{matrix}\text{(pasivo)}\\ \text{(activo)}\end{matrix}$$

o sea, *fio* tiene el mismo valor respecto de *facio* que *dicor* respecto de *dico*.
G Luego, la medida lexicológica es opuesta a la medida gramatical.
R Esta diferencia, como perfecto e imperfecto, en ciertas lenguas se expresará por los tiempos (gramática);[210] pero en eslavo, por ejemplo, se expresa por dos palabras separadas, dos verbos diferentes: verbo perfecto y verbo imperfecto (lexicología);[211] la función de las preposiciones se considera en general como gramatical, pero si considero la expresión *en considération de*, es una preposición y, si se quiere, es una cuestión lexicológica: no puedo decir que la expresión haya abandonado el sentido, se haya alejado absolutamente de la palabra *considération* (simple aplicación de *considération*, elemento lexicológico).
G *Persuadir/obedecer*, lexicológicamente separadas en muchas lenguas. En griego πείθω/πείθομαι sólo se distinguen gramaticalmente.[212]
R Cantidad de relaciones que se expresarán en ciertas lenguas

[210] por desinencias, G
[211] Pero en eslavo hay una serie de verbos perfectivos, de verbos imperfectivos. ¿Esto será lexicológico? G
[212] Πειθω "persuado", Πε ίθομαι "obedezco": en griego, diferencia gramatical, en francés lexicológica, R

por un genitivo o por dos palabras ubicadas una delante de la otra, en otras se expresan por palabras compuestas:
G *contar el tiempo:* en alemán *Zeitrechnung,*
R que constituyen una unidad lexicológica.
G Las relaciones entre palabra y palabra no están netamente separadas de otras relaciones lingüísticas sincrónicas.
R Y así sucesivamente... Si para todos los compartimientos que tienen utilidad en la práctica, se trata racionalmente de lanzar líneas de demarcación, no se llega a un terreno sólido. Es necesario retomar la cuestión desde más arriba. ¿En qué consiste todo lo que se encuentra en un estado de lengua?
G ¿Cuál es el mecanismo de este estado de lengua?
R Hemos dicho que se trataba de un juego de diferencias (esto proviene de que **la palabra es elegida arbitrariamente).** Hay eternamente una oposición de valores por medio de diferencias fónicas;[218] pero se trata siempre de diferencias que se manifiestan en una unidad relativa: en el seno de una unidad más amplia que las reúne, tenemos sub-unidades que se oponen entre sí,
G permitiendo las modificaciones de ideas que se deseen.
R Todo está sujeto a diferencias, todo está sujeto a agrupamientos. En este momento, si queremos avanzar otro paso tenemos que plantear una distinción fundamental sobre la que no he dicho nada hasta ahora: cuando se habla de grupo en la lengua, existe un equívoco que será suficiente <disipar> pero que hay que disipar.

Puedo hablar de un grupo de palabras si considero:

contra
contrario
reencontrar
etcétera

Si tomamos (contra-marcha), estamos frente a un grupo de palabras donde figura *contra.* "Agrupar" lo hemos tomado en estos dos sentidos, que es necesario aclarar para obtener la distinción fundamental que necesitamos. **Para una palabra hay dos maneras de estar vinculada**

[218] por elementos fónicamente diferentes, G

G a otra,
R coordinada, relacionada, en contacto con otra: se puede llamar a esto los dos espacios de existencia de las palabras o los dos ámbitos de relación entre las palabras. (Esto) corresponde a dos funciones que son igualmente activas en nosotros en relación con el lenguaje. Por una parte existe el tesoro interior, que equivale al compartimiento de la memoria; lo que puede llamarse el depósito: constituye uno de los dos espacios, uno de los dos ámbitos.[214] En este tesoro está ubicado todo lo que puede entrar en actividad en el segundo espacio. Y el segundo espacio es el discurso, la cadena del habla. Según uno se ubique en uno u otro lugar de existencia de las palabras, podremos constituir grupos, pero grupos de naturaleza completamente diferente.
G En el primero, hay grupos en el sentido de *familias*; en el segundo, grupos en el sentido de *sintagmas*:

R Tesoro (depósito) unidades de asociación	Discurso, cadena unidades discursivas (es decir, que se producen en el discurso)
grupos en el sentido de familias	grupos en el sentido de sintagmas

En esta masa de elementos de la que virtual pero efectivamente disponemos, en este tesoro, hacemos asociaciones: cada elemento nos hace pensar en el otro. Todo lo que de algún modo es semejante y desemejante se presenta alrededor de cada palabra; de otro modo, el mecanismo de la lengua sería imposible. Un cuadro de declinación es un grupo de asociación
G y no un sintagma.
R Este grupo tiene el derecho de reivindicar una unidad, pero esta unidad no existe en el discurso.
G Sin duda, ambos agrupamientos son legítimos, pero los grupos de asociación no han sido creados por el lenguaje.
R En los grupos de asociación [215] hay algo que varía y algo que no varía: [216] es la característica de todo grupo de asociación:
G 1er. ejemplo: *dominus, domini, domino*, etc.,

[214] sea el primer lugar de existencia o el primer nivel de relaciones, G
[215] En esta unidad, R
[216] un elemento variable y un elemento invariable, G

R se asocia *dominus* a *domino* en virtud de lo que no varía, lo que varía hace que existan unidades diversas en ese grupo.
G 2do. ejemplo:
R *désireux, soucieux, malhereux,* etcétera.
G Esto es también una familia porque hay
R un elemento común y un elemento que difiere.

Estos grupos de asociación son puramente mentales;
G no representan una simultaneidad [217]
R en el discurso. Estas familias no están siempre distintamente delimitadas (una declinación, si lo está, forma un todo perfectamente neto), pero sobre todo
G <sus miembros> no están agrupados espacialmente.[218] Una unidad no ocupa un lugar necesario en relación a las otras,
R no sucede a la otra; no se puede decir que se colocan en un orden determinado. Dentro de estas unidades no existe una delimitación espacial (el nominativo no es el *primer* caso en la conciencia de los que hablan). No es posible establecer gráficamente en qué dirección *soucieux* está unido a *malheureux*, etcétera.

Si, por el contrario, tomamos los grupos que constituyen sintagmas, pensamos de inmediato
G en una delimitación espacial,
R en la idea de un orden que tiene como condición, como base, un encadenamiento: aparecen las condiciones de encadenamiento. Y estas condiciones son marcadamente simples en la lengua: existe sólo una línea, sólo una dimensión. No existen dos maneras de constituir un sintagma: únicamente se los constituye por una serie lineal.
G (Que quede claro que es a través de una imagen que empleamos palabras que se relacionan con el espacio más que con el tiempo:
R lo que es espacial debe ser traducido [...] por una idea de tiempo; pero la imagen del espacio, cuando resulta perfectamente clara, puede ser sustituida por la noción de tiempo):

quadrupes / ἱπποτρόφος } forman una unidad más amplia, donde existen subunidades. En este caso, los diferentes elementos que agru-

[217] no tienen una existencia simultánea, R
[218] no espacialmente, R

pamos están determinados por las condiciones de su encadenamiento:
G existe un orden dado; algo que debe preceder y algo que debe seguir.[219]
R Y bien, esta noción de sintagma puede aplicarse a unidades de cualquier dimensión y de cualquier especie:
G la amplitud del sintagma es indeterminada.
R Se podría considerar tanto palabras simples y frases como palabras compuestas como ἱπποτρόφος. En cuanto a la palabra simple
G palabra simple: *desireux*, lo que se denomina formación de la palabra se vincula con el agrupamiento sintagmático: yo puedo sentir, aunque tal vez no en el mismo grado
G que en ἱππο-τρόφος,
R las unidades sucesivas de *désir-eux*.

En una frase como: *¿Qué le dice?*, hay un sintagma lo mismo que en *desireux*, o ἱπποτρόφος (aunque no de la misma especie). Hablamos únicamente por sintagmas y el mecanismo probable es que tengamos estos tipos de sintagmas en la cabeza, y que en el momento de utilizarlos hagamos intervenir el grupo[220] de asociación. Cuando se emplea el grupo λεγό-μεθα, por ejemplo, si empleamos precisamente λεγό-μεθα, es porque poseemos diferentes grupos de asociación en los que se encuentran ubicados λεγό y μεθα: como en una nebulosa, hacia arriba y abajo, tenemos en todo momento familias, según variemos λεγό y μεθα. Sólo la modificación, debida a la variación parcial, a esta continua oposición entre los miembros del grupo, asegura la elección de un elemento en el momento del discurso. Por sí mismo λεγόμεθα no significa nada. El día en que λέγονται ya no existiera, el sentido (el valor) de λεγόμεθα cambiaría *ipso facto*, y naturalmente, el de λε'λεκται, etc., también.
G La cantidad de grupos de asociación es infinita.
R En cada uno de los grupos, sabemos lo que es necesario hacer variar para obtener la diferencia en la unidad.
B El agrupamiento sintagmático es activo.
G Por lo tanto, la actividad necesaria para la creación del sintagma necesita la presencia de los grupos de asociación.

[219] existe una a la izquierda y una a la derecha (es decir, un antes y un después, anterior <y> posterior), R
[220] los grupos, G

R En consecuencia, en el momento en que se produce el sintagma, interviene el grupo de asociación; el sintagma sólo puede formarse por su causa.

En la frase:

G "*¿Qué le dice?*"

R ocurre lo mismo: en el momento en que se dice "*¿Qué le dice?*", dentro del tipo general que tenemos en la mente:

G

¿qué { *le* / *me* / *les* / *nos* } dice?

R hacemos variar un elemento.

Los dos agrupamientos: en el espacio y mental (por familias) se encuentran en actividad: se trata de eliminar todo aquello que no conduce a la diferencia deseada. Esto se extiende largamente en ambos sentidos: el valor va a resultar siempre

G a la vez

R del agrupamiento en familias y del agrupamiento sintagmático.

G Dado el sonido *m*:

R el valor posible *m* resultará, por una parte, de la oposición, interior, con todo tipo de elementos del mismo orden (por ejemplo *l*, *n*, . . .

G etc., en un sistema cerrado; dada una lengua,

R sonidos posibles en francés):

n
amna
l [221]

R Pero hay otra forma de valor: valer sintagmáticamente.[222] Aquí interviene inmediatamente lo espacial: con respecto a *amna*, *m* está ubicada entre *a* y *n*. Éstas son las dos oposiciones permanentes: por sintagmas y por todo lo que difiere (lo que no introducimos, pero podríamos introducir en el discurso; sobre estas dos oposiciones –formas de proximidad o diferencia– reposa el mecanismo de un estado de lengua.

221 $\frac{amna}{l}$, R, *in marg.*

222 De su empleo sintagmático, G

G *14 de enero*

R Todo lo que constituye el conjunto de un estado de lengua, estaba vinculado, a nuestro parecer, con la teoría de los sintagmas y la teoría de las asociaciones. Sólo hemos tratado de oponerlos y no de dar una idea de la multiplicidad de relaciones entre sintagmas y asociaciones.
G El mismo sintagma puede tener muchas significaciones diferentes.
R Supongamos el caso de τρίπολις: es un sintagma que se descompone en dos unidades consecutivas: τρί-πολις. Τρίπολις puede significar "conjunto de tres ciudades" o "el que posee tres ciudades" (relación muy distinta [¡!]); pero es un sintagma porque hay sucesión en el espacio; no es una asociación como τρι—, τριῶν, τρία, τρεις, tan importante para el mecanismo; pero no los encadena, los abarca en una sola operación del pensamiento.
G Entre paréntesis,
R se puede conectar, jugando un poco con las palabras: discursivo,
G que equivale a: ordenado en el discurso,
R e intuitivo; estos términos se oponen en el mismo sentido que sintagmático y asociativo, si intuitivo corresponde a *intueri*, "contemplar platónicamente"[223] (sin utilizar en el discurso).

Estos dos principios, estas dos actividades que se manifiestan sincrónicamente se los podría representar por dos ejes:

G eje sintagmático

R ↔ *des - hacer*

Al mismo tiempo, en otro eje que existe mentalmente como en una nebulosa, pensado en una conciencia latente, existen todas las otras posibilidades que pueden unirse por asociación:
G eje asociativo
R

rehacer
hacer
deshacer
desordenar
desplazar

[223] abstractamente, G

En la medida en que estas formas fluctúan alrededor de *deshacer*, es posible analizar, descomponer, *deshacer* en unidades. Si las otras formas con *des-* desaparecieran de la lengua, sería imposible descomponerla: *deshacer* sería sólo una unidad: no se podría oponer *des* y *hacer*.

La sintagmática no tiene como tarea particular la sintaxis: en las sub-unidades de la palabra, ya existen hechos sintagmáticos. Ni siquiera es necesario tomar palabras compuestas: en *desireux* (deseoso), hay dos unidades continuas que forman sintagma. El valor de lo que compone *desir-eux* está dominado por un hecho de disposición en el espacio que puedo marcar con un guión; pero hay que reconocer que los hechos de sintaxis entran en la sintagmática: ocurren siempre por lo menos entre dos unidades, dos unidades <que> están distribuidas en el espacio. La idea de que existiría una sintaxis incorpórea fuera de estas unidades materiales que pueden distribuirse en el espacio, es una idea falsa: para que haya un hecho de sintaxis es indispensable una secuencia. Ejemplo característico: en inglés puedo decir

the man I have seen (el hombre yo he visto) = que he visto

things you would rather have left unsaid (cosas usted hubiera de preferencia dejadas no pronunciadas) = las cosas que...

En este caso hay un manifiesto fenómeno de sinta<x>is;[224] el *que* es igual a cero, a nada, **es algo inexpresado.** Se dirá que esa inexistencia sirve para expresar esa relación.[225] Pero la respuesta es simple: si se establece esta inexistencia en la frase entera no se comprende absolutamente nada; [por otra parte], la idea de que falta una palabra está tomada de *nuestra* sintaxis: **a partir de un modelo** que nos es **dado,** suplimos el *que* y decimos que es igual a cero. No se puede

G en realidad[226]

R decir que falta cierta articulación. Y, sobre todo, no se puede suprimir toda la serie.

G Exista o no elipsis, la relación necesaria está expresada.

R Se trata entonces de una relación sostenida por las unidades que tenemos alineadas. Es suficiente considerar la suma de los términos presentes,[272] fuera de esta suma no se podrá razonar

[224] Sintagma, R
[225] Y se comprende: la nada sirve para expresar la relación, G
[226] entonces, R
[227] por lo menos este conjunto de palabras, G

sobre los hechos de sintaxis. Para hacer sintaxis, será siempre necesaria una sucesión determinada de términos en sintagmas. No puede decirse nunca que no existe una medida adecuada entre la sucesión de palabras y el pensamiento.

Por el solo hecho de que la expresión se comprenda (como en el caso del inglés) resulta que, considerando la suma de los términos,[228] la expresión del pensamiento es adecuada. Es tan necesario tener en cuenta, para las unidades pequeñas como la palabra, que no son nada sin el sentido que se le asocia, como —recíprocamente—

G para el estudio de las grandes unidades, como las frases;[229]

R hay que insistir en los miembros reales que permiten que la figura de la sintaxis pueda traducirse en el espacio: fuera de éstos no hay nada.

Serán necesarias tanto la teoría de los sintagmas como <la teoría> de las asociaciones para explicar los hechos que se presentan en un estado de lengua. Si se trata de aclarar la noción de palabra, habrá que examinarla

G de modo sucesivo desde los dos puntos de vista:

R sintagmáticamente y en la serie de asociaciones.

Supongamos el caso de *grand* (grande): si por un lado tenemos *gran garçon* (gran muchacho) y por el otro *grant enfant* (gran chico), reconocemos una palabra en *gran* y *grant*, pero no son lo mismo. La diferencia se produce en los sintagmas (*gran* o *grant* se producen según les siga una consonante o una vocal).[230]

G Esta alternancia depende del sintagma.

R En *gran père* se reconoce la misma palabra; allí hay también un sintagma. Pero si comprobamos que *grand, grande* se refiere a una misma palabra, entramos en las asociaciones: no hay extensión en el espacio.

G Y sin embargo, estas dos unidades se relacionan por asociación.

R Por lo tanto, hay que dilucidar la noción de palabra en los dos sentidos. Se puede defender que *grand* y *grande* no sean una misma palabra: pero sólo es posible justificarlo si acudimos a las dos divisiones: sintagmas y asociaciones.

Existe un inmenso fenómeno que se vincula con estas dos

[228] la totalidad del sintagma, G
[229] los sintagmas extensos (frases), R
[230] Una vocal o una consonante, R

actividades: el fenómeno de la analogía, denominado: fenómenos de analogía, creación analógica, **novación** analógica (más preciso que innovación), que se produce en todo momento. **Se produce algo nuevo, por lo tanto hay un cambio.** Aquí se plantea una cuestión desconcertante: si hay cambio nos estamos moviendo en lo diacrónico.

G ¿Entramos en contradicción con nosotros mismos?

R Hay que aceptar que éste es un punto muy delicado de la distinción entre sincrónico y diacrónico. Para que se produzca analogía es necesario un hecho sincrónico, el conjunto (sistema) de la lengua. (Otra redacción de *B:* es indiscutible que una analogía sólo puede producirse por las fuerzas sincrónicas, en el sistema.)

Ejemplos de analogía: el hecho de que un niño diga *venirá* por vendrá; que en el bajo latín aparezca *meridionalis* (por *meridialis*) a causa de *septentrionalis*; que en muchos dialectos griegos se encuentra ἄρχοντοι (en lugar de ἄρχοντες); que la mayor parte de las segundas personas de plural francesas[231] no se nos presentan: *vous lisez* (usted lee) (*vous dites*, único regular); antiguamente existía en alemán una diferencia regular entre el singular y el plural <en pasado> de los verbos fuertes:

warf	*steig*
wurfum	*stigum,*

actualmente queda:

warf	*stieg*
warfen	*stiegen;*

o que, dado *honos, -oris*, tenemos también *honor, -ris.*

¿Cuál es el mecanismo necesario para que nazcan estos hechos, para que surjan estas formas que no se habían escuchado antes? La lengua puede ser considerada como algo que, momento a momento, es interpretada por la generación que la recibe; es un instrumento que se trata de comprender. La colectividad presente no la interpreta exactamente como las generaciones precedentes porque si cambian las condiciones, los medios,

G para comprender la lengua,

R no son los mismos.

[231] *Lapsus* por: latinas (?). *N. del T.*: de todos modos, el pasaje es oscuro.

Hace falta entonces el primer acto de interpretación, que es activo (anteriormente: nos ubicamos frente a una masa para comprender, lo cual es pasivo).

Esta interpretación se manifiesta por distinciones de unidades (a lo que conduce toda actividad de la lengua):

G *Ejemplo*: existe un sufijo *-ier*:

R *prisonn-ier* (prisionero), *gant-ier* (fabricante de guantes).

G Cuando se pronunciaba *gant* / gãt, se crea naturalmente *gantier*.

R Actualmente ya no existe la palabra *gant* sino *gan(t)* y la posición de los términos que se asocian ha cambiado. Si interpreto: *gan, gantier*, puedo analizarlo sólo como *gan- tier*.

G La *t*, desde ese momento pertenece a la segunda unidad.

R Ahora poseemos un tipo de unidad que no existía: *-tier* (si se quiere, esto es como la *carta obligada*, ya que, en la lengua, no se la puede descomponer de otro modo). A partir de allí, poco a poco estoy expuesto a aplicar esta unidad: *cloutier* (fabricante de clavos).

G En esto consiste la novación analógica, que no es puramente creación [232]

R porque ha necesitado un modelo; es algo nuevo que no podía formarse mientras se pronunciara *gant* y se segmentara *gant-ier*. Toda forma de repartición de las unidades encierra, virtualmente, la posibilidad de hacer uso de esas unidades, asi hayan sido recibidas de antes (evidentemente, no es necesario que la repartición de las unidades comience por un *quiproquo* o se deban a un *quiproquo* como el sufijo -tier. Para demostrar que la cuestión de unidades interviene siempre: se dice *entre quatre zyeux* (entre cuatro ojos). Se ha segmentado el sintagma *des yeux* [233] distinto que antes: *des zyeux*, lo que preparó, por analogía: *quatre zyeux*. Mientras trato únicamente de interpretar no existe analogía, sino sólo posibilidad. El primero que lanza la nueva unidad: *entre quatre zyeux*, crea la analogía, que puede ser adoptada o no por la comunidad.

[232] Se trata de un hecho de analogía, de la creación analógica — que no es creación, si se quiere, R

[233] *Deux yeux*, G

G *18 de enero*

Cloutier supone que se interpreta *gan-tier*.
R Existe entonces todo un sector del fenómeno analógico que se realiza antes de la aparición de la nueva forma. Esta simple y continua actividad en que la lengua descompone las unidades dadas,[234] contiene toda la analogía, por lo menos todos los elementos que entran en la nueva forma.
G Este análisis prepara las formaciones analógicas.
R Creer que en el momento en que surge una nueva forma, surge el fenómeno, es un error evidente: los elementos están establecidos en los grupos asociativos. En esta formación, hay entonces dos caracteres: es una creación y no es una creación. Creación en el sentido de: nueva combinación; no creación en cuanto es necesario que los elementos estén ya listos, elaborados tal como se presentan en la nueva forma. Ejemplo, más a nuestro favor: en todo momento, necesitamos un <adjetivo> en *-able;*[235] diremos: *despistable, atacable,* o lo que tal vez no ha sido nunca pronunciado: esto es una formación analógica. Toda formación analógica puede reducirse a la cuarta proporcional (no en todos los casos, pero sí en una infinidad de casos)[236]:

amar: amable = atacar: x

G lo que da: *atacable*.
R Esta fórmula remite a lo siguiente: la conciencia interior, el sentimiento de la lengua infiere que puede reemplazar *-ar* por *able*. Se hace variar un elemento.

Para que el modelo pueda actuar, hay que analizar:

G *am-ar*
am-able

R Si esta fórmula es verdadera, implica que podemos descomponer. Volvemos al punto de vista de las unidades: según las unidades que la lengua distinga, se encuentra en tal o cual estado.
G *Entamable** es una creación en el sentido de nueva combinación, pero los elementos no son nuevos.

[234] separa los elementos de la lengua en unidades, G
[235] de un sufijo en-*able*, R
[236] (puede que no en todos los casos), G — Aquí, nota de R remitiendo al 1er. curso (I R ". 93 y ss.).

* *Entamable*, creación analógica que proviene de *entamer*. Es difícil precisar aisladamente su significado; puede corresponder a herir, atacar, morder, corroer, cortar, etcétera.

R Esta creación no es un cambio. En *entamable*, hay una palabra nueva que se necesita. Existen casos en que una nueva forma entra en competencia con alguna ya existente: *finals* / *finaux* (finales). En este caso parece que la noción de cambio interviene de antemano. Aun en este caso no hay cambio en el sentido de cambio fonético, que implica (supone) una sustitución, que sólo existe por sustitución. Aquí podemos razonar a partir del individuo y la cuestión resultará mucho más clara:
G un mismo individuo no dice a la vez *villâge* y *villôge* (pueblo);
R si se habitúa a pronunciar *ô* por *â* va a sustituir *villâge* por *villôge*. Este hecho, sea individual o colectivo, supone la pérdida, la destrucción, el olvido de la otra forma. Éste no es el caso de la formación analógica: la desaparición de una de ellas no es condición de existencia de la otra (véase en alemán *wurde*, es analógico respecto a *ward*: ocupa exactamente el mismo lugar).

En este sentido, no puede decirse que exista un cambio en la creación analógica. Aun cuando *ward* desaparezca
G poco a poco,
R será por un hecho independiente de la creación de *wurde* <y> no tiene relación con el producto analógico en sí. En todos los casos en que esto se pueda verificar, el hecho resulta siempre independiente de la creación. La otra forma generalmente sobrevive y se necesita un nuevo fenómeno para eliminarla de la lengua.[237] Si existe un cambio, es porque se considera globalmente el conjunto de la lengua, que se va enriqueciendo; pero <no hay> cambio en el sentido de sustitución de una forma por otra.

La creación analógica se presenta como un capítulo particular, como una rama de la actividad general,
G de los fenómenos de interpretación de la lengua,[238]
R de la distinción de las unidades: la lengua se representa las unidades y las dispone de determinada manera; luego puede utilizarlas para la creación analógica. Pero no vamos a dedicarle a eso un capítulo especial.
G Conclusión provisoria.
R Todo lo que hay de sincrónico en una lengua,[239] incluida

[237] Véase CLG, pp. 264-265 (fuente: I R 2.13-17).
[238] del fenómeno de la interpretación, R
[239] Todo lo que es sincrónico, G

la analogía (que es consecuencia de nuestra actividad), se resume bien con el término gramática, en una <ac>epción[240] bastante cercana a la corriente. El título de un tratado sobre ajedrez es: gramática
G del ajedrez;
R asimismo, la "gramática de la bolsa".
G Muy justo
R en cuanto implica un objeto complejo y sistemático; se aplica a un sistema que pone en juego valores. No existe
G propiamente
R para nosotros, la gramática histórica: los términos entran en discordancia; no hay sistema que pueda[241] estar encabalgado sobre una serie de épocas. Lo sincrónico en una lengua es un equilibrio que se realiza en todo momento,
G y que excluye la sucesividad.
R Por gramática histórica quiere decirse: lingüística diacrónica, que es otra cosa condenada a no ser nunca gramatical. Gramatical = significativo = resultante de un sistema de signos = sincrónico *ipso facto*.

Pero al mismo tiempo que reconocemos que todo lo que es sincrónico en una lengua puede llamarse gramática, no tenemos necesidad de aceptar a ojos cerrados lo que se llaman subdivisiones[242] de esta gramática
G (lo que se vio más arriba): morfología, sintaxis, lexicología.
R Hay casos en que la morfología de *regis* es lo mismo que su sentido gramatical y su sintaxis; la diferencia lexicológica de *tuli* y *fero* es lo mismo que la diferencia gramatical.[243]

Hemos visto la división racional de lo sincrónico en sintagmas y asociaciones. Lo sincrónico comprende la teoría de los sintagmas y la teoría de las asociaciones. Existen agrupamientos de diferencias sintagmáticas y agrupamientos de diferencias mentales, asociativas. En la lengua no hay más que diferencias y no cantidades positivas. Pero estas diferencias pueden manifestarse sobre dos ejes; línea hablada y comparaciones internas, mentales, entre forma y forma.

Dicho esto, no sería exagerado desconfiar en la práctica de

240 en su concepción, R
241 Pues un sistema de valores no puede, G
242 las subdivisiones tradicionales, G
243 su relación gramatical con *fero*, G

las divisiones tradicionales. Entre ellas carecen de una verdadera coordinación,
G un medio
R para estimar[244] el valor de cada una en el conjunto. Sólo podrán coordinarse ubicándose en los dos ejes. Las grandes divisiones,
G aun cuando sean sólo fragmentos, son fragmentos que corresponden[245]
R a algo, del orden sintagmático, o del orden asociativo:
G un cuadro de declinación es una de las maneras de agrupar las formas que también pueden ser agrupadas de muchas otras maneras[246]
R por el sentimiento de los sujetos hablantes. Lo que falta es el vínculo entre las divisiones que se plantean:
G (un vínculo posterior tal vez podría hacer modificar los compartimientos de la gramática tradicional:)
R una vez exploradas, es posible que tengan que cambiar. El **método consiste simplemente en observar, en considerar como real lo que la conciencia de la lengua reconoce, ratifica, y como** irreal lo que no reconoce. Esto coloca el método al alcance de todos: consiste en la observación interior, rectificada por la observación de todos.[247] Por ejemplo, un cuadro de declinación, ¿es una invención del gramático?
G <Él> será verdadero si existe en los sujetos hablantes.[248]
R El desarrollo de los capítulos donde se controlen
G las divisiones tradicionales
R es un trabajo a realizar a través de un método muy simple. La obra en su conjunto no resultará fácil. Por nuestra parte, hemos querido hacer únicamente la clasificación de todo lo que es sincrónico, y lo hemos hecho en sintagmático y asociativo.
G Divisiones en el campo diacrónico.
R Nos queda por considerar el *campo diacrónico*: observación de la lengua a través del tiempo. Esta otra mitad de la lingüística puede considerársela según dos perspectivas: la prospec-

[244] de expresar, G
[245] son fragmentos que corresponden, R
[246] La declinación es, por cierto, una de las maneras como se agrupan las formas, R
[247] La observación interior debe ser ampliada por las observaciones de otros sujetos hablantes, G
[248] = ¿existe?

tiva y la retrospectiva (la primera sigue, la segunda remonta el curso del tiempo). La primera equivale, si se la pudiera aplicar sin dificultad, a la síntesis completa de todos los hechos que conciernen a [249] la historia, a la evolución de la lengua.
G Agotar la lingüística diacrónica.
R Sin embargo, esta manera de aplicar la lingüística diacrónica es, digamos, ideal. Uno no se encuentra casi nunca en condiciones de poder aplicarla. El documento, en este plano, es generalmente indirecto, no consiste en la observación de lo que está de algún modo presente en los sujetos hablantes; [250]
G es escritura.
R Necesitaríamos una masa infinita de fotografías de la lengua, notas exactas de un momento al otro, para lograr avanzar, siguiendo el curso del tiempo.
G En ciertas disciplinas es posible aproximarse a este ideal.[251]
R Los romanistas se encuentran en la mejor situación que pueda imaginarse, porque tienen, en el espacio de tiempo que les concierne, el punto de partida
G (si no el latín clásico, por lo menos una forma aproximada).
R Pero aun en condiciones excepcionales, en todo momento y en infinidad de compartimientos van a existir enormes lagunas que habrá que llenar dejando de lado la narración y la síntesis,
G el punto de vista prospectivo,
R para dar otro sentido a la investigación; esta investigación va a caer en general dentro del punto de vista retrospectivo. En lingüística diacrónica se pueden oponer en gran parte prospectiva y retrospectiva como síntesis y análisis: es sintético todo lo que sigue, es analítico todo lo que remonta el curso del tiempo. En este segundo plano, nos ubicamos en una época dada y nos preguntamos, no lo que resulta de una forma, sino las formas que le han dado origen. En esta posición nos encontramos respecto a muchos idiomas. Si nos ubicamos veinte años atrás, la forma que captamos es, sin duda, un punto en la cadena diacrónica; pero inmediatamente nos retrotraemos al pasado y nos preguntamos cuál es la cadena que hay que restablecer.
G Para otras lenguas nos podemos remontar bastante lejos:

[249] constituyen, G
[250] los documentos no están provistos por la conciencia de los sujetos hablantes, G
[251] Este método se puede ejercer según uno se encuentre delante de tal o cual idioma, R

R existe una larga historia de la lengua latina, pero el límite lo encontramos enseguida (tres o cuatro siglos antes de J. C.); en lugar de ir hacia adelante hay que preguntarse por lo que ha precedido. Es la situación en que uno se encuentra, no solamente con respecto a las lenguas indoeuropeas, sino también respecto de conjuntos más restringidos. En cuanto a las lenguas germánicas, hay épocas en que se puede, como en el caso del alemán, encaminarse retrospectivamente, pero tenemos
G en el mismo alemán, una fase en que se carece de documentos y que obligará a ubicarse en el punto de vista retrospectivo, sin pretender remontar más allá del germánico común.[252]
R No existe entonces, salvo para reducidos estudios románicos, la posibilidad de situarse en una posición que no sea retrospectiva en la cuestión de historia de lenguas.

G *21 de enero*

R Otros objetos de la ciencia, siempre que supongan una consideración histórica, pueden servirnos de ejemplo. En geología nos encontramos también con una ciencia en gran medida histórica. Se ocupa de estados estables (el cauce actual del Léman se mueve, es cierto, en el tiempo, pero en cierto sentido está fuera del tiempo) y de elementos sucesivos, de acontecimientos
G o cambios
R cuyo encadenamiento forma diacronías. Se podría hablar de geología prospectiva, pero también en ese campo la observación va a ser forzosamente retrospectiva: habrá que reconstruir la cadena de acontecimientos para saber lo que ha sido un estado.
G En lingüística se intentaría usar el punto de vista prospectivo:[253]
R si este punto de vista fuera siempre posible no se necesitaría ningún método. El punto de vista prospectivo no es más que una simple narración. Para la diacronía retrospectiva, hace falta un método reconstructivo que se apoye en la comparación. En una lengua aislada (el vasco), no se pueden sacar conclusiones por comparación sobre lo que ha podido existir. Por el contrario, el

[252] toda una parte del tema en que es imposible situarse en otra perspectiva, ni siquiera para llegar a la unidad germánica, para tener la historia de los dialectos, R
[253] Para la diacronía prospectiva es muy simple, R

grupo bantú de África, conocido actualmente, permite la reconstrucción.

G (No se insiste sobre el tema pues <el método>[254] se va a aclarar a lo largo del curso).[255]

R Entre los objetos de los que se ocupa la lingüística diacrónica figura en primer lugar la fonética, toda la fonética. Pertenece en bloque a la lingüística diacrónica: no existe fonética sincrónica; lo fonético resulta *ipso facto* diacrónico. La mejor manera de comprobarlo es observar en qué consisten los dos temas principales de las gramáticas: fonética (Lautlehre) y morfología (o bien suele agregarse también la sintaxis).[256]

G En la morfología,[257] sólo se da en general la descripción de un estado:

R para la descripción, por ejemplo, del antiguo alemán se darán las conjugaciones. Con la primera parte (fonética) nos salimos de ese estado que hay que describir, pues de otro modo no habría nada para decir. Lo que preocupa a la fonética es la situación de los elementos fónicos en relación con un cierto estado antecedente lo bastante conocido como para ser tomado como punto de referencia; esto equivale a establecer la diacronía, el pasaje diacrónico de un estado a otro. Así se tomen sonidos o grupos, se comprueba:

ka
tša
θa

o bien se comprueba que el [grupo latino] *semnare* ↓ *femna* ↓
equivale en habla saboya a: *senå* *fena*

Lo que se hace, no es más que fijar la situación de los elementos fónicos[258] con respecto a un estado precedente; sin esto, de la fonética no subsistiría nada. La segunda parte se la puede representar por: |———| y la primera por la flecha diacrónica: ↓ (con líneas horizontales)

Para tener algo que decir hace falta siempre una época prece-

[254] ella, G
[255] *Aperçu de la linguistique indo-européenne comme introduction à la linguistique générale.*
[256] En todo manual: 1) Fonética; 2) Morfología; 3) Sintaxis, G
[257] En la otra parte, R
[258] fonéticos, R

dente. Se puede tomar una época más o menos próxima: cuando las dos líneas se unen ya no queda nada por decir en fonética (la descripción de los sonidos de un estado sería fonología). Todo lo fonético es diacrónico. Esto coincide bien con lo siguiente: lo que es fonético [259] no es significativo, no es gramatical. Para hacer la fonética de una unidad, la despojo —si puedo— de su significación.

G Como unidades pueden tomarse cosas distintas de las palabras;

R se pueden hacer los cortes no precisamente por la significación: puedo hacer abstracción de las palabras <y>, sin considerar una "palabra", ver lo que resulta de un grupo *—akta—* que no corresponde a ninguna significación. En fonética consideramos únicamente la parte material de las palabras; pero eso no es lo más característico de lo fonético; lo más característico es que lo fonético es solamente diacrónico. Podemos estar fácilmente de acuerdo en que lo que es fonético no es gramatical de modo que, si el campo diacrónico sólo encerrara la fonética, la oposición que planteamos entre las materias que se incluyen en el campo sincrónico y en el campo diacrónico se presentaría inmediatamente con toda claridad: por un lado tendríamos:

diacrónico = no gramatical

por el otro:

sincrónico = gramatical.

Por cierto que, desde el principio, nos preguntaremos si no existe otra historia [260] para hacer fuera de la de los sonidos y si no volvemos a caer en temas gramaticales. Por ejemplo, va a existir el hecho de que una palabra ha cambiado de significación, o bien que formas como las del dual caen poco a poco en desuso en una lengua, o bien el hecho del desarrollo analógico

G de algún elemento.

R En síntesis, todo lo que se incluía en la sincronía,[261] los sintagmas y las asociaciones, ¿no tienen acaso su historia?;

G no disimulo que

R desde el momento en que se sale de la fonética pura es mucho más difícil trazar los límites o afirmar una posición ra-

259 Corolario: lo que es fonético, G
260 Pero es claro que existen otras historias, G
261 en el campo sincrónico, G

dical.[262] Éste es el punto más difícil de la división general pero no podemos insistir en el tema sin lanzarnos a consideraciones delicadas,[263]
G para hacer la distinción entre lo diacrónico y lo sincrónico.
R Pero se verá en una cantidad de casos que hechos
G históricos
R que se creen gramaticales, se resuelven en hechos fonéticos. Por ejemplo, si tomamos del alemán *Springbrunnen, Reitschule*: en la primera palabra compuesta hay una idea verbal[264]: es un hecho gramatical, pero consiste en el producto puro de una interpretación. Históricamente, para fijar el origen de estos compuestos, hay que comprobar sólo el hecho fonético;
G esta clase (de palabras) no es arcaica.
R Antiguamente existieron compuestos en viejo alemán: *betahûs*, "casa de oración"; luego, por un hecho fonético aparece *bet-* que puede relacionarse a toda la familia de *beten*;
G la relación con el sustantivo deja de ser manifiesta y *Bethaus* significa: casa para rezar.

Para lo diacrónico existe únicamente el hecho fonético. Las dos interpretaciones entran en lo sincrónico.[265]
R En inglés,
G la oposición
R *man / men, foot / feet:* en el plural hay una expresión interesante, poco corriente. Se trata de un hecho fonético que da cuenta de esta particularidad gramatical: todo lo que se vincula con la formación de ese hecho gramatical es fonético:

fōt / fōtiz
fōt / fōti
fōt / fēti
G *fōt / fēt*
R *foot / feet*

O si tomamos el conjunto de los hechos, hay dos grandes hechos fonéticos: acción de *i* sobre *o*, y supresión de la final.
G Lo que no es fonético, es la relación gramatical que se experimenta actualmente por la oposición de *u / i* (*foot / feet*).

262 la oposición señalada se vuelve menos evidente, G
263 distinciones que a primera vista parecerán sutiles, G
264 donde el primer término tiene un valor verbal, G
265 Por lo tanto, entre las dos interpretaciones, existe un único hecho diacrónico, R

R Sin el cambio fonético esta oposición no existiría. Lo que crea el estado de cosas es fonético, pertenece a una diacronía. Lo gramatical no es diacrónico.

En otro orden de cosas, hemos discutido la forma en que se ha interpretado la declinación latina en romance

G depende de la supresión o por lo menos de la confusión fonética de los finales de la declinación.[266]

R Sea o no así (en todo caso es concebible), existirían dos hechos: 1) hecho material (confusión de las finales), fonético pero diacrónico [y fonético]; 2) se establece un estado gramatical; esto es sincrónico.

Por lo tanto, el origen de una buena proporción de hechos sincrónicos no es más que fonético, en consecuencia diacrónico: la distinción queda clara. Hay que recordar, para no apresurarse a decir que se sale de la fonética, que se hace gramática histórica: nos encontramos en los dos campos; uno se ubica en un estado de cosas, es sincrónico; el otro en el tiempo.

Por otra parte de Saussure reconoce que se puede hablar de historia de una declinación, de los grupos asociativos que ya se han mencionado.[267] Pero habrá que verificar siempre que esta historia no tiene el mismo carácter, que se compone de una multitud de hechos particulares: unos[268] serán claramente fonéticos y van a combinarse con otros que tienen distinto carácter.

G Tomemos la historia de un sintagma; el que ha dado el futuro del francés:[269]

prendre ai
prendrai

Si consideramos el hecho en su historia y no tal como se presenta en una sincronía, encontramos muchos hechos; una parte será fonética: *prendre ai* tiene dos acentos, *prendrai* sólo uno.[270] Vemos entonces que la fonética interviene casi infaliblemente

G en el estudio de todo cambio histórico. La

R dificultad —Saussure no lo ignora— está en lo residual, que parece justificar una historia gramatical.

[266] consistía en la confusión de las finales, lo cual simplificaba la declinación, R

[267] de una declinación, es decir, de grupos asociativos, G

[268] donde muchos, G

[269] ¿Se trata de un sintagma?

[270] Entre otros hay un hecho fonético: la desaparición de uno de los dos acentos, G — Véase CLG, p. 283, 1º, 3º (fuente: I R 2.83).

G Afirmamos que las cuestiones gramaticales sólo suponen un juego combinado de valores contextuales. Luego
R todo lo que es gramatical debe vincularse a un estado, y
G parece que hay algo contradictorio [271]
R cuando se afirma que un hecho gramatical tiene una historia en el tiempo.

El problema de lo que hay que pensar sobre el aspecto evolutivo, en lo que no es puramente fonético, no está claro; es un ámbito donde las cosas no son simples [272] y donde la fonética desempeñará un papel.[273]

[271] hay una contradicción, R

[272] Punto que queda para resolver. Saussure no lo ve claro totalmente. El resultado no será simple, G — El problema no fue retomado en el tercer curso: véase CLG, pp. 231-235 (fuente principal: R 113-119) y en la nota de los editores, p. 235.

[273] R indica aquí la fecha (20. I. 1909); G anota: fin definitivo de la introducción.

SEGUNDA PARTE

ESTUDIOS CRÍTICOS

PROCESO DE PRODUCCIÓN DE UNA TEORÍA LINGÜÍSTICA Y SEMIOLÓGICA

ANA MARÍA NETHOL

Una ojeada a la ciencia del lenguaje permite observar que ésta se reconoce como tal en un proceso teórico operativo que, manejando las lenguas naturales, instaura modelos de análisis de sistemas significantes (lingüísticos) a partir de un primer deslinde de campos o niveles de estudio (fonológico, morfológico, sintáctico, léxico). En esta delimitación que realiza la lingüística para describir la lengua operan fundamentalmente dos perspectivas de análisis: el estudio de la organización de las unidades sobre la base de sus relaciones sistemáticas de oposición (paradigmático) y el de las reglas de combinación de dichas unidades en las frases y el discurso (sintagmático). Se establecen así los mecanismos que subyacen a la utilización del lenguaje por los individuos. Se constituyen sistemas de representaciones lingüísticas que varían de una escuela a otra, pero que tienen como rasgo común el pasaje de lo sustancial y manifiesto, a las estructuras que se delimitan a partir del sistema a que pertenecen.

Posteriormente, y coincidiendo con nuevos avances teóricos de la lingüística, se produce un desplazamiento científico: muchas ciencias sociales integran los aportes de la lingüística y, en una nueva perspectiva, comienzan a interpretarse a partir de las relaciones significantes de su objeto. Estos diversos campos —sociológico, antropológico, psicoanalítico, literario, etc.—, se consideran series estructuradas como lenguajes, emparentadas con los modelos originados en las lenguas naturales, pero practicando a su vez un enfoque *trans-lingüístico*, que implica un manejo de elementos que difieren de los propiamente lingüísticos en un doble plano cuantitativo-cualitativo. La diferencia cuantitativa se establece en relación con el análisis trans-lingüístico que opera (o puede operar) con unidades que rebasan en extensión las unidades mínimas delimitadas en el análisis de las lenguas naturales; así, una unidad o función en determinado tipo de discurso literario (Propp) o una forma mínima del mito puede no coincidir con la unidad frase o sintagma que determina el análisis

lingüístico. El plano cualitativo supone un "desborde" más amplio del marco de representaciones que se vinculan con las lenguas naturales: se trata de análisis de lenguajes o sistemas diferentes (de gestos, de imágenes, de objetos) que recurren a los modelos lingüísticos para describir sistemas cualitativamente distintos.

En este sentido podríamos hablar de una adopción, de una especie de punto de partida semiológico que, hacia la década de 1950, desarrollan algunas ciencias sociales y algunas tendencias dentro de esas ciencias, para modelar su objeto de estudio; esta adopción no dejaba de tener sus peligros: el tratamiento de los fenómenos culturales como sistemas de signos implicó en los países centrales un intento de constitución de las ciencias humanas "a imagen y semejanza" de los modelos de análisis planteados por la lingüística con el consecuente distanciamiento entre el sujeto de conocimiento y su objeto y la distorsión de los objetos específicos de dichas ciencias y de la lingüística misma. A este respecto abundaron acaloradas discusiones entre partidarios y detractores del *semiologismo* (derivado de la utilización de modelos estructurales). Mientras los primeros exaltaban el valor intrínsecamente semiológico de los fenómenos que abordaban, los segundos, con razón, criticaban la a-historicidad y formalismo que proponía el modelo estructural tal como era retomado por esas ciencias, o por ciertos discursos de esas ciencias, al considerar que se enfrentaban con dos posiciones coincidentes en su principio: la perspectiva de análisis desde el materialismo histórico y la vinculación dialéctica entre sujeto y objeto de la ciencia con las consecuencias teóricas, empíricas y tecnológicas que acarreaba.

No quiero insistir en esta problemática; mi intención es tan sólo mencionarla para esclarecer parcialmente una zona aún bastante oscura en el tratamiento de las ciencias humanas y ubicar allí, como objetivo fundamental, el papel que juega la teoría de Ferdinand de Saussure.

De todas maneras, quisiera plantear, ya a distancia temporal de las discusiones, una instancia superadora, o conciliadora, si se quiere: la posición de clase y el contexto social producirían (producen) las condiciones básicas de la actividad científica, que permiten la pluralidad de abordajes de un objeto en función de una teoría explicativa a través de diversas prácticas, donde se incluye la semiológica como uno de los niveles de comprensión de la realidad en aquellos casos en que la necesidad empírico-ideológica lo requiera. Por otra parte, podemos hablar de una exis-

tencia más o menos autónoma de los estudios semiológicos que se han centrado, justamente en las dos últimas décadas, en una tarea bastante homogénea de desmitificación de los discursos de los sistemas vigentes en países dominantes y dependientes; esto equivale a decir que la semiología, independientemente de las consideraciones que podamos hacer sobre su origen epistemológico, puede ser utilizada como cuerpo teórico-operativo, como material instrumental para un proyecto amplio de conocimiento y transformación de la realidad que manipula, partiendo del supuesto de que el sujeto es protagonista del proceso en el que está inmerso y que, a su vez, el análisis de los discursos y su significación, se sitúe en el campo en que se sitúe, sólo puede interpretarse a partir de las condiciones históricas y políticas de las que emerge.

En este proceso que va de la constitución de la lingüística como ciencia al desarrollo de la semiología (tanto en el desplazamiento que operan algunas ciencias sociales como en el estudio autónomo del campo, o bien en la constitución del material instrumental a que acabo de hacer referencia), el discurso de Saussure no sólo abre la profunda brecha que separa a la lingüística de su estadio precientífico sino que señala además el camino a los posteriores trabajos semiológicos, ubicando a la lingüística como caso particular en relación de pertenencia a un campo más general y abarcador: la ciencia que se ocupa de los sistemas de signos. Uno de nuestros propósitos es demostrar en este breve trabajo que todos los pasos de su discurso se van concretando a partir de esta doble formulación lingüístico-semiológica. Como afirma Greimas, "las metáforas de Saussure que siguen impactando nuestra imaginación son todas extra-lingüísticas: el juego de ajedrez, el anverso y reverso de la hoja de papel, el tren de París; la descripción de las lenguas naturales es para él sólo una tarea particular situada en el interior de la semiología".

La innovación de Saussure, por otra parte, consiste principalmente en descartar al objeto como "hecho" y en constituirlo en función de reflexión para reconocerlo y delimitarlo. Esta preocupación se centra en la especificación del concepto de lengua, con la consecuente búsqueda de su definición de las propiedades que lo constituyen. Todo el esfuerzo de su obra, especialmente todo el esfuerzo de conocimiento, se ubica en esta bús-

queda. Es el soporte temático, el contenido global que guía sus especulaciones y ordena su discurso a pesar de las aparentes contradicciones en que incurre a través de los tres cursos que dicta en la Universidad de Ginebra.

Esta determinación de la noción de lengua, este trabajo para constituirla y cuyo proceso puede verse con claridad en el texto de la *Introducción* que precede a este artículo, apoyada permanentemente por el fundamento que le proporciona la ubicación semiológica, se manifiesta en Saussure como un proceso de sucesivas exclusiones de los elementos que no entran en sus propiedades internas.

La primera operación de "descarte" tiende a deslindar la materia específica de la lingüística a fin de superar el obstáculo constituido por una serie de entrecruzamientos con ciencias conexas que habían incidido fuertemente en las especulaciones lingüísticas anteriores. Con esto apunta también a la reivindicación de un objeto específico que no se confunda con el de otras ciencias y que supone la exclusión de los posibles elementos (antropológicos, fisiológicos, psicológicos, filológicos, etc.) de otras disciplinas que puedan alojarse en el tratamiento del fenómeno lingüístico.

La confrontación del *Curso de Lingüística General* con los apuntes tomados en clase por los alumnos (véase p. 11 y ss. de la *Introducción*) aporta datos importantes sobre esta operación. En el *Curso*, los compiladores descartan las ciencias conexas e insisten fundamentalmente en las tareas que tiene que realizar la lingüística, sin especificar dentro de qué encuadre epistemológico se ubica ni cuál es su identidad respecto de otros campos de conocimiento. Sin embargo, este problema de identidad de la ciencia aparece resuelto en los siguientes párrafos:

Para asignar un lugar a la lingüística, no es necesario tomar la lengua en todos sus aspectos. De esta manera, muchas ciencias (psicología, fisiología, antropología, gramática, filología, etc.) podrían reivindicarla como su objeto. Toda vía analítica no nos conduce a nada. Seguiremos una vía sintética. Tenemos que tomar lo que sentimos como esencial y entonces podremos asignarle al resto su verdadero lugar en la lengua. ¿Es muy difícil? Ante todo, la lengua es un sistema de signos y es necesario recurrir a la ciencia de los signos que nos permite reconocer en qué consisten, sus leyes, etc. Esta ciencia no existe en las disciplinas conocidas; se trataría de una semiología (ninguna relación con la semántica: ciencia del sentido de las palabras por oposición a la de las formas). Es evidente que

la lengua no abarca todos los tipos de signos. Debe existir entonces una ciencia de los signos más amplia que la lingüística (sistemas de signos: marítimos, de ciegos, de sordomudos y finalmente, lo más importante: ¡de la escritura misma!).

Como puede verificarse en la *Introducción*, este texto pertenece a la clase de Saussure dictada el 12 de noviembre de 1908, apenas comenzado el segundo curso. Consiste en una exposición que puede segmentarse en dos subunidades: la primera, de descarte y la segunda, de encuadre; esta secuencia permite, por una parte, la confrontación con la omisión que hacen los editores del *Curso*, cuando eluden ocuparse de la semiología y la interpretación errónea que de allí puede desprenderse en la medida en que se ignora en función de qué elementos Saussure recorta su afirmación, tema que despachan en pocas líneas (dos páginas y media) sin volver a ocuparse de él ni mencionarlo en el resto del libro (véase p. 59 y ss. *Curso de Lingüística General*, Buenos Aires, Losada, 1945). En la segunda parte del fragmento es clara la apoyatura de Saussure en la aproximación lingüístico-semiológica, es decir, en la ruptura de relación con otras ciencias para la definición de la lingüística a fin de encontrar las alianzas epistemológicas de su objeto con series posibles de sistemas unificados por una ciencia general que los abarque.

Por otra parte, este fragmento posee una significativa afirmación: la de la inclusión de la *escritura* como uno de los posibles campos de estudio que corresponderían a esta ciencia general; esta mención que, de acuerdo con la versión de los alumnos, Saussure expresa enfáticamente considerándola como "lo más importante", es también omitida en la confección del *Curso*, tanto en el capítulo mencionado antes como en el que se refiere a la escritura (véase *Curso*... p. 71 y ss.). Destaquemos entonces por el momento que, en el marco de esta afirmación, la escritura constituiría para Saussure un sistema de signos particular cuyo campo específico sería tratado por la ciencia semiológica.

Sin embargo, en un segundo procedimiento de descarte, luego de haber obtenido un primer camino inductivo hacia el objeto, en nombre de la delimitación de la lingüística, excluye a la escritura de su campo (véase *Introducción*, p. 24 y ss., y *Curso*, p. 79). Este procedimiento, mal interpretado por autores que se remiten exclusivamente al *Curso*, y que además construyen un aparato teórico donde la escritura es considerada como *principio*

fundante del acto lingüístico (véase Jacques Derrida, *De la gramatología*, Buenos Aires, Siglo xxi, 1971, p. 37 y ss.) y aceptado acríticamente por otros, en particular sus discípulos de la Escuela de Ginebra constituye una aparente contradicción que conviene aclarar en qué condiciones se produce y cuáles son las causas que lo determinan. No es necesario alejarse demasiado de las fuentes saussureanas para encontrar las razones: las condiciones de este descarte se producen por el obstáculo que constituían los trabajos anteriores y/o contemporáneos a Saussure, quien, es preciso recordarlo, pertenecía a la etapa filológica, al momento de prevalencia de los estudios histórico-comparativos de los fenómenos del lenguaje. Este tipo de estudios podemos imaginarlos como un espacio cuadriculado donde las líneas verticales indicarían la evolución de palabras y sonidos en el tiempo y las horizontales las relaciones de éstos con otros de diferentes lenguas, en un camino diacrónico que marchaba de las formaciones contemporáneas a las anteriores, y viceversa, en busca de unidades últimas que remitieran al origen del fenómeno, ateniéndose a su linearidad temporal para señalar su evolución en el tiempo y leyes generales de transformación. Por otra parte, y como consecuencia de la continuidad temporal del fenómeno estudiado, los métodos operaban fundamentalmente sobre la descripción de los cambios sucesivos de la sustancia: descripción de evoluciones fonéticas retomadas a partir de documentos escritos, sin tener en cuenta, para hablar desde una perspectiva saussureana, la evolución de la *forma* que subyace en esas manifestaciones sonoras, si es que de ello puede hablarse tratándose del manejo casi exclusivo de la comparación de textos proporcionados por la escritura.

Esta noción de *forma*, una de las vertientes fundamentales de la problemática de Saussure, indica en su discurso el sistema de relaciones y oposiciones que sostienen entre sí las unidades lingüísticas en un momento dado, en un estadio puntual de la evolución, concepto que puede vincularse al plano de las transformaciones diacrónicas, siempre que se tengan en cuenta los cambios que afectan a la totalidad del sistema que se producen de un estadio a otro de la evolución en el tiempo y no en el mero cambio de la sustancia fónica (así como de los mecanismos sintácticos, de la evolución léxico-semántica de las unidades, etc.). Saussure es consciente de la limitación científica que supone un abordaje de tal naturaleza, pero, además, llega a prevenir de las derivaciones históricas que puede arrastrar, no sólo por su influencia sobre los

estudios del lenguaje, sino también por la *presión que el lenguaje escrito puede ejercer sobre el habla.* Volvamos a la *Introducción*: la preocupación de Saussure por este aspecto resalta con mucha más intensidad que en el *Curso*:

La lengua y la escritura. Pareciera que una y otra fueran solidarias; sin embargo, es necesario distinguir radicalmente entre ellas. Sólo la palabra hablada es objeto de la lingüística.

La clasificación de la lengua en el tiempo sólo es posible porque la lengua se escribe. No se puede entonces rechazar la importancia de la escritura.

En efecto, además de señalar un estadio de la civilización y perfeccionamiento en el empleo del lenguaje, *la lengua escrita y la escritura repercuten sobre la lengua hablada.*

. . . .

No se observa nada de anormal en las lenguas no escritas, sino lo contrario. Una lengua que no ha sido jamás escrita constituye su norma.

Pero las influencias de la lengua escrita sobre la hablada son múltiples: uno se ve obligado a cierta elección, se conservan sólo las palabras que se escriben a menudo, se vicia la pronunciación (sep*t* cents, Lefevure por Lefèvre).

. . . .

La lengua escrita y la lengua hablada: un aspecto más de las correspondencias de la lengua, uno de sus costados dobles; en la correspondencia existe una dualidad en los sistemas de signos. Y esta correspondencia varía con las escrituras (china y latina, por ejemplo). La correspondencia no es perfecta: existen casos en los que la palabra escrita no representa la palabra hablada.

Esta correspondencia ha producido y produce aún efectos deplorables. Nunca es totalmente posible deshacerse de la palabra escrita. . . . .

Cuando la escritura se vuelve corriente, se crea un tipo de lengua escrita que constituye la *norma* y que no puede ser ignorada frente a los dialectos locales".

. . . .

El fragmento que transcribo demuestra que tanto la sobrevaloración como el desinterés por la escritura constituyen para Saussure un peligro que sobrepasa sus preocupaciones estrictamente lingüísticas. El prestigio de la escritura constituye una fuente de dominio cultural que no desconoce. Este señalamiento es muy importante: quienes desde diversos campos vinculados a la ciencia del lenguaje nos hemos acercado a observar las particularidades

de los fenómenos del habla, reconocemos hasta qué punto la norma, que toma como punto de partida la fijeza de la escritura, actúa como factor externo de prescripción y poder sobre las tendencias del habla.

Por otra parte, también es claro para Saussure que el estudio diacrónico basado en fuentes escritas perdía de vista los límites entre sonido y letra: "ni el mismo Bopp —afirma— hace distinción clara entre sonido y letra; al leerlo se creería que una lengua es inseparable de su alfabeto; sus sucesores inmediatos cayeron en la misma trampa". (*Curso*, p. 73.)

Para poder ubicar más precisamente esta operación de descarte, sintetizamos los aspectos que la fundamentan:

1) el estudio diacrónico, que tiene como fuente los textos escritos, representa un análisis del cambio lingüístico sobre la base de las modificaciones de la sustancia, en detrimento de las modificaciones entre términos que afectan la totalidad del sistema en un momento dado de la evolución.

2) La manipulación del lenguaje escrito como fuente de análisis supone un alto grado de confusión entre la letra y el sonido: esta confusión distorsiona y superpone objetos científicos de naturaleza heterogénea.

3) La distorsión afecta, no solamente las posibilidades de análisis, sino también la tendencia del lenguaje oral, por cuanto en función de la escritura se dictaminan normas que actúan como violencia y censura.

En esta síntesis pueden determinarse dos tipos bien definidos de obstáculos que Saussure tiene que superar para continuar la elaboración de su objeto. Como vimos, el primero se sitúa en la relación sustancia-forma. Bajo esta perspectiva, en su concepción, escritura se opone a lengua por ser la primera una manifestación, y la segunda, el mecanismo subyacente que la determina. El segundo obstáculo se ubica por una parte, en la situación de indiscriminación científica y metodológica entre objetos de diferente naturaleza y por otra, en los mecanismos de presión que, desde la práctica lingüística se obligaba a ejercer a la escritura sobre el lenguaje hablado. Así como la primera dificultad se situaba en la relación sustancia-forma o bien lengua-escritura, la segunda se sitúa en una oposición de carácter bien diferente: la relación escritura-habla.

Este último obstáculo conduce a Saussure a la siguiente afirmación: "sólo la lengua hablada es objeto de la lingüística". De este

modo afirma en el mismo movimiento la autonomía de ambos sistemas para diluir los errores de entrecruzamiento en que habían caído sus predecesores y contemporáneos y la necesidad de desprendimiento del poder normativo de la escritura.

Para seguir adelante y comprender mejor este proceso de conocimiento, retomemos el punto 1) de la síntesis antes propuesta: los textos escritos como fuente del estudio diacrónico. Este aspecto contribuye decisivamente al descarte de la escritura, no por la escritura misma en tanto objeto semiológico, sino por presentarse como el vehículo desde donde parten los estudios diacrónicos, ubicados por él, según dijimos, en el mero cambio de sustancia. Este descarte permite entonces una nueva delimitación que lo proyecta hacia su objeto: destaca la distancia que media entre la manifestación y la estructura, entre el fenómeno y su organización semiológica, entre el estudio diacrónico y el sistema de la lengua.

En esta diferencia de nivel, el de la manifestación por una parte y el de la organización semiológica por otra, se inserta la *tercera operación de descarte,* que lo lleva a sostener la famosa dicotomía lengua-habla. El habla es definida en relación con la lengua como su contracara individual: ejecución del acto fónico concreto determinado por la naturaleza semiológica de la lengua. Así el habla, como apropiación individual del sujeto hablante y continuo fisiológico, participa también, como la escritura, del dominio de la sustancia, mientras la lengua constituye un sistema de valores cuyo "medio de producción es indiferente".

¿Qué queda entonces como "marca" que define las características de la lengua en el marco de este proceso teórico? Una vez extraídos y descartados aquellos elementos que hacen al hecho concreto de la manifestación, las confusiones teóricas entre niveles y la participación de otras ciencias en el campo de los estudios lingüísticos, sólo se mantiene como *hecho de lengua* el carácter social y ubicación como sistema de signos cuyos mecanismos se describen en el *Curso.* Pero estos rasgos no indican de por sí la naturaleza estrictamente lingüística del objeto que se delimita: lo que ocurre es que la noción de lengua, tal como es elaborada por Saussure va mucho más allá de la lingüística: se presenta como noción abarcadora de todo sistema significativo.

Por otra parte, esta ubicación de la lengua se reproduce también en relación con las unidades (signos) que la constituyen: en lo que va del primero al tercer curso comienza a identificar dichas unidades sobre tanteos que parten de un estricto campo lingüístico.

En una primera instancia, presenta al signo como dualidad sílabas-significación, más adelante como sonido-concepto. ¿Por qué entonces, si poseía una nomenclatura lingüística que explicitara la dualidad del signo, opta por la nomenclatura significante-significado? Una vez más se presenta una exclusión significativa: Saussure se sitúa frente al signo en la misma dirección que implicaba la noción de lengua; la división significante-significado, que recién establece al final del tercer curso, alcanza tanto a las unidades lingüísticas como a las de cualquier otro campo semiológico.

Es así como en cada eslabón de su proceso teórico marcha sobre esta doble relación lingüístico-semiológica; esto confirma y explicita algunas de las observaciones que aparecen al comienzo de este artículo: en primer lugar, sus planteos marcan una nueva perspectiva para la lingüística en la medida en que establece los mecanismos fundamentales del lenguaje humano y formula una teoría general de la lengua; por otra parte, inaugura una nueva forma de trabajo para reconocer el comportamiento de otros sistemas significativos, sobre la base de su carácter social y sistemático.

ACTUALIDAD DEL SAUSSURISMO *

A. J. GREIMAS

Si bien es inexacto decir que el nombre de Ferdinand de Saussure es desconocido en el medio de los lingüistas franceses, lo cierto es que la teoría saussureana permanece casi ignorada por la "filología francesa", fielmente apegada, por lo menos en sus principales contribuciones, al espíritu de la gramática histórica del siglo XIX. Un joven lingüista de 1935, reflejando la convicción casi unánime de sus maestros, aún tendía a considerar con desdén los trabajos de las escuelas de Ginebra y de Praga, cuyo esoterismo, se decía, no lograba ocultar las especulaciones puramente teóricas, contrarias a los hechos lingüísticos positivos y al más elemental buen sentido.

Y sin embargo, cuando ese mismo lingüista se ve inducido a leer, unos veinte años después, la confesión de un sociólogo que reprocha a sus maestros de entre guerras haber estado "sin duda más ocupados en meditar el *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* que el *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure",[1] o esta afirmación de un filósofo: "Saussure bien podría haber esbozado una nueva filosofía de la historia";[2] cuando se ve obligado a revisar su actitud con respecto al saussurismo, gracias en parte al "redescubrimiento" de Saussure por otras ciencias del hombre distintas de la lingüística, se encuentra frente a la situación cuando menos paradójica de la herencia saussureana en Francia.

El interés que muestran actualmente por la lingüística las diferentes ciencias del hombre destaca mejor el inquietante desa-

[1] Claude Lévi-Strauss, *Tristes Tropiques*, Plon, París, 1955, p. 47. [Hay ed. esp.]

[2] Maurice Merleau-Ponty, *Leçon inaugurale* en el Collège de France, 1953.

* Este trabajo fue confeccionado en ocasión del 40º aniversario de la publicación del *Curso de lingüística general* y publicado en *Le Français Moderne*, nº 24, 1956, pp. 191-203.

pego de la lingüística francesa con respecto a la reflexión metodológica. Los compartimientos estancos de los programas universitarios y la separación arbitraria de las disciplinas aíslan al lingüista, desde su primer certificado de licenciatura hasta el fin de su carrera, en una soledad asfixiante. La desconfianza del historiador para con el saussurismo —del que sólo ha conservado, por sobre todo lo demás, la perentoria condena dictada en nombre de la sincronía contra el objeto mismo de sus estudios— lo conduce a atenerse a sus propios métodos, cuya endeblez suele quizá sentir, antes que a borrar de un solo trazo la enseñanza de sus maestros y los resultados logrados gracias a los esfuerzos perseverantes de varias generaciones de investigadores.

Puede, pues, comprenderse con facilidad que las líneas que siguen, lejos de esbozar una nueva apología, más bien querrían mostrar la eficacia del pensamiento de Saussure, que, excediendo los límites de la lingüística, es actualmente retomado y utilizado por la epistemología general de las ciencias del hombre. En lugar de destacar los antagonismos que existen dentro de la lingüística, la descripción de los temas más generales saussureanos debería, por el contrario, evidenciar el valor heurístico de la lingüística en un sentido global. Vista desde afuera, la oposición de las dos lingüísticas, la estática y la histórica, se presenta como un caso particular de un general malestar que sufren las ciencias del hombre y al que están llamadas a superar. No vemos por qué la lingüística no podría representar una vez más el campo privilegiado de la superación. Creemos que la originalidad de la contribución de Ferdinand de Saussure reside en la trasformación de una visión del mundo que era propia de él [3] —y que consiste en captar el mundo como una amplia red de relaciones, como una arquitectura de formas cargadas de sentido y que llevan en sí mismas su propia significación— en una teoría del conocimiento y una metodología lingüística. Lejos, pues, de satisfacerse con una fenomenología descriptiva o, como la llama Louis Hjelmslev, con una "*des-*

[3] Los límites de este artículo excluyen por nuestra parte toda intención de situar a Ferdinand de Saussure dentro de los marcos más generales de la epistemología de su tiempo, o de intentar evaluar la originalidad de su pensamiento respecto, por ejemplo, de la fenomenología de Husserl o a la *Gestalttheorie*.

cripción pura, más cercana a la poesía que a la ciencia exacta".[4] (que nosotros conocemos demasiado bien a través de las descripciones fenomenológicas cada vez más insistentes), Saussure supo experimentar el valor epistemológico de su postulado, aplicándolo a una ciencia particular del hombre: la lingüística. Partiendo del concepto lingüístico de *significante*, indisolublemente ligado al *significado* (este último sólo conocido gracias a aquél), de la noción de *lengua*, ese ser de doble rostro, concebida como "una forma y no (como) una sustancia",[5] se efectúa el paso de la lingüística a las otras ciencias humanas, la extrapolación metodológica del saussurismo, y se afirma el postulado saussureano de un mundo estructurado, captable en sus significaciones.

La poca resonancia que tuvo la teoría saussureana en Francia debe imputarse en gran parte a la inexistencia de una psicología del lenguaje que, superando la antinomia de pensamiento y lenguaje, la hubiera apoyado y secundado, o más bien a la perseverancia de una psicología tradicional, que quería a toda costa interpretar los fenómenos lingüísticos dentro del marco de las relaciones recíprocas de dos "sustancias": el pensamiento y el lenguaje. La ausencia de tal psicología explica no solamente el fracaso parcial de la escuela de Ginebra, que en sus aplicaciones de la teoría de Saussure desemboca permanentemente en la interpretación psicologista, sino también el formalismo, tal vez demasiado estrecho de la escuela de Praga. Esta misma incompatibilidad de presuposiciones psicológicas consagra de antemano al fracaso toda tentativa de renovación, en tanto se contente con una yuxtaposición ecléctica del saussurismo y la lingüística de inspiración psicologista o behaviorista.[6] Dentro de esta perspectiva, la lingüística saussureana saludará agradecida los esfuerzos de Merleau-Ponty tendientes a elaborar una psicología del lenguaje en la que se abandone la dicotomía de pensamiento y lenguaje en favor de una concepción del lenguaje en la que el sentido es inmanente a la forma lingüística y que, teniendo en cuenta el personalísimo tono del autor y las múlti-

[4] *Prolegomena to a theory of language*, Indiana University Publications, 1953, p. 4.

[5] Ferdinand de Saussure, *Cours de Linguistique générale*, p. 157 [*Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 5ª ed., 1965, p. 193 y ss.].

[6] Nos referimos particularmente a las obras, muy meritorias por lo demás, de S. Ullmann: *Principles of Semantics* y *Précis de Sémantique Française*.

ples convergencias de pensamiento, aparecen muchos aspectos como la prolongación natural del pensamiento saussureano.[7] Aún más importante será la extensión de la teoría saussureana a la sociología, extensión cuyo mérito corresponde a Claude Lévi-Strauss. Recordemos el convincente estudio de W. Doroszewski[8] que intenta explicar la teoría saussureana como una particular aplicación a la lingüística de los postulados de la escuela francesa de sociología. Si en ciertos aspectos el concepto saussureano de *lengua* parece apoyarse en la "conciencia colectiva" de Durkheim, supera no obstante a ésta en el sentido de que, en lugar de exigir el recurso de las categorías fundamentales del espíritu, en lugar de apelar en un análisis ulterior a las tradicionales y arbitrarias distinciones de lo lógico y prelógico, del consciente y de lo inconsciente, permite abarcar, con ayuda del *significante global*, todo el espacio social y estudiarlo luego como un sistema homogéneo y cerrado. En la interpretación de este proceso dialéctico de la sociología francesa, que se supera en una de sus disciplinas para reconstruirse a partir de sus descubrimientos, reside, pese a las reticencias de ciertos sociólogos franceses, la ambición, absolutamente justificada, de Lévi-Strauss[9] de ser el heredero espiritual del pensamiento de Marcel Mauss y de Emile Durkheim. Cuando en nombre de Freud y de Saussure, nos relata en *Tristes trópicos* el descubrimiento, "más allá de lo racional", de "una categoría más importante y válida, cual es la del *significante*, que es la más elevada forma de ser de lo racional",[10] la confesión de esta toma de conciencia de las nuevas posibilidades de la exploración sociológica nos esclarece respecto de la significación profunda de la obra que está construyendo.

La famosa distinción saussureana entre lengua y habla está investida de un verdadero valor epistemológico: asevera que al

[7] Véase *Phénoménologie de la perception*, Gallimard, París, 1945, sobre todo el capítulo titulado "Le corps comme expressions et la parole", pp. 203-232.

[8] "Durkheim et F. de Saussure", en *Psychologie du Langage*.

[9] Véase su "Introduction à l'oeuvre de Marcel Mauss", en Marcel Mauss, *Sociologie et Antropologie*, Presses Universitaires de France, París, 1950 [hay ed. esp.], y la advertencia de Georges Gurvitch, donde precisa que la introducción de Lévi-Strauss es "una interpretación muy personal de la obra de Mauss" (p. VIII).

[10] Claude Lévi-Strauss. *Tristes Tropiques*, op. cit., p. 47.

habla, que se despliega indefinidamente en la duración, corresponde un sistema lingüístico anterior que es el único en posibilitar la comunicación; Hjelmslev formula esta distinción en términos más generales, pues plantea como punto de partida que todo *proceso* siempre presupone un *sistema* subyacente.[11] Aún más que el lingüista —quien, confundido por la infinidad de hechos de habla y de medios de expresión, sólo llega a constituir, en lugar de una sintaxis, una estilística de valores sintácticos—, el sociólogo se encuentra desarmado frente a la diversidad de perspectivas de aproximación, frente a la infinidad de relaciones sociales, y se ve reducido a consideraciones parciales, a estudios de microsociología. Por el contrario, la aplicación del postulado saussureano[12] le permite oponer con validez el "proceso" de la comunicación de las mujeres a las estructuras del parentesco, el intercambio de bienes y servicios a la estructura económica, o sea, las relaciones sociales —objeto de la psicología social— a la estructura social —objeto de la sociología—, o bien, para aplicar la terminología marxista que prefiere Merleau-Ponty, preparando de tal modo una posible apertura de la sociología a la historia, las fuerzas productivas a las formas de la producción.[13] Por otra parte, la homogeneidad del significado lingüístico favoreció en un comienzo las investigaciones lingüísticas de Praga y Copenhague, cuyo esfuerzo teórico, notable por los resultados obtenidos en el dominio de la formalización, es lo único que explica el actual renacimiento del saussurismo y su expansión metodológica.

A nadie escapa la importancia de la tarea emprendida paralelamente por Lévi-Strauss y Merleau-Ponty, ya que se trata, ni más ni menos, que de reafirmar, partiendo del postulado saussureano y aplicándolo tanto al "orden pensado" como al "orden vivido", la autonomía y la realidad de la dimensión social, del objeto social. A través de las diferencias de terminología (Lévi-Strauss quizá prefiere hablar del *inconsciente colectivo*,[14] y Merleau-Ponty del *espacio social*[15] autónomo) y a pesar de las divergencias de premisas metafísicas, aparece sin embargo

[11] *Ibid.*, p. 5.
[12] Lévi-Strauss, "Structure sociale", en *Bulletin de Psychologie*, t. VII, París, mayo de 1953, p. 539 y p. 370.
[13] *Leçon inaugurale*, p. 45.
[14] "Introduction à l'oeuvre de Marcel Mauss", pp. XXX-XXXII.
[15] *Ibid.*, p. 46.

la *realidad social*, inteligible, como el trozo de cera de Descartes, en la trasparencia de su red relacional y total,[16] pues contiene, en niveles estructurales diferentes, tanto el sistema capitalista descrito por Marx como el sistema lingüístico de Saussure.

De acuerdo con los sistemas de comunicación de mujeres, comunicación de bienes y servicios y comunicación de mensajes, formulados por Lévi-Strauss,[17] corresponden tres tipos de estructuras: estructuras de parentesco, estructuras económicas y estructuras lingüísticas. La lengua, así situada en el contexto social global, puede ser considerada de dos maneras: ora como un sistema —bastante complejo, es cierto, pero relativamente cerrado— de relaciones fonológicas y morfosintácticas que sirven de base a la comunicación,[18] ora, en fin, en el sentido amplio de la palabra, como una especie de condensación de la totalidad de mensajes humanos intercambiados, en cuyo caso el significante lingüístico abarca un amplio significado cuya extensión corresponde, sobre poco más o menos, al concepto de cultura. Parece evidente que ninguna distinción de naturaleza permite deslindar los dos campos lingüísticos, que la categoría de género, por ejemplo, se sitúa al mismo nivel que la "categoría" del espectro de colores, y que la primera está tan "semantizada" como la segunda.

Nada se opondría entonces, en principio, a la extensión de los métodos estructuralistas a la descripción de amplios campos de simbolismos culturales y sociales comprendidos por el significante lingüístico y captables gracias a él. Es, pues, justificable, si no la desconfianza, al menos el escepticismo de los fonólogos y especialistas en sintaxis con respecto a una empresa a la que apela la lexicología, en el deseo, cierto es, de preservar la autonomía de su disciplina. En cambio los historiadores y etnólogos no dejan de recurrir a la lingüística y a sus métodos,[19] sin que no obstante ésta pueda, en el estado

[16] Cf. La importancia que atribuye Lukács a la categoría de totalidad (véase *Historia y conciencia de clase*).

[17] "Structure sociale", *Bulletin de Psychologie*, pp. 370-371.

[18] Así concibe la lengua Knud Togeby en su *Structure immanente de la Langue Française*, Copenhague, 1951. [La misma obra fue editada por Larousse, París, 1967.]

[19] Véanse los notables análisis lexicológicos de las nociones fundamentales del sistema feudal en los dos volúmenes de *La Société féodale*, justi-

actual de las investigaciones, proponerles cosa alguna que no sea una baraúnda de hechos y una semántica insatisfactoria. Es posible, sin embargo, vislumbrar los considerables servicios que en este dominio podría aportar una metodología segura, y tal es la inquietud de los trabajos de Marc Bloch y Charles Morazé, que reclaman una aproximación de la historia y la lingüística,[20] cosa de la que tienen plena conciencia. A una psicología social de las actitudes y los comportamientos (cuya aplicación a las investigaciones históricas se revela ser sumamente dificultosa)[21] oponen los métodos que favorezcan la descripción de las estructuras, la construcción de los "modelos" de mentalidad, de sensibilidad o de moralidad colectivas, una lexicología social e histórica —concebida como metodología y no como disciplina independiente y que, a pesar de los esfuerzos de Jost Trier[22] y más recientemente de Georges Matoré,[23] no logra aún salir de sus pañales— que pueda desempeñar el papel de consejero y guía, actualmente asignado a las disciplinas situadas en los confines de varias ciencias.

Sin dejar de proponer la unidad funcional del significante lin-

---

ficados por Marc Bloch, en el plano metodológico, en su *Apologie pour l'Histoire* (A. Volin, París, 1949, p. 89), elogiando la "semántica histórica", de la que los historiadores de otros tiempos, como Fustel de Coulanges, han proporcionado "admirables modelos". Véase también la utilización que hace Lucien Febvre de los datos léxicos para describir la mentalidad del siglo XVI en *Le Probleme de l'Incroyance au* XVI *siècle*, o las cautivantes páginas de análisis lexicológico en *Do Kamo* (Gallimard, París, 1947) de Maurice Leenhardt [ed. en español *Do Kamo*, trad. de M. I. Mármora y S. Saavedra, Buenos Aires, Eudeba, 1961].

[20] "A los hombres que la mayoría de las veces sólo pueden alcanzar el objeto de sus estudios a través de las palabras, ¿por qué absurdo paralogismo se les permite, entre otras lagunas, ignorar las conquistas fundamentales de la lingüística?" (Marc Bloch, *Apologie pour l'Histoire*, p. 28). Por su parte, Charles Morazé afirma que los comportamientos sociales no podrán ser conocidos mientras nos atengamos "al tradicional estudio de la Ética, que es el estudio de las ideas", y cree que "las bases esenciales que nos faltan" podrán ser previstas "por un estudio más ajustado de las lenguas y de la historia desde el punto de vista moral" (*Essai sur la Civilisation d'Occident*, p. 207). Estas afirmaciones, por su optimismo mismo, muestran mucho mejor las necesidades metodológicas de la ciencia de la historia que el conocimiento de las dificultades por las que atraviesa la lingüística.

[21] Véase, a título de ejemplo, la confusión metodológica que caracteriza el estudio, por lo demás sumamente interesante, de M. Halkin, "Pour une Histoire de l'Honneur", en *Annales*, oct.-dic. 1949, nº 4, p. 433 y ss.

[22] Jost Trier, *Der deutsche Wortschatz im Sinnbezirk der Verstandes*, Heidelberg, 1931.

[23] *La Méthode en Lexicologie*, Didier, París, 1953.

güístico, no podemos dejar de destacar la gran diversidad que lo caracteriza; ciertos conjuntos que lo constituyen parecen más sólidamente estructurados, más homogéneos que otros, no solamente porque se apoyen, al nivel del "orden vivido", en agrupamientos sociales de contornos delimitados, o en funciones sociales claramente caracterizadas, sino sobre todo porque de sus conjuntos estructurados parece desprenderse una significación global y autónoma: pensamos especialmente en los sistemas mitológicos, religiosos, o en esa forma moderna de fabulación que es la literatura. En estos casos tenemos la impresión de que la lengua, sin dejar de ser —con respecto a tales conjuntos de significación autónoma—, lo que es, vale decir, un sistema de signos, se halla al mismo tiempo utilizada como instrumento y sirve para construir "órdenes de pensamiento" mediatizadas, es decir, *metalenguajes.* Así como la lengua emplea para construir sus sistemas de signos estructuras fonológicas que son, de derecho ya que no de hecho, anteriores a ella, así también podría decirse que los metalenguajes se valen de los signos lingüísticos para desarrollar sus formas autónomas. De este modo, según la fecunda sugestión de Hjelmslev,[24] partiendo de un conjunto significante claramente estructurado —literatura, lengua popular, mitología, etc.— es dable construir un sistema semiológico cuyas estructuras, deslindadas por análisis, conlleven una significación global autónoma. La aplicación de este postulado a la descripción del metalenguaje literario, cuyo mérito corresponde a Roland Barthes,[25] permitirá mostrar mejor su alcance.

Es inútil insistir, ya que muchos otros lo hicieron antes, en el hecho de que la historia de la literatura, elaborada en el siglo XIX, destruyó el objeto literario al reducirlo, con la ayuda de múltiples causalidades psicológicas y sociológicas, o bien a la "historia de las ideas", o bien a la psicología de la imaginación creadora, hasta el punto de que un honrado profesor de literatura ve hoy por hoy limitado su papel al de profesor de "lectura" y concibe su tarea como una explicación de literatura por todo lo que ella no es. El esfuerzo de los lingüistas, invita-

[24] *Prolegomena*, p. 73 y ss.
[25] *Le Degré zéro de l'écriture*, Ed. du Seuil, París, 1953 y 1964. [Hay ed. esp.: *El grado cero de la escritura y nuevos ensayos críticos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.]

dos a dar su propia versión del fenómeno literario más por razones de orden institucional que científicas, se ve coronado por la constitución de vastos repertorios de figuras y procedimientos estilísticos (como los dos últimos volúmenes de la *Histoire de la langue Française* de Charles Bruneau). Las investigaciones de este tipo, aun cuando casi exclusivamente consagradas al estudio "de la lengua y del estilo" de autores individuales, deslindan, sin embargo, por su yuxtaposición misma, la noción empírica de "estilo de época", y sobre todo proponen de manera implícita, gracias a la uniformidad de los métodos empleados, la existencia de un plano único y homogéneo en el que se construyen las obras y se desarrollan los acontecimientos literarios. Este catálogo de formas literarias, si fuera exhaustivo, construiría por cierto el significante de un metalenguaje literario, y no obstante seguiría siendo inutilizable mientras no afirmásemos la existencia paralela al significante e inmanente a él de un significado global que informe respecto de la elección de las formas utilizadas y respecto, también, de su destino social, que comprende a un tiempo la estética y la moral de un determinado lenguaje literario.

La originalidad del aporte de Roland Barthes reside justamente, por una parte, en la afirmación de la autonomía del lenguaje literario, cuyos signos son irreductibles a los signos lingüísticos simples y, por la otra, en la puesta en evidencia de la significación global de las formas literarias de una época. Independientemente de todo contenido que nos propongamos comunicar con el auxilio del texto, la *escritura* —tal el nombre elegido por Barthes para designar la totalidad de los signos literarios— tiene por función "imponer un más allá del lenguaje, que es a la vez la Historia y el partido que en ella se tome".[26] Este concepto de escritura, que ya comienza a emplearse en la crítica literaria,[27] parece prometer una renovación de métodos literarios y acaso hasta una nueva concepción de la historia como "historia de la Escritura".

Si bien parecen estar establecidos los postulados de una nueva ciencia literaria y nada se opone en principio a la aplicación del estructuralismo en las investigaciones de etnólogos e his-

[26] *Ibid.*, p. 7.

[27] Véase Roger Caillois, quien en su *Poétique de Saint-John Perse*, Gallimard, París, utiliza ampliamente el concepto de *escritura*, si bien lo hace en un sentido algo diferente del de Barthes.

toriadores de las religiones,[28] no hay que olvidar que el lenguaje articulado no agota todos los mensajes ni todos los signos y que la lengua no es coextensiva a la cultura: las formas plásticas, por ejemplo, o las estructuras musicales, abarcan, con un mismo derecho y un mismo brote de significaciones, vastas regiones del espacio social. De este modo, de la confrontación de los resultados de orden metodológico obtenidos por la escuela de Focillon y del gran número de intuiciones contenidas en la obra de Malraux con las principales conquistas de la lingüística estructural, así como de la extensión del saussurismo a la musicología, en la que la concepción de la música como lenguaje[29] parece cosa natural, surgiría por cierto la posibilidad de considerar problemas específicos de cada campo, una semiología general presentida y deseada por Saussure.[30]

Desgraciadamente, sea por supervivencia del mito romántico del genio o por resabio de un caduco anticientificismo, la integración en las ciencias del hombre de estos campos limítrofes que dicen pertenecer a la vez a la ciencia y a la estética y que durante el siglo XIX se habían constituido o iban a constituirse en "historias" —historia literaria, historia del arte, historia de la música, etc.— se ha hecho difícil a causa de un estado de animo reinante en ciertos medios y que se manifiesta por un desdén más o menos consciente de todo el aspecto social de los problemas —comportamientos medios o estructuras colectivas—, en beneficio de lo individual, de lo anormal del creador. Si Merleau-Ponty, cuya contribución en los dos planos —psicológico y sociológico— acabamos de reconocer, distingue, siguiendo a Saussure, "el habla hablada" del "habla hablante",[31], sólo lo hace, al parecer, para ahincar en esta última. El lenguaje de un filósofo no es más inocente que cualquier otro, y fácilmente se hallarán en Merleau-Ponty armónicos peyorativos bergsonianos para con todo lo que concierne a lo institu-

[28] Piénsese sólo en la sólida armazón que habría adquirido la descripción tan rica de la cosmogonía de los Dogones bajo la pluma de un Marcel Driaule estructuralista (*Dieu d'eau*, éd. du Chêne, París, 1948).

[29] Boris de Schloezer, en su *Introduction à J. S. Bach*, Gallimard, París, 1947, utiliza con éxito los conceptos saussureanos: "En música el significado es inmanente al significante, y el contenido a la forma, a tal punto que, en rigor, la música no *tiene* un sentido, sino que *es* un sentido" (p. 24).

[30] *Op. cit.*, pp. 32-35.

[31] *Phénoménologie de la perception*, ed. cit., p. 229.

cional. Lo mismo ocurre con el concepto de *escritura*: apenas aplicado a las formas literarias de la época clásica, se encuentra abandonado a los caprichos del compromiso consciente,[32] cuando en realidad el aspecto consciente o inconsciente del fenómeno estudiado parece de todos modos secundario con respecto a la categoría saussureana de significante. Por otra parte, la definición de la escritura sólo es comprensible si se la opone al concepto antinómico de *estilo*,[33] o sea, la expresión, en el plano lingüístico, de la temática existencial del escritor, lo que permite a Barthes rendir cuenta de la unicidad de la obra individual. Otro tanto puede decirse de Boris de Schloezer, cuya teoría semiológica de la música apunta al análisis de una obra musical particular,[34] y de Ch. Lalo,[35] cuya estética "estructural" trata de definir la obra de arte en general. Pero no querríamos que nuestra intención fuera mal interpretada: tal definición de la obra individual es útil y hasta necesaria, y el día en que se la pueda definir lingüísticamente, semiológicamente incluso, sin apelar a categorías estéticas o psicológicas, que siempre resultan algo inquietantes, ese día se habrá dado un gran paso.

Sin embargo, los trabajos de este tipo, si bien teóricamente válidos, siguen pareciendo un poco prematuros cuando se piensa en sus aplicaciones prácticas y sobre todo en la verificación de sus resultados: en lugar de estimular el trabajo de la descripción de las escrituras históricas, lo suponen ya acabado. Los lingüistas más habituados a la humildad de sus investigaciones y a la lentitud con que los resultados de sus trabajos se encuentran definitivamente registrados, no tendrán dificultad en comprender esta observación, que denota más una actitud del espíritu antes que una objeción de principio.

La enumeración de las dicotomías saussureanas —significante y significado, lengua y habla, cuyas diversas aplicaciones han constituido el objeto del presente estudio, quedaría incom-

32 Roland Barthes, *op. cit.*, pp. 86-87.

33 Tal concepción de *estilo* se encuentra pertinentemente ilustrada en *Michelet par lui-même* (Ed. du Seuil, París, 1954), de Roland Barthes, y en *Poésie et Profondeur* (Ed. du Seuil, 1955), de Jean-Pierre Richard.

34 El título de la ya citada obra de B. de Schloezer nos ilustra suficientemente sobre las intenciones del autor.

35 Véase "Analyse esthétique d'une oeuvre d'art", en *Journal de Psychologie*, nº 3, julio-setiembre de 1946, p. 257.

pleta si no se mencionara aquella que, si bien parece más fácilmente utilizable, ha tropezado no obstante con una fuerte oposición por parte de los historiadores de la lengua, por la sencilla razón de que, si se la afirma demasiado dogmáticamente, los excluye como beneficiarios de las otras formulaciones de Ferdinand de Saussure: nos referimos a la famosa incompatibilidad de los estudios sincrónicos y diacrónicos. Lo que sí nos parece evidente es que desde un primer momento fue necesaria una categórica toma de posición respecto de la unidad estructural del objeto lingüístico, así como el hecho de que sin tal afirmación no habría sido posible lingüística alguna de inspiración saussureana. Que luego la lingüística danesa acepte en su posterior desarrollo la idea de pancronía,[36] es decir, la idea del inventario general de todas las posibles estructuras lingüísticas, es otro hecho que también se explica por las indudables ventajas metodológicas que un concepto como éste proporciona a los lingüistas ocupados en el estudio de las lenguas "sin historia" o renuentes al establecimiento de filiaciones mediante los métodos históricos. Un nuevo comparatismo, extratemporal y extraespacial, se encuentra de tal modo legitimado. Pero si la lingüística estructural se niega a admitir que el desarrollo histórico de determinada lengua pueda captarse de un modo que no sea el de la comparación de dos estados sucesivos de lengua —cuando la definición de *estado de lengua*[37] presenta las mismas dificultades y contiene las contradicciones inherentes a la oposición de lo sincrónico y lo diacrónico—, entonces se comprende que los partidarios de la lingüística histórica prefieran atenerse a sus métodos antes que dimitir frente a la historia, hecho comprensible por parte de una lingüística que se dice científica.

[36] Véase Viggo Bröndal, *Essais de linguistique générale*, Copenhague, 1943, p. 96, y también la aplicación característica de la misma noción en sociología: "El conjunto de las costumbres de un pueblo está siempre marcada por un estilo; forman sistemas. Estoy convencido de que éstos no existen en número ilimitado y de que ni las sociedades humanas ni los individuos [...] crean jamás de manera absoluta, sino que se limitan a elegir ciertas combinaciones dentro de un repertorio ideal que parece posible reconstituir". Claude Lévi-Strauss, *Tristes Tropiques*, p. 183. Queda por saber si la noción de *repertorio ideal* es conciliable con la concepción de la historia como proceso creador.

[37] Véase R. L. Wagner, *Grammaire et Philologie*, Cours de Sorbonne, Fasc. 1, cap. IV: "La linguistique statique. Les descriptions d'états de langue".

Y no obstante, si la conciliación de ambas lingüísticas —estructural e histórica— es posible, se va a producir en el dominio de las investigaciones que apuntan a la exploración de la dimensión histórica del espacio lingüístico. Además, ciertos trabajos de aproximación, ciertas investigaciones metodológicas, ya dejan entrever la dirección y las grandes líneas de una nueva extrapolación del saussurismo, que no constituye en modo alguno una traición al pensamiento de Saussure, pues si la palabra viva se apoya, para manifestarse, en la lengua ya instituida, al mismo tiempo es la fuente de toda creación nueva, de todo progreso histórico, y en ese vaivén dialéctico entre el habla y la lengua, en esa *praxis*[38] lingüística cuyas articulaciones y cuyos mecanismos quedan aún por precisar, residen la realidad de los cambios lingüísticos y el origen de nuevas estructuras de lengua. Por otra parte, comienza a comprenderse, después del brillante estudio de Roman Jakobson,[39] de qué manera puede captarse la estructura lingüística en su desarrollo histórico; para ello es suficiente agilizar la concepción, demasiado mecanizada, de la *forma* lingüística e introducir, en lugar del postulado de *equilibrio* estructural, la noción, más ágil, de "tendencia al equilibrio",[40] o más bien, diríamos, de "tendencia al *desequilibrio*", ya que el progreso histórico consiste siempre en la creación de nuevas estructuras disfuncionales.

La interpretación de los métodos estructurales e históricos se halla por lo demás, más avanzada de lo que en general se pien-

[38] Para el concepto marxista de *praxis*, vinculado a la noción saussureana de *espacio social*, véase Merleau-Ponty, *Leçon inaugurale*, p. 43 y ss. Por su parte, Lévi-Strauss, después de haber destacado "la necesidad de introducir en el modelo teórico nuevos elementos que informen acerca de los cambios diacrónicos de la estructura", insiste en que "la relación entre la terminología (es decir, la descripción estática de la estructura de parentesco) y el comportamiento es de naturaleza dialéctica" ("Structure Sociale", p. 381).

[39] "Principes de phonologie historique", apéndice de *Principes de phonologie* de N. S. Trubetzkoy, en la traducción francesa de J. Cantineau, pp. 315-336.

[40] En la introducción del importante *Essai pour une Histoire structurale du phonétisme français* (Klincksieck, París, 1949), de A. G. Haudricourt y A. G. Juilland, lo histórico de los esfuerzos de los funcionalistas de Praga para hacer admitir el estructuralismo en la historia. Para la "tendencia al equilibrio", véanse p. 5 y ss. Desgraciadamente no hemos podido tomar conocimiento de la reciente obra de André Martinet titulada *Economie des changements phonétiques. Traité de phonologie diachronique*, Berna, 1955, p. 326.

sa y lingüistas "históricos" como Émile Benveniste o Walther von Wartburg suelen parecer en algunos de sus análisis más fieles al espíritu, ya que no a la letra, de Ferdinand de Saussure que un "sincronista" intransigente como Joseph Vendryès. Todo examen metodológico más riguroso, que se sitúe dentro de los marcos epistemológicos más generales, requiere la colaboración de las dos familias de lingüistas. Para ello será suficiente que la lingüística estructural acepte como punto de partida la necesidad de comprender el devenir histórico de la lengua y que los lingüistas "históricos" renuncien al partido que han tomado y reconozcan la utilidad del instrumento metodológico forjado por el estructuralismo. De allí saldrá una lingüística enriquecida, estructural e histórica a la vez, que justificará su sitio de vanguardia de las ciencias del hombre.

LA TEORÍA DEL LENGUAJE DE FERDINAND DE SAUSSURE *

ROBERT GODEL

1. En 1875 aparecio en Nueva York el decimosexto volumen de una serie científica; se titulaba *Life and growth of language: an outline of linguistic science.* Su autor, W. D. Whitney, profesor de sánscrito y gramática comparada en Yale College, era un notable filólogo, de espíritu abierto a toda clase de problemas lingüísticos. Aunque absorbido sobre todo por los estudios védicos, dedicó gran parte de su trabajo a las lenguas modernas –inglés, alemán, francés–, sobre las que preparó gramáticas y libros de texto. *Life and growth of language,* que él mismo tradujo al francés, fue la segunda exposición de sus opiniones sobre el lenguaje. Lo indujo a escribir estos libros una sensación de disgusto por la incongruencia de la doctrina predominante, que por entonces predicaba en Inglaterra, con indiscutida autoridad, el erudito alemán Max Müller. Más tarde, Whitney se expresó aún más francamente en un folleto (*Max Müller and the science of language,* Nueva York, 1896) que todavía merece leerse como ejemplo de crítica aguda y humor norteamericano.

Entre los lectores europeos del libro de Whitney se contaba un joven de Ginebra llamado Ferdinand de Saussure. No sabemos cuándo lo leyó. Siendo estudiante, había ido a Leipzig, el centro más activo de filología comparada de Europa en esa época; en las sucintas memorias sobre sus años de estudiante,[1] Saussure habla de sus maestros Brugmann y Hübschmann con afectuoso respeto. Si bien parece haber apreciado la personalidad de éstos, no cabe duda de que aquellos enfoques del lenguaje lo defraudaron. Su teoría personal del lenguaje se originó como una crítica a los conceptos dominantes entre los filólogos

[1] "Souvenirs de F. de Saussure concernant sa jeunesse et ses études", *Cahiers de F. de Saussure,* 17, 15, 25, 1960.

* Artículo aparecido en *Current Trends in Linguistics,* III, 1966.

alemanes en la década de 1870 (los Jung-grammatiker) y a su terminología. No creo, sin embargo, que en esos atareados años haya tenido mucho tiempo para reflexionar sobre los fundamentos del lenguaje. Primeramente escribió, a los veintiún años, su *Mémoire sur le système primitif des voyelles dans les langues indoeuropéennes*, publicada en 1878, y dos años después su tesis doctoral, *De l'emploi du génitif absolu en sanscrit*. Fueron los únicos libros que publicó. Después, por muchos años, mientras dictaba cursos de filología comparada en París y posteriormente en Ginebra, estuvo absorbido por el problema de la naturaleza del habla y en la búsqueda de un enfoque apropiado de la misma. Indudablemente, las ideas de Whitney estimularon a Saussure, y nunca dejó éste de sentirse en deuda con el estudioso norteamericano; años después, al dictar cursos de lingüística general en la Universidad de Ginebra, mencionó elogiosamente el nombre de Whitney y expuso sus ideas.[2]

Señalo expresamente la influencia de Whitney sobre Saussure porque suele considerarse que este hombre fue el iniciador de una nueva era en la lingüística europea. Y es cierto. Los filólogos más prominentes de principios del siglo XX —Meillet, Grammont y otros— asistieron a sus cursos en París y quedaron impresionados por el rigor y la claridad de sus conferencias. En realidad, tenía mucho de la lucidez cartesiana y no es extraño que sus enseñanzas hayan resultado particularmente atractivas para los discípulos franceses. Conocía también las obras de los filólogos rusos Baudouin de Courtenay y Kruszewski. Con el primero tuvo trato personal: lo había conocido en París, y más tarde mantuvieron correspondencia. En 1963 se descubrieron dos cartas de Saussure en la Biblioteca de Leningrado.

Sin embargo, los lingüistas norteamericanos no deberían considerarlo como un extraño. Por una parte está la deuda de Saussure para con Whitney; por la otra, el aprecio de Bloomfield por las ideas saussureanas. La reseña del *Curso de lingüística general*,[3] efectuada por Bloomfield, es, a pesar de una alusión burlona a ciertos puntos débiles en psicología y foné-

[2] Robert Godel, *Les sources manuscrites du cours de linguistique générale*, Ginebra, 1957, pp. 32, 145, 147-8.
[3] *Modern Language Journal*, 8, 1924, pp. 317-9.

tica, muy positiva. Cito algunas líneas de su conclusión: "En particular, yo diferiría de Saussure sobre todo por basar mi análisis en la oración más que en la palabra [. . .]. El punto esencial, sin embrago, es que Saussure ha trazado por primera vez el mapa en el que la gramática histórica indoeuropea (la gran conquista del siglo pasado) no es más que una provincia; nos ha dado el fundamento teórico para una ciencia del habla humana". Por lo tanto, no hay motivo para oponer la "lingüística saussureana" a la "lingüística norteamericana": están ligadas, ya que Saussure apreciaba la idea de Whitney del lenguaje como institución, y Bloomfield, por lo menos en 1924, valoraba al *Curso* por "su clara y rigurosa demostración de principios fundamentales".

2. Los lingüistas tienen que ser conscientes de "lo que hacen". Estas palabras aparecen subrayadas en una carta del 4 de enero de 1894 dirigida a Meillet[4] y se repiten en un cuaderno de noviembre del mismo año.[5] Saussure quería decir que los que hablan del lenguaje y explican hechos lingüísticos no tienen una idea cabal del objeto mismo que están analizando. Vimos que probablemente había sentido este defecto en sus años de estudiante en Leipzig y Berlín, lo cual lo incitó a encarar el problema por su cuenta, y no es extraño que, en vez de un método elaborado de análisis del habla, haya logrado más bien, como justamente lo expresa Bloomfield, una "demostración de principios fundamentales".

Primero rechazó por incoherente todo lo que había aprendido o lo que se le había enseñado: conceptos, métodos y terminología. Como Descartes, arrancó de una duda radical y advirtió que en el habla humana no hay un objeto definido que se preste para la observación y el análisis: sólo hay un fenómeno sumamente complejo, que entraña procesos físicos y psicológicos, libertad individual y coerción social, cambio y estabilidad. Un fenómeno así no es apto para la clasificación o descripción; por lo tanto, el primer planteo científico es hacer distinciones. ¿Qué es lo esencial del habla humana? ¿Qué es lo primordial? ¿Qué es lo real? Sólo sobre la base de criterios

[4] *Cahiers Ferdinand de Saussure* (*CFS*) 20.13 (1963); cf. *Les sources manuscrites* (*SM*) 31.
[5] *CFS* 12.59 (1954).

válidos pueden contestarse estas preguntas y formularse las distinciones. Entonces, antes de aplicar el método experimental que fuere, debemos formular una teoría del habla humana. La razón debe operar para elaborar los principios: sería inútil tratar de estudiar y explicar hechos mientras está en discusión su naturaleza misma.

Saussure presenta, pues, un enfoque filosófico del lenguaje. Esto puede sorprender a los lingüistas actuales, acostumbrados a confiar en la observación metódica, en la estadística y hasta en recursos matemáticos para describir o explicar la realidad lingüística. Sin embargo, Saussure tenía razón: la lingüística moderna difícilmente habría evolucionado como lo ha hecho si él no hubiera bosquejado antes el armazón universal en el que cada hecho particular iba a ocupar su sitio adecuado. La actitud filosófica de Saussure respecto de los problemas fundamentales no implica —huelga decirlo— falta alguna de capacidad científica: baste con mencionar sus estudios sobre inscripciones frigias y sobre el acento verbal en Lituano.[6] Era tan capaz de llevar a cabo un estudio preciso sobre minucias filológicas (por ejemplo, el uso peculiar del genitivo en sánscrito) como de descubrir bajo hechos aparentemente desconectados las relaciones ocultas que los muestran como partes de un sistema coherente. Poseía el respeto de todo científico por los hechos, y su mayor preocupación era la de verter la teoría del lenguaje en el molde rígido de un tratado matemático.[7] Pero como se enfrentó con el problema del habla humana, sintió que debía apelar primeramente a su propia capacidad de abstracción a fin de separar los diversos aspectos del fenómeno y alcanzar su nivel profundo.

Esto es lo que puede decirse de sus comienzos; sin embargo, habría que destacar, además del carácter filosófico de su enfoque, el hecho de que Saussure era un indoeuropeísta como todo filólogo de aquellos tiempos. Durante toda su carrera tuvo que dictar cursos de sánscrito y gramática comparada; esta exigencia profesional bien pudo haber influido en su doctrina, especialmente en su análisis que, como señala Bloomfield, se basa en la palabra más que en la oración. En las lenguas arcai-

[6] *Recueil des publications scientifiques de F. de Saussure*, Ginebra, 1928, pp. 490-512 y 542-75.

[7] *SM* 30 (entrevista de Saussure con L. Gautier), 49 (N 13a).

cas indoeuropeas existe un nítido deslinde entre morfología y sintaxis, que en las lenguas modernas suele verse desdibujado. Durante estos últimos treinta o cuarenta años se ha progresado mucho en el análisis del habla gracias al auxilio de métodos nuevos, como la fonética y el análisis estructural. La característica común de éstos consiste en que observan y estudian con mayor precisión lenguas modernas como el inglés o el ruso. No olvidemos que las enseñanzas de Saussure corresponden a un período anterior. A fines de 1906 se le confió un curso anual de lingüística general en la Universidad de Ginebra. Sólo lo dictó tres veces, la última en 1910-11. Saussure solía dar ejemplos de las lenguas clásicas, griego y latín; el francés, el alemán y el inglés figuran con menos frecuencia, hecho que puede pasar inadvertido para los lectores del *Curso*, porque los editores remplazaron muchos de los ejemplos clásicos con otros modernos.

A propósito de los editores, querría recordar que Saussure nunca publicó un libro ni una monografía sobre lingüística general. Sería injusto entonces juzgar al *Curso* de la misma manera que evaluamos las obras de los autores modernos, que han tenido tiempo de presentar sus respectivás teorías en una forma más exacta y sistemática, como *Language* de Bloomfield, *Grundzüge* de Trubetzkoy y *Omkrings* de Hjelmslev, entre otros.

El libro publicado en 1916 por sus discípulos y amigos Charles Bally y Albert Sechehaye es una mezcla de diversos contenidos de los tres cursos, que se habían conservado en unos cuantos cuadernos de estudiantes. Está planeado sobre el programa del último curso, aunque se han incorporado en diversos puntos fragmentos de borradores anteriores del propio Saussure. El cuidado y perspicacia de Bally y Sechehaye merecen aprobación absoluta; no podemos menos que admirar su destreza para reunir material tan diverso en una exposición clara y coherente. Pero quizá hayan sido demasiado rigurosos en "desbrozar" toda discrepancia e irregularidad y mostrar la absoluta coherencia de la teoría, su unidad monolítica. Como consecuencia, toda crítica dirigida contra un punto en particular parecía acarrear el rechazo de toda la teoría. Por otra parte, muchos lingüistas vacilaban en reconocer la verdad de cualquiera de sus postulados, para que no se supusiera que adherían plenamente al "credo saussureano".

Las líneas principales de la teoría habían sido elaboradas a

principios de la última década del siglo pasado. En mayo de 1911 Saussure declaró a uno de sus ex alumnos que no creía haber agregado nada desde entonces.[8] En su último curso, sin embargo, hay evidencias de un nuevo punto de partida. No es que haya renunciado a su teoría y modificado las opiniones que había mantenido por tantos años, sino que las ha corregido. El "principio de arbitrariedad" había sido presentado previamente sin atenuantes; en 1911 Saussure explicó que en realidad se aplica a los signos lingüísticos que no pueden analizarse en constituyentes menores; en los signos compuestos la arbitrariedad es equilibrada por la "motivación". La muerte le impidió desarrollar estas nuevas ideas.

3. Como los lingüistas contemporáneos están familiarizados con la teoría de Saussure, no necesito resumirla nuevamente, aunque podría tal vez realizarse de un modo algo diferente del que eligieron los editores del *Curso*. Querría más bien aprovechar esta oportunidad para agregar algunos comentarios nuevos a mis anteriores manifestaciones. Hace algunos años, al escribir un libro sobre las fuentes manuscritas del *Curso*, presté especial atención a las variantes en las ideas y expresiones de Saussure. Tuve que hacerlo porque Bally y Sechehaye se habían empeñado en borrarlas como simples "características de la exposición oral'", y así lo declararon en el prefacio.[9] No deseo repetir aquí lo que ya escribí en aquel libro; preferiría hacer algunas observaciones sobre los "principios fundamentales" que Bloomfield parecía aprobar.

Es necesario entonces hacer dos distinciones primarias: por una parte, lengua y habla (*langue et parole*); por la otra, sincronía y diacronía. Esta última parece habérsele ocurrido a Saussure mucho antes que la primera: en 1894 expresó que había adquirido tal convicción muchos años atrás. Acaso en su época de estudiante pudo percibir el contraste entre la lengua como sistema y el cambio lingüístico. Si bien por entonces se ocupaba en estudios comparativos, es significativo que figure la palabra "sistema" en el título del primer libro que publicó, la *Memoria* sobre las vocales indoeuropeas. Lo que pretendía y realmente logró fue la integración de los resultados parciales

[8] *SM* 30.
[9] *CLG* 32.

y algo confusos de la filología comparada en un esquema sistemático de la estructura verbal y la morfología del indoeuropeo. No habría podido hacerlo de no tener idea del contraste entre hechos sincrónicos (alternancia vocálica, estructura radical, flexión) y procesos diacrónicos (cambio fónico, innovación analógica). La necesidad de mantenerlos separados le parecía indiscutible, y sostuvo la distinción hasta el fin; en el último curso agrega nuevos argumentos sobre esta teoría en un capítulo sumamente extenso.[10]

La distinción anterior (lengua vs. habla) no se menciona en los primeros apuntes ni aparece explícitamente antes de 1907 (primer curso).[11] Desde un punto de vista teórico, es la distinción primera que sostiene y justifica la división de la lingüística en sincronía y diacronía, como parece haberlo pensado después. Podemos preguntarnos por qué no empezó por oponer la lengua al habla concreta: la definición de la lengua como sistema implica, pero no presupone, la distinción entre el sistema como tal y los cambios que lo alteran. En realidad, las dos distinciones no se refieren al mismo objeto. Lengua y habla son divisiones de la realidad lingüística, o sea, del lenguaje humano; sincronía y diacronía son divisiones necesarias de la ciencia del lenguaje. A Saussure le interesó ante todo esta última porque buscaba un principio de método. En la ya citada carta a Meillet se queja de la dificultad de escribir sobre cualquier tema filológico por falta de una terminología coherente. Pronto descubrió que todos los errores e incoherencias de la lingüística tradicional se originaban en una confusión de dos conjuntos de conexiones o relaciones cuales son las que existen entre formas contemporáneas que pertenecen al mismo sistema (por ejemplo, en inglés *father, fathers, fatherly; mother, son; he*, etc.) y entre formas que se suceden mutuamente en el tiempo (por ejemplo, IE *patér-e ing. father). Para formular este principio y la consiguiente distinción entre lingüística sincrónica y diacrónica, debe de haber tenido una concepción precisa de "lengua", pero no necesitó una definición exacta del "habla" (parole). Simplemente descartó la fonología * —descripción

[10] *CLG* Parte Uno, Cap. III; cf. *SM* 86-8.

[11] *SM* 145-7.

* Aquí Godel se refiere a la acepción de fonología que utiliza Saussure como equivalente a "fonética", estudio de los sonidos del habla, y no al concepto moderno que impuso la escuela de Praga. [*N. del T.*]

y clasificación de los sonidos del habla— como externa y no pertinente al estudio de la lengua.

Sus reflexiones se centran justificadamente en un auténtico problema filosófico: la identidad. Ya que la identidad, como suelen admitirlo los psicólogos, es el criterio apropiado de la realidad, conocer algo es ser capaz de reconocerlo como *la misma cosa* cada vez que aparezca. Es así como en el fenómeno universal del lenguaje humano Saussure percibió tres clases o niveles de identidad.

En palabras como la inglesa *book* y la francesa *bouc*, o en los homónimos, como *due* y *dew* en inglés, hay una mera igualdad fónica, que carece de importancia para el lingüista, porque la realidad lingüística no reside sólo en los sonidos. No se pondrá en duda este postulado negativo si hemos de entender sonidos efectivamente emitidos. ¿Pero qué pasa con los fonemas? La identidad de /buk/ en books, booking, bookstore, note-book, etc., es pertinente para los hablantes de inglés, en consecuencia, la identidad de cada fonema, /b/, /u/, /k/, tampoco puede ser ignorada por el lingüista como un hecho trivial que no merezca exponerse en una descripción exacta del inglés moderno. Saussure habría contestado que la realidad lingüística nunca puede describirse en términos de meros sonidos, ni aun de fonemas, porque la identidad formal del segmento /buk/ en las palabras inglesas mencionadas no merece más atención que la semejanza fortuita de la inglesa *book* con la francesa *bouc*, salvo por el hecho de que en el primer caso la secuencia fonémica se une con una misma idea. En otras palabras, lo idéntico no es la secuencia en sí sino el *significante* de determinada palabra inglesa. Saussure nunca prestó la debida atención al nivel fonémico * de la lengua: puesto que se ha preferido el lenguaje oral a cualquier otro medio de comunicación, y puesto que las vocales y consonantes son productos naturales de nuestros órganos del habla, esperamos encontrar en toda lengua un número finito de tales sonidos usados como materia prima para acuñar palabras; al describir una lengua nos bastaría, pues, con designar cada sonido con una cifra, sin tener en cuenta sus rasgos articulatorios y acústicos.

* Fonémico como equivalente a fonológico, en la terminología de la lingüística norteamericana. [*N. del T.*]

La sección del *Curso* titulada "Principios de fonología"[12] no tiene nada que ver con la moderna fonémica. Saussure afirmó repetidamente que lo que denominaba "fonología", o sea, el estudio de los sonidos del habla, no es más que una ciencia auxiliar,[13] lo que enseñó sobre ella sólo estaba concebido como apéndice a un capítulo sobre la escritura.

Sin embargo, no se le escapó del todo el problema de la fonémica. De acuerdo con su visión general de la realidad lingüística, percibió claramente que en una lengua determinada las "unidades mínimas" (lo que hoy llamaríamos fonemas, término que no obstante él evitó en este sentido) son meramente diferenciales: el valor de *t* en francés moderno, por ejemplo, consiste solamente en los rasgos acústicos que le impiden mezclarse o confundirse con *n*, *d* o *n*, etc. Este postulado es la base misma de la fonémica. Figura, inesperadamente, en un capítulo del primer curso sobre la reconstrucción de palabras. Pero Saussure no extrajo más conclusiones de ese principio. Le preocupaba más evitar cualquier confusión de la "lengua" con los sonidos del habla. En realidad, éste es el primer bosquejo de la distinción entre lengua y habla.

Los otros casos de identidad pueden ejemplificarse fácilmente. Por una parte, el inglés *father* es idéntico al indoeuropeo *patér-*, a pesar de todos los cambios de forma y significado provocados por el tiempo. En este caso el comentario de Saussure es algo enigmático:[14] parece entender que tenemos derecho a decir que es la misma palabra porque es y siempre ha sido una palabra, es decir, ni una mera secuencia de sonidos ni una idea abstracta sino una entidad de tipo muy peculiar. Es la misma palabra en la medida en que se opone a la indoeuropea *matér*, que se convirtió en la inglesa *mother*, y a todas las palabras inglesas heredadas del indoeuropeo.

Por otra parte, *father* es idéntica, por supuesto, a *father*: todas las veces que se repiten en una conversación o relato, los interlocutores o el lector la entenderán de la misma manera, sin tener en cuenta que su pronunciación puede variar de una emisión a otra, y que la persona a la que se menciona como *father* puede ser tanto el señor Jones como el señor Smith o

[12] *CLG*, Introducción, Cap. VII y Apéndice.
[13] *CLG* 47, 83-4; cf. *SM* 39 (N 5).
[14] *CFS* 12.58 (1954).

cualquier otro. La identidad de una palabra no radica en los sonidos efectivamente emitidos y percibidos, ni en el individuo u objeto mencionados: es inmaterial, íntegramente diferente de la identidad de cualquier cosa o ser material.

En este punto me gustaría destacar, entre paréntesis, la originalidad del enfoque de Saussure. El problema que planteó, aun siendo muy importante, nunca ha sido discutido a fondo: sólo se le dedican dos páginas en la parte central del *Curso*;[15] en consecuencia, ningún lector advertirá que se enfrenta con un punto capital, en el que se concentró por largo tiempo el pensamiento de Saussure. La identidad diacrónica, que implica la persistencia de un signo a través de siglos, es un dato lingüístico: por más que haya sufrido alteraciones, este signo conserva su naturaleza peculiar y nunca ha dejado de ser una entidad lingüística. Pero los signos lingüísticos son ante todo miembros de un sistema, y el sistema no puede funcionar como medio de comunicación a menos que cada signo conserve su identidad en todos los enunciados en que figura. Por lo tanto, la identidad sincrónica es el punto esencial en la ciencia del lenguaje, y toda descripción de una lengua implica, en realidad, postulados sobre la identidad. ¿Pero cómo puede verificarse la identidad de un signo lingüístico? ¿Cuáles serán los criterios válidos para ello? Dentro de los límites del presente trabajo no podemos exponerlo *in extenso*, pero trataremos de aclararlo con un ejemplo. Cuando leí *Language* de Bloomfield, me sorprendió que no distinguiera entre infinitivo e imperativo de los verbos en inglés. Parece considerar al imperativo un uso peculiar del infinitivo, del mismo modo que no separa las apelaciones (vocativos) de las demás figuraciones * de un sustantivo. Existe entonces un signo idéntico *go* (como infinitivo) en: *Go to your room; You had better go; I want you to go*, etc., y otro *go* (como tiempo presente, opuesto a *went*) en: *I go, you go, the people go*, etc. Yo tenía motivos para asombrarme, porque en francés, como en la mayoría de las lenguas modernas, el imperativo no es formalmente idéntico al infinitivo, y una diferencia formal indica diferentes funciones. La

[15] *CLG* 185-7.

* Figuraciones traduce el inglés *occurrences*, o sea, cada una de las apariciones de un elemento en contextos diferentes. [*N. del T.*]

opinión de Bloomfield, sin embargo, se adapta al sistema verbal inglés: está fundada en el paradigma del verbo *to be*. Esto evidencia claramente que las funciones, como los significados, no existen fuera de sistemas o lenguas en particular; en términos de Saussure, proceden sencillamente del sistema. La identidad sincrónica es entonces menos obvia o trivial que lo que parecería a primera vista; en realidad, el problema merece más atención que la que se le ha prestado hasta ahora.

Volvamos a las opiniones de Saussure sobre la identidad de los signos lingüísticos. Tenemos aquí el fundamento lógico de una distinción entre relación diacrónica y sincrónica y también la médula de la concepción saussureana de la "lengua" como sistema de signos inmateriales: la lengua no es sólo una institución social, como afirmaba correctamente Whitney; es una institución *semiológica*, es decir, un código.[16]

No necesito detenerme en la implicación de esta definición. La naturaleza del signo lingüístico, el carácter psíquico de significado y significante, el principio de arbitrariedad (que implica la existencia de rasgos solamente diferenciales), han sido temas demasiados discutidos como para requerir nuevos comentarios. Sin embargo, quizá convenga considerar una vez más la definición de signo, junto con el diagrama del signo.[17] Este diagrama, como lo indican los ejemplos, fue concebido para signos del tipo *palabras*. Tanto las palabras simples como las derivadas y compuestas parecen convenir a su estructura; es igualmente aplicable a segmentos más extensos, como frases u oraciones, porque cualquier secuencia de sílabas con significado puede considerarse un signo, ya que la definición no sugiere límites a su extensión. Consideremos ahora un morfema (o "subunidad", en términos de Saussure), por ejemplo, la desinencia *-s* de plural en inglés moderno. Indudablemente es un signo, pero no tendría sentido un diagrama como:

$$\frac{\text{pluralidad}}{/\text{-s}/}$$

[16] Saussure usó efectivamente este término en su último curso: *SM* 153; *CLG* 57.
[17] *CLG* 129, 195-9.

porque el *significante* no puede definirse meramente como "-*s* final". Pero si corregimos la definición y decimos "-*s* añadida a un sustantivo", entonces tomamos en cuenta un rasgo del *significado*, porque los sustantivos son clases de signos definibles sólo por el rasgo "conceptual", no por sus formas fonémicas. Aunque usáramos criterios distribucionales, no podríamos sustraernos al plano "conceptual" del signo: la distribución concierne a los signos, no sólo a los significantes. El diagrama del signo no conviene, por lo tanto, a los morfemas; en consecuencia, no ilustra cabalmente la concepción original del signo de Saussure. Más aún, es un poco engañoso; hasta los editores del *Curso* erraron al agregar al diagrama auténtico otro con el dibujo de un árbol como significado del latín *arbor*, sugiriendo a los lectores un concepto muy erróneo, contra el que Saussure ponía en guardia a sus alumnos: la idea de que el significado es la imagen de un objeto. En la mayoría de los casos (por ejemplo, en las formas verbales conjugadas) el significado no es un "concepto".

¿Entonces el significado no es más que la denominación técnica de lo que solemos llamar "sentido" de una palabra? En realidad, el diagrama del signo parece expresar que se asocia un sentido a determinada secuencia de fonemas.

La consecuencia sería que toda secuencia significativa susceptible de ser utilizada como enunciado deberá considerarse un signo, ya sea una sola palabra, ya una frase u oración, en función de que el sentido, por lo menos en el habla, puede definirse fácilmente como lo que se trasmite en un enunciado. Por otra parte, el signo se definiría como un enunciado posible, aunque no todos los signos puedan ser usados de manera aislada: ni los morfemas ni las palabras auxiliares; sin embargo, nadie negará que son signos. Por lo tanto, el sentido de un enunciado concreto es algo muy diferente del significado de una palabra aislada, considerada como elemento simple dentro del léxico de una lengua, o del de un morfema. El significado no es sólo el sentido del segmento en cuestión sino el producto de varias conexiones diversas, mediante las cuales se relacionan mutuamente las palabras y morfemas de una lengua: el significado no es primordialmente un concepto sino un valor (*une valeur*). En cuanto a "significado" en su sentido corriente, éste es inseparable del discurso. El problema del significado corres-

ponde al estudio del habla, es decir, a esa parte de la lingüística que Saussure nunca tocó en sus cursos.[18]

Esta interpretación parece concordar con el postulado de Saussure de la naturaleza lineal del significante. Los signos visuales (ópticos) —hace notar— pueden disponerse de maneras diversas para que produzcan diferentes formas o figuras. En cambio, los signos vocales se combinan en secuencias, se suceden unos a otros como segmentos de la cadena hablada. Al destacar la naturaleza lineal del significante, Saussure no pensaba en los fonemas sucesivos sino en las unidades o subunidades significativas, o sea, en los constituyentes de palabras (o morfemas), como hemos visto por los ejemplos. Indudablemente, consideraba que los signos lingüísticos por excelencia son las palabras. Pero las frases y oraciones también son combinaciones lineales, secuencias que Saussure no descartaba como algo básicamente diferente de las palabras compuestas o derivadas; incluso aportó una denominación general para los signos complejos de todo tipo: los llamó "sintagmas". Esta palabra figura a partir del segundo curso (1908-9);[19] se aplica tanto a oraciones y frases como a palabras analizables en constituyentes: *John's father died suddenly last night* es un sintagma; pero *John's father* también, y lo mismo *John's* o *suddenly*. Saussure tenía plena conciencia de que no todos los sintagmas son iguales, salvo por el carácter lineal de las combinaciones. Señalar este rasgo común no es más que el primer paso; el siguiente sería clasificar los patrones sintagmáticos sobre la base de criterios formales y semánticos. Esto habría que hacerlo, obviamente, dentro de cada lengua, porque las mayores diferencias entre unas lenguas y otras radican precisamente en la variedad de los patrones de sintagmas, que van desde los derivados primarios hasta oraciones completas. En el tercer curso hay una alusión a diversos "grados de

[18] *CLG* 235 (n. 1). Lo que dice Saussure sobre *signification* (sentido) y *valeur* (*CLG*, 194-9; véase *SM* 237-42) es difícil de interpretar. Bally fue quien primero trató de aclarar la distinción, relacionándola con el contraste entre habla y lengua ("L'arbitraire du signe: Valeur et signification". *Le Français moderne* 8.193-206; 1940). Está bien encaminado, pero el punto débil de su artículo es que expone el problema a propósito de las palabras y no de los enunciados, dando por supuesto, aparentemente, que los signos son simplemente palabras (con "conceptos" como significados).

[19] *SM* 72-3; cf. 89-90 (tercer curso).

combinación" en los sintagmas del francés,[20] pero Saussure no insistió en esto. El problema que le interesaba era morfológico y, en consecuencia, no prestó mayor atención a la sintaxis. No es de extrañar, ya que, como dije, era indoeuropeísta. En su opinión, las reglas para construir oraciones no plantean tantos problemas como las de formación de palabras, y probablemente pensaba que éstas son más importantes para el sistema de una lengua que las primeras.

De todas maneras, su concepción de la gramática como una descripción de paradigmas por una parte y de sintagmas (o más bien de patrones sintagmáticos) por otra sigue siendo un proyecto teórico. Hasta ahora no se ha hecho ningún intento serio para componer la jerarquía de sintagmas en una lengua determinada. Podríamos pensar que el análisis morfémico, tal como suele practicarse, es una satisfactoria vía de acceso a la sintagmática: las *junturas* son un criterio válido para verificar el "grado de combinación" en diversas clases de sintagmas. Pero la sintagmática, tal como la define Saussure, tendría que abordar problemas más difíciles. El análisis formal no es fácil, pero en cualquier sintagma el significante es divisible en segmentos dada su naturaleza lineal; aunque no faltan casos de controversia, puede lograrse un análisis correcto mediante un estudio cuidadoso de todas la sustituciones posibles. ¿Pero qué pasa con el significado? ¿Es lineal? Los lingüistas suelen proceder como si lo fuera: se divide una oración en tantos "morfos" como parezca requerir el sistema, y se supone que cada uno de ellos posee una parte del significado total. Quizás esto no sea más que un recurso práctico. En realidad, el significado de una palabra compleja (por ejemplo, de una forma sustantiva flexionada) no está compuesta de segmentos sucesivos: es un haz de rasgos significativos, analizables únicamente en la medida en que puedan compararse y contrastarse con los significados de otras formas sustantivas de la misma lengua. Pero la cantidad de estos rasgos no puede preverse a partir del número de morfos: en el latín *dominus* hay sólo dos morfos (*domin-us*), pero por lo menos tres rasgos significativos; y si optamos por dividir la desinencia *-us* en dos morfos (una marca de declinación *-u-* y una desinencia de caso *-s*), será más

[20] *SM* 176.

notable aún la discrepancia entre el análisis formal y el análisis del significado.[20 bis]

Consideremos ahora una frase u oración. Podría suponerse que el significado comparte hasta cierto punto la naturaleza lineal del significante; el orden de las palabras tiene su importancia, y por otra parte los componentes de una oración no pueden considerarse "rasgos" del significado global. Hay diferencia entre este tipo de sintagmas y los que constan de "subunidades", o sea de segmentos que nunca figuran aislados, aunque probablemente haya casos intermedios. En vista de tales dificultades, parece más seguro aferrarse a la división tradicional de la gramática en morfología y sintaxis. Creo, sin embargo, que la división de Saussure está más de acuerdo con la estructura de la lengua, y además parece constituir una base para la tipología lingüística.

Como ya hemos visto, necesariamente tuve que empezar por las distinciones fundamentales: diacronía vs. sincronía, lengua vs. habla; según advertimos, Saussure pudo formular la primera sin referencia a la segunda, o más bien pudo apoyarla en su definición de "lengua" como parte esencial del lenguaje humano. Tan pronto como hacemos abstracción de los sonidos efectivamente emitidos, nos encontramos ante un sistema de signos inmateriales, ante un código cuya descripción no debe verse afectada por prejuicios surgidos de su evolución previa. Ya hemos visto que esta definición de lengua, junto con la distinción entre sincronía y diacronía, fue inspirada por un examen del problema de la identidad del lenguaje humano y no por un análisis del acto de habla. Saussure presentó un análisis de este tipo en su tercer curso, pero con el propósito de brindar apoyo adicional al concepto de lengua, prestándole menos atención al habla.

En sus últimos años, a partir de 1907, había comenzado a oponer la lengua como código al habla como aplicación individual del código; finalmente acabó por ofrecer una nueva definición de esta última, cuyas implicaciones no tuvo tiempo de exponer. Examinemos sus expresiones sucesivas.

A partir de la mencionada distinción entre lengua y sonidos del habla, concebía el acto de habla como la "ejecución" de los signos lingüísticos.[21] Esto implica una visión bastante particular

[20 bis] Véase André Martinet, *Éléments de linguistique générale*, § 4-15, 112 (París, 1960). [En español, *Elementos de lingüística general*, Gredos, Madrid, 1968.]

[21] *SM* 261 (executer).

de la producción de oraciones. Como casi siempre los enunciados constan de más de una palabra, también aquí tenemos que entender "signo" en un sentido más amplio: en realidad, Saussure pensaba en las oraciones, como lo declara explícitamente en su tercer curso. Ahora bien, se considera al acto de habla individual como mera ejecución: la emisión de un signo complejo, una oración, por ejemplo. ¿Cómo se crea este signo? Si el código de una lengua está presente en la mente de cada individuo como colección de signos simples, corresponde al hablante seleccionar los adecuados a su propósito y disponerlos en una oración coherente. Pero entonces hablar ya no es una ejecución, sino un acto creador, lo cual parece indiscutible si se tiene en cuenta que todo hablante es capaz de emitir y comprender oraciones nuevas que nunca antes ha emitido u oído. Es de suponer que Saussure no pasó por alto una verdad tan obvia; ¿cómo podía entonces considerar el habla como mera ejecución, como si la actividad del hablante no fuera más que emitir sonidos y ejercitar sus órganos del habla? En realidad, Saussure nunca imaginó la lengua como una colección de signos, como una *nomenclatura*. La lengua como institución es un sistema y está depositada como tal en la mente de cada individuo. El hablante no sólo dispone de una colección de unidades lingüísticas (palabras y morfemas), sino que además cada una de estas unidades se conecta con las demás de diversas formas, admitiendo distintas combinaciones y sustituciones; en consecuencia, la construcción de una oración parecería ser un proceso mecánico: lo que queda reservado a la actividad del hablante es, por una parte, pensar, o sea, concebir lo que quiere decir y, por otra, emitir oraciones. Ahora bien, Saussure nunca consideró que pensar formara parte de la "lengua"; ni siquiera planteó la cuestión. Pero insistió en que los sonidos efectivamente emitidos también son algo que está fuera de la lengua, y lo indujo a sostener esto el hecho de que ni filólogos ni fonólogos tenían cabal conciencia de la verdadera naturaleza del lenguaje.

La definición del habla como ejecución, por lo tanto, es más que una paradoja o una fórmula descuidada. Puede ser que sorprenda a los lectores del *Curso*, pero está plenamente de acuerdo con la concepción de Saussure: el sistema de una lengua no es sólo un conjunto de elementos, un léxico, sino también una red de conexiones, una gramática que no se puede manejar caprichosamente. Todo hablante, al construir sus oraciones, aplica

inconscientemente las reglas de la lengua, y éstas le permiten comprender e interpretar correctamente los enunciados de otros hablantes. Equivale a decir que las oraciones pertenecen a la lengua en la medida en que el código incluye pautas oracionales. Si recordamos que las oraciones son sintagmas y que la sintagmática es una parte de la gramática, tenemos que reconocer la coherencia de la teoría de Saussure. También podemos observar que de su sintagmática a la gramática trasformacional de Noam Chomsky no hay más que un paso, porque las reglas de trasformación se apoyan en conexiones sintagmáticas (en términos de Saussure) o en lo que en su segundo curso llamó el "mecanismo de la lengua".

Aparte de la definición del habla como ejecución, en el segundo curso figura otra: se la considera como "discurso".[22] Saussure comienza por observar que las palabras y los signos lingüísticos en general se vinculan entre sí de dos maneras: por una parte hay conexiones entre todas las formas de una palabra flexionada, o entre palabras de la misma pauta flexional, o entre palabras básicas y derivadas, etc.; por otra, entre morfemas dentro de una palabra, o entre palabras dentro de una frase u oración. Las primeras están depositadas en la memoria; podemos llamarlas conexiones paradigmáticas (Saussure hablaba de *rapports associatifs*). Las últimas son, como sabemos, sintagmáticas; se presentan en el discurso. Indudablemente las conexiones paradigmáticas pertenecen al sistema, porque éste, como indicó Saussure en un capítulo anterior, está depositado en la memoria de cada individuo. Las conexiones sintagmáticas requieren un acto creador del hablante, la combinación efectiva de dos o más miembros. Esto no se aplica a sintagmas tales como las palabras compuestas, derivadas[23] o frases hechas: Saussure se refería a las oraciones. Es un razonamiento que conduce a sorprendentes conclusiones. En primer lugar, la sintagmática resulta un objeto heterogéneo: en el sistema sólo se incluye una parte, o sea, los sintagmas que constan de morfemas o subunidades. Por la otra, las oraciones ya no son engendradas automáticamente por las reglas de la lengua sino producidas por actos creadores individuales y pertenecen, en consecuencia, al habla y no a la lengua. Éste es el único punto donde sentimos una real contradicción en la teoría. Tam-

[22] *SM* 259 (*discours*).
[23] Las innovaciones analógicas son excepciones.

bién Saussure debe de haberla percibido, porque se expresa con tal cautela en su tercer curso, que no me atrevo a registrar su conclusión como una opinión deliberada y definitiva.[24]

El contraste de las conexiones sintagmáticas y paradigmáticas es acertado, así como la indicación de que aquéllas se apoyan en éstas, según lo demuestra el caso particular de las innovaciones analógicas. Pero también en este caso parece haber estado más interesado por la morfología que por la sintaxis, ya que de otro modo habría aplicado su demostración a las frases y oraciones y ésta habría resultado apropiada. Prácticamente, el contraste radica en que los individuos hablantes nunca emiten paradigmas (excepto en el aula), ni enumeran preposiciones ni derivados de un mismo patrón, pero todos los días y en todo momento producen oraciones. Al producirlas operan con paradigmas y reglas sintagmáticas. Como todos los miembros de una comunidad lingüística producen oraciones similares, tenemos que deducir que se ajustan a las mismas reglas. En otros términos, su memoria les brinda idénticos materiales: los paradigmas y las pautas sintagmáticas.

Pero la dificultad de Saussure para abordar el problema de la oración demuestra que en este punto tropezó con un verdadero obstáculo. Los lingüistas están todavía lejos de coincidir en la respuesta que debe darse a este interrogante fundamental: ¿es la oración producto de un libre acto de creación individual, o está previamente trazada por las reglas de la lengua? Dicho en términos de Saussure: ¿pertenece al habla o a la lengua?

Empecemos, como hacen muchos lingüistas, por considerar la función del lenguaje. Esta es la forma habitual de comunicación, la meta y resultado de todo acto de habla. En realidad, tal comunicación no siempre se logra: suelen producirse desentendimientos no sólo en la conversación cotidiana sino hasta en diálogos diplomáticos. Sin embargo, estos fracasos fortuitos no impiden que los hombres se comuniquen más a través del lenguaje que merced a cualquier otro procedimiento. Si la comunicación es función del lenguaje, éste es a su vez el medio adecuado

[24] *SM* 89-90 (145), 172. Véase *CLG* 209: "Pero la oración pertenece al habla, no a la lengua". En realidad, la palabra francesa *phrase* es ambigua; aquí parece indicar *enoncé* (emisión), pero también hay quien la identifica con *proposition* (oración); véase el artículo de Émile Benveniste "Les niveaux de l'analyse linguistique", *Proceedings of the Ninth International Congress of Linguists* (La Haya, 1964).

para que los hombres se comuniquen entre sí. Aunque conviene saber que pueden surgir confusiones, éstas no son de importancia primordial para la ciencia del lenguaje.

El caso es bastante diferente cuando la comunicación se interfiere por el mero hecho de que dos individuos no usan o no pueden usar la misma lengua. B no capta el mensaje emitido por A, no por falta de atención ni comprensión ni de cultura general sino sencillamente porque no conoce el código. Saussure insistió en esto: en lingüística el hecho primordial que hay que observar y explicar no radica en la conducta de individuos que se comunican o tratan de comunicarse entre sí sino en la existencia y estructura peculiar del código común que están usando para formular sus mensajes. Este código es lo que llamamos lengua: inglés, ruso, algún dialecto, etc. ¿Qué deben hacer los individuos para comunicarse? ¿O qué implica la aplicación individual de un código lingüístico? Por una parte, elegir los signos en relación con objetos y situaciones reales, o sea, "actualizar" los significados, en términos de Bally;[25] por otra, trasmitir el mensaje articulando los sonidos correspondientes, o sea, "realizar" en términos de la fonología la secuencia fonémica del significante. La concepción del mensaje, la idea amorfa que lo inspira, está fuera de la lengua; según Saussure, otro tanto ocurre con la emisión concreta. La selección de signos respecto de una situación particular requiere una cantidad variable de actividad creadora: nuevos pensamientos requieren nuevas oraciones, y hasta las ideas y los sentimientos corrientes pueden expresarse de nuevas maneras. De todos modos la aplicación de un código lingüístico en circunstancias dadas nunca es predecible, como justamente lo destacó Bloomfield. En cualquier momento hay que hacer una selección, o de palabras o de patrones sintagmáticos. No puede negarse entonces que la elaboración lingüística de un mensaje es un acto de creación, salvo que el mensaje sea una frase hecha, como suele ocurrir en la conversación cotidiana.

Por el contrario, el mensaje más inusitado —digamos, un poema contemporáneo— está compuesto por unidades suministradas por el código lingüístico común, según reglas de combinación que también son parte de ese código. Una oración entonces es resultado de un acto creador como de operaciones mecánicas, aunque

[25] Charles Bally, *Linguistique générale et linguistique française*, Berna, 1944, p. 77 y ss. Bally emplea "concepto" en vez de significado.

no en la misma proporción. ¿Cuál es más importante? La inclinación personal de Saussure probablemente habría sido subestimar el acto creador y acentuar el proceso mecánico, porque a primera vista aquél parece ser la esencia misma del habla. Por este motivo su definición del "habla" como ejecución me parece más acorde con su línea general de pensamiento. Pero la otra definición (el "habla" como discurso)[26] no puede desecharse como si tal cosa. Si hubiese tenido tiempo de completar su tercer curso como lo había planeado —(1. Les langues; 2. La langue; 3. La faculté et l'exercice du langage chez les individus)—, Saussure habría examinado sus implicaciones. Había comenzado con el hecho primario: la existencia de diversos códigos o lenguas; luego expuso las características generales de toda lengua; le quedaba por examinar finalmente los procesos contenidos en la aplicación individual de un código lingüístico. Le fue imposible hacerlo, y nadie se arriesgará a completar su exposición como él lo hubiera hecho.

4. Destino extraño el de Saussure. De joven, antes de obtener su doctorado, se hizo valer como erudito notable y hasta como maestro en filosofía comparada. En los años siguientes, además de sus investigaciones particulares (especialmente sobre lituano) y su actividad como profesor en la Escuela de Altos Estudios y secretario de la Sociedad Lingüística de París, reflexionó más que ningún otro lingüista de su tiempo sobre los fundamentos del lenguaje. Entre sus papeles se han conservado materiales dispersos para un libro que se proponía escribir.[27] Pero no llevó a cabo su propósito, y a partir de 1893 su producción escrita fue prácticamente nula. En la carta que envía a Meillet a principios de 1894 muestra un estado de ánimo deplorable: estaba desalentado y los problemas que lo absorbían se le habían vuelto una especie de pesadilla. Por entonces se ocupaba en investigaciones muy diferentes y bastantes singulares.[28]

A fines de 1906 fue designado para dictar un curso de lingüística general en la Universidad de Ginebra, donde había estado enseñando sánscrito y filología comparada durante quince años.

[26] "Discurso" es una palabra bastante peligrosa para usarla en definiciones lingüísticas, porque implica pensamiento y lenguaje.

[27] *SM* 32, 36-7.

[28] Véase en este volumen "Los anagramas de Ferdinand de Saussure".

Un amigo suyo me dijo que este nuevo nombramiento lo horrorizó: no se sentía idóneo, y no tenía ganas de volver a luchar con tantos problemas. Sin embargo, emprendió lo que creía su deber.

Debemos tenerlo presente, en vista de lo que logró en circunstancias tan desfavorables. Sentó las bases de una teoría del lenguaje, construyó el armazón de la lingüística moderna, presentó los problemas de la manera más ilustrativa. Su doctrina no es dogmática sino sugestiva y estimulante; es una incitación a la investigación y la reflexión personal para todo aquel que la sepa comprender correctamente.

EL SISTEMA LINGÜÍSTICO DE FERDINAND DE SAUSSURE *

RULON S. WELLS

§ 1. Aunque ha brindado "fundamento teórico a la corriente más nueva de los estudios lingüísticos",[1] el *Curso de lingüística general*[2] impresiona al lector como una obra de intención muchas veces oscura, bastante contradictoria y sobre todo desprovista de detalles para resultar satisfactoria. En suma, requiere una exégesis./Este estudio se inspira en el tratamiento del lenguaje por Saussure y considera el pensamiento de éste como un sistema sincrónico cerrado.[3]\ Nuestra tesis sostiene que mediante un cuidadoso examen del *Curso* puede encontrarse solución a la mayoría de sus oscuridades. Frecuentemente, el problema que plantea determinado pasaje queda resuelto en uno o más enunciados de la misma idea que en otros pasajes del libro presentan ligeras variantes. Gran parte de nuestra tarea consiste en reunir esos pasajes dispersos. Además, el análisis muestra de qué manera se vinculan a principios fundamentales las diversas proposiciones sostenidas por Saussure. Al enunciar lo más nítidamente posible sus ideas, aplicamos criterios que se han impuesto a partir de su época. Ocasionalmente, nuestra interpretación nos lleva a ima-

[1] Leonard Bloomfield, reseña sobre *Language* [ed. en esp., *El lenguaje*, Fondo de Cultura Económica, México, 1954], de Edward Sapir, en *Classical Weekly* 15 (1922), 142-3.

[2] De Ferdinand de Saussure (1857-1913), editado póstumamente por dos de sus discípulos, Charles Bally y Albert Sechehaye (primera edición, 1916; segunda, 1922). Las referencias a pasajes del *Curso* se han ajustado a la versión castellana de Amado Alonso (Editorial Losada, Buenos Aires, 1945, y varias ediciones sucesivas) y los números que figuran en el texto remiten a las páginas de dicha edición. (*N. del T.*)

[3] Wells anuncia en este punto un estudio histórico en preparación sobre el pensamiento de Saussure. En una nota inicial, por otra parte, señala su agradecimiento a Leonard Bloomfield y Roman Jakobson, "dos eminentes admiradores de Saussure", por haber leído y comentado una versión previa del presente trabajo. (*N. del T.*).

* Artículo publicado en *Word*, 3, 1947, pp. 1-31.

ginar cómo habría tratado Saussure hechos o puntos de vista que no aparecen en el *Curso.*

Naturalmente, muchas de las ambigüedades y defectos de exposición del *Curso* se deben atribuir a las circunstancias en que se preparó la obra. La tarea de los editores, de integrar apuntes (ajenos) tomados por estudiantes de los tres cursos anuales dictados en 1906-7, 1908-9 y 1910-11, ha de haber requerido una buena dosis de adaptación de estilo y forma de exposición. Sin embargo, las tesis principales se manifiestan con insistencia, dando fe de que aparecen copiosamente en los apuntes. Además, los editores señalan a veces puntos que no comprenden, o se sienten obligados a formular comentarios en notas al pie, lo cual sugiere que la mayor parte de lo que escribieron se basaba realmente en los apuntes o recuerdos de discusiones con Saussure.

Una vez resueltas las dificultades atribuibles a Saussure o a la exposición de sus editores, quedan las inherentes al pensamiento mismo. Podemos explorar con cierto detenimiento dos nociones evidentemente insostenibles: la idea de que las propiedades sistemáticas formales de los fonemas son independientes de su cualidad específica, y la idea de que los cambios experimentados por el sistema (una lengua dada en un momento dado) nunca son engendrados por el propio sistema.

Nuestro enfoque abarca seis secciones, a saber: fonética, fonémica,[4] fonética histórica; la lengua como sistema sincrónico; lengua y habla; el cambio lingüístico; crítica; Saussure como metodólogo.

[4] "La fisiología de los sonidos (en alemán *Lautphysiologie* o *Sprachphysiologie*) se suele llamar *fonética* (alemán *Phonetyk*, inglés *phonetics*, francés *phonétique*). Este término nos parece impropio, y lo remplazamos por el de *fonología* (francés *phonologie*). Pues *fonética* ha empezado por designar y debe continuar designando el estudio de la evolución de los sonidos" (83-4). La argumentación de Saussure no tuvo éxito; Wells traduce *phonologie* por "fonética" y *phonétique* por "fonética histórica", y respetamos el criterio en la versión castellana. Debemos recordar además que lo que los autores norteamericanos llaman *Phonemics* (y hemos mantenido como "fonémica") corresponde a un nivel de análisis que la escuela de Praga llama "fonología", y que este último término ha adquirido en nuestros días un valor opuesto al de estudio diacrónico que quería reservarle Saussure. (*N. del T.*).

FONÉTICA, FONÉMICA, FONÉTICA HISTÓRICA

§ 2. Saussure distingue tres puntos de vista desde los cuales puede estudiarse el lenguaje. En primer lugar, como un conjunto de hechos físico-fisiológicos correlacionados con hechos psíquicos: fonación, ondas sonoras, audición. En segundo lugar, desde el punto de vista de los hablantes y oyentes nativos de la lengua en cuestión. Y tercero, es dable estudiar los cambios de sonidos que experimenta una lengua en el trascurso del tiempo. Como "lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista el que crea al objeto" (49), podemos reconocer tres ciencias, cada una de las cuales estudia el lenguaje a su modo: la fonética, la fonémica (véase § 5) y la fonética histórica.

§ 3. El acto fonatorio (*acte phonatoire*, 97, 112, 134; cf. 93) da origen en el oyente a una imagen acústica distinta del sonido físico (54). Como sonidos físicos, muchas palabras, frases y hasta oraciones enteras son continuas; pero las imágenes acústicas a las que dan origen no son un continuo sino secuencias de unidades segmentadas y en cadena (59, 92).

"De modo que el deslinde de los sonidos en la cadena hablada sólo puede apoyarse en la impresión acústica; pero para su descripción hay que proceder de otro modo. No podría hacerse sino sobre la base del acto articulatorio, ya que las unidades acústicas tomadas en su propia cadena no son analizables. Hay que recurrir a la cadena de movimientos de fonación; entonces se advierte que a cada sonido corresponde un mismo acto: *b* (tiempo acústico) = *b'* (tiempo articulatorio). Las primeras unidades que se obtienen cortando la cadena hablada estarán compuestas de *b* y *b'*; se llama *fonemas*. El fonema es la suma de las impresiones acústicas y los movimientos articulatorios, de la unidad oída y la unidad hablada, que se condicionan mutuamente, de modo que ya es una unidad compleja, que tiene un pie en cada cadena" (93).

En cuanto a la duración de los fonemas, "la cadena acústica no se divide en tiempos iguales sino en tiempos homogéneos que se caracterizan por la unidad de impresión" (92).

Según esta afirmación, la fonética (*phonologie*) no trata los sonidos en bloque, sino segmentados. Debe considerar tanto las

imágenes acústicas como la fonación (91), porque sólo las imágenes pueden producir los segmentos. Pero debe recurrir a la fonación (y la doctrina de Saussure refleja presumiblemente el notorio fracaso de los fonetistas para producir un análisis factible de los *sonidos* como tales) como medio de distinguir un sonido de otro. Este procedimiento sí funcionará, porque "un fonema queda identificado cuando se ha determinado el acto fonatorio" (97).

§ 4. "La fonología está fuera del tiempo (cf. 168, 232, 241), ya que el mecanismo de la articulación queda siempre semejante a sí mismo" (84). Esto la diferencia de la fonética histórica, que "se mueve en el tiempo" (*ibíd.*). Además, "puede ser interesante buscar las causas de tales cambios, y en eso nos ayudará el estudio de los sonidos; pero esta cuestión no es esencial: para la ciencia de la lengua, bastará siempre con consignar las trasformaciones de sonidos y calcular sus efectos" (64).

§ 5. La tercera ciencia que estudia los sonidos es la lingüística en sentido estricto, es decir, la lingüística de la lengua,[5] distinta de la fonética. "Después de explicar todos los movimientos del aparato vocal necesarios para producir cada impresión acústica, el problema de la lengua no se ha aclarado en nada. La lengua es un sistema basado en la oposición psíquica de esas impresiones acústicas" (84).

Saussure no establece en ninguna parte la existencia de una rama específica de la lingüística que se preocupe por los fonemas, como suele hacerse en la actualidad. Sin embargo, demuestra (véase §§ 20, 23, 27) que la lengua está compuesta por fonemas y morfemas, que constituyen sistemas. De allí que resulte fácil extraer del *Curso* los materiales que corresponden a la fonémica, y conviene hacerlo así para la exposición y comparación. Pero es necesario advertir al lector que ni el concepto ni el término "fonémica" se encontrarán en Saussure.

[5] Wells conserva *langue* y *parole* como términos técnicos en francés dentro del texto inglés. Creemos innecesario adoptar el mismo criterio, ya que *lengua* y *habla* son suficientemente precisos en español, por la aceptación general y amplia difusión de la terminología saussureana en la versión castellana de Alonso. (*N. del T.*).

§ 6. La tricotomía de las ciencias del lenguaje en fonética, fonémica y fonética histórica concuerda con la estructura de la clasificación de Saussure. La fonética se refiere al habla (84), la fonémica a la lengua y la fonética histórica al aspecto diacrónico. El cómo y el por qué se mostrarán en los §§ 23, 36 y 37. Por ahora, baste señalar que, según Saussure, la fonémica no es indispensable para los estudios históricos.

§ 7. Antes de comparar la concepción saussureana del fonema con la actual, debemos dejar a un lado la noción aparentemente análoga de especie fonética (*espèce phonologique*).

El Apéndice a la Introducción (91-126), Principios de fonología, es un excurso que trata, no de la lengua, como el resto del libro, sino de la fonética. Incorpora material no sólo de las conferencias de 1906-7 y 1910-11 sino también de tres conferencias de 1897 sobre la teoría de la sílaba (91). Al margen de lo que Saussure pueda haber dicho sobre la independencia de la lingüística respecto de la fonética, concibió una teoría fonética original con el fin de hacer inteligibles las semivocales indoeuropeas (108); el excurso expone la teoría de lo que constituye una *sonante* o núcleo de sílaba.

La clasificación fundamental de los sonidos del habla se hace por su grado de apertura (98), de donde resultan siete clases: oclusivas; fricativas; nasales; líquidas; *i, u, ü* (las semivocales, 104); *e, o, ö; a.* (Sólo se toman en cuenta los sonidos principales, 99, 101, nota, 110, 115.) Los sonidos de todas las clases, con excepción de la clase *a* (109, 110), existen en pares: una variedad implosiva (simbolizada $p^{>}$, $i^{>}$, etc.) y otra explosiva ($p^{<}$, $i^{<}$, etc.; 109, 111, 123-4). Una sonante (*point vocalique*) se define entonces como una implosión no precedida de manera inmediata por otra implosión (117; cf. la nota de los editores en 125); cuando una implosión sigue inmediatamente a otra, sin interrupción, las dos implosivas juntas forman un diptongo (122). Se desprende que todo sonido, con excepción de *a*, es capaz de funcionar como sonante o como consonante; en la práctica, la ambivalencia queda limitada sobre todo a las nasales, líquidas y semivocales (118).

§ 8. Consideremos cualquier segmento mínimo del habla; por ejemplo, *t*. "El fragmento irreductible *t*, aislado, puede considerarse, *in abstracto*, fuera del tiempo. Se puede hablar de la *t* en general, como de la especie *T* (designaremos las especies con mayúsculas), de la *i* como de la especie *I*, sin atender más que al carácter distintivo, y dejando afuera todo lo que dependa de la sucesión en el tiempo" (94). Parece, pues, que las especies fuesen fonemas, cuyos alófonos se nos invita a desdeñar. Esta impresión parece confirmarse en el siguiente enunciado: "Se habla de *P* [la especie de sonidos *p*] como podría hablarse de una especie zoológica; hay ejemplares machos y hembras, pero no hay un ejemplar ideal de la especie" (111). Pero entonces ¿qué podemos pensar cuando (*ibid.*) llama "abstracciones" a las especies? Ya veremos (§ 56) con qué firmeza insiste en que los fonemas no son abstractos sino concretos.

§ 9. La respuesta es que la "especie fonética" es una noción primordialmente fonética, no fonémica. Por ejemplo, *i* e *y* son de la misma especie fonética (presumiblemente, sin tener en cuenta la lengua en que se presentan), y lo mismo ocurre con *u* y *w* (117-8, 119, 122, 124). El problema de la teoría saussureana de la sílaba es que no se puede predecir si un sonido es sonante o no si sólo se conoce su especie fonética (119-20). Otra cuestión sobre la que la teoría arroja luz es la del alargamiento por posición: sólo puede producirlo una consonante implosiva, nunca una explosiva (121). Por lo tanto, en materia de fonética es vital distinguir las implosivas de las explosivas; de ahí que "puede decirse que *P* no era otra cosa que una unidad abstracta que reunía los caracteres comunes de *p*' y *p*', únicas que se encuentran en la realidad" (111). El gran error de la fonética era considerar sólo esas abstracciones (111-2), o sea, no distinguir separadamente los alófonos implosivos y explosivos. Dicho de otro modo, su error era descuidar lo que Sweet llama "síntesis", el hecho de que "en la lengua hay no sólo sonidos sino además extensiones de sonidos hablados" (106). Por lo tanto, "junto a la fonología de las especies, hay lugar para una ciencia que tome como punto de partida los grupos binarios y las secuencias de fonemas, y eso será cosa muy distinta" (107; cf. 108). De aquí en adelante llamaremos a estos dos estudios "fonética analítica" y "sintética", respectivamente.

§ 10. Quedan varias dudas. Si las especies fonéticas son puramente fonéticas, ¿qué entiende Saussure por su "carácter distintivo"? En realidad, los términos de Saussure se refieren sólo al tipo de unidades que hasta ahora han venido utilizando los fonetistas. Pero éstos no discriminan los sonidos hasta los límites de sus posibilidades; examinan tipos de sonidos que llaman, por ejemplo, "*s*", "*a* anterior no redondeada", etc. Cada tipo incluye una gama de sonidos cuyos límites resultan vagos. En la práctica, los fonetistas suelen determinar dichos límites basándose en la fonémica de las lenguas más conocidas, en particular de sus lenguas maternas. Esta práctica induce a confusión entre especies fonéticas y fonemas en la medida en que se basa en la indeterminación de sus elementos. Saussure no lo dice, pero con visión retrospectiva podemos observar que su "especie fonética" era una mezcla de fonética y fonémica, y en rigor Saussure dice que, al limitar su atención a la especie fonética, los fonetistas se quedan a mitad de camino. Como fonetista, a Saussure no le interesa precisar la noción de especie sino sólo distinguir entre implosivas y explosivas. Y de ahí que, siguiendo con su política de simplificación (véase referencias en § 7), no plantee cuestiones tales como: "En una lengua donde *i* e *y* contrastan, siendo por lo tanto fonémicamente distintas, ¿pertenecen a la misma especie?"; o la inversa: "En una lengua en que una oclusiva y una fricativa, o una oclusiva sorda y otra sonora, pertenecen al mismo fonema, ¿pertenecerán también a la misma especie?" Se deduce que una especie queda íntegramente comprendida dentro de un grado de apertura (99, 114; incluso 117, cuya redacción es algo confusa). Pero Saussure no plantea el hecho de que las diversas lenguas difieren notablemente en las variedades fonéticas de los sonidos que reúnen bajo un fonema. Algún ejemplo aislado (100) puede servir de ilustración, pero el lector del *Curso* no recogerá la impresión de que se trata de una verdad general indiscutible. Franz Boas contribuyó a señalarlo; Saussure encaró la fonémica por una ruta diferente, trazando el paralelo entre los sistemas morfémico y fonémico.

§ 11. Saussure se refiere al carácter distintivo de las especies: "Enumerar estos factores de producción del sonido no es todavía determinar los elementos diferenciales de los fonemas. Para clasificar los fonemas, importa menos saber en qué consisten

que precisar qué distingue a unos de otros" (97). Pero el contexto demuestra que la perspectiva no es específicamente fonémica; sólo quiere decir que, "por ejemplo, la espiración, elemento positivo pero que interviene en todo acto fonatorio, no tiene valor diferenciador; mientras que la ausencia de resonancia nasal, factor negativo, servirá tanto como su presencia para caracterizar los fonemas" (*ibíd.*). Lo mismo ocurriría en cualquier lengua. La *a* inglesa se caracteriza tanto como la *a* francesa por la ausencia de nasalización, aunque en francés hay una *a* en oposición que no existe en inglés. La *š*, *ž* y *r* francesas se diferencian fonéticamente de los demás sonidos de la lengua no sólo por ser "posteriores" (que es su posición fonémica), sino también por ser palatales. Por lo menos, Saussure no niega tal interpretación, ni explícita ni implícitamente, e interpretar con cautela es más seguro que tratar de leer en él más de lo que dijo.

Fuera del Apéndice, hay otro pasaje en que Saussure habla de especies a propósito de los cambios fonéticos: "Los ejemplos precedentes muestran ya que los fenómenos fonéticos, lejos de ser siempre absolutos, casi siempre están ligados a condiciones determinadas; dicho de otro modo, no es la especie fonológica la que se trasforma sino el fonema tal como se presenta en ciertas condiciones de contexto, de acentuación, etc." (237). Sólo la fonética sintética, no la analítica (véase § 9, al final), puede auxiliar a la fonética histórica.

§ 12. Ha sido necesario dedicar esta exposición tan minuciosa a la noción saussureana de especie fonética para clarificar su auténtica contribución a la fonémica. En los pasajes en que lo hemos encontrado hasta ahora, el término *fonema* significa simplemente un segmento acústicamente mínimo y homogéneo del habla. Ahora bien, Saussure no formula las condiciones necesarias y suficientes para que dos sonidos constituyan un mismo fonema; por lo tanto, no podemos afirmar en qué medida su concepto de fonema coincide con el nuestro, salvo que extraigamos toda la información posible de sus escasos ejemplos. En primer lugar, y a diferencia de la cantidad de sonidos, la cantidad de fonemas queda claramente definida (59, 201). En segundo lugar, se nos invita (112-3, 114) a desdeñar, aun en fonética, los sonidos transicionales "furtivos" que no sean perceptibles por el oído [¿de hablantes nativos?, ¿o de fonetistas

expertos?]. En tercer lugar, se observa la existencia de *m* y *l* sordas en francés (101, 103), "pero el hablante no ve en ello un elemento diferencial" (diferencial de las variedades sonoras, presumiblemente). En otras palabras, se nos está diciendo que consideremos que *m* y *l* sordas pertenecen, respectivamente, a los fonemas *m* y *l* del francés. En cuarto lugar, se observa la existencia de variantes libres e individuales, a propósito de la "*r* uvular" y la "*r* ápico-alveolar" del francés (201-2). En quinto lugar, hablando de la fonética sintética (véase § 9, al final), Saussure dice: "En cuanto se trata de pronunciar dos sonidos combinados [...] uno está obligado a tener en cuenta la posible discordancia entre el efecto buscado y el producido; no siempre nos es posible pronunciar lo que nos hemos propuesto. La libertad de ligar especies fonológicas está limitada por la posibilidad de ligar los movimientos articulatorios (107-8).

Ninguno de estos indicios nos dice cuáles son las condiciones necesarias y suficientes para asignar dos sonidos diferentes a un mismo fonema. En ninguna parte se enuncia el concepto de distribución complementaria, sólo remotamente implícito. De las observaciones de Saussure se desprende que dos sonidos (del mismo dialecto, agreguemos) pertenecen a un mismo fonema si no trasmiten impresiones acústicas distintas a los hablantes nativos. Pero esto significa que una implosiva y su correspondiente explosiva, al ser acústicamente diferentes (93 nota, 109), son fonemas diferentes; tal es la conclusión de Saussure (111). Probablemente haya que considerar como un *lapsus* el asombroso pasaje en que se refiere a las inscripciones griegas arcaicas, que "ofrecen dos signos para la *k*, la *kappa* y la *koppa* [...]: lo que se quería era consignar dos matices reales de la pronunciación, pues la *k* era unas veces palatal y otras velar; *por lo demás, la* koppa *desapareció más tarde*" (92-3 nota, subrayado por Wells).

§ 13. En definitiva, Saussure no nos dijo si dos segmentos pueden pertenecer a un mismo fonema, y bajo qué condiciones, pero por lo menos dio respuesta explícita a la pregunta inversa: un segmento nunca puede pertenecer a dos fonemas a la vez. De modo que el acento de una sonante no puede considerarse como un fonema aparte. Su argumento es que "la sílaba, mejor dicho, el *point vocalique*, ya que una sílaba puede

ser más que un segmento (93 y 94), y su acento no constituyen más que un acto fonatorio; no hay dualidad en el interior de este acto sino tan sólo oposiciones diversas con lo que está a su lado" (134). Llama la atención que se le atribuya unidad al acto fonatorio más que a la imagen acústica (93), pero no hay que darle demasiada importancia a la idea de *"unité parlée"*, porque Saussure nos ha dicho que la cadena hablada sólo está segmentada en unidades por su correspondencia con la imagen acústica; su importancia es similar.

§ 14. La conclusión de toda la exposición que precede es que una cantidad de pasajes que a un lector de visión retrospectiva podrían parecerle profecías de la fonémica no pueden considerarse como tales después de un examen cuidadoso. Sin embargo, Saussure hizo una contribución importante a la fonémica, superior a la de cualquiera de sus predecesores; esta contribución es su sistema íntegro. Para él, la fonémica ocupa un lugar preciso: pertenece al sistema sólo por sus analogías con la gramática. La exposición de la fonémica no es más que una trasferencia, *mutatis mutandis*, de los principios de la gramática propiamente dicha, o sea, de las relaciones entre morfemas, y esta teoría esquematizadora y abstracta es, más que cualquier análisis específico y particular, la gran contribución de Saussure a la fonémica. Sólo ahora estamos en condiciones de abordar una síntesis de su sistema completo.

LA LENGUA COMO SISTEMA SINCRÓNICO

§ 15. El habla (*la parole*) está constituida por dos secuencias lineales (180; cf. 203), cada una de las cuales es articulada (52-3, 193), o sea, discreta. Los miembros de la primera secuencia son trozos de sonoridad (*tranches de sonorité*, 180, 185) y, a su vez, secuencias de uno o más fonemas (218); dos fonemas no pueden figurar simultáneamente (133-4, 207; cf. § 13). Ahora bien, los fonemas estaban definidos como sumas de imágenes acústicas y movimientos articulatorios; pero en el estudio sincrónico de la lengua (véase §§ 33 y 37)) sólo la imagen acústica es pertinente (128). Saussure llega incluso a pro-

poner, sobre bases etimológicas, que se descarte el término "fonema": "Puesto que las palabras de la lengua son para nosotros imágenes acústicas, hay que evitar hablar de los «fonemas» de que están compuestas. Este término, por implicar una idea de acción vocal, no puede convenir más que a las palabras habladas, a la realización de la imagen interior en el discurso. Hablando de los *sonidos* y *sílabas* de una palabra, evitaremos el equívoco siempre que recordemos que se trata de la imagen acústica" (128). En la práctica, Saussure conserva el término, pero debemos recordar que en los pasajes que se citarán más adelante su sentido es limitado: el fonema ya no "tiene un pie en cada cadena" (cf. § 3).

§ 16. La otra secuencia que constituye el habla es una secuencia de significados: un significado no es una cosa física sino un concepto (128). Como los límites de un *trozo de sonoridad* no aparecen marcados fonéticamente, sólo puede determinarlos la correlación entre cada fragmento de la corriente del habla y su respectivo significado (179-80; cf. 169).

Saussure llama *significante* a un "trozo de sonoridad" constituido por uno o más fonemas asociado(s) con un concepto; *significado* al concepto con el cual tiene(n) correlación, y "llamamos *signo* a la combinación del concepto y la imagen acústica" (129), "el total que resulta de la asociación de un significante con un significado" (130; cf. 58-9, 129, 178-9). Sin embargo, Saussure no se mantiene siempre fiel a esta definición. De cuando en cuando aplica el término "signo" a "la relación que une a sus dos elementos" (195); con mayor frecuencia incurre en el "uso corriente", según el cual "el término designa generalmente a la imagen acústica sola" (129): así ocurre, por ejemplo, en 52-3, 60, 141 dos veces y 247; también en 128, 129, 196 y 199, donde las *palabras*, denominadas "signos" en otros pasajes, son tratadas como significantes. Pero la definición que mejor se ajusta al empleo que hace Saussure en la práctica es que un signo no consiste en una relación ni en una combinación de significante y significado sino en el significante mismo, en su condición de significante. Al agregar "en su condición de significante", estamos tomando en cuenta la advertencia de que, "si llamamos signo a *arbor*, no es más que gracias a que conlleva el concepto «árbol»" (129), lo cual

significa dos cosas: 1) que todo signo es un trozo de sonoridad, pero no viceversa (169, 180-1); 2) que si un trozo de sonoridad se asocia con dos significados distintos, constituye dos signos distintos, aunque homónimos (181, 297-8; cf. 185-6). También es cierto lo contrario: si un significado se expresa mediante dos significantes (sinónimos, por lo tanto), éstos son signos diferentes (181-2), lo cual se aplica incluso a lo que hoy consideraríamos alternantes morfémicos. Véase también § 23. Por su parte, al significado también se lo suele llamar "la significación" (194, 195, 196, 197). Nuestra propuesta armoniza con la definición de unidad lingüística (que es una entidad lingüística, 179, y ésta, a su vez, un signo, 178): "[...] un trozo de sonoridad, que es, con exclusión de lo que precede y de lo que sigue en la cadena hablada, el significante de cierto concepto" (180).

§ 17 Los signos son los objetos primarios del estudio lingüístico. Las palabras, grupos de palabras y oraciones son todos signos: significantes unidos a significados (215), que pueden ser analizados en sus componentes. Los signos simples (no susceptibles de ser analizados en elementos menores) son las unidades por excelencia de la lingüística (179).

El término "unidades" (*unités*) pertenece a Saussure; por su definición, es obvio que las unidades simples son esencialmente iguales a los morfemas de Baudouin de Courtenay y de la lingüística actual, salvo que Saussure incluye lo que hoy consideramos alternantes morfémicos (o "alomorfos") en su concepto más amplio de alternancia (cf. §§ 22 y 45). El término *morphème* era corriente en la época de Saussure, pero con un significado especializado: eran los elementos "formativos" de una palabra (afijos, desinencias, etc.), por oposición a la raíz. Para mayor claridad, definiremos la unidad simple (= signo simple) con algo más de rigor, aunque probablemente de acuerdo con sus propósitos, como un signo que satisface las siguientes condiciones: 1) es una secuencia lineal ininterrumpida de fonemas; 2) tiene significado; 3) no es divisible en dos secuencias que satisfagan a su vez las condiciones anteriores, ni su significado deriva de los significados de tales secuencias. Por lo tanto, en el inglés británico meridional existen dos signos *hai*: uno, escrito *higher*, está compuesto por *hai* y -.; el

otro, escrito *hire*, no puede dividirse en dos partes que cumplan con las condiciones requeridas, y por lo tanto es un signo simple. El signo compuesto, por ejemplo una secuencia ininterrumpida de morfemas (de los cuales no hay dos que figuren simultáneamente), se llama "sintagma" (207).

§ 18. Saussure atribuye a los signos lingüísticos dos propiedades fundamentales: son arbitrarios y están dispuestos en línea (130, 133). Pero omite mencionar en este punto otro rasgo esencial, que en su teoría es más preponderante que la linearidad: que los signos lingüísticos son sistemáticos. La caracterización de la lengua como depósito de signos "pasivamente registrados" (véase § 31) no significa que estos estén desordenados y sean sólo una nomenclatura (61, 127, 194-5; cf. 199); por el contrario forman un sistema rigurosamente entretejido (52, 56, 58-9, 70, 138, 157, 184, 189, 193-4). "Arbitrario" y "sistemático" son las dos propiedades fundamentales de los signos. Dejamos para los §§ 28 y 44 una exposición más minuciosa de la arbitrariedad del signo; por el momento, baste consignar que los signos son arbitrarios, según Saussure, en el sentido de inmotivados (131, 132, 219): no hay ninguna conexión natural, inherente, entre un significante y su significado; cualquier significado podría ser expresado por cualquier significante. Esto lo prueban, *a posteriori*, la existencia de diferentes lenguas y el hecho de que las lenguas cambian. El mismo concepto es expresado igualmente bien por *buey* o el francés *boeuf* (que proceden del *bow-em* anterior del latín) como por el alemán *Ochs* (130). El elemento onomatopéyico del lenguaje es demasiado leve como para invalidar el principio general (132-3). Por otra parte, es impropio llamar símbolos a los signos lingüísticos, porque "símbolo" connota habitualmente un signo no arbitrario más o menos natural (131).

§ 19. Los signos simples (por ejemplo *nueve, diez, veinte*) son totalmente arbitrarios (inmotivados), pero los sintagmas (por ejemplo *diecinueve*) son relativamente motivados (219-22). La motivación consiste en que cada uno de ellos está relacionado sintagmáticamente con sus componentes y asociativamente con los otros sintagmas que responden al mismo patrón (220). Esta es

una explicación endeble, sin embargo, de lo que quería señalar Saussure, porque los signos simples también mantienen relaciones sintagmáticas y asociativas. Preferimos sugerir la siguiente formulación: llamaremos *patrón* a una clase de sintagmas similares; dado un sintagma S_1 compuesto por los morfemas M_1, M_2, ... M_n, pertenecerá al mismo patrón que S_1 todo sintagma compuesto por un primer morfema perteneciente a la misma clase que M_1, un segundo perteneciente a la misma clase que M_2, y así sucesivamente hasta M_n. Ahora bien, los patrones tienen significado, y el significado de un sintagma es una función de los significados de los morfemas contenidos en él y del patrón al que pertenece. A partir de un número reducido de morfemas y de un número menor aun de patrones, puede construirse un número muy grande de oraciones; por esa razón podemos entender oraciones que nunca antes hemos oído (cf. Bertrand Russell, *Investigación sobre el significado y la verdad*). *Doscientos y ciento dos mil y mil dos* contienen los mismos morfemas, pero los significados de uno y otro patrón son distintos: en *dos mil* el significado es "multiplicado por" (2 × 1000) y en *mil dos*, es "sumado a" (1000 + 2). El significado de un patrón no depende meramente del orden de los morfemas, porque un patrón, tal como se lo define más arriba) puede tener diferentes significados: por ejemplo, *mujeres y hombres viejos* quiere decir, o bien "mujeres viejas y hombres viejos", o bien "hombres viejos y mujeres". Es importante tomar en cuenta que el significado de un patrón es tan arbitrario e inmotivado como el de un morfema; en cambio, el significado de un sintagma está motivado en función de los significados de los morfemas y patrones que lo constituyen. Además, no se presentan todas las combinaciones matemáticamente posibles de morfemas: existe el sintagma *doloroso*, pero no *osodolor*. Por estos dos motivos, "una unidad como *doloroso* se descompone en dos subunidades (*dolor-oso*), pero no como dos partes independientes simplemente añadidas (*dolor* + *oso*). Es un producto, una combinación de dos elementos solidarios, que sólo tienen valor por su acción recíproca en una unidad superior (*dolor* × *oso*)" (214; cf. 220).

§ 20. Como hemos visto (§ 18), una propiedad fundamental de los signos lingüísticos es la de ser sistemáticos. Ahora bien,

Saussure no sostiene que todo hecho lingüístico encaje en un sistema sino que al limitar nuestra atención del lenguaje como totalidad (*langage*) a lo que constituye un depósito pasivo, socialmente adquirido en las mentes de los hablantes nativos (*langue*), descubrimos que lo que definimos de este modo como "lengua" es un sistema. Lo que Saussure llama "habla" (*parole*) comprende los elementos no sistemáticos del lenguaje. En los §§ 30-2, 36, 37 y 56 analizaremos la diferencia entre lengua y habla, y por qué la lengua ha de atraer la atención primordial del lingüista.

Saussure dice: "Determinando así los elementos que maneja, nuestra ciencia cumplirá su tarea completa" (190). Obviamente, los elementos de la lengua se agrupan en dos clases: signos, divididos en morfemas y sintagmas, y trozos de sonoridad (fonemas y secuencias de fonemas). Para comprender las opiniones de Saussure sobre las propiedades y relaciones de los fonemas, conviene examinar primero su concepto de las relaciones entre signos.

§ 21. En lingüística, "como en economía política, estamos ante la noción de *valor;* en las dos ciencias se trata de un *sistema de equivalencia entre cosas de órdenes diferentes*: en una, un trabajo y un salario; en la otra, un significado y un significante" (147; cf. 148, 196 y 201). La analogía lingüística del concepto de valor económico consiste en las relaciones de un signo: a) con su significado y b) con otros signos (194-6; el argumento de esta última página, en contradicción con el de la 195 y el diagrama que figura allí, parece confirmar nuestra conclusión del § 16, de que en la práctica *signo* quiere decir para Saussure "significante en su condición de significante"). Como el valor incluye las relaciones con otros signos, puede cambiar sin que cambie el signo mismo o su relación con su significado (203, 217), y diferentes lenguas pueden tener signos que posean el mismo significado, pero diferentes valores (196-7).

Las relaciones de un signo con otros signos son de dos tipos: asociativas y sintagmáticas (207-13). Cada signo tiene relaciones sintagmáticas con los signos que pueden precederlo, seguirlo o incluirlo, y también con los incluidos en él, si es un sintagma. Esas relaciones son consecuencia de la disposición lineal de los signos que constituyen un enunciado. Puede ser

que la insistencia de Saussure en la linearidad, tanto de los fonemas como de los signos, apuntara a preservar la imagen del lenguaje como articulado (§15). Las relaciones asociativas son de un tipo enteramente distinto: un signo puede evocar otros signos gramaticalmente análogos, o semánticamente emparentados con él, o incluso conectados solamente por una semejanza de sonido (por ejemplo, *enseñanza, lanza, balanza*). "La conexión sintagmática es *in praesentia*: se apoya en dos o más términos igualmente presentes en una serie efectiva. Por el contrario, la conexión asociativa une términos *in absentia* en una serie mnemónica virtual" (208). Los dos tipos de relación se apoyan mutuamente (215-8); la intención de Saussure replanteada en términos modernos, es que cada sintagma (por ejemplo, *deshacer*) es capaz de evocar asociativamente todos los otros sintagmas compuestos por el mismo patrón (por ejemplo, *desdecir, descalzar*. . .; *rehacer, contrahacer*) y que cada morfema está conectado asociativamente con todos los otros signos que pueden remplazarlo para formar sintagmas dotados del mismo patrón.

§ 22. La falta de detalles en la clasificación de Saussure es deliberada; no hace falta indicar que un signo mantiene relaciones mucho más estrechas con algunos signos que con otros. Por ejemplo, existe la clase especial de relación asociativa llamada *alternancia* por Saussure (254-9; cf. § 45), ya en su *Memoria* de 1878, y también por Baudouin de Courtenay, inspirándose en la misma. Se dice también que un signo mantiene relaciones asociativas con un número definido o indefinido de otros signos, según los casos (212-3). Pero, al margen de esta imprecisión, parecería que en el esquema de Saussure no entran las relaciones de frecuencia, en las que actualmente se pone tanto énfasis. Quizás él habría sostenido que la frecuencia relativa concierne al habla y no a la lengua, pero el papel de la frecuencia en el cambio lingüístico (§ 50) parece oponerse a tal explicación.

§ 23. Toda la exposición precedente ha sido preparatoria para presentar el meollo de la teoría de Saussure: el papel de las relaciones dentro de un sistema. Los signos en parte, y los fonemas íntegramente, están constituidos por sus relaciones, o

sea por su inclusión dentro de un sistema (cf., sin embargo, § 53). Para ellos, ser es estar relacionado.

La lengua es un sistema de signos; por lo tanto, los signos son sus elementos. Sin embargo, en cierto sentido los fonemas y sus secuencias también son elementos (cf. §§ 20 y 27). ¿Cómo se explica esto? Una sucesión de sonidos sólo es lingüística si es soporte de una idea; tomada en sí misma no es más que la materia de un estudio fisiológico" (178). Pasaje ambiguo, porque podría significar que una secuencia fonética es objeto de la lingüística sólo si es significante, o bien que únicamente los sonidos psíquicos (fonemas) y sus secuencias (incluidos los significantes) son lingüísticos, porque son los únicos que funcionan como soportes de ideas: los significantes directa y los fonemas indirectamente, en la medida en que los significantes están constituidos por ellos. El contexto parece confirmar la primera interpretación; sin embargo, cf. 218: "Un fonema desempeña por sí mismo un papel en el sistema de un estado de lengua".

§ 24. Saussure trata en varios pasajes el importante concepto de oposición:

(i) "El significante lingüístico [...] de ningún modo es fónico; es incorpóreo constituido no por su sustancia material, sino únicamente por las diferencias que separan su imagen acústica de todas las demás" (201; cf. 199-200).

(ii) "Este principio es tan esencial, que se aplica a todos los elementos materiales de la lengua, incluidos los fonemas. [...]. Lo que los caracteriza no es, como se podría creer, su cualidad propia y positiva sino simplemente el hecho de que no se confunden unos con otros. Los fonemas son ante todo entidades opositivas, relativas y negativas" (201).

(iii) Lo mismo ocurre con los significados considerados en sí mismos: los conceptos "son puramente diferenciales, definidos, no positivamente por su contenido sino negativamente por sus relaciones con los otros términos del sistema. Su más exacta característica es la de ser lo que los otros no son" (198-9). Trubetzkoy, en "La Phonologie actuelle" [en *Psychologie du*

langage, París, 1933], cita este pasaje aplicándolo a los fonemas; pero como Saussure empleaba el mismo criterio con relación a significantes y significados, no puede decirse que haya tergiversación.

(iv) "Todo lo precedente viene a decir que *en la lengua no hay más que diferencias* [...] *sin términos positivos*" (203).

(v) Pero esto sólo es cierto si se consideran significantes y significados por separado: "[...] aunque el significado y el significante, tomados cada uno aparte, sean puramente diferenciales y negativos, su combinación es un hecho positivo; hasta es la única especie de hechos que comporta la lengua, puesto que lo propio de la institución lingüística es justamente mantener el paralelismo entre esos dos órdenes de diferencias" (203-4; cf. 180, citado en el § 15).

(vi) En suma, "cuando se comparan los signos entre sí —términos positivos— ya no se puede hablar de diferencia; la expresión sería impropia [...]; dos signos [...] no son diferentes, sólo son distintos. Entre ellos no hay más que *oposición*" (204).

§ 26. Trataremos entonces de descubrir qué quiere decir exactamente Saussure por "oposición". "El griego *éphēn* es un imperfecto y *éstēn* un aoristo, aunque ambos están formados de manera idéntica; el primero pertenece al sistema del indicativo presente *phēmí* «digo», mientras que no hay presente **stēmi*; ahora bien, la relación *phēmí-éphēn* es justamente la que corresponde a la relación entre el presente y el imperfecto (cf. *deíknūmi-edeíknūn*), etc. Estos signos actúan, pues, no por su valor intrínseco sino por su posición relativa" (200). Para citar un ejemplo de Bally (*Ferdinand de Saussure et l'état actuel des études linguistiques*, conferencia pronunciada el 27 de octubre de 1913, p. 14): "En *chevaux* la *–ō* final [...] tiene valor de plural porque nuestra conciencia la opone al signo *–al* del singular *cheval*, mientras que en *tuyaux* [fonémicamente igual al singular *tuyau*] el *mismo* sonido de *–ō* está desprovisto de valor, porque nuestra conciencia no lo opone a nada". De la misma manera, en el *Curso*, encontramos que

"el hecho sincrónico es siempre significativo: siempre pone en relación dos términos simultáneos; no es *Gäste* por sí solo lo que expresa el plural sino la oposición *Gast: Gäste* (155). Y así, como "el valor de cada uno no resulta más que de la presencia simultánea de los otros" (195), lo que comúnmente se llama "un «hecho de gramática» responde en último análisis a la definición de la unidad, porque expresa siempre una oposición de términos; sólo que esta oposición resulta particularmente significativa, por ejemplo la formación del plural alemán del tipo *Nacht*: *Nächte*. Cada uno de los términos enfrentados en el hecho gramatical (el singular sin metafonía y sin —*e*, final, opuesto al plural con metafonía y con —*e*) está constituido por todo un juego de oposiciones en el seno del sistema; tomados aisladamente, ni *Nacht* ni *Nächte* son nada... Tan cierto es esto, que se podría muy bien abordar el problema de las unidades comenzando por los hechos de gramática. Planteando una oposición como *Nacht: Nächte*, por ejemplo, nos preguntaríamos cuáles son las unidades puestas en juego en esta oposición" (205-6).

Las oposiciones de un signo son sus relaciones, sintagmáticas y asociativas, con otros signos (218, a propósito de los fonemas) y en consecuencia forman parte de su valor.

Saussure llega a decir: (vii) "...*los caracteres de la unidad se confunden con la unidad misma.* En la lengua, como en todo sistema semiológico, lo que distingue a un signo es todo lo que lo constituye. La diferencia es lo que hace la característica, como hace el valor y la unidad" (205).

§ 26. Hemos llegado ahora al auténtico meollo de la teoría de Saussure. El pasaje (i) nos dice que los significantes se caracterizan por sus diferencias. Ahora bien, ¿cuál es la diferencia entre *rima* y *rimas, rama, risa, cima,* etc.? No cabe duda de que están compuestos por diferentes fonemas. Pero (ii) nos dice que los fonemas se caracterizan, no por sus diferencias sino por el hecho de ser diferentes, "el hecho de que no se distintos. Supuesto que pudiesen sustituirse un elemento o todos confunden unos con otros". Si los fonemas se caracterizan sólo por ser diferentes, no importa *cómo* difieran; llevado a su extremo, esto significa que sólo interesa la cantidad de fonemas por otros materialmente diferentes, el sistema sería el mismo

siempre que se conservara el mismo número de elementos (70, 189-90). No podría haber dos sistemas distintos con la misma cantidad de fonemas, porque si así fuere sólo podrían diferir en alguna propiedad o relación de los fonemas que no fuera su diferencia, lo cual viola la hipótesis. Por otra parte, si los fonemas se caracterizan por sus diferencias, entonces son como los significantes descritos en el pasaje (i). Todavía queda algo por aclarar: Saussure dice que los signos se caracterizan por sus propiedades distintas, o sea, no comunes para todos los signos, fonemas o de lo que se trate (vii). Un rasgo o propiedad distintiva, una diferencia o distinción, y la propiedad de ser diferente o distinto son tres cualidades completamente diversas, y no es que nos pongamos demasiado sutiles. Ni en el contexto más amplio del *Curso* en su conjunto resulta claro si (ii) se entiende como mera refirmación de (i), en tal caso no muy precisa, o si pretende decir acerca de los fonemas algo diferente de lo que se ha dicho sobre los significantes. En 200 leemos que: (viii) "...puesto que no hay ninguna imagen vocal que responda mejor que otra a lo que se le encomienda expresar, es evidente, hasta *a priori*, que nunca podrá un fragmento de lengua estar fundado, en último análisis, en otra cosa que en su no-coincidencia con el resto. *Arbitrario y diferencial* son dos cualidades correlativas". Esto da color a la opinión de que (ii) se ha querido aplicar tanto a los significantes como a los fonemas, y de que (i) es simplemente una versión preliminar del mismo. El párrafo siguiente dice: "...la conciencia [...] no percibe perpetuamente más que la diferencia *a/b*" (200); pero el ejemplo y comentario inmediatos muestran que "la diferencia *a/b*" significa "el hecho de que *a* difiere de *b*". La impresión que dan todos estos enunciados en conjunto es que Saussure quiere decir que fonemas, significantes y significados, todos por igual, se caracterizan, no por sus propiedades diferenciales —no por sus diferencias—, sino por su condición de ser diferentes, pero que ser diferentes es sólo una parte de la caracterización de los signos. Eso es lo que entiende al decir que los signos son distintos y no meramente diferentes.

§ 27. Saussure no mantiene ese deslinde terminológico entre diferencia y distinción de manera coherente, ni restringe la

oposición a los signos (con exclusión de fonemas y significantes); igual que los signos, los fonemas entran en oposiciones de dos tipos: "Un fonema desempeña por sí mismo un papel en el sistema de un estado de lengua. Si por ejemplo en griego *m*, *p*, *t*, etc., no pueden nunca figurar en final de palabra, eso quiere decir que su presencia o ausencia en tal puesto cuenta en la estructura de la palabra y en la de la oración [para otras anticipaciones del concepto de *Grenzsignale* (signo demarcativo) de Trubetzkoy, cf. 298, 363]. Ahora bien, en todos los casos de este género el sonido aislado, como todas las demás unidades, será elegido tras una oposición mental doble: así, en el grupo imaginario *anma* el sonido *m* está en oposición sintagmática con los que lo rodean y en oposición asociativa con todos los que el espíritu pueda sugerir, por ejemplo:

a n m a
v
d"

El lector deberá impregnarse bien de este pasaje, porque es todo lo que Saussure tiene que decir sobre el sistema de fonemas. Y con esta cita hemos concluido nuestro examen de la contribución directa de Saussure a la fonémica. Su mayor contribución es indirecta: se trata de su teoría lingüística en general y de su concepto de los sistemas sincrónicos en particular. Todo lo que tiene que decir sobre fonemas es que, *mutatis mutandis*, lo que vale para los morfemas también vale para ellos; pero no indica cuáles son los *mutanda*. Desde la perspectiva de la fonémica actual, podemos establecer las analogías: las relaciones sintagmáticas de los fonemas son lo que llamamos sus posiciones de figuración (*occurrence*). Los fonemas con que se relaciona asociativamente un fonema dado son los implicados en los morfofonemas y fonemas que pueden figurar en una misma posición, así como los que experimentan cambios morfofonémicos similares. Pero de todo esto no hay indicio alguno en el texto de Saussure.

§ 28. ¿Cuáles son las relaciones entre las dos propiedades fundamentales de los signos: su naturaleza arbitraria y su naturaleza sistemática? (Véase § 18).

"Una lengua constituye un sistema [...] Es el lado por el

cual la lengua no es completamente arbitraria y donde impera una razón relativa" (138; cf. 219-22, especialmente 220-1). Ya hemos expuesto este contraste entre lo absolutamente arbitrario y lo relativamente motivado en § 19.

Hay una frase que parece proclamar que la arbitrariedad resulta de la naturaleza del valor ("Los valores siguen siendo enteramente relativos, y por eso el lazo entre la idea y el sonido es radicalmente arbitrario", 193); pero eso estaría en contradicción con toda la enseñanza de Saussure, y no es más que un descuido de redacción. La doctrina básica puede enunciarse así: 1) Los signos mantienen relaciones sistemáticas entre sí. 2) Los signos simples son completamente arbitrarios; lo que interesa es que sean distintos entre sí. 3) Por lo tanto, sólo son pertinentes para el sistema las relaciones de los signos, es decir, sus valores; las propiedades sistemáticas (relacionales) y las no-relacionales son mutuamente independientes y no se afectan entre sí. Los signos son distintos, no meramente diferentes; entendemos que esto significa que no sólo sus relaciones mutuas sino también sus relaciones con los respectivos significados, son pertinentes y, en realidad, esenciales. Y lo único pertinente para los significantes y los fonemas que los componen es que son mutuamente diferentes; esto surge de la arbitrariedad del signo (cf. 202).

Toda esta armazón de ideas resulta notablemente similar a la doctrina conocida en antropología como funcionalismo, a la que Saussure se aproxima muchísimo en su explicación de la identidad sincrónica (185-90): dos entidades materialmente diferentes son la misma, por lo menos en términos del sistema, con tal que se les atribuya el mismo valor (189), es decir si están caracterizadas por las mismas relaciones.

*

§ 29. Utilizando el método comparativo, los lingüistas han reconstruido gran parte del vocabulario del protoindoeuropeo. Dicho método nos permite establecer la cantidad de elementos fonéticos y sus combinaciones. Según Saussure, no es necesario demostrar las propiedades fonéticas (articulatorias o acústicas) de estos elementos, aunque muchas veces podamos hacerlo: basta determinar la cantidad y diferenciación de los mismos (348-50).

Podría pensarse que este ejemplo demuestra la importancia de

la fonémica para la lingüística histórica, pero en realidad, según la concepción de Saussure, no es estrictamente histórico. Aunque los lingüistas hayan atribuido al protoindoeuropeo rasgos que no eran todos contemporáneos (porque esa reconstrucción no representa una lengua hablada por una comunidad particular en un año o en una década, ni en un siglo determinado), en su mayor parte el protoindoeuropeo es un solo estado de lengua.

Saussure no aplica la fonémica a problemas de cambio histórico, pero esta circunstancia no se debe a una omisión accidental: refleja su doctrina general del cambio lingüístico, según la cual todo cambio es aislado. Un sistema no engendra cambios en su interior.

Sapir, Bloomfield y la escuela de Praga piensan que la fonémica es tan importante para los problemas de cambio lingüístico como para las descripciones de lenguas en estados momentáneos. Parte de nuestra tarea consistirá en mostrar por qué Saussure sostiene la opinión contraria, y ello nos exige penetrar más profundamente en las bases de su sistema de pensamiento.

LENGUA Y HABLA

§ 30. El lenguaje (*le langage*) está sometido, como cualquier fenómeno social, a perpetuo cambio y puede ser analizado en cualquier momento en componentes heredados o institucionales y elementos de innovación. Saussure llama "lengua" (*langue*) al elemento institucional, y "habla" (*parole*) al elemento innovador; por definición, ambos, juntos, agotan el lenguaje (63, 64, 143-4).

§ 31. La lengua es un depósito de signos (57, 59; cf. § 18) que cada individuo ha recibido de otros miembros de la misma comunidad hablante, el conjunto de hábitos lingüísticos que permite a un sujeto comprender y hacerse comprender (143-4; cf. 130-1); en otras palabras, es un depósito acumulado pasivamente, en función del cual cada persona es un oyente, no un hablante (57, 58). En cambio, el habla es activa e individual (57): consiste en enunciados particulares. Es la faz individual opuesta a la faz social del lenguaje (50, 57). La

unidad característica del habla es la oración (183, 209), porque "lo propio del habla es la libertad de combinaciones". Dicho más explícitamente, "el habla [...] es la suma de todo lo que la gente dice y comprende: a) combinaciones individuales, dependientes de la voluntad de los hablantes; b) actos de fonación igualmente voluntarios, necesarios para ejecutar tales combinaciones" (65; 57).

§ 32. Aunque se la defina como depósito, la lengua no debe concebirse como un montón de palabras (cf. § 18); los parágrafos precedentes han puesto en evidencia que es esencialmente un sistema al que pertenecen no sólo los signos con sus valores sino lo que definíamos como patrones. Los hablantes nativos (excluyendo los especialistas) ignoran la historia de su propia lengua, y ésta no tiene importancia para su sistema: "El habla nunca opera más que sobre un estado de lengua, y los cambios que intervienen entre los estados no tienen en ellos ningún lugar" (160). Además, "lo primero que sorprende cuando se estudian los hechos de lengua es que para el sujeto hablante su sucesión en el tiempo es inexistente: el hablante está ante un estado" (149). En consecuencia, "también el lingüista que quiere comprender ese estado debe hacer tabla rasa de todo lo que lo ha producido" (*ibid*). Al describir un sistema, el lingüista debe mostrar las relaciones que reconocen los hablantes nativos (161, 169-70, 174, 227, 293-4), aunque la comprensión del sistema que tiene el lingüista exceda ampliamente a la del hablante en precisión y claridad. Los hablantes pueden dudar al analizar ciertos sintagmas (274, 301), y hasta hay signos que los hablantes vacilan en considerar sintagmas o signos simples (220). "Una cosa es sentir ese juego rápido y delicado de unidades, y otra cosa rendir cuenta de él mediante un análisis metódico" (183; cf. 137-8, 298). Este análisis es la gramática (175).

§ 33. El punto de vista que venimos describiendo es lo que Saussure llama "lingüística sincrónica" (149, 161), que consiste en considerar cada lengua por separado. Saussure se refiere a ella oponiéndola solamente a la lingüística histórica o diacrónica; pero en realidad el *Curso* reconoce dos o posible-

mente tres enfoques no sincrónicos, donde dos o más lenguas se consideran simultáneamente.

§ 34. El primero de estos estudios es la lingüística diacrónica, que difiere de la rama sincrónica por tomar en cuenta el cambio. Esto exige una aclaración inmediata: por una parte, la lingüística sincrónica se abstrae del tiempo y del cambio, y no trata hechos de diferentes épocas como si fuesen simultáneos (que ha sido un error común, 171-2, 240, a veces deliberado, 293 y 294); considera cada lengua durante un lapso tan corto, que no permite mostrar ningún cambio apreciable (176). En síntesis, la lingüística sincrónica describe *estados* de lengua (148-9). Por otra parte, la lingüística diacrónica no capta directamente el proceso de cambio: Saussure parece haber adoptado la concepción de los físicos, para quienes el cambio puede describirse como sucesión de estados (148-9 sólo contradice esto en apariencia); la lingüística diacrónica, tomando como datos descripciones sincrónicas de diferentes estados de lenguas emparentadas, infiere los cambios que llevaron de los estados anteriores a los posteriores (161, 174). Para lograrlo, hay que asegurarse de las identidades diacrónicas (290; cf. 81): por ejemplo, que el latín *passum* es diacrónicamente idéntico al español *paso*. La identidad diacrónica no implica identidad sincrónica, ni viceversa: en francés, por ejemplo, *pas* "paso" y *pas* "no", son diacrónicamente idénticos, pero sincrónicamente no (162, 185, 291); en cambio *décrépi* "desconchado", que procede del latín *de + crispus*, y *décrépit* "decrépito", procedente de *decrepitus*, son sincrónicamente idénticos (151-2, 197, 204, 170). De este modo, la lingüística diacrónica llega por inferencia a los fenómenos de su dominio específico, es decir, a los hechos (148-9,162).

§ 35. La lingüística diacrónica se estudia mediante dos técnicas diferentes, según el carácter de los datos con que opere (161, 337-40). El método *prospectivo* requiere registros de dos o más estados de la misma lengua (cada uno antepasado o descendiente del otro); es el método usado principalmente en lingüística románica. El método *retrospectivo* (más conocido como comparativo) se apoya sobre todo en la deducción y requiere —para continuar con la metáfora de los términos de parentesco—

estados de lengua que sean hermanos, primos, tíos y sobrinos, etc., unos de otros, es decir, que sólo sean parientes colaterales, no lineales. De esos datos se deduce (hasta donde sea posible) el estado del último antepasado común a todos los estados conocidos. En la práctica, los datos suelen admitir y hasta requerir la aplicación conjunta de ambos métodos.

§ 36. La distinción lengua-habla impone una correspondiente dicotomía de la lingüística (64, 65; c. § 37 y 56). De las dos ramas, la primordial —y objeto principal del *Curso*— es la lingüística de la lengua (66, 364); como hemos visto, se bifurca a su vez en lingüística sincrónica y diacrónica. Por definición, lengua y habla están en la relación del huevo y la gallina: por una parte, el habla se basa en la lengua (266); podríamos reformular la idea de Saussure en términos aristotélicos y decir que la lengua es la potencialidad activa de producir habla. Por otra parte, "el habla es la que hace evolucionar a la lengua" (64; cf. 160, 172-3, 271). Más específicamente, "un hecho de evolución siempre está precedido de un hecho, o mejor, de una multitud de hechos similares en la esfera del habla; esto en nada debilita la distinción establecida arriba, que hasta se halla confirmada, ya que en la historia de toda innovación comprobamos siempre dos momentos distintos: 1º) cuando surge en los individuos; 2º) cuando se convierte en hecho de lengua, exteriormente idéntico, pero adoptado por la comunidad" (173). Ahora bien, si el habla es la fuente, el *situs* del cambio lingüístico, ¿en qué difiere la lingüística del habla de la lingüística diacrónica (de la lengua)? ¿No se trata del mismo territorio con nombres diferentes? Saussure no ha previsto esta pregunta, pero la respuesta está claramente implícita: no hay paso necesario del primer momento mencionado al segundo, "no todas las innovaciones del habla tienen el mismo éxito" (172; cf. 272). La lingüística diacrónica no se preocupa por el habla: mediante la comparación de estados anteriores y posteriores, indaga los cambios en el paso de unos a otros; aunque estos cambios hayan surgido en el habla, la lingüística diacrónica se interesa por los cambios y no por su fuente. Ya hemos señalado (§§ 4 y 6) que la fonética histórica (parte de la lingüística diacrónica) está totalmente separada del estudio del "habla, incluida la fonación" (64), que comprende la fonética.

§ 37. Esta caracterización de la lingüística diacrónica demuestra que se apoya en descripciones sincrónicas (161).[6] Sin embargo, la lingüística diacrónica y la sincrónica son dos actividades radicalmente separadas.

Según Saussure, la lingüística sincrónica es gramática (cf. § 32, al final) y, como veremos en los §§ 43 y 44, la lingüística diacrónica es fonética histórica (171, 232, 248, 265, 267, 364). "Quien dice gramatical dice sincrónico y significativo, y como ningún sistema está a caballo sobre varias épocas a la vez [cf. 174, 155] no hay para nosotros una gramática histórica [...]" (223). "¿Y qué ha estado escribiendo todos estos años la gente como yo —dice Jespersen (*Lingüística*, 109-15; escrito originalmente en 1916)— sino gramática histórica?" Saussure había previsto la pregunta: "Hay que recordarlo para no afirmar a la ligera que estamos haciendo gramática histórica, cuando en realidad nos movemos sucesivamente en el dominio diacrónico al estudiar el cambio fonético y en el dominio sincrónico al examinar las consecuencias que desencadena" (233; cf. § 62).

§ 38. Esto en cuanto a la delineación de la lingüística diacrónica; hay un segundo estudio no sincrónico que se le puede asignar: la geografía dialectal. Saussure distingue entre lingüística interna y externa (67-70), entendiendo en particular por esta última denominación el tipo de estudios sobre "palabras y cosas" emprendidos por Meringer (67, 68-9; cf. Bally, *L'état actuel...*). La importancia de la distinción es evidentemente metodológica: "La separación de los dos puntos de vista se impone. [...] La mejor prueba es que cada uno de ellos crea un método distinto" (70). Creemos que la formulación siguiente expresa el pensamiento básico de Saussure más perfiladamente que sus propias caracterizaciones: es interno lo que permite estudiar autónomamente los sistemas, ya sea uno por uno, ya de a dos o más por vez, sin referencia a nada que no sea otros sistemas lingüísticos; en síntesis, la lingüística interna de la lengua es lingüística *pura* de la lengua (cf. 177). Ahora bien, Saussure relega la geografía dialectal a la lingüística externa, presumiblemente sobre la base

[6] Esta doctrina es diametralmente opuesta a la de Hermann Paul: "Es ist eigenwendet, dass es noch eine andere wissenschaftliche Betrachtung der Sprache gäbe, als die geschichtliche. Ich muss das in Abrede stellen" (*Principien* 3te Aufl., Einl. 10).

de que estudia correlaciones entre lenguas y otras cosas (68, 305). ¿No podríamos considerar, sin embargo, que la geografía dialectal es el equivalente espacial de la lingüística diacrónica, ya que se ocupa en estudiar sistemas emparentados contemporáneos, ubicados en el espacio en vez del tiempo? Habría dos diferencias significativas: en la geografía dialectal, la proyección tendría que ser, no ya unidimensional sino bidimensional (porque las isoglosas se intersectan), y por otra parte no existiría *dirección*, nada equivalente a la línea anterior-posterior en el tiempo. Considerando dos dialectos contemporáneos, no podría aislarse uno como causa y otro como efecto; sin embargo podrían establecerse identidades interdialectales: es lo que implica en fonémica la noción de "diáfono", de Daniel Jones. Es cierto que la geografía dialectal, tal como habitualmente se la concibe, no va más allá de la pura comparación de las relaciones espaciales de estados lingüísticos; estos temas son realmente externos y tendrían que marginarse para que la geografía dialectal pudiera ser considerada como parte de la lingüística interna de la lengua. Los métodos de comparación dialectal y diacrónico podrían combinarse: nos contentamos con sugerir este punto de vista, sin insistir en él.

§ 39. El tercer estudio no sincrónico del lenguaje es la comparación de dos o más lenguas no emparentadas, rama a la que Saussure apenas se refiere (307-8; cf. 222).

EL CAMBIO LINGÜÍSTICO

§ 40. Según la concepción neogramática, el cambio lingüístico consiste en: 1) cambio de sonido, 2) analogía, 3) préstamo y 4) procesos secundarios, tales como acuñación, combinación, etimología popular, síncopa, obsolescencia (o como diríamos hoy, en términos más generales, cambio de frecuencia), cambio semántico, cambio sintáctico (distribución de morfemas) y quizá varios otros. La exposición de Saussure excluye el tercero y cuarto grupos, salvo a través de breves ejemplos y capítulos adventicios, y declara que el cambio lingüístico es básicamente cambio fonético (232) y que todo cambio lingüístico es aislado (236).

Con esta última afirmación, Saussure parece querer decir dos

cosas: 1) que los cambios lingüísticos no son generales, y 2) que no son sistemáticos.

§ 41. El *Curso* dice: "Los hechos diacrónicos son particulares; la alteración de un sistema se cumple por la acción de sucesos que no sólo le son extraños [...] sino que están aislados, sin formar sistema entre sí" (167-8) [esto es cierto tanto para los cambios semánticos como para los fonéticos]. "En una época determinada, casi todas las formas del antiguo caso sujeto desaparecieron en francés. ¿No hay allí un conjunto de hechos que obedecieron a la misma ley? No, porque todas son manifestaciones múltiples de un solo e idéntico hecho aislado. Lo que se extinguió fue la noción particular de cada sujeto, y su desaparición entrañó naturalmente la de toda una serie de formas" (165).

En la medida en que esta postulación se aplica al cambio *fonético*, nos encontramos frente a la proposición neogramática: "Los cambios de sonido no tienen excepciones".

Cuando un fonema o grupo de fonemas sufre determinado cambio en determinado contexto, puede decirse que la modificación que se opera en las palabras que lo contienen (cualesquiera que sean) es secundaria y se origina en el cambio básico del fonema. Cuando todas las palabras dotadas de determinado significado se vuelvan arcaicas, también podrá decirse que lo que ha sucumbido es primordialmente el significado, y sólo secundariamente las palabras individuales. Pero se nos ocurren algunas evidentes complicaciones.

El *Curso* menciona cuatro leyes fonéticas a propósito del paso del indoeuropeo al griego: 1) las aspiradas sonoras se vuelven aspiradas sordas; 2) la *s–* inicial prevocálica se convierte en *h–*; 3) la *–m* final se hace *–n*, y 4) las oclusivas finales caen (163-64). Ahora bien, 2) y 3) se refieren cada una de ellas a un fonema, pero 1) afecta a *bh, dh, gh, gwh* y 4) afecta a *p, t, k* y *q*. ¿Entonces 1) y 4) no son leyes generales? La única respuesta de Saussure parece eludir francamente el tema: "La verdadera cuestión está en saber si los cambios fonéticos afectan a las palabras o solamente a los sonidos, y la respuesta no es dudosa: en *néphos, méthu, ánkho,* etc. [ejemplos de la ley 1) de ensordecimiento], es un fonema determinado, una sonora aspirada indoeuropea, la que se cambia en sorda aspirada, es la *s–* inicial del griego primitivo la que se cambia en *h–*, etc., y cada uno de estos hechos es

independiente y aislado de los otros sucesos del mismo orden, independiente también de las palabras en que se produce" (166-7; cf. 289).

Pero 1) y 4) no son casos aislados en el mismo sentido que 2) y 3), porque cada una de ellas afecta, no a un fonema sino a una clase de fonemas, cinco y cuatro respectivamente. Podría darse otro paso más y decir que lo que ha cambiado es una propiedad común a todas las aspiradas sonoras o a todas las oclusivas; esta obvia sugerencia ha sido formulada por los editores (167 nota) y parece también estar implícita en el último párrafo de 241. Otra respuesta, con un tono de rechazo similar al que emplea Saussure para la onomatopeya (132), sería que, aunque clases enteras de fonemas suelen experimentar un cambio común, esos casos son excepciones, o por lo menos no son el único tipo, y que lo importante es la existencia de cambios como 2) y 3), más que la de los tipos 1) y 4). Pero la respuesta de Saussure está en la cita de más arriba: él no habría vacilado en admitir que 1) y 4) son generales en cierto sentido, sólo que no en el sentido que él quería asignarles. En su concepto, preguntar si los cambios fonéticos son generales o particulares es preguntar si "afectan a las palabras o solamente a los sonidos". Los cambios fonéticos son específicos en la medida en que "la alteración de un sistema se cumple por la acción de sucesos que [...] le son extraños" (167-8; cf. 167, párrafo precedente). Este punto habría quedado mucho más claro si Saussure hubiese dado algunos ejemplos de lo que él estaba dispuesto a llamar "cambio general"; en su defecto, intentaremos construir uno. Un cambio es particular si lo que se modifica es alguna parte o alguna propiedad común a todas las entidades que ostentan ese cambio. Pero si cambian todos los miembros de una clase determinada, no por alteración de su parte o propiedad común sino por alteración de sus rasgos individuales, el cambio se llama general. Supongamos, pues, que en cierta lengua todos los sustantivos son morfemas únicos y terminan en consonante, y que los nombres de plantas no tienen ningún rasgo común de estructura fonémica que los diferencie de los demás sustantivos; en particular, que por cada consonante de la lengua hay por lo menos un nombre de planta y también por lo menos otro sustantivo con esa consonante final. Ahora supongamos que con el correr del tiempo todos los nombres de plantas pierden su consonante final, pero todos los demás morfemas la conservan. El cambio no puede atribuirse al rasgo común de ser nombres de

plantas, que es únicamente semántico; por lo tanto, es general, y, si nuestra interpretación es correcta, este tipo de cambio es el que Saussure niega que exista. Por otra parte, si todos los sustantivos femeninos se volvieran neutros, éste podría considerarse como un cambio particular (aunque no fonético), como la pérdida del nominativo latino o la de las sílabas postónicas de palabras latinas en el paso al francés (155-6).

§ 42. La intención de Saussure es clara cuando dice que los cambios lingüísticos son asistemáticos, porque sabemos qué está negando: los cambios no dependen unos de otros, no tienen valor; son simples hechos. El cambio de *bh* a *ph* no habría sido obstaculizado en caso de conservarse *dh* y las demás sonoras tal cual eran. Tampoco un cambio posterior depende *directamente* de otro anterior: el anterior produce un estado determinado y el posterior afecta luego a ese estado. "El habla nunca opera más que sobre un estado de lengua, y los cambios que intervienen entre los estados no tienen en ellos ningún lugar" (160).

En 158, Saussure compara la descripción sincrónica con la descripción de la sección trasversal de un tronco, y la descripción diacrónica con la de una sección longitudinal. Nos dice que el estudio de la sección trasversal "permite comprobar entre las fibras ciertas conexiones que nunca se podrían percibir en un plano longitudinal". Esto es cierto, pero también es cierto lo contrario: los tejidos son tan "solidarios" en la sección longitudinal como en la trasversal. La analogía del corte seccional parece entonces mal elegida por Saussure para ilustrar su doctrina de que sobre el *eje de sucesiones* "nunca se puede considerar más que una cosa por vez, pero donde están situadas todas las cosas del primer eje [el de *simultaneidades*] con sus cambios respectivos" (147).

§ 43. Saussure admite que su tesis de que todo cambio lingüístico es fonético presenta dificultades. Aparte del importantísimo papel de la analogía (de la que veremos más en los §§ 47-51), hay cambios puramente sintácticos como el mencionado en 288: los modificadores verbales indoeuropeos, ubicados todavía bastante libremente en el griego arcaico (por ejemplo, *óreos baínō kata*, "yo bajo de la montaña"), llegaron a soldarse al verbo (*katabaínō*

óreos). "Si la fonética interviene, pues, las más veces por un lado cualquiera en la evolución, no por ello puede explicar la evolución íntegra; una vez eliminado el factor fonético, queda un residuo que parece justificar la idea de una «historia de la gramática»; aquí es donde está la verdadera dificultad. La distinción —que debe mantenerse siempre— entre lo diacrónico y lo sincrónico exigiría explicaciones delicadas, incompatibles con el marco de este curso" (234-5; cf. 232 y 289).

§ 44. Esta concesión no hace peligrar el argumento de Saussure, porque lo importante es que todo cambio lingüístico es externo al sistema sincrónico al cual afecta. En primer lugar, no es deliberado, no es motivado por el sistema; la arbitrariedad del signo excluye toda premeditación (137-8, 141-2, 148): "La lengua no premedita nada" (160; cf. 57). Aunque a veces se habla de la lengua como convención (51) o contrato (58), en realidad no es ni lo uno ni lo otro, porque "en todo instante la solidaridad con el pasado pone en jaque a la libertad de elegir" (139). Así "se llega al principio de continuidad que anula a la libertad" (145; cf. 61, 131, 132, 135, 141-2, 145). La cuestión del origen de la lengua carece de sentido, porque "ninguna sociedad conoce ni jamás ha conocido la lengua de otro modo que como un producto heredado de las generaciones precedentes y que hay que tomar tal cual es" (136; cf. 143). La lengua no sólo es social sino además inseparable del tiempo (139, 144). Por otra parte, cuando surge un cambio desde afuera, "una lengua es radicalmente incapaz de defenderse contra los factores que desplazan minuto a minuto la relación entre significado y significante. Es una de las consecuencias de lo arbitrario del signo" (141). Y esos factores están surgiendo constantemente (143); de allí que "la continuidad del signo en el tiempo, unida a la alteración en el tiempo, es un principio de semiología general".

§ 45. En segundo lugar, un cambio lingüístico no actúa en beneficio del sistema (153); al contrario, lo fractura (249-52, 258, 260) o, en el mejor de los casos, al crear alternancias mantiene una diferencia gramatical que ya existía (258-9). Por ejemplo, en francés existe la alternancia *eu/ou*; pero *neuv*– procede del latín *nóv*– (acentuado, de *novum*) y *nouv*– de *nov*– (sin acento,

de *novellum*): ya había en latín una diferencia fonética, que expresaba una relación gramatical (255-6; cf. 253). Saussure entiende por "alternancia" una variación regular que se presenta en muchos pares de morfemas de determinada categoría, no restringida a pares aislados, como, por ejemplo, en francés *moi/me* (255) De modo que "la lengua es un mecanismo que continúa funcionando a pesar de los deterioros que se le causan" (157).

§ 46. En tercer lugar, un sistema lingüístico nunca se modifica de golpe: "...lo que domina en toda alteración es la persistencia de la materia vieja; la infidelidad al pasado es sólo relativa. Por eso el principio de alteración se basa en el principio de continuidad" (140). Específicamente, sólo ciertas unidades, ciertos signos de un sistema, cambian violentamente, y su cambio —por definición de valor y sistema— implica un cambio en los valores de todos los otros signos.

"El sistema no se modifica directamente nunca; en sí mismo es inmutable; sólo sufren alteración ciertos elementos, sin tener en cuenta la solidaridad que los ata al conjunto. Es como si uno de los planetas que gravitan hacia el sol cambiara de dimensiones y de peso; tal hecho aislado entrañaría consecuencias generales y trastornaría el equilibrio del sistema solar entero" (154; cf. 64, 157, 159, 167-8).

CRÍTICA

§ 47. De las variedades del cambio lingüístico, sólo el fonético recibe amplia consideración. Aunque Saussure lo considera fundamentalmente análogo al cambio semántico, únicamente lo menciona de paso (60, nota 1), quizá porque ambos son igualmente "un desplazamiento de la relación entre el significado y el significante" (140).

Pero no puede descuidarse con tanta facilidad el problema de la analogía. ¿No contradice acaso todo lo que Saussure ha dicho sobre el cambio lingüístico? Él enseñó que el sistema limita la arbitrariedad de los signos y que los hablantes manifiestan su comprensión del sistema mediante la creación analógica (265, 266). Entonces, ¿no es la analogía un cambio del sistema inspirado por el sistema mismo?

§ 48. Saussure borra todas estas objeciones de un solo plumazo. La analogía no es ningún cambio sino un hecho sincrónico: "La analogía es de orden gramatical: supone la conciencia y comprensión de una relación que une a las formas entre sí" (265; cf. 266, 267). ¿Pero cómo puede decir esto, cuando explícitamente indica que "la creación resultante no puede pertenecer en principio más que al habla" (266; cf. § 36)? La respuesta inmediata es que "hay que distinguir dos cosas: 1º) la comprensión de la relación que une las formas generatrices; 2º) el resultado sugerido por la comparación, la forma improvisada por el sujeto hablante para la expresión del pensamiento. Solamente este resultado pertenece al habla" (*ibíd.*). Este resultado de la analogía nunca es un signo simple sino un sintagma, redisposición de antiguos signos simples (275-6), "y su realización en el habla es un hecho insignificante en comparación con la posibilidad de formarlo" (267).

§ 49. Hay otra razón para no considerar como cambio la analogía. Cuando el rotacismo sustituyó el latín *honōsem* por *honōrem*, dejando *honōs* intacto, y cuando *honor* entró en circulación general junto a *honōs*, sobre el patrón *ōrator* : *ōratōrem*, etc., "en el momento en que nace *honor* nada ha cambiado, puesto que no remplaza a nada: la desaparición de *honōs* ya no es un cambio, puesto que este fenómeno es independiente del primero. Dondequiera que se pueda seguir la marcha de los sucesos lingüísticos se ve que la innovación analógica y la eliminación de la forma antigua son dos cosas distintas y que en ninguna parte se sorprende una trasformación" (264). En este sentido, la desaparición del sintagma anterior es independiente de la institución del nuevo: "...mientras que el cambio fonético nada nuevo introduce sin anular lo que precedía (*honōrem* remplaza a *honōsem*), la forma analógica no entraña necesariamente la desaparición de la que ella viene a duplicar" (263).

§ 50. Es cierto que ni *honōs* ni *honor* han sido "cambiados", si nos negamos a llamar cambio a la generación y a la caducidad (cf. 264-5), pero de todas maneras ha cambiado el *sistema*: primero cuando entró *honor* y otra vez cuando salió *honōs* (cf. 272, 275). Además, se han cambiado los patrones (cf. 275 y tam-

bién 266). Vemos así que Saussure ignora el cambio de frecuencia, lo mismo que ha ignorado la frecuencia relativa como relación sincrónica (cf. § 22). Es probable que una creación analógica, como otras innovaciones del habla, no logre conservarse (271-2); pero ya sea que triunfe ella o su rival anterior, como "la lengua se resiste a mantener dos significantes para la misma idea" (263; en 264 se enuncia un principio concomitante), el sintagma derrotado probablemente desaparecerá, salvo que se conserve con un sentido especial. De este modo se menciona, al pasar, uno de los principios fundamentales que rigen los cambios de frecuencia relativa.

§ 51. Aunque la analogía sea sincrónica, es evidente, sin embargo, que el propio sistema inspira ciertas innovaciones del habla, algunas de las cuales lograrán cambiar el sistema, poniendo en circulación algunos neologismos y decretando la caducidad de otros elementos (arcaísmos). Se podría aceptar que el cambio analógico es distinto del fonético —en los términos planteados por Saussure— y sostener, sin embargo, que es un tipo de cambio cuya causa última acaso sea exterior al sistema, pero cuya causa inmediata es el sistema mismo.

Lo cierto es que la idea de sistema de Saussure está radicalmente viciada de ambigüedad: *en su nomenclatura, "sistema" tiene dos sentidos: 1) "estado" y 2) "estado estable", o sea "equilibrio"*. Su argumento de que los cambios lingüísticos siempre surgen externamente depende por entero del viraje de un sentido al otro: toda lengua, durante un lapso bastante corto, es un sistema en el primer sentido; pero cuando Saussure dice que un sistema nunca origina cambios, sólo puede significar un equilibrio, y así lo denomina explícitamente (159, 189, 206). En un pasaje ya citado, compara a la lengua con el sistema solar, pero, como de costumbre, no agota su símil: el sistema solar es a cada instante un estado, pero en ningún momento un equilibrio; todo el tiempo está cambiando, pero los cambios de cualquier estado anterior a uno posterior son provocados inmediatamente por el anterior y hasta pueden calcularse si se conocen tres datos: las leyes generales de la dinámica, el estado anterior y la dirección del cambio, o bien, un número suficiente de estados previos al anterior. El impulso original es indudablemente externo (una de las ideas fundamentales de la ciencia es que todo cambio puede rastrearse

en definitiva hasta una causa última externa), pero cada cambio inicia una cadena de otros cambios de mayor o menor duración. Otra forma de ambigüedad en Saussure es la suposición de que los efectos de todo cambio lingüístico son instantáneos. Su idea parece haber sido que el cambio lingüístico es como un vehículo que sube una cuesta: tan pronto como deja de ser impulsado activamente, se detiene. Si bien declara que el cambio lingüístico es ilimitado (159, 247-8; cf. 153, 157), lo que quiere decir con esto es simplemente que un signo diacrónicamente idéntico puede ser cambiado por una serie de cambios fonéticos (por ejemplo, el alemán *je* procede del protoindoeuropeo * *aiwon*) y que el cambio fonético de ciertos signos afecta indirectamente a otros.

§ 52. ¿Podemos determinar que un estado producirá un cambio independientemente de las presiones externas a las que está sometido, mediante el estudio de los estados anteriores y posteriores? ¿O hacer acaso predicciones de esa índole tomando en cuenta la historia previa del sistema? Si así fuese, habríamos fundado —junto a la lingüística retrospectiva y a la que Saussure llama inadecuadamente prospectiva— una tercera rama de la diacrónica: una verdadera rama prospectiva (llamémosla predictiva, ya que nos permitirá, dado un conjunto de estados lingüísticos como datos, inferir otro estado *posterior* a todos ellos). Cuando se vuelva predictiva no sólo del pasado sino también del futuro, la lingüística habrá alcanzado el círculo interior de la ciencia; al admitir que "no se puede predecir hasta dónde se extenderá la imitación de un modelo, ni cuáles son los tipos destinados a provocarla" (261), Saussure demuestra que la lingüística todavía no ha logrado esa victoria. La escuela de Praga cree que ha podido dar los pasos iniciales, y sus esfuerzos se han orientado a refutar la opinión adversa de Saussure; por eso la hemos analizado con tanta minuciosidad.

§ 53. Saussure enseña, en efecto, que los signos tienen dos conjuntos independientes de propiedades: sus valores o relaciones (con sus significados y con otros signos) y su contenido o "envoltura material". Esta tesis es cierta en un sentido y en otro no, y requiere algunas observaciones para su elucidación.

La distinción entre lingüística sincrónica y diacrónica (147) es

metodológica: "[La] diferencia de naturaleza entre términos sucesivos y términos coexistentes, entre hechos parciales y hechos referentes al sistema, impide hacer de unos y otros la materia de una sola ciencia" (157). Pero la lingüística diacrónica no puede ignorar las relaciones sincrónicas, porque una identidad diacrónica (cf. § 34) entre un signo del estado S_1 y un signo del estado posterior S_2 sólo puede establecerse considerando tanto el carácter fonémico de los signos como sus relaciones con otros signos contemporáneos.

Además, como lo ha indicado minuciosamente Saussure, un cambio en el contenido de un signo provoca generalmente un cambio en sus relaciones sincrónicas. Esto no podría ocurrir si las relaciones fuesen completamente independientes de la "envoltura material". Sin embargo, Saussure no ha querido decir en ningún momento que la independencia sea completa; lo que ha querido decir (con su doctrina de que los fonemas y significantes tienen una función diferencial) es que, si remplazamos las envolturas materiales de todos los signos del sistema por otros cualesquiera que sean capaces de mantener la distinción mutua de todos esos signos, las relaciones entre ellos y por lo tanto el sistema, se conservarían intactos (véase especialmente 70 y 189-90, y cf. § 26).

Por último, la envoltura material es importante en otro aspecto más para el sistema sincrónico: aunque Saussure señala "la elasticidad de que gozan los hablantes para la pronunciación, con tal que los sonidos sigan siendo distintos unos de otros" (201; cf. todo lo de 201-3), hay límites para esta elasticidad, límites mucho más estrictos que los que requeriría la mera conservación del sistema. Esto se debe a la continuidad con el pasado que observó Saussure. En síntesis, su propia explicación de la "inmutabilidad" del signo (135-9) indica que en este aspecto tanto las envolturas materiales como las relaciones constituyen el sistema.

SAUSSURE COMO METODÓLOGO

§ 54. Lo más notable del *Curso de lingüística general* es que se mantiene fiel a su nombre al tratar estrictamente de principios. Es evidente que Saussure era un pensador minucioso: reexaminó metódica y laboriosamente las doctrinas que fundamentaban el

pensamiento vigente, hurgando las más tácitas y ocultas mientras ponía a prueba los postulados expresados por todos. Finalmente trató de entretejer sus conclusiones en un sistema coherente y casi deductivo.

§ 55. Todo campo de investigación implica tres tipos de postulados: primero, deslinde de los *fines* de la investigación, caracterizando los objetos de estudio; segundo, descripción de los *métodos*; y tercero, presentación de los *resultados*, enunciados que han surgido de la investigación.

Las ideas del *Curso* que hemos venido exponiendo, así como su aporte de la *Memoria* y demás artículos que Saussure publicó en vida, estudian los resultados de la lingüística. Pero esto no agota el contenido del *Curso*: el vivo interés que manifiesta en fines y métodos tiene doble importancia para una evaluación del pensamiento saussureano. En primer lugar, las discusiones de fines y crítica de métodos esparcidas por el *Curso* suman una parte considerable del mismo; no son marginales sino integradas, y han influido sobre otros pensadores. En segundo lugar, el método de pensamiento de Saussure era sistemático. No perseguía meramente premisas y consecuencias, ni trataba de escindir las verdades de la lingüística en principios básicos y proposiciones derivadas: se esforzó por condensar un núcleo de postulados fundamentales y mostrar las relaciones que se mantenían irreductibles. No queremos decir que se haya anticipado al método logístico, ni que, como Newton y Spinoza, emulara a Euclides moldeando su trabajo en axiomas, teoremas, corolarios y lemas. Pero en 130, 133, 135 y otros pasajes señala proposiciones (que los signos son arbitrarios ordenados linealmente e independientes de la voluntad individual) de las que se deducen muchas consecuencias; es justo suponer —aunque la lamentable escasez de datos biográficos nos impide probarlo— que esta paciente urdimbre de los hechos generales de la lingüística en una red de premisas y consecuencias fue un verdadero método de descubrimiento, que orientó a Saussure hacia muchas de sus percepciones y a aferrarse a problemas que no habían encarado (ni sospechado, en su mayoría) pensadores anteriores (véase Bally, *L'état actuel*, 8d-9 y 12b).

§ 56. Saussure enumera tres tareas de la lingüística: describir todas las lenguas y sus historias hasta donde sea posible; buscar leyes y fuerzas universales, y "deslindarse y definirse a sí misma" (46). La clase de lingüística a que se dedicaban sus predecesores, de Bopp en adelante —dice—, "no sabe bien hacia qué fines tiende" (151; cf. 42, 44-5, 46 ítem *c*, y todo lo de 150-1). La razón de esta confusión es que los fenómenos del lenguaje pueden estudiarse desde diferentes enfoques: docenas de ciencias pueden estudiar los fenómenos lingüísticos desde otros tantos puntos de vista, poniendo cada una de ellas en relación estos fenómenos con otros de distinta índole (46-7, 50-1, 67-70). ¿Qué aspecto de los fenómenos le queda entonces a la lingüística como propiedad exclusiva? ¿Cómo puede estudiarse el lenguaje, no en relación con otros fenómenos sino como objeto cerrado (autosuficiente) de una ciencia autónoma? Según lo plantea el propio Saussure: "¿Cuál es el objeto a la vez integral y concreto de la lingüística?" (49). Lo que sigue aclara que esos objetos son los *signos*. Si se concentra primero en los sistemas sincrónicos que ellos forman (o sea, en las lenguas), luego en las relaciones diacrónicas entre esos sistemas y por fin en el habla, la lingüística encontrará un orden racional y unificador (49-59, esp. 51; 63, 64, 65 y 173), un orden ideal, resulte practicable o no (173-4).

Ahora bien, ¿cuál es la importancia metodológica de la búsqueda de objetos integrales y concretos a la vez?

§ 57. Al llamar "integral" a una clase de fenómenos o de objetos (aunque esta palabra no aparece después de 50), Saussure quiere decir que son todos del mismo tipo y lo bastante unificados como para poder ser estudiados por una ciencia, que son "clasificable[s] entre los hechos humanos" (60, 51). Ahora bien, "mientras que el lenguaje es heterogéneo [cf. 51, 58, 65], la lengua así delimitada es de naturaleza homogénea: es un sistema de signos en el que sólo es esencial la unión del sentido y de la imagen acústica, y donde las dos partes del signo son igualmente psíquicas" (58-9; cf. 55, 64, 128). Si bien es cierto que el estudio de la lengua está subdividido en lingüística sincrónica y diacrónica, y que dentro de la clase de entidades psíquicas las imágenes son diferentes de los conceptos (128, 147), estas diversidades no son equiparables a la diversidad interna del habla, "incluida la fonación" (64), cuyo estudio es psicofísico (*ibíd.*).

§ 58. La idea de "concretidad" de Saussure no es tan fácil de establecer: usa el término "concreto" en varios sentidos.

1. Las especies fonéticas son abstractas, mientras que los alófonos son concretos (111); las palabras (por ejemplo, en francés *mois*, "mes") son abstractas, mientras que sus formas alternantes (por ejemplo [*mwa*] y [*mwaz*] fonéticamente, según el contexto) son concretas (181-2; cf. 226); las clases formales, como el caso genitivo, son abstractas (228, 229), mientras que las formas que pertenecen a ellas son concretas. El sentido en cuestión se enuncia explícitamente en 183 a propósito de las oraciones: la categoría de oración es abstracta porque no hay propiedad común a todas las oraciones. En consonancia, el signo es definido de modo tal que el significante debe ser exactamente una secuencia de fonemas, y el significado debe ser exactamente un concepto o sentido. Puede admitirse una leve variación de matices en el significado (186, 187); pero si un significante guarda correlación con dos significados distintos, debemos considerar que hay dos signos distintos; esto salva la concretidad del signo.

2. En un segundo sentido, una entidad es concreta en tanto tenga especímenes (210) o sea una realización material (186-7). Esto implica, aunque Saussure no lo señala, que hay una gradación desde la máxima concretidad hasta la máxima abstracción. Por ejemplo, el expreso Ginebra-París de las 8.45 es una entidad concreta, aun cuando su realización material en días diferentes no necesite ser el mismo tren en sentido físico. Las analogías en lingüística son obvias: un fonema es concreto porque muchos sonidos lo ejemplifican; un significante es concreto porque lo constituyen muchos trozos de sonoridad, y así sucesivamente. La lengua y los signos que la componen son concretos en este segundo sentido: "...tienen su asiento en el cerebro" (59). A veces la gente usa "abstracto" como sinónimo de "universal" y "concreto" como sinónimo de "particular"; pero en el empleo que estamos glosando, tanto la abstracción como la concretidad se refieren sólo a universales.

3. Los signos son concretos, mientras que los significantes y significados son abstractos (178, 188, 193); quizás en este sentido se dice que las palabras son concretas (194); sin que ello implique contradicción con el otro sentido, en el que algunas palabras

son abstractas. Para destacar este punto, Saussure compara el signo con un compuesto químico, como el agua (179), pero se trata de una analogía inadecuada, ya que tanto el hidrógeno como el oxígeno pueden existir por separado con propiedades distintas de las del compuesto. La idea parece ser que los conjuntos son concretos mientras que cada una de sus partes, considerada por separado, es abstracta; la intención de Saussure es la misma, aparentemente, cuando dice que tanto los significantes como los significados son por sí mismos puramente negativos, entidades diferenciales cuyas cualidades positivas no interesan en absoluto (198-9, 203-4), mientras que los signos son entidades positivas no meramente diferenciales, sino distintas (204; aunque cf. 205). Si lleváramos al extremo este punto de vista, podríamos deducir que el sistema total es concreto, no así sus partes: los signos componentes.

§ 59. Es evidente que en estos pasajes Saussure habla de "concretidad" en sentidos diferentes. Cuando dice que "la lengua, no menos que el habla, es un objeto de naturaleza concreta" (59), pienso que quiere decir simplemente que admite ser estudiada por sí misma: que es concreto (valga la paradoja) lo que puede estudiarse con éxito en abstracto. Su insistencia en que los objetos de estudio deben ser concretos es en realidad una crítica a los neogramáticos, como resulta evidente por el pasaje que sigue. Advirtiendo que "la escuela antigua [Bopp y sus continuadores, etc.] dividía las palabras en raíces, temas, sufijos, etc., y daba a estas distinciones un valor absoluto", prosigue: "Por fin se sintió la necesidad de reaccionar contra tales aberraciones, y el santo y seña, muy justo, de esa reacción fue observar qué ocurre en la lengua de hoy, en el lenguaje de todos los días, y no atribuir a los períodos antiguos de la lengua ningún proceso, ningún fenómeno que no sea comprobable actualmente [el principio de uniformitarismo de Lyell, enunciado en 1830 en sus *Principios de geología*, que tuvo gran influencia sobre Darwin y otros]. Como por lo regular la lengua viva no permite emprender análisis del tipo que hacía Bopp, los neogramáticos, firmes en su principio, declaran que raíces, temas, sufijos, etc., son puras abstracciones de nuestra mente, y que si se hace uso de ellas es sólo por la comodidad de exposición. Pero si no hay justificación en el establecimiento de estas categorías, ¿por qué establecerlas? Y cuando

se establecen, ¿en nombre de qué se declara que una partición como *hípp-o-s*, por ejemplo, es preferible a otra como *hípp-os*? La escuela nueva, después de haber reconocido los defectos de la antigua doctrina, lo cual era fácil, se ha contentado con rechazarla en teoría, mientras que en la práctica quedaba como enredada en un aparato científico del que, a pesar de todo, no podía prescindir. Cuando se razona sobre estas "abstracciones", se ve la parte de realidad que representan, y un correctivo muy simple basta para dar a estos artificios del gramático un sentido legítimo y exacto" (294-5). En síntesis, las raíces, etc., son en definitiva concretas y no abstractas; pero son unidades pertinentes ante todo en las descripciones diacrónicas, y sólo ocasional y accidentalmente en las sincrónicas.

§ 60. Cualquiera que haya sido para Saussure el sentido de concretidad, queda la tarea de decidir cuáles de las diversas entidades (morfemas, sintagmas, palabras, frases, oraciones) son concretas. Saussure vacila ante esta tarea (182-3, 184, 188, 189-90, 194) sin aclarar los motivos de su perplejidad. ¿Tal vez porque no se sabe si algunos signos son morfemas o sintagmas (220)? En parte por esta razón, pero sobre todo por las dificultades para definir exactamente la "palabra". Por un lado, "la palabra, no obstante la dificultad de definirla, es una unidad que se impone al espíritu, algo central en el mecanismo de la lengua" (189); por otro, no se ajusta exactamente a la definición de unidad lingüística (194), tal vez por la existencia de formas alternantes de lo que estaríamos tentados a considerar una sola palabra (181-2), y que, sin embargo, como no difieren de un modo regular, no pueden incluirse en el concepto saussureano de alternancia (254-9). Sin embargo, intenta caracterizar las palabras: "[...] una palabra representa siempre una idea relativamente determinada, por lo menos desde el punto de vista gramatical" (297), y además "las palabras que no son unidades simples e irreductibles no se distinguen esencialmente de los miembros de frase, de los hechos sintácticos; la disposición de las subunidades que las componen obedece a los mismos principios fundamentales que la formación de los grupos de palabras" (225; cf. 209). Quizá sea por eso que "en materia de lengua siempre se han contentado los investigadores con operar sobre unidades mal definidas" (190).

Hay otro problema de concretidad: la lengua es un fenómeno social que requiere "una masa hablante" (144). "Es un tesoro

depositado por la práctica del habla en los sujetos que pertenecen a una misma comunidad, un sistema gramatical virtualmente existente en cada cerebro o, más exactamente, en los cerebros de un conjunto de individuos, *pues la lengua no está completa en ninguno, no existe perfectamente más que en la masa*" (57, subrayado por Wells). ¿Puede ser concreta la lengua si no se apoya en ningún individuo?

Hablando del cambio lingüístico, Saussure dice que es incesante y gradual, y por esa misma razón no tiene sentido hablar de "lenguas madres" y "lenguas hijas" (342). "Por lo demás, la limitación en el tiempo no es la única dificultad que encontramos en la definición de un estado de lengua; el mismo problema se plantea a propósito del espacio" (177). Se dice que muchos dialectos se funden en transición con otros (320-6), pero no se menciona el hecho más notable: que puede haber un área dividida en una serie de subáreas tales que la población de dos subáreas adyacentes cualesquiera se entienda sin dificultad, pero que la gente de las dos subáreas más apartadas apenas pueda entenderse. Esto demuestra que el concepto de lengua es un concepto idealizado: hay grados de inteligibilidad; todos pueden entender mejor a algunos hablantes que a otros. ¿Puede ser concreta una lengua cuando no tiene siquiera límites precisos? Es un montaje, una fotografía compuesta. No basta con admitir la vaga subdivisibilidad de una lengua en dialectos distinguibles (162; cf. 308, 324-6): la única solución real es admitir que "una lengua" nunca se encontrará en la experiencia, como producto químicamente puro o causa sin complicación alguna que interfiera, sino que es una construcción idealizada, apta para permitir una explicación viable. De este modo, podrá afirmarse categóricamente lo que Saussure parece admitir de mala gana: "La noción de estado de lengua no puede ser sino aproximativa. *En lingüística estática, como en la mayoría de las ciencias, no hay demostración posible sin una simplificación convencional de los datos*" (177, subrayado por Wells).

§ 61. La noción de lengua es el primer paso para convertir a la lingüística en una ciencia. No sólo organiza los problemas del lenguaje sino que asigna a la lingüística un lugar entre las ciencias (60-1): hay una ciencia de la semiología, ignorada hasta entonces (61), "que estudia la vida de los signos en el seno de

la vida social; formaría parte de la psicología social y, por consiguiente, de la psicología general. [...] Nos enseñará en qué consisten los signos y qué leyes los rigen" (60). Esta semiología se diferencia por definición de la semántica, "que estudia los cambios de *significación*" (60, nota 1 de los editores). Los sistemas de signos son necesariamente sociales (61; 144-5, 193), pero tienen su diferencia específica: "el signo es ajeno siempre en cierta medida a la voluntad individual o social, y en eso está su carácter esencial" (61). La razón es que un sistema de signos está ligado estrechamente al pasado (135-9, 145), como una herencia. Hay leyes constantes de la semiología (168, líneas 3-4 desde abajo, con referencia a 159); una de ellas es: "...la continuidad del signo en el tiempo, unida a la alteración en el tiempo" (143). Según Saussure, la semiología nunca fue reconocida como ciencia: 1) porque casi nunca se consideró a la lengua como un objeto de estudio autosuficiente; 2) porque suele pensarse que la lengua es una nomenclatura; 3) porque se la estudia en relación con el individuo, y 4) porque, aun cuando sea enfocada como hecho social, no se reconoce lo suficiente el rasgo distintivo de los sistemas de signos: su arbitrariedad.

Aunque la semiología incluye el estudio de los símbolos, "los signos enteramente arbitrarios son los que mejor realizan el ideal del procedimiento semiológico; por eso la lengua, el más complejo y el más extendido de los sistemas de expresión, es también el más característico de todos" (131). Es tarea del lingüista diferenciar la lengua de otros sistemas de signos (60-1).

§ 62. El segundo paso para convertir a la lingüística en ciencia es la nítida discriminación entre las ramas sincrónica y diacrónica, aunque resulte difícil en la práctica (173). Para llegar a tal discriminación, la lingüística ha pasado por una interesante tríada de etapas (150-1). La *gramática razonada* era sincrónica, pero normativa. El siglo XIX inauguró una fase que abandonó la prescripción de normas (un último jirón prescriptivo fue la tentación de rotular como "falsa" a la analogía), pero fue preponderantemente histórica. La fase más reciente es la de estudiar tanto la lingüística sincrónica como la diacrónica, pero ambas sobre los hechos y en mutuo y consciente contraste.

§ 63. Sin embargo, ni la lingüística sincrónica ni la diacrónica pueden lograr, dice Saussure, leyes verdaderas. La palabra "ley" se usa corrientemente en dos sentidos: el jurídico y el natural (168). Una ley jurídica o social es imperativa y general (163); en cambio, "los hechos sincrónicos, sean cuales fueren, presentan cierta regularidad, pero no tienen ningún carácter imperativo; los hechos diacrónicos, por el contrario, se imponen a la lengua, pero nada tienen de general" (168). ¿Habrá leyes naturales, es decir, pancrónicas, "que se verifican en todas partes y siempre" (*ibíd.*)? "En lingüística, como en el juego de ajedrez [...], hay reglas que sobreviven a todos los acontecimientos [las leyes constantes de la semiología son ejemplos; véase § 61]. Pero esos son principios generales que existen independientemente de los hechos concretos; en cuanto se habla de hechos particulares y tangibles, ya no hay punto de vista pancrónico" (168).

Esta crítica es notable por sus inadvertencias. Ya hemos visto qué motivo tiene Saussure para decir que los hechos diacrónicos son particulares, no generales. Ahora bien, "se podrá objetar que en el funcionamiento del habla la ley sincrónica es obligatoria en el sentido de que se impone a los individuos por la sujeción del uso colectivo [...]; sin duda, pero [las bastardillas son de Wells] *no oímos la voz de orden en el sentido de una obligación relativa a los sujetos hablantes*; significa que [las bastardillas son de Saussure] *en la lengua* ninguna fuerza garantiza el mantenimiento de la regularidad cuando reina en algún punto" (164). Es curioso que Saussure no haya pensado en una objeción muy sencilla que anula su crítica: una ley jurídica no es imperativa en este sentido, porque los dictadores, legisladores y hasta el consenso general pueden cambiar leyes y estatutos. En cuanto a las leyes naturales, en ninguna ciencia empírica existen, en rigor, "independientemente de los hechos concretos". Es cierto que el enunciado "la *s* intervocálica es remplazada por *r*" difiere de la proposición química "la mezcla del ácido clorhídrico vaporizado y el amoníaco vaporizado produce una nube blanca"; este último es un postulado pancrónico; el de la lingüística, no. Pero las otras ciencias biológicas y del espíritu (o la conducta) están en la misma situación. Además, Saussure no habló de demostrar que esta deficiencia fuese inherente a la lingüística, ni adujo razón alguna para sospechar que fuese imposible enunciar, gracias a algún progreso futuro que permitiese especificar mejor las condiciones,

leyes pancrónicas sobre cambios de sonidos o de otros fenómenos lingüísticos.

§ 64. La crítica que formula Saussure al concepto de "ley" revela un rasgo general de su perspectiva metodológica que merece señalarse, porque nos permite extraer una conclusión sobre su trasfondo. Habitualmente Saussure exagera los rasgos únicos de los fenómenos lingüísticos y las concomitantes dificultades peculiares de la lingüística. Nos dice, por ejemplo, que "en zoología es el animal lo que se ofrece desde el primer momento", mientras que "la lengua presenta el extraño y sorprendente carácter de no ofrecer entidades perceptibles a primera vista" (183-4). Pero, si bien se ofrece al lingüista una multiplicidad de objetos —lenguas, enunciados, palabras, morfemas, sonidos—, el zoólogo tiene que luchar igualmente con especies, individuos, sistemas (el sistema vascular), órganos (el corazón), tejidos, células y partes de la célula. El *Curso* nos dice (146) que la astronomía, la geología y aun la historia política (cf. 148-9) no necesitan escindirse en una parte sincrónica y otra diacrónica; tal vez Saussure habría dicho lo mismo de la zoología, pero en realidad la zoología se divide en una parte sincrónica y otra diacrónica, o más bien cada una de éstas en dos partes, ya que cada especie puede estudiarse sincrónicamente (como tipo fijo) y diacrónicamente (como producto de la evolución): el estudio diacrónico se llama filogenia. También la anatomía estudia los miembros de cada especie en una etapa de su vida (por ejemplo, la etapa adulta) y la embriología su desarrollo a partir de la concepción.

Además, Saussure aprueba la concepción de Whitney del lenguaje como institución social (50, 141-2), pero insiste en una diferencia específica: el lenguaje es *puramente* convencional y tradicional, cosa que no ocurre con las costumbres, instituciones, sistemas éticos y económicos, etc.; no hay norma racional alguna que regule sus cambios, deteniéndolos, acelerándolos u orientándolos (136, 137, 141, 148). Más tarde, por cierto, esta declaración tan amplia es motivo, si no de retractación, por lo menos de reinterpretación: no hay ninguna norma racional que impida o aliente los cambios de signos simples (morfemas) ni los cambios concomitantes en los sintagmas, pero sí hay una norma que puede inducir cambios posteriores: la remodelación analógica, precisamente, es el resultado de aplicar esta norma.

En fin de cuentas, el lenguaje no es tan diferente de otras instituciones. Podemos preguntarnos si Saussure no ha exagerado la medida en que esas otras instituciones (distintas de los sistemas de signos) están modeladas por la crítica racional y sujetas a la voluntad de la comunidad, y si, por otra parte, no ha subestimado, al margen de la analogía, el elemento de simbolismo natural u onomatopéyico del lenguaje.

En síntesis, el lenguaje (*le langage*), objeto inmediato de la lingüística, es tan complejo como el objeto inmediato de la zoología o de cualquier otra ciencia, pero no más. Su complejidad crea el problema de encontrar un objeto de estudio integral y concreto a la vez, pero al mismo tiempo brinda la solución. Porque el lenguaje es un conjunto de hechos, algunos de los cuales pueden considerarse independientemente de los demás; por eso la lengua, aunque en cierto sentido sea una abstracción, también es concreta: porque es autosuficiente. En este sentido, reiterando un pasaje citado al comienzo (§ 2), "lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista el que crea al objeto".

SAUSSURE, MEDIO SIGLO DESPUÉS *

ÉMILE BENVENISTE

Ferdinand de Saussure murió el 22 de febrero de 1913. Henos aquí reunidos cincuenta años después, el mismo día, 22 de febrero de 1963, para una conmemoración solemne, en su ciudad, en su universidad.[1] Aquella figura adquiere ahora sus rasgos auténticos y se nos presenta en su verdadera grandeza. No hay hoy lingüista que no le deba algo. No hay teoría general que no mencione su nombre. Cierto misterio rodea su vida humana, pronto recogida en el silencio. Es de la obra de lo que nos ocuparemos. A una obra tal, sólo conviene el elogio que la explica en su génesis y hace comprender su irradiación.

Vemos hoy a Saussure muy distinto de como sus contemporáneos podían verlo. Toda una parte de sí, la más importante sin duda, no fue reconocida hasta después de su muerte. La ciencia del lenguaje ha sido por ella trasformada poco a poco. ¿Qué aportó Saussure a la lingüística de su tiempo, y en qué ha actuado sobre la nuestra?

Para responder a esta pregunta podríamos ir de uno a otro de sus escritos, analizar, comparar, discutir. Sin duda sería necesario tal inventario crítico. La bella e importante obra de Robert Godel[2] contribuye ya en gran medida. Pero no es ésta nuestra intención. Dejando a otros el cuidado de describir en detalle esta obra, trataremos de recuperar su principio en una exigencia que la anima y que hasta la constituye.

[1] Estas páginas reproducen lo esencial de una conferencia pronunciada en Ginebra el 22 de febrero de 1963, por invitación de la Universidad, para conmemorar el cincuentenario de la muerte de Ferdinand de Saussure. Se han suprimido unas cuantas frases liminares enteramente personales. No deberá olvidarse que esta exposición fue proyectada para un público más amplio que el de los lingüistas, y que la circunstancia excluía toda discusión y hasta cualquier enunciado demasiado técnico.

[2] *Les sources manuscrites du Cours de linguistique générale de Ferdinand de Saussure*, 1957.

* *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 20, 1963, Libraire Droz, Ginebra.

En todo creador hay cierta exigencia, oculta, permanente, que lo sostiene y lo devora, que guía sus pensamientos, le impone tarea, lo estimula en sus desfallecimientos y no le da tregua si trata de escabullírsele. No siempre es fácil reconocerla en los recorridos diversos, a veces vacilantes, que emprende la reflexión de Saussure. Pero una vez discernida, aclara el sentido de su esfuerzo, y lo sitúa frente a sus antecesores así como frente a nosotros.

Saussure es ante todo y siempre el hombre de los fundamentos. Por instinto se dirige a los caracteres primordiales, que gobiernan la diversidad de lo empíricamente dado. En lo que pertenece a la lengua presiente algunas propiedades que en ninguna otra parte se encuentran. Compárese con lo que sea, la lengua no deja de aparecer como cosa diferente. ¿Pero en qué difiere? Considerando esta actividad, el lenguaje, donde están asociados tantos factores, biológicos, físicos y psíquicos, individuales y sociales, históricos, estéticos, pragmáticos, nos preguntamos: ¿dónde está propiamente la lengua?

Podría darse a esta interrogación una forma más precisa reduciéndola a los dos siguientes problemas, que colocamos en el centro de la doctrina saussureana:

1) ¿Cuáles son los datos básicos sobre los que se fundará la lingüística y cómo podemos alcanzarlos?

2) ¿De qué naturaleza son las nociones del lenguaje y merced a qué modo de relación se articulan?

Discernimos esta preocupación en Saussure desde que entra en la ciencia, con su *Mémoire sur le système primitif des voyelles dans les langues indo-européennes*, publicado cuando tenía veintiún años y que sigue siendo uno de sus títulos de gloria. El genial principiante encara uno de los problemas más difíciles de la gramática comparada, una cuestión que a decir verdad no existía antes y que él fue el primero en formular en términos propios. ¿Por qué, en un dominio tan vasto y prometedor, eligió un objeto tan arduo? Releamos el prefacio. Expone que su intención era estudiar las formas múltiples de *a* indoeuropea, pero que se vio conducido a considerar "el sistema de las vocales en su conjunto". Esto le hace tratar "una serie de problemas de fonética y de morfología, unos que esperan todavía solución, otros que no han sido siquiera planteados". Y como para disculparse de haber tenido que "atravesar las regiones más incultas de la lingüística indoeuropea", agrega esta justificación tan esclare-

cedora: "Si a pesar de todo nos aventuramos, bien convencidos de antemano de que nuestra inexperiencia se extraviará más de una vez en el dédalo, es porque, para quienquiera que se ocupe de estos estudios, enfrentarse a semejantes cuestiones no es una temeridad, como tantas veces se dice, sino una necesidad; es la primera escuela por la que hay que pasar, pues no se trata de especulaciones de orden trascendente sino de la búsqueda de datos elementales sin los cuales todo queda en el aire, todo es arbitrariedad e incertidumbre".

Estas últimas líneas pudieran servir de epígrafe a su obra completa. Contienen el programa de su investigación venidera, presagian su orientación y su fin. Hasta el término de su vida, y con insistencia creciente, dolorosamente podría decirse, conforme avanza más en su reflexión, va en pos de los "datos elementales" que constituyen el lenguaje, apartándose poco a poco de la ciencia de su tiempo, en la que sólo ve "arbitrariedad e incertidumbre", en una época, no obstante, en que la lingüística indoeuropea proseguía con creciente éxito la empresa comparativa.

Son ciertamente los datos elementales los que se trata de descubrir y aun (quisiéramos escribir "sobre todo") si nos proponemos remontarnos de un estado de lengua histórico a uno prehistórico. De otro modo no puede fundarse en razón el devenir histórico, pues si hay historia, ¿de qué lo es? ¿Qué es lo que cambia y qué es lo que permanece? ¿Cómo podemos decir de un dato lingüístico tomado en dos momentos de la evolución que es el *mismo* dato? ¿En qué reside esta identidad? Y, ya que es planteada por el lingüista entre dos objetos, ¿cómo lo definiremos? Hace falta un cuerpo de definiciones. Hay que enunciar las relaciones lógicas que establecemos entre los datos, los rasgos o los puntos de vista desde los cuales las captamos. Así, ir a los fundamentos es el único medio —y el más seguro— de explicar el hecho concreto y contingente. Para alcanzar lo concreto histórico, para volver a colocar lo contingente en su necesidad propia, debemos situar cada elemento dentro de la red de relaciones que lo determina, y plantear explícitamente que el hecho sólo existe en virtud de la definición que le atribuimos. Tal es la evidencia que desde el comienzo se impone a Saussure, a quien no bastará su vida entera para introducirla en la teoría lingüística.

Pero aun si hubiese podido formular entonces lo que no ense-

ñaría sino mucho después, sólo habría incrementado la incomprensión o la hostilidad con que tropezaron sus primeros ensayos. Los maestros de entonces, seguros en su verdad, no querían escuchar aquel llamado riguroso, y la dificultad misma de la *Mémoire* basta para repeler a la mayoría. Saussure acaso pudo descorazonarse. Hizo falta una nueva generación para que lentamente sus ideas se abriesen camino. Fue un destino favorable el que lo condujo entonces a París. Recuperó alguna confianza en sí mismo gracias a aquella coyuntura excepcional que le permitió hallar a la vez un tutor benévolo —Michel Bréal— y un grupo de jóvenes lingüistas —Antoine Meillet y Maurice Grammont— en quienes su enseñanza dejaría profunda impronta. Una nueva fase de la gramática comparada data de estos años en que Saussure inculca su doctrina, al tiempo que la madura, a algunos de quienes habrían de desarrollarla. Por eso recordamos —no sólo para medir la influencia personal de Saussure sino también para estimar el progreso de las ideas que anuncian— los términos de la dedicatoria que dirigía Meillet a su maestro Saussure en 1903 a la cabeza de su *Introduction à l'ètude comparative des langues indo-européennes*: en ocasión "...de los veinticinco años transcurridos desde la publicación de *Mémoire*... (1878-1903)". Si sólo de Meillet hubiese dependido, el acontecimiento habría quedado señalado con claridad mayor aún: una carta inédita de Saussure nos informa que Meillet quiso poner primero "...para el aniversario de la publicación...", de lo que Saussure lo disuadió amistosamente.

Pero en 1903, es decir, veinticinco años después, todavía no podía saberse cuántas clarividentes intuiciones contenía la *Mémoire* de 1878. He aquí un espléndido ejemplo. Saussure discernió que el sistema vocálico del indoeuropeo contenía varias *a*. En lo tocante al conocimiento puro, las distintas *a* del indoeuropeo son objetos tan importantes como las partículas fundamentales en física nuclear. Ahora bien, una de estas *a* tenía la singular propiedad de comportarse distintamente que sus dos congéneres vocales. No pocos descubrimientos han comenzado con una observación parecida, un desacuerdo en un sistema, una perturbación en un campo, un movimiento anormal en una órbita. Saussure caracteriza esta *a* por dos rasgos específicos. Por una parte, no es parienta ni de *e* ni de *o*; por otra, es coeficiente sonántico, es decir, susceptible de desempeñar el mismo papel doble, vocálico y consonántico, que las nasales o las líquidas,

y se combina con vocales. Notemos que Saussure habla de ella como de un fonema, y no como un sonido o una articulación. No nos dice cómo se pronunciaba este fonema, a qué sonido podría parecerse en tal o cual sistema observable; ni siquiera si se trataba de una vocal o de una consonante. La sustancia fónica no es tomada en cuenta. Estamos en presencia de una unidad algebraica, un término del sistema, lo que después denominará una unidad distinta y opositiva. No podría decirse que ni aun veinticinco años después de propuesta esta observación haya despertado gran interés. Otros veinticinco años faltaban para que se impusiera, en circunstancia que la imaginación más audaz habría concebido. En 1927, Jerzy Kurylowicz, en una lengua histórica, el hitita, recién descifrada por aquel entonces, con la forma del sonido que se representaba *h̭*, daba con el fonema definido cincuenta años antes por Saussure como fonema sonántico indoeuropeo. Esta hermosa observación hacía penetrar en la realidad la entidad teórica proporcionada por el razonamiento en 1878.

Por supuesto, la realización fonética de esta entidad como *h* en hitita aportaba al debate un elemento nuevo, pero de naturaleza diferente. A partir de ahí se manifestaron dos orientaciones en la investigación. Para unos era ante todo cosa de adelantar más la investigación teórica, de sacar a luz particularmente en la morfología indoeuropea los efectos y las combinaciones de este "coeficiente sonántico". Resulta hoy día que este fonema no es único, que representa toda una clase de fonemas, desigualmente representados en las lenguas históricas, y que se llaman "laringales". Otros lingüistas insisten por el contrario en el análisis descriptivo de estos sonidos; procuran definir la realidad fonética; y como el número de las laringales es todavía motivo de discusión, de año en año se ven multiplicarse las interpretaciones, que originan nuevas controversias. Este problema ocupa hoy el centro de la teoría del indoeuropeo; apasiona a los diacronistas tanto como a los descriptivistas. Todo lo cual atestigua la fecundidad de los puntos de vista introducidos por Saussure, y que no alcanzaron su plenitud hasta estos últimos decenios, medio siglo después de haber sido publicados. Ni los lingüistas que no han leído la *Mémoire* dejan de serle tributarios.

He aquí, pues, a Saussure adelantándose, muy joven, en su carrera, estrella en la frente. Favorablemente acogido en la École

des Hautes Études, donde encuentra en el acto discípulos a quienes su pensamiento encanta e inspira, en la Société de Linguistique, donde Bréal lo designa pronto secretario adjunto, se abre ante él un fácil camino, y todo parece anunciar una larga serie de hallazgos. Las esperanzas no se frustran. Recordemos tan sólo sus artículos fundamentales sobre la entonación báltica, que muestran la profundidad de sus análisis y siguen siendo modelos para quien se dedique a iguales indagaciones. Sin embargo, es un hecho señalado –y deplorado– por quienes hablan de Saussure en aquellos años que bien pronto su producción disminuye. Se restringe a algunos artículos, cada vez más espaciados, y que por lo demás sólo concede al solicitárselo sus amigos. De regreso en Ginebra para ocupar una cátedra en la Universidad, deja de escribir casi por completo. No obstante, nunca dejó de trabajar. ¿Qué es, entonces, lo que le impedía publicar? Empezamos a saberlo. Este silencio esconde un drama que debió de ser doloroso, se agravó con los años, y no llegó a encontrar salida. Atañe por un lado a circunstancias personales, acerca de las cuales los testimonios de sus familiares y amigos podrían dar algunas luces. Era sobre todo un drama del pensamiento. Saussure se alejaba de su época en la medida misma en que se iba haciendo amo de su propia verdad, ya que ésta le hacía rechazar todo lo que por entonces se enseñaba a propósito del lenguaje. Pero, al mismo tiempo que vacilaba ante aquella revisión radical que sentía necesaria, no podía decidirse a publicar la menor nota sin haber asegurado antes los fundamentos de la teoría. Con qué hondura sufría tal turbación y en qué medida estaba a veces a punto de desanimarse, lo revela un documento singular, un pasaje de una carta a Meillet (4 de enero de 1894), donde, a propósito de sus estudios sobre la entonación báltica, le confía: "Pero estoy harto de todo esto y de la dificultad que hay, en general, para escribir diez líneas con sentido común en materia de hechos del lenguaje. Preocupado sobre todo desde hace mucho por la clasificación lógica de estos hechos, por la clasificación de los puntos de vista desde los cuales los tratamos, veo cada vez más la necesidad del trabajo que sería preciso para mostrar al lingüista *lo que hace*, reduciendo cada operación a su categoría prevista, y al mismo tiempo la no poca vanidad de todo lo que en fin de cuentas puede hacerse en lingüística.

"Es, en último análisis, tan solo el lado pintoresco de una lengua lo que hace que difiera de todas las demás como pertene-

cientes a determinado pueblo con determinados orígenes; es este lado casi etnográfico el que conserva interés para mí; y precisamente ya no tengo el gusto de poder entregarme a este estudio sin ninguna intención, y disfrutar del hecho particular atenido a un medio particular.

"Sin cesar, la inepcia absoluta de la terminología ordinaria, la necesidad de reformarla, y de mostrar para ello qué clase de objeto es la lengua en general, me estropea el placer histórico, aunque no tenga anhelo mayor que no deber ocuparme de la lengua en general.

"A mi pesar, esto acabará en un libro en el que, sin entusiasmo ni pasión, explicaré por qué no hay un solo término empleado en lingüística al que conceda yo un sentido cualquiera. Y confieso que sólo entonces podré reanudar mi trabajo en el punto en que lo dejé.

"He aquí una disposición tal vez estúpida, que explicaría a Duvau por qué, por ejemplo, he dado largas más de un año a la publicación de un artículo que materialmente no ofrecía ninguna dificultad, y sin conseguir por lo demás evitar las expresiones lógicamente odiosas, ya que para eso sería precisa una reforma decididamente radical".[3]

Se ve en qué debate está encerrado Saussure. Más ahonda en la naturaleza del lenguaje, menos lo satisfacen las nociones recibidas. Busca entonces entretenimientos en estudios de tipología etnolingüística, pero vuelve siempre a su obsesión primera. Quizá también por escapar se lanzará más tarde a una inmensa búsqueda de anagramas... Pero hoy vemos qué estaba en juego: el drama de Saussure iba a trasformar la lingüística. Las dificultades con que choca su reflexión van a obligarlo a forjar las nuevas dimensiones que ordenarán los hechos del lenguaje.

A partir de ese momento, en efecto, Saussure vio que estudiar una lengua conduce inevitablemente a estudiar el lenguaje. Creemos poder alcanzar directamente el hecho de lengua como una realidad objetiva. La verdad es que no lo captamos sino desde determinado punto de vista, al que hay que empezar por definir.

[3] Este texto ha sido citado por Godel, *op. cit.*, p. 31, pero ateniéndose a una copia defectuosa que hay que corregir en varios lugares. El pasaje lo reproducimos aquí siguiendo el original [1965]. Véase ahora É. Benveniste, "Lettres de Ferdinand de Saussure à Antoine Meillet", en *Cahiers de Saussure,* 21 (1964), pp. 92-135.

Dejemos de creer que en la lengua es aprehendido un objeto simple, existente por sí mismo y susceptible de aprehensión total. La primera tarea es mostrarle al lingüista "lo que hace", a qué operaciones previas se entrega inconscientemente al abordar los datos lingüísticos.

Nada estaba más alejado de su tiempo que estas preocupaciones lógicas. Los lingüistas andaban por aquel entonces absorbidos en un gran esfuerzo de investigación histórica, preparando materiales de comparación y elaborando repertorios etimológicos. Estas grandes empresas —muy útiles, por lo demás— no dejaban lugar a los cuidados teóricos. Y Saussure se quedaba solo con sus problemas. La inmensidad de la tarea por realizar y el carácter radical de la reforma necesaria podían hacerlo vacilar, desanimarlo por momentos. No obstante, no renuncia. Piensa en un libro en que dirá estas cosas, en donde presentará sus opiniones y emprenderá la refundición completa de la teoría.

Tal libro no será escrito jamás, pero quedan esbozos, en forma de notas preparatorias, de observaciones anotadas rápidamente, de borradores; y cuando Saussure tenga, para cumplir obligaciones universitarias, que impartir un curso de lingüística general, volverá a los mismos temas y los prolongará hasta el punto en que los conocemos.

Encontramos, en efecto, en el lingüista de 1910 el mismo propósito que guiaba al principiante de 1880: asegurar los fundamentos de la lingüística. Rechaza los marcos y las nociones que ve emplear por doquier, ya que le parecen ajenos a la naturaleza propia del lenguaje. ¿Qué naturaleza es ésta? Saussure la explica brevemente en algunas notas, fragmentos de una reflexión que no puede cejar ni terminar de consolidarse: "Por lo demás hay cosas, objetos dados, que somos libres de considerar desde distintos puntos de vista con ayuda de los cuales son *creadas* secundariamente las cosas. Resulta que estas creaciones corresponden a realidades cuando el punto de partida es atinado, o que no corresponden en caso contrario; pero en ambos casos ninguna cosa, ningún objeto es dado un solo instante en sí. Ni siquiera cuando se trata del hecho más material, más evidentemente definido en sí en apariencia, como pasaría con una serie de sonidos vocales".[4]

"He aquí nuestra profesión de fe en materia lingüística: en

[4] C.F.S., 12 (1954), pp. 57 y 58.

otros dominios puede hablarse de las cosas *desde tal o cual punto de vista*, con la certeza que se tiene de hallar terreno firme en el objeto mismo. En lingüística negamos en principio que haya objetos dados, que haya cosas que continúen existiendo cuando se pase de un orden de ideas a otro, y que por consiguiente uno se pueda permitir considerar «cosas» en varios órdenes, como si fueran dadas por sí mismas".[5]

Estas reflexiones explican por qué Saussure juzgaba tan importante mostrar al lingüista "lo que hace". Deseaba hacer comprender el error que comete la lingüística desde que estudia el lenguaje como una cosa, como un organismo vivo o como una materia por analizar mediante una técnica instrumental y no como una libre e incesante creación de la imaginación humana. Hay que volver a los fundamentos, descubrir el objeto que es el lenguaje, al cual nada podría compararse.

¿Qué es, pues, este objeto, que Saussure erige sobre la tabla rasa de todas las nociones recibidas? Tocamos aquí lo primordial que hay en la doctrina saussureana, un principio que presume una intuición total del lenguaje, total porque contiene el conjunto de su teoría y porque abarca la totalidad de su objeto. Este principio es que *el lenguaje*, se estudie desde el punto de vista que fuere, *es siempre un objeto doble*, formado por dos partes, cada una de las cuales no vale sino por la otra. Aquí está, me parece, el meollo de la doctrina, el principio de donde procede todo el aparato de nociones y distinciones que constituirá el *Cours* publicado. En efecto, todo en el lenguaje ha de definirse en términos dobles, todo lleva la impronta y el sello de la dualidad opositiva:

—Dualidad articulatoria/acústica.
—Dualidad del sonido y el sentido.
—Dualidad del individuo y la sociedad.
—Dualidad de la lengua y el habla.
—Dualidad de lo material y lo insustancial.
—Dualidad de lo "memorial" (paradigmático) y lo sintagmático.
—Dualidad de la identidad y la oposición.
—Dualidad de lo sincrónico y lo diacrónico, etcétera.

[5] *Ibid.*, p. 58.

Y, una vez más, ninguno de los términos así opuestos vale por sí mismo ni remite a una realidad sustancial; cada uno extrae su valor del hecho de oponerse al otro: "La ley enteramente final del lenguaje es, por lo que nos atrevemos a decir, que nunca hay nada que pueda residir en *un* término, por consecuencia directa de que los símbolos lingüísticos carezcan de relación con lo que deben designar, así que *a* es impotente para designar nada sin el socorro de *b*, a éste le pasa lo mismo sin el auxilio de *a*, o que ninguno de los dos vale, ni aun por una parte cualquiera de sí (supongo "la raíz", etc.) de otro modo que por este mismo plexo de diferencias eternamente negativas".[6]

"Como el lenguaje no ofrece en ninguna de sus manifestaciones una sustancia, sino solamente *acciones* combinadas o aisladas de fuerzas fisiológicas, psicológicas, mentales; y como no obstante todas nuestras distinciones, toda nuestra terminología, todas nuestras maneras de hablar están moldeadas por esta suposición involuntaria de una sustancia, no es posible negarse a reconocer que la teoría del lenguaje tendrá por tarea esencialísima desenmarañar qué es de nuestras distinciones primeras. No es imposible conceder que se tenga derecho a elevar una teoría pasando por alto este trabajo de definición, pese a que tal manera cómoda haya satisfecho hasta el presente al público lingüístico".[7]

Cierto: puede tomarse como objeto del análisis lingüístico un hecho material, por ejemplo un segmento de enunciado al que no esté vinculada ninguna significación, considerándolo como simple producción del aparato vocal, o aun una vocal aislada. Creer que en tal caso nos aferramos a una sustancia es ilusorio: precisamente no es sino merced a una operación de abstracción y generalización como podemos deslindar semejante objeto de estudio. Saussure insiste: sólo el punto de vista crea esta sustancia. Todos los aspectos del lenguaje que tenemos por dados son resultado de operaciones lógicas que practicamos inconscientemente. Adquiramos conciencia, pues. Abramos los ojos a la verdad de que no hay un solo aspecto del lenguaje que sea dado aparte de los otros y que se pueda anteponer a los otros como anterior y primordial. De donde esta verificación: "A medida que se ahonda en la materia propuesta al estudio lingüístico, uno se convence cada vez más de esta verdad, que da —sería

[6] *Ibid.*, p. 63.
[7] *Ibid.*, pp. 55 y 56.

inútil disimularlo— singularmente qué pensar: que el nexo que se establece entre las cosas preexiste, en este dominio, *a las cosas mismas*, y sirve para determinarlas".[8]

Tesis de aire paradójico, que todavía hoy puede sorprender. Hay lingüistas que reprochan a Saussure complacerse en subrayar paradojas en el funcionamiento del lenguaje. Pero en verdad el lenguaje es lo más parodójico que hay en el mundo, y pobres de quienes no lo noten. Mientras más se adelante, más se sentirá este contraste entre la unicidad como categoría de nuestra apercepción de los objetos y la dualidad cuyo modelo impone el lenguaje a nuestra reflexión. Mientras más se penetre en el mecanismo de la significación, mejor se verá que las cosas no significan en razón de su ser-esto sustancial, sino en virtud de rasgos formales que las distinguen de las otras cosas de la misma clase y que nos incumbe deslindar.

De estas opiniones procede la doctrina a la que los discípulos de Saussure han dado forma y publicado. Hoy día, exegetas escrupulosos se dedican a la tarea necesaria de restaurar en su exacto tenor las lecciones de Saussure, ayudándose con todos los materiales que han conseguido recuperar. Gracias a sus cuidados dispondremos de una edición crítica de *Cours de linguistique générale*, la cual no sólo nos proporcionará una imagen fiel de esta enseñanza trasmitida en su formal oral, sino que además permitirá fijar con rigor la terminología saussureana.

Esta doctrina informa, en efecto, de una u otra manera, toda la lingüística teórica de nuestro tiempo. La acción que ha ejercido se acrecienta por efecto de convergencias entre las ideas saussureanas y las de otros teóricos. Así, en Rusia, Baudouin de Courtenay y su discípulo Kruszewski proponían, de manera independiente, una nueva concepción del fonema. Distinguían la función lingüística del fonema de su realización articulatoria. Esta enseñanza remataba, en suma, aunque en escala más pequeña, en la distinción saussureana entre lengua y habla, y asignaba al fonema un valor diferencial. Era el primer germen de lo que ha llegado a ser una disciplina nueva, la fonología, teoría de las funciones distintivas de los fonemas, teoría de las estructuras de sus relaciones. Cuando la fundaron, Nikolai Trubetzkoy y Roman Jakobson reconocieron expresamente a sus precursores en Saussure como en Baudouin de Courtenay.

[8] *Ibid.*, p. 57.

La tendencia estructuralista que se afirma desde 1928 y que luego habría de ser puesta en primer plano tiene así sus orígenes en Saussure. Aunque éste nunca haya usado en sentido doctrinal el término "estructura" (el cual, además, por haber servido de lema a movimientos muy diferentes, ha acabado por perder todo su contenido preciso), la filiación es indudable, de Saussure a todos los que buscan en la relación de los fonemas entre sí el modelo de la estructura general de los sitemas lingüísticos. Acaso sea útil situar a este respecto una de las escuelas estructuralistas, la más caracterizada nacionalmente, la escuela estadounidense, en la medida en que se tiene por descendiente de Bloomfield. No es lo bastante sabido que Bloomfield escribió del *Cours de linguistique générale* una reseña muy elogiosa, en la que, anotando a favor de Saussure la distinción entre *lengua* y *habla*, concluía: "He has given us the theoretical basis for a science of human speech".[9] Por mucho que haya cambiado la lingüística estadounidense, no deja de estar ligada a Saussure.

Como todos los pensamientos fecundos, la concepción saussureana de la lengua acarreaba consecuencias que no se notaron de momento. Incluso hay una parte de su enseñanza que ha permanecido casi inerte e improductiva durante largo tiempo. Es la que toca a la lengua como sistema de signos, y el análisis del signo en significante y significado. Había ahí un principio nuevo: el de la unidad de doble rostro. En estos últimos años la noción de signo ha sido discutida entre los lingüistas: hasta qué punto ambos rostros se corresponden, cómo se mantiene la unidad o se disocia a través de la diacronía, etc. No pocos puntos de la teoría están aún por examinar. En particular, será cosa de preguntarse si la noción de signo puede valer como principio de análisis en todos los niveles. Hemos indicado en otro lugar que la frase como tal no admite la segmentación en unidades del tipo del signo.

Pero lo que deseamos subrayar aquí es el alcance de este principio del signo instaurado como unidad de la lengua. Resulta que la lengua se torna un sistema semiótico: "...la tarea del lingüista —dice Saussure— es definir lo que hace de la lengua un sistema especial en el conjunto de los hechos semiológicos [...] Para nosotros el problema lingüístico es ante todo semio-

[9] ["Nos ha dado la base teórica para una ciencia del habla humana."] *Modern Language Journal*, 8 (1924), p. 319.

lógico".[10] Ahora bien, vemos hoy día que este principio se propaga fuera de las disciplinas lingüísticas y penetra en las ciencias del hombre, que adquieren conciencia de su propia semiótica. Lejos de que la lengua quede abolida en la sociedad, la sociedad comienza a reconocerse como "lengua". Hay analistas de la sociedad que se preguntan si determinadas estructuras sociales o, en otro plano, esos discursos complejos que son los mitos, no habrían de considerarse como significantes cuyos significados deberían ser buscados. Estas investigaciones innovadoras hacen pensar que el carácter esencial de la lengua —estar compuesta de signos— podría ser común al conjunto de los fenómenos sociales que constituyen la *cultura*. Nos parece que deberá establecerse una distinción fundamental entre dos órdenes de fenómenos: por una parte los datos físicos y biológicos, que ofrecen una naturaleza "simple" (sea cual fuere su complejidad), por mantenerse por entero dentro del campo en que se manifiestan y formarse y diversificarse todas sus estructuras en niveles sucesivamente alcanzados en el orden de las mismas relaciones; y por otra parte los fenómenos propios del medio interhumano que tienen la característica de no poder ser tomados jamás como datos simples ni definirse en el orden de su propia naturaleza, sino tener siempre que ser recibidos como dobles, en virtud de estar vinculados a otra cosa, sea cual fuere su "referente". Un hecho cultural sólo lo es en la medida en que remite a alguna otra cosa. El día en que cobre forma una ciencia de la cultura, se fundará probablemente en este carácter primordial, y elaborará sus dualidades propias a partir del modelo dado por Saussure para la lengua, sin conformarse a él necesariamente. Ninguna ciencia del hombre escapará a la reflexión sobre su objeto y su lugar en el seno de una ciencia general de la cultura, ya que el hombre no nace en la naturaleza sino en la cultura.

Qué extraño destino el de las ideas y cómo a veces parecen tener vida propia, revelando o desmintiendo o recreando la imagen de su creador. Puede reflexionarse mucho acerca de este contraste: la vida temporal de Saussure comparada con la fortuna de sus ideas. Un hombre solo en su pensamiento durante casi toda la vida, imposibilitado para enseñar lo que juzga falso o ilusorio, sintiendo que hay que refundirlo todo, o por lo menos que intentar hacerlo, y por fin, después de no pocos escarceos que

10 *Cours de linguistique générale*, 1ª ed., pp. 34 y 35.

no logran arrancarlo del tormento de su verdad personal, comunicando a algunos oyentes ideas sobre la naturaleza del lenguaje que nunca le parecen lo bastante maduras para ser publicadas. Muere en 1913, poco conocido fuera del restringido círculo de sus discípulos y de unos cuantos amigos, casi olvidado por sus contemporáneos. Meillet, en la hermosa nota necrológica que le consagra entonces, deplora que tal vida concluya con una obra incompleta: "Después de más de treinta años, las ideas que expresaba Ferdinand de Saussure en su trabajo inicial no han agotado su fecundidad. Y con todo, sus discípulos tienen el sentimiento de que ni remotamente tuvo en la lingüística de su tiempo el puesto que debiera merecer por sus dotes geniales [...]".[11] Y concluía con este hondo pesar: "Produjo el libro de gramática comparada más bello que se haya escrito, sembró ideas y adelantó firmes teorías, dejó su impronta en un gran número de alumnos, y no obstante no consumó todo su destino".[12]

Tres años después de la muerte de Saussure aparecía el *Cours de linguistique générale*, redactado por Bally y Sechehaye, según notas tomadas por estudiantes. En 1916, entre el estruendo de las armas, ¿a quién podía importar una obra de lingüística? Jamás fue más cierta la expresión de Nietzsche: que los grandes acontecimientos llegan en las patas de las palomas.

Hoy en día, cincuenta años han trascurrido desde la muerte de Saussure, dos generaciones nos separan de él, ¿y qué vemos? La lingüística se ha convertido en una ciencia principal entre las que se ocupan del hombre y de la sociedad, una de las más activas en la investigación teórica y también en los desenvolvimientos técnicos. Pues bien, la lingüística renovada tiene su origen en Saussure; en Saussure se reconoce y compendia. En todas las corrientes que la atraviesan, en todas las escuelas en que se reparte, es proclamado el papel iniciador de Saussure. Esta simiente de claridad, recogida por algunos discípulos, se ha vuelto una gran luz que alumbra un paisaje lleno de su presencia.

Decíamos que Saussure pertenece en adelante a la historia del pensamiento europeo. Precursor de las doctrinas que desde hace cincuenta años han trasformado la teoría del lenguaje, a él debemos visiones inolvidables de la facultad más elevada y misteriosa del hombre, y al mismo tiempo, al colocar en el

11 *Linguistique historique et linguistique générale*, II, p. 174.
12 *Ibid.*, p. 183.

horizonte de la ciencia y de la filosofía la noción de "signo" como unidad bilateral, contribuyó al advenimiento del pensamiento formal en las ciencias de la sociedad y la cultura, y a la constitución de una semiología general.

Abarcando con la mirada este medio siglo trascurrido, podemos decir que Saussure consumó bien su destino. Más allá de su vida terrestre, sus ideas irradian más lejos que lo que nunca hubiera imaginado, y este destino póstumo se ha vuelto como una segunda vida, que en adelante se confunde con la nuestra.

LENGUA Y HABLA *

LOUIS HJELMSLEV

1. En la época en que Saussure dictó sus cursos de lingüística general esta ciencia se había circunscrito por entero al estudio del cambio lingüístico, concebido desde un ángulo fisiológico y psicológico. Este tipo de estudio era el único autorizado: el exclusivismo era absoluto, y había que ceñirse a la voz de orden, so pena de ser calificado de profano o de aficionado. Basta recordar este hecho para darse cuenta de las dificultades que debieron presentarse al pensamiento del maestro y de la importancia que éste estaba llamado a tener.

Toda estimación de las dificultades que afrontó resultará insuficiente. Para juzgar debidamente el *Curso de lingüística general*, hay que considerarlo como producto de una situación. Sólo así se explica lo específico de los términos y nociones utilizados, reflejo del compromiso inevitable y necesario para establecer contacto con el pasado y el presente, así como los retoques y las insistencias, fruto de la reacción del pensamiento del maestro contra las influencias del medio.

Su importancia radica a la vez en la simplicidad, coherencia y evidencia de la doctrina que él opone, tácitamente, a las opiniones aceptadas. Esa doctrina es, en esencia, la distinción que establece entre *lengua* y *habla*. El conjunto de la teoría se deduce lógicamente de esta tesis primordial, que choca, por fuerza, contra los puntos de vista dominantes. Saussure descubre la lengua, y en ese momento se toma conciencia de que la lingüística de la época sólo consideraba el habla: hasta entonces había descuidado "su verdadero y único objeto".

Es cierto que, desde una perspectiva histórica, el descubrimiento de la lengua se reduce a un redescubrimiento. Esta comprobación no disminuye en modo alguno el valor de la hazaña: se trataba de despejar y entronizar un principio olvidado y desdeñado. Para lograrlo había que restablecer su validez sobre

* Publicado en *Travaux du Cercle linguistique de Copenhague*, nº 7.

una base totalmente nueva: la lingüística que había dejado a un lado a la lengua profundamente diferente de la que la había postulado; en el intervalo se habían descubierto el cambio lingüístico, el mecanismo fisiológico del habla, las variables psicológicas, la irremediable decadencia de la gramática antigua. No había ningún retorno posible. La tarea consistía en establecer una teoría en la que recuperaran su sitio y su derecho los descubrimientos recientes.

Todo problema de la lingüística presaussureana se planteaba en términos del acto individual. El problema definitivo y capital era la causa del cambio lingüístico, que se buscaba en las variantes y los deslices de la pronunciación, en las asociaciones espontáneas, en la acción de la analogía. Como último análisis, en la lingüística presaussureana todo se remite a la acción del individuo: el lenguaje se reduce a la suma de los actos individuales. Esto es lo que constituye a la vez la profunda diferencia con la nueva teoría y el punto de contacto que ésta debía explotar para hacerse entender. De este modo, admitiendo la importancia del acto individual y su papel decisivo para el cambio, y haciendo así amplia concesión a las investigaciones tradicionales, Saussure logró establecer algo que difiere radicalmente de ellas: una lingüística estructural, una *Gestaltlinguistik* destinada a remplazar o por lo menos a completar la lingüística puramente asociativa de entonces.

Una vez introducido en lingüística el punto de vista estructural, queda por realizar un trabajo de largo aliento para deducir de él todas las consecuencias lógicas; no hay duda de que aún hoy esta tarea está lejos de haber sido cumplida.

Habrá que abordar este trabajo con el espíritu positivo formulado tan felizmente por Sechehaye;[1] se tratará de una "colaboración" con el autor del *Curso de lingüística general*, "ya sea para ahondar más que lo que él pudo los cimientos de la ciencia lingüística, ya para edificar de modo más definitivo la construcción, de la que el *Curso* sólo pudo brindar un primer esbozo imperfecto". Felicitamos al mundo lingüístico por la creación de una institución organizada para favorecer este tipo de investigaciones, con un órgano consagrado a las mismas.

2. Como una estructura es por definición una trama de dependencias o funciones (en la acepción lógico-matemática del

1 "Les trois linguistiques saussuriennes", en *Vox Romanica*, V, 1940, p. 3.

término), será tarea primordial de la lingüística estructural estudiar las funciones y sus clases. Se tratará de hacer una síntesis de las clases de relaciones necesarias y suficientes para poder describir de la forma más simple y completa a la vez toda estructura semiológica, tarea que precede lógicamente a todas las demás. Aquí nos bastará con presentar brevemente, entre las diversas clases de funciones, las que necesitamos para la argumentación que sigue.[2] Se trata de dos pares de nociones muy sencillas: distinguimos, por una parte, a) las dependencias bilaterales o *interdependencias,* que tienen lugar entre términos que se presuponen mutuamente, y b) las dependencias unilaterales o *determinaciones,* que tienen lugar entre términos de los cuales uno (llamado *determinante*) presupone al otro (llamado *determinado*), pero no a la inversa. Distinguimos por otra parte las *conmutaciones* y las *sustituciones*: en el interior de un paradigma hay *conmutación* entre dos términos del significante cuyo cambio provoca el cambio de dos términos correspondientes del significado, y entre dos términos del significado cuyo cambio implica el cambio de dos términos correspondientes del significante. Por el contrario, hay *sustitución* entre dos términos de un paradigma que no cumplen esta condición. De modo que siempre hay sustitución entre variantes y conmutación entre invariantes.[3]

Este bagaje de nociones elementales nos permitirá encarar el problema de la clase de función que existe entre lengua y habla, analizado por Sechehaye en el trabajo citado más arriba.[4] Por nuestra parte, lo consideraremos sin tener previamente en cuenta la oposición entre sincronía y diacronía, circunscribiéndonos deliberadamente al marco de la sincronía.

Para resolver el problema hay que proceder primero a un análisis de las nociones. Este análisis mostrará que cada uno

[2] Para los términos y nociones empleados, así como para los ejemplos, véase Louis Hjelmslev, *Essais linguistiques,* Copenhague, 1959, p. 148 y ss. Para un cuadro completo de las funciones semiológicas que postulamos, el lector puede remitirse a nuestro trabajo *Contours d'une théorie du langage,* actualmente en preparación en los *Travaux du Cercle linguistique de Copenhague.*

[3] Para más detalles, véanse nuestros trabajos "Die Beziehungen der Phonetik zur Sprachwissenschaft", en *Archiv für vergleichende Phonetik,* II, 1938, y "Neue Wege der Experimentalphonetik", en *Nordisk Tidsskrift for Tale og Stemme* II, 1938; véase también *Studi baltici,* VI, 1937, p. 9.

[4] *Op cit.,* sobre todo p. 8 y ss.

de los dos términos introducidos en el *Curso* (si no estamos equivocados) admite diferentes acepciones. Pensamos que gran parte de las dificultades proviene de esta ambigüedad.

3. Tomemos primero la *lengua*. Se la puede considerar:

a) como *forma pura*, definida independientemente de su realización social y de su manifestación material;

b) como *forma material*, definida por una realización social determinada, pero aún independientemente del detalle de la manifestación;

c) como simple *conjunto de hábitos* adoptados en una sociedad dada, definidos por las manifestaciones observadas.

Por ahora distinguimos estas tres acepciones; luego veremos en qué medida será útil mantenerlas separadas. Para comodidad de la exposición, conviene dar nombre a cada una de ellas. Llamaremos:

a) *esquema* [5] a la lengua-forma pura;

b) *norma* a la lengua-forma material;

c) *uso* al conjunto de hábitos.

Para precisar las ideas, esbozaremos brevemente una aplicación elegida al azar: examinemos la situación de la *r* francesa frente a tres posibilidades.

a) En primer término, la *r* podría definirse: 1) por pertenecer a la categoría de las consonantes, definida como determinante de la de las vocales; [6] 2) por pertenecer a la subcategoría de las consonantes que admiten indistintamente la posición inicial (por ejemplo, *rue*) y la final (por ejemplo, *par-tir*); 3) por pertenecer a la subcategoría de las consonantes contiguas a las vocales (la *r* puede ocupar el segundo lugar en un grupo inicial [por ejemplo, *trappe*] pero no el primero [7] y el primer lugar en un grupo final, pero no el segundo) [8]; y 4) por entrar en con-

[5] En algunos trabajos anteriores (véase "Mélanges linguistiques offerts à M. Holger Pedersen", p. 39, con nota, y p. 40, en *Acta Jutlandica, Aarsskrift for Aarhus Universitet*, vol. IX, fasc. 1, 1937) hablábamos de *sistema* en vez de *esquema*. Sin embargo, nos ha parecido más útil conservar el término *sistema* (como el de *estructura*) libre de la restricción técnica que implica un empleo tan específico.

[6] Véase los *Essais linguistiques*, p. 150, del autor.

[7] Un caso como el de *rsy* [*reçu*] deberá interpretarse como *ra-sy* (donde - indica la frontera silábica).

[8] Un caso como *katr* [*quatre*] deberá interpretarse como *ka-tra*.

mutación con algunos otros elementos que comparten estas mismas categorías (por ejemplo, *l*).

Esta definición de la *r* francesa basta para determinar su papel en el mecanismo interno (red de relaciones sintagmáticas y paradigmáticas) de la lengua considerada como *esquema*: opone la *r* a los demás elementos que pertenecen a la misma categoría por el hecho funcional de la conmutación; lo que la distingue de esos otros elementos no es su calidad propia y positiva, sino simplemente el hecho de no confundirse con ellos.[9] Opone la categoría a que pertenece *r* a las demás categorías, por las funciones que respectivamente las definen.[10] De este modo, la *r* francesa se define como una entidad oposicional, relativa y negativa; la definición dada no le atribuye cualidad positiva alguna. Implica que es un elemento realizable, no algo realizado. Deja abierta la vía a cualquier manifestación: ya sea que se corporice en una materia fónica o gráfica, en un lenguaje por gestos (como el alfabeto dactilológico de los sordomudos) o en un sistema de señales por banderas, como que se manifieste por tal o cual fonema o por tal o cual letra de un alfabeto (tanto del latino como del morse), nada de esto afectará la definición de nuestro elemento. Junto con los demás elementos definidos de manera análoga, la *r* francesa constituiría la lengua francesa considerada como esquema, y desde este punto de vista, cualquiera sea su manifestación, la lengua francesa se mantiene idéntica a sí misma: ejecutada por los sordomudos mediante un alfabeto de gestos, o por los buques mediante su alfabeto de banderas, o por quien envía un mensaje en alfabeto morse y por quienes hablan por medio de los órganos vocales, es invariablemente la lengua francesa. Aunque la pronunciación habitual del francés cambiase por completo, la lengua considerada como esquema, se conservaría igual, siempre que se mantuvieran las distinciones y las identidades que preconiza.

b) Además, la *r* francesa podría definirse como una vibrante,

[9] Véase el *Curso*, p. 201.

[10] Entre posición inicial y posición final (2), así como entre posición contigua y no contigua a la vocal (3), hay determinación. Pero sobre este punto no entramos en detalles de demostración, porque ésta presupondría necesariamente un análisis total del silabismo y el consonantismo francés (cuyos detalles más delicados y al mismo tiempo decisivos son los de la posición de los elementos *a* y *h*).

admitiendo como variante libre la pronunciación de fricativa posterior.

Esta definición de la *r* francesa es suficiente, en efecto, para fijar su papel en la lengua considerada como *norma*. Opone la *r* a los demás elementos del mismo orden, pero esta vez lo que la distiugue de estos otros no es algo puramente negativo; la *r* francesa se define ahora como una entidad oposicional y relativa, es cierto, pero dotada de una cualidad positiva: se opone por sus vibraciones a las no vibrantes, por su articulación posterior a las otras fricativas y por su pronunciación fricativa a las oclusivas. La definición presupone una manifestación fónica dada, producida por medio de los órganos vocales. Por otra parte, reduce a la mínima diferencia las cualidades positivas que le atribuye: no implica, pues, precisión alguna en cuanto al punto de articulación. Aun si la pronunciación habitual del francés cambiara dentro de los límites prescritos por la definición, la lengua, considerada como norma, se mantendría igual.

Según esta acepción del término *lengua*, habría tantas lenguas como manifestaciones posibles que requieran una definición diferente: el francés escrito sería una lengua distinta del francés hablado, el trasmitido por medio del código morse sería una lengua distinta del que se realiza utilizando el alfabeto latino, etcétera.

c) Finalmente, la *r* francesa podría definirse como vibrante múltiple sonora alveolar o como fricativa sonora uvular.

Esta definición abarcaría todas las cualidades que se encuentran en la pronunciación habitual de la *r* francesa, y de ese modo la precisaría como elemento de la lengua considerada como *uso*. La definición no es oposicional, relativa ni negativa; agota las cualidades positivas características del uso, pero no va más allá: deja a la improvisación ocasional la posibilidad de variar la pronunciación dentro de los límites prescritos por la definición. Aunque la pronunciación ocasional varíe dentro de esos límites, la lengua considerada como *uso* se mantiene igual. Por otra parte, todo cambio de la definición dada acarrearía un cambio de lengua, y el francés pronunciado con una *r* diferente, supongamos, por ejemplo, retrofleja faringal palatalizada, sería una lengua distinta del francés que conocemos.

4. Es fácil advertir que, de las tres acepciones del término *lengua*, la que concibe a la lengua como *esquema* es la que más se aproxima al sentido que suele atribuirse a la palabra cuando

se trata de identificar una lengua en la práctica; en efecto, el francés telegrafiado o el de los sordomudos son la misma "lengua" que el francés "normal". Si se quiere lograr una definición que capte lo esencial del sentido atribuido al término *lengua* en la vida diaria y en la práctica, resulta evidente que hay que conservar el sentido de esquema. Esta primera acepción del término *lengua* parece ser también la que propone el *Curso de lingüística general*: es la única que quita a la lengua todo carácter material (fónico, por ejemplo) [11] y sirve para separar lo esencial de lo accesorio. [12] Es la única que justifica la famosa comparación con el juego de ajedrez, donde el carácter material de las piezas carece de importancia, mientras que lo único que interesa es su número y sus posiciones recíprocas.[13] Es, además, la única que justifica la analogía entre una unidad lingüística y una moneda de plata [14], intercambiable por otra pieza de metal diferente o con otra efigie, por un billete de banco, un documento o un cheque. Es, finalmente, la que está detrás del axioma fundamental, según el cual la lengua es *forma* y no *sustancia*. [15] Se puede añadir que es la que sustenta la *Memoria sobre el sistema vocálico primitivo*, del mismo autor, en la que todo el sistema indoeuropeo queda concebido como un *esquema* puro, compuesto de elementos que (aunque calificados de "fonemas", a falta de término mejor) se definen únicamente por sus funciones recíprocas internas. [16] Efectivamente, esta concepción de la lengua ha sido retomada y desarrollada por Sechehaye, quien sostiene con razón en su trabajo de 1908 que se puede concebir la lengua con un aspecto algebraico o geométrico y simbolizar sus elementos arbitrariamente, de modo que sea posible fijar la individualidad de cada uno, pero no su carácter material [17].

Por otra parte, esta idea de *esquema*, aunque claramente dominante, no es el único factor constitutivo en la concepción saussureana. La "imagen acústica", de la que se habla en tan-

[11] *Curso*, pp. 47, 63, 84, 201.
[12] *Ibid.*, p. 58.
[13] *Ibid.*, pp. 70, 189 y ss.
[14] *Ibid.*, pp. 196 y ss., 201.
[15] *Ibid.*, pp. 193, 206.
[16] Ya hemos tenido ocasión de señalar este hecho en un trabajo de 1937 (*Mélanges Pedersen*, p. 39 y ss.).
[17] *Programme et méthodes de la linguistique théorique*, pp. 111, 133, 151.

tos pasajes del *Curso*, sería solamente la traducción psíquica de un hecho material: vincula la lengua a una materia dada y la asimila a la norma.[18] Se dice además que la lengua es el conjunto de hábitos lingüísticos[19]; en tal caso, sería solamente un uso.[20]. Parece, en suma, que la definición de lengua no reside en ninguna de las tres acepciones que hemos distinguido, y que la única definición universalmente aplicable consiste en establecer que la lengua —en la acepción saussureana— es un *sistema de signos.*[21] Esta definición general admite un gran número de matices que el maestro de Ginebra debió de tener seguramente en cuenta,[22] pero sobre los que juzgó útil no insistir; naturalmente, ignoramos los motivos que pudieron determinar su actitud.

5. Las distinciones que acabamos de establecer presentan la ventaja de aclararnos las relaciones posibles entre lengua y habla en la acepción saussureana. Creemos poder demostrar que estas relaciones no son fáciles de precisar, y que lengua-esquema, lengua-norma y lengua-uso no se comportan de la misma manera frente al acto individual que es el habla. Desde este punto de vista, consideraremos sucesivamente la norma, el uso y el esquema.

1) La *norma* determina (es decir, presupone) el uso y el acto, y no a la inversa. En nuestra opinión, es lo que ha demostrado recientemente Sechehaye:[23] el acto y el uso preceden lógica y prácticamente a la norma; la norma nace del uso y del acto, pero no a la inversa. El grito espontáneo es un acto sin norma,

[18] Sobre todo en el *Curso*, pp. 58, 84.

[19] *Curso*, p. 144.

[20] Este término se encuentra ocasionalmente en el *Curso* (por ejemplo, en pp. 164 y 172). Es una herencia evidente de la teoría presaussureana (véase, por ejemplo, Hermann Paul, *Prinzipien der Sprachgeschichte*, 5ª ed., pp. 32 y ss., 405, etc.). Por otra parte, parece que el término *norma* (usado también por H. Paul y sus contemporáneos, véase *loc. cit.*) se ha evitado cuidadosamente en todo el *Curso.*

[21] *Curso*, p. 53. Véase Albert Sechehaye, *Les trois linguistiques saussuriennes*, p. 7. Sobre la distinción entre *social* e *individual*, véase más adelante.

[22] En la p. 51 del *Curso* se dice que la lengua "es a la vez un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias, adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esta facultad en los individuos".

[23] *Les trois linguistiques saussuriennes*, p. 8 y ss.

lo que no impide, por otra parte que sea resultante de un uso: nuestra naturaleza psicofisiológica nos impone indiscutiblemente ciertos usos, pero detrás de ellos no hay forzosamente en el orden material de los signos nada oposicional y relativo que haga posible deducir de allí una norma. La tesis de Sechehaye se justifica plenamente, a condición de considerar la lengua como una norma, y sólo con esta condición.

2) Entre *uso* y acto hay interdependencia: se presuponen mutuamente. En el pasaje del *Curso* en que el autor explica la interdependencia de lengua y habla, se mencionan expresamente los "hábitos lingüísticos".[24] Practicando la distinción entre norma y uso se llega a hacer desaparecer la contradicción aparente entre la opinión sustentada en el *Curso* y la que acaba de proponer Sechehaye. *Diuersi respectus tollunt omnem contradictionem.*

3) El *esquema* está determinado (es decir, presupuesto) tanto por el acto como por el uso y la norma, y no a la inversa. Para advertir esto basta recordar la teoría de los valores establecida por Saussure, teoría íntimamente ligada a la concepción de la lengua como esquema. Esta faz de la doctrina saussureana merece nuestra atención en todos sus detalles, finamente calculados. De considerar sólo el aspecto exterior del problema, quizá podríamos sentirnos tentados de comparar el valor lingüístico con un valor puramente lógico-matemático: así como 4 es un valor atribuible a la magnitud *a*, los sonidos y significaciones serían valores con relación a las formas; las formas serían entonces las variables y los hechos materiales las constantes. Pero sabemos que la comparación que corresponde es otra: la que se vincula, no al valor puramente lógico-matemático, sino al *valor de cambio de las ciencias económicas.* Desde este punto de vista, es la forma lo que constituye el valor y la constante, y la sustancia lo que incluye las variables, a las que se atribuyen diferentes valores según las circunstancias. Por ejemplo, una moneda y un billete de banco pueden cambiar de valor, como un sonido o un sentido pueden cambiar de valor, es decir, de interpretación,[25] con respecto a diferentes esquemas. Por otra parte, la comparación con el valor de cambio (aunque

[24] *Curso*, p. 64.
[25] *Ibid.*, p. 64.

preferible a la comparación con el valor puramente lógico-matemático) falla en un punto fundamental que no escapó a la observación del maestro: un valor de cambio se define por ser equivalente a determinada cantidad de mercancías; esto permite basarlo en datos naturales, mientras que en lingüística los datos naturales no tienen cabida alguna.[26] Un valor económico es por definición un término de doble faz: no solamente cumple el papel de constante frente a las unidades concretas de dinero, sino que también cumple el papel de variable frente a una cantidad determinada de mercancías que le sirve de patrón. En cambio, en lingüística no hay nada que corresponda a ese patrón: por esto el juego de ajedrez sigue siendo para Saussure, mejor que el hecho económico, la imagen más fiel de una gramática. El esquema de la lengua es en último análisis *un juego* y nada más. Sin embargo, podría decirse que, desde el momento en que las diversas naciones abandonaron el patrón metálico para adoptar el patrón papel, se ha producido en el mundo económico una situación más afín con la estructura simple de un juego y de una gramática. Pero la comparación de la lengua-esquema con un juego sigue siendo más exacta y sencilla. Por otra parte, la noción de valor, tomada (tanto para el juego como para la gramática) de las ciencias económicas, permite aclararnos mejor la clase de funciones que vinculan el esquema a los otros niveles del lenguaje: así como una pieza de dinero existe en virtud del valor y no a la inversa, así también el sonido y la significación existen en virtud de la forma pura y no a la inversa. En esto como en todo, la variable determina la constante, y no a la inversa. En todo sistema semiológico, el esquema constituye la constante, es decir, lo presupuesto, mientras que la norma, el uso y el acto son las variables con respecto al esquema, es decir, los presuponientes.[27]

Conservando las distinciones practicadas más arriba, se llega al cuadro siguiente, donde se emplea ←→ como signo de interdependencia y → como signo de determinación (constante ←→ constante; variable → constante; constante ← variable):

[26] *Ibid.*, p. 148.

[27] Nos vemos obligados a traducir con este neologismo el participio activo ("los que presuponen") por oposición al pasivo (presupuesto). [*N. del T.*]



6. Las cuatro nociones con las que hemos operado hasta aquí no están todas en un mismo plano, como lo dejan ver las diversas especies de funciones que acabamos de reconocer entre ellas. Además, se advierte de inmediato que, pasando sucesivamente del esquema, a través de la norma y el uso, hacia el acto, no se efectúa un descenso proporcionalmente graduado; en esa marcha se atraviesan ciertas fronteras que conviene precisar ahora.

Según la doctrina del *Curso*, la frontera principal y decisiva es la que existe entre *lengua* y *habla*. Intencionalmente hemos evitado en las últimas partes de nuestra argumentación estos dos términos; ahora se tratará de reintroducirlos para establecer sus proyecciones exactas sobre el cuadro provisional de cuatro términos que presentamos. Ahora es el momento de considerar el *habla*.

Según la doctrina del *Curso*, el habla se distingue de la lengua por tres cualidades: es 1) *ejecución*, no institución;[28] 2) *individual*, no social;[29] 3) *libre*, no fija.[30]

Estos tres caracteres se entrecruzan: no toda ejecución es necesariamente individual ni necesariamente libre; no todo lo individual es necesariamente una ejecución ni necesariamente libre; no todo lo libre es necesariamente individual. Parece entonces que los tres caracteres son igualmente indispensables para la definición, y que la supresión de uno solo de ellos podría falsearla.

La noción de *habla* revela ser entonces tan compleja como la de lengua, y sería interesante someterla a un análisis similar al que se acaba de practicar para la noción de lengua, y ver qué ocurriría si se suprimiesen alternativamente dos de sus tres caracteres para conservar uno solo por vez. Nos bastará encarar una sola de estas diversas simplificaciones posibles. Se podría considerar la *ejecución* prescindiendo de las distin-

[28] *Ibid.*, p. 56.
[29] *Ibid.*, pp. 50, 56 y ss., 55.
[30] *Ibid.*, p. 209.

ciones entre individual y social, y entre libre y fijo; esto nos llevaría a identificar esquema con institución y todo lo demás con ejecución.

Una disciplina que tuviese por objeto la ejecución del esquema se encontraría frente a dos tareas, que en rigor han sido claramente formuladas en el *Curso* a propósito del *habla*: [81] se trataría de describir: 1) las combinaciones mediante las cuales el hablante utiliza el código del esquema, y 2) el mecanismo psicofísico que le permite exteriorizar esas combinaciones.

Desde un punto de vista semiológico, parece evidente que el *Curso* incluye acertadamente el mecanismo psicofísico dentro del marco del habla, del mismo modo que define a la "fonología" como una disciplina que sólo atañe al habla. [82] Ahí se encuentra la frontera esencial: la que separa la forma pura de la sustancia, lo incorpóreo de lo material. Esto equivale a decir que la teoría de la institución se reduce a una teoría del esquema, y que la de la ejecución comprende toda la teoría de la sustancia y tiene por objeto lo que hemos venido llamando norma, uso y acto. Por otra parte, norma, uso y acto están íntimamente ligados entre sí y llegan a constituir un solo objeto real: el uso, respecto del cual la norma es una abstracción y el acto una concreción. Únicamente el uso es objeto de la teoría de la ejecución; la norma es en realidad una construcción artificial, y el acto, por otra parte, sólo un documento efímero.

En efecto, la ejecución del esquema sería forzosamente un uso: uso colectivo e individual. Desde este punto de vista, no parece posible mantener la distinción entre *social* e *individual*. Así como el habla puede considerarse documento de la lengua, el *acto* será documento del uso individual, y éste a su vez documento del uso colectivo; más aún, no tendría sentido considerarlos de otra manera. Se objetará que en estas condiciones no tendríamos suficientemente en cuenta el carácter libre y espontáneo del papel creador del acto; pero eso sería erróneo, ya que el uso no sería sino un conjunto de posibilidades entre las cuales cada acto tendría libre elección. Al describir el uso conviene tener en cuenta la amplitud de variación que admite, y esta amplitud, siempre que sea registrada exactamente, nun-

[81] *Ibid.*, p. 57.
[82] *Ibid.*, p. 84.

ca sería rebasada por el acto; en el momento en que aparentara serlo, habría que afinar la descripción del uso. Parece entonces que, por definición, nada puede haber en el acto que no esté previsto para el uso.

La *norma*, por otra parte, es una ficción, la única que encontramos entre las nociones que nos interesan. El uso, incluido el acto, no lo es, así como tampoco el esquema, ya que estas nociones representan realidades. En cambio la norma no es más que una abstracción, extraída del uso por un artificio de método; constituye, a lo sumo, un corolario conveniente para poder plantear los marcos de la descripción del uso. En rigor, es superflua: constituye una redundancia y una complicación inútil. Lo que introduce es simplemente el *concepto* que hay detrás de los hechos encontrados en el uso; la lógica moderna nos ha instruido suficientemente sobre los peligros que encierra un método tendiente a hipostasiar los conceptos y a querer construir sus realidades. A nuestro juicio, algunas corrientes de la lingüística moderna se refugian erróneamente en un realismo mal fundado desde el punto de vista de la teoría del conocimiento; convendría volver a ser nominalistas. La prueba está en que el realismo complica en vez de simplificar, y sin ensanchar en lo más mínimo el campo de nuestros conocimientos. El lingüista, cuya tarea consiste en estudiar la relación entre el nombre y la cosa, debería ser el primero en evitar la confusión.

Creemos haber destacado, mediante un análisis previo de las nociones, lo esencial y realmente nuevo que hay en la *lengua* saussureana: es lo que hemos llamado *esquema*. Este resultado nos ha conducido, por otra parte, a una nueva simplificación, que nos lleva a proponer que se considere la distinción entre *Esquema* y *Uso* [33] como la única subdivisión esencial que se impone a la semiología, y sustituir con esta subdivisión la de *Lengua* y *Habla*, que, si estamos acertados, no constituye más que una primera aproximación, históricamente importante, pero teóricamente imperfecta.

[33] Como traducción de estos términos, sugeriríamos: en inglés, *pattern* y *usage*; en alemán, *Sprachbau* y *Sprachgebrauch* (o *Usus*); en danés, *sprogbygning* y *sprogbrug* (*usus*), respectivamente. En francés, quizá sería posible servirse del término *charpente* (*de la langue*) como sinónimo de *schéma*.

LOS ANAGRAMAS DE FERDINAND DE SAUSSURE *
(TEXTOS INÉDITOS)

JEAN STAROBINSKI

En los años en que presentaba a sus estudiantes de la Universidad de Ginebra el curso cuyas notas servirían para la publicación póstuma de la *Lingüística General*, Ferdinand de Saussure consagraba su atención a muy diferentes problemas.
A juzgar por sus noventa y nueve cuadernos de apuntes, que han permanecido inéditos, la más importante de sus preocupaciones se refería a una variedad particular de anagrama, alternativamente denominada por Saussure anafonía, hipograma o paragrama. ¿Qué debemos entender? En su *Primer Cuaderno de lectura preliminar* se nos propone una definición.

TERMINOLOGÍA

Al valerme del término *anagrama* no pienso hacer intervenir la escritura, ni a propósito de la poesía homérica, ni de ninguna otra poesía indoeuropea antigua. Sería más preciso *anafonía,* según mi idea; pero este término, si se lo crea, parece apropiado para prestar otro servicio, a saber, el de designar el anagrama incompleto, que se limita a imitar ciertas sílabas de una palabra dada sin ceñirse a reproducirla íntegramente.

Entiendo por *anafonía* la simple asonancia con una palabra dada, más o menos desarrollada y más o menos repetida, pero sin formar *anagrama* con la totalidad de las sílabas.

Agreguemos que "asonancia" no es lo mismo que *anafonía,* porque una asonancia en el sentido de la poesía francesa antigua, por ejemplo, no implica que haya una palabra a la que se imita.

En el supuesto de que exista *una palabra por imitar,* distingo entonces:

* Aparecido en *Mercure de France,* 1964.

el anagrama, forma perfecta;
la anafonía, forma imperfecta.

Por otra parte, en el supuesto (igualmente a considerar) de que las sílabas se correspondan sin relacionarse con una *palabra*, podemos hablar de armonías fónicas, comprendiendo todo lo que sea aliteración, rima, asonancia, etcétera.

Queda así deslindado el campo de la investigación, que no incluye "poesía moderna". Por otra parte, no tendrá más que un lejano vínculo de analogía con el anagrama tradicional, que sólo funciona con los signos gráficos. La lectura se aplica aquí para descifrar combinaciones de fonemas y no de letras. No se trata, entonces, de redistribuir conjuntos limitados de signos visuales que se presten al enunciado ortográficamente correcto de un "mensaje" presuntamente primitivo; ni se intentará leer el poema como si el autor hubiese comenzado por escribir un verso distinto con las mismas letras. (Se sabe que Tristan Tzara creyó poder atribuir a Villon este método de composición.) Además, el anagrama fonético percibido por Saussure no es un anagrama completo: un verso (o varios versos) anagramatizan una sola palabra (en general, un nombre propio, de un dios o de un héroe), sin atenerse a reproducir todas sus sílabas. No se debe esperar que aparezcan todos los fonemas constitutivos de un verso: semejante reconstrucción fonética no sería más que una variedad de trabalenguas. Al escuchar uno o dos versos saturnios latinos, Ferdinand de Saussure oye surgir en forma discontinua los fonemas principales de un nombre propio, separados entre sí por elementos fonéticos indiferentes.

¿Qué respaldo existe *a priori* para imaginar que la poesía homérica pueda haber conocido algo como el anagrama o la anafonía?

Esto se relaciona con un conjunto de estudios que arrancan, para mí, del verso saturnio latino.

Fuera de las cuestiones que plantea la métrica de este verso, he creído reconocer a través de todos los restos de la poesía saturniana las huellas de leyes FÓNICAS, de las cuales la aliteración que se ha admitido siempre como una de sus características, no parece ser más que una manifestación particular, y una de las más insignificantes, como cabe añadir.

En mis conclusiones, la aliteración no sólo *no se vincula* a una acentuación de la inicial —cosa que siempre ha sido un es-

collo para juzgar el metro del saturnio, o para decidirse entre una interpretación rítmica o métrica—, sino que la aliteración inicial no tiene ninguna importancia en especial; el error ha sido ignorar que *todas* las sílabas aliteran, o asuenan, o están comprendidas en una armonía fónica cualquiera.

La dificultad procede de que los géneros de armonía fónica varían, y varían desde el anagrama y la anafonía (formas que se dirigen por una *palabra*, por un nombre propio) hasta la simple correspondencia libre, fuera del supuesto de imitación de una palabra.

Como indicación sumaria de estos tipos, ya que no puedo exponer aquí mi teoría del Saturnio, cito:

Taurasia Cisauna Samnio cepit

Este es un verso anagramático, que contiene el nombre completo de *Scīpio* (en las sílabas cī + pĭ + io, además en la *S* de *Samnio cēpit*, que es inicial de un grupo donde aparece casi toda la palabra *Scīpĭo*. - Corrección de - cepi - por la *ci* - de Cisauna).[1]

Mors perfēcit tua ut essēnt -

Este es un hemistiquio *anafónico* que toma como modelo las vocales de

Cŏrnēlĭŭs,

y que comienza por reproducirlas en su origen estricto

ŏ-ē-ĭ-ŭ

La única imperfección es la *e* breve de *pĕrf-*, pero que al menos no se aparta del timbre *e*.

Después de *ŏ-ē-ĭ-ŭ* viene, con la interrupción de *ă*, el vocalismo de *ut essēnt*, que se mantiene en la anafonía.

(La *ă* puede ser signo de interrupción, o bien alusión a *Cornēlĭă* [gens]).

Saussure habría podido analizar estos hechos por medio de las nociones que establecía en su curso de lingüística. Ante todo parece haber estado preo-

[1] Nota al margen de este pasaje: Samnio está en ablativo (locativo), como lo habíamos sospechado antes de prestar atención a los anagramas.

cupado por denominarlos científicamente, es decir, por agruparlos bajo un término descriptivo dotado de suficiente autoridad como para *imponer* los hechos que designa. Otro cuaderno concluye con estas líneas, en las que se reconoce un nuevo proyecto de preámbulo:

EL HIPOGRAMA
o género de anagrama que se ha de reconocer
en las literaturas antiguas.
Su papel en la poesía y la prosa latinas.

1. Por qué no *anagrama.*

2. Sin tener motivo (para sostener) [2] particularmente el término hipograma, en el que me he detenido, me parece que la palabra no le cae muy mal a lo que debe designarse. No está en grave desacuerdo alguno con el sentido de las voces griegas *hypográphein, hypographée, hypógramma,* etc., si se exceptúa la acepción de "firma", que no es más que una de las que recibe:

ya sea *hacer alusión;*

ya sea reproducir por escrito como lo hace un notario, un secretario; ya sea incluso subrayar por medio de cosméticos los rasgos de la cara, [3] si se pensara en este sentido especial, muy difundido.

Aunque se lo tomara en este último sentido, el de subrayar por medio de cosméticos los rasgos de la cara, no habría conflicto entre el término griego y nuestra manera de emplearlo, pues también en el hipograma se trata de subrayar un nombre, una palabra, esforzándose por repetir las sílabas, y dándole así una segunda manera de ser, facticia, añadida, por así decir, a la original de la palabra.

En uno de los cuadernos que dedica a Lucrecio, Saussure sugiere —sin aferrarse demasiado a ello— otra denominación: A partir de este cuaderno, el término *anagrama* se remplaza por el más preciso de *paragrama.*

Ni anagrama ni paragrama quieren decir que la poesía se

[2] Tachado en el manuscrito.

[3] Al margen: no hay ningún sentido de *hypográphein* aparte del de firmar, poner la firma.

rija por estas figuras según los signos escritos; pero remplazar *-grama-* por *-fono-* en cualquiera de estas palabras haría pensar que se trata de algo extraño.

Anagrama, por oposición a paragrama, se reservará para el caso en que el autor se complace en concentrar en poco espacio, en una o dos palabras, todos los elementos de la palabra-tema, casi como en el "anagrama" por definición; entre los fenómenos ofrecidos al estudio esta figura tiene una importancia restringida y no representa más que una parte o un accidente del Paragrama.

El "discurso" poético no será entonces más que la segunda *manera de ser* de un nombre: una variación desarrollada que le deje percibir a un lector perspicaz la presencia evidente (pero dispersa) de los fonemas conductores. El hipograma insinúa un nombre simple en la compleja extensión de las sílabas de un verso; se tratará de reconocer y reunir las sílabas directrices, como Isis reunía el cuerpo despedazado de Osiris.

Esto equivale a decir que el poeta, al apuntalar la estructura del verso sobre los elementos sonoros de un nombre, se imponía una regla suplementaria, superpuesta a la del ritmo. Como si no bastara semejante aumento de cadenas, Saussure descubre otras nuevas, cuyo rasgo es la reduplicación obligatoria de ciertos fonemas. El texto que hemos leído en el "Primer cuaderno de lectura preliminar" prosigue con un desarrollo que nos parece necesario citar *in extenso*:

Esto no es más que uno de los múltiples géneros de la anafonía. Pero al mismo tiempo:

—o *concurrentemente con la anafonía*

—o fuera de toda palabra a la cual se imite hay una correspondencia de todos los elementos que se traduce en una exacta "paridad", es decir, repetición en número par.

Se puede estudiar en esta línea casi todo verso escipiónico. Por ejemplo en:

Subigit omne Loucanam opsidesque abdoucit

vemos dos veces *ouc* (L*ouc*anam, abd*ouc*it)
dos veces *d* (opsi*d*esque, ab*d*oucit)
dos veces *b* (su*b*igit, a*b*doucit)
dos veces *-it* (subig*it*, abdouc*it*)
dos veces *i* (sub*i*git, ops*i*des-)

dos veces *a* (Lou*ca*nam, *a*bdoucit)
dos veces *o* (*o*mne, *o*psides-)
dos veces *n* (om*n*e, Louca*n*am)
dos veces *m* (o*m*ne, Loucana*m*) [4]

Los elementos restantes corresponden precisamente a lo que el verso anterior dejaba en suspenso:

En efecto, la *p* de opsides - (último verso)
= la p de cepit - (penúltimo verso)
quedan sin correspondiente en sus respectivos versos; pero se compensan entre sí, de un verso a otro.

Es raro que se pueda llegar a la absoluta repartición par. Por ejemplo, el sonido *c* está en número impar en Loucanam opsides*q*ue abdou*c*it, aun invocando el verso precedente Taurasia *C*isauna Samnio *c*epit.

Pero ya es demasiada exigencia esperar que todas las palabras estén combinadas de tal modo que se logre para 2/3 de las letras el número par, y son más de 3/4 las que realizan en todo momento esta "performance", como se diría en lenguaje de turf. [5]

Cualesquiera que sean las soluciones de detalle, he obtenido como resultado del estudio del verso saturnio latino la siguiente convicción:

a) Esta versificación está totalmente dominada por una preocupación *fónica*, a veces interna y libre (correspondencia de los elementos entre sí, por pares, o por rimas) y a veces externa, es decir, inspirada por la composición fónica de un nombre como Scipio, Jovei, etcétera...

b) En esta preocupación fónica general, la aliteración, o la correspondencia más particular entre *iniciales;* no desempeña papel alguno; a lo sumo, el mismo que desempeña por su parte la *rima,* o correspondencia entre finales, y que no es más que un accidente o un ornamento, conforme a la tendencia general.

[4] En nota: ¿Por qué no *omnem* Loucanam? Aquí es precisamente donde creo poder probar, con una gran serie de ejemplos, que las inexactitudes de forma que han pasado a veces por arcaísmos en la poesía saturniana epigráfica son *voluntarias* y están de acuerdo con las leyes fónicas de esta poesía. ¡*Omnem* hubiese dejado impar el número de M!

[5] Omitimos aquí algunos párrafos de carácter más técnico.

Agrego c) Que el resultado al que llego para la forma *métrica* del saturnio no sólo no crea dificultad, sino que está perfectamente de acuerdo con la idea de que las sílabas iniciales no tienen importancia especial para el verso.

Ningún sistema, ni aun rítmico, ha podido mostrar por lo demás —no lo olvidemos— que las sílabas aliterantes iniciales del saturnio correspondían a ictus regulares.

Para terminar estas explicaciones preliminares mediante uno de los ejemplos que me han sugerido las opiniones que expongo, diré que este punto de vista puede resumirse diciendo que en un verso como

Ibi manens sedeto donicum videbis

(Livio)

la correspondencia *-bi-* (ibi, videbis) o la correspondencia *-dē-* (sedēto, vidēbis) tienen tanta importancia, aunque ninguna de las dos se apoya en la inicial, como todos los ejemplos de la aliteración inicial que han hecho del saturnio un verso "aliterante".

La gran diferencia entre un fonismo *aliterante* y un fonismo apoyado en cualquiera de las sílabas estriba en que, mientras sigamos atados a la inicial, puede parecer que es el *ritmo del verso* lo que está en juego y que, tratando de marcarse más, produce iniciales de palabras semejantes, bajo un principio que no implica en absoluto el análisis de la palabra por parte del poeta. La misma observación se aplica a la rima, por lo menos en determinados sistemas. Pero si se comprueba, en cambio, que todas las sílabas pueden concurrir a la simetría fónica, lo que dictaría entonces esas combinaciones ya no es algo que dependa del verso y de su esquema rítmico: un segundo principio, independiente del verso mismo, se aliaba al primero para constituir la forma poética recibida. Para satisfacer esta segunda condición del *carmen*, completamente independiente de la constitución de los pies o los ictus, afirmo en efecto (*lo que será mi tesis a partir de aquí*) que el poeta se entregaba, como oficio habitual, al análisis fónico de las palabras: esta ciencia de la forma vocal de las palabras es lo que constituía probablemente, desde los más antiguos tiempos indoeuropeos,

la superioridad, la cualidad particular, del *Kavis* de los hindúes, el *Vates* de los latinos, etcétera.

POESÍA VÉDICA

La hipótesis precedente se puede abordar bajo dos aspectos:

1º) Reproducción de un himno de sílabas que pertenezcan al nombre sagrado que es objeto de ese himno.

En este género se encontrará una montaña de materiales. Como este aspecto era demasiado evidente en ciertos himnos a Indra, se juzgó desfavorablemente a éstos, cuando allí reside, a nuestro parecer, el principio indoeuropeo de poesía. Pero se puede tomar otro ejemplo al azar, y se verá que los himnos dedicados a *Agni Arigiras* son una serie de retruécanos como *girah* (los cantos), *ariga* (conjunción), etc., que muestran la preocupación capital de imitar las sílabas del nombre sagrado.

2º) Armonías fónicas que consisten en un número par de elementos.

Dos dificultades de primer orden se oponen conjuntamente a una investigación cabal sobre este punto, y no he podido resolverlas en el tiempo limitado de que dispuse hasta ahora:

Dificultad del *sandhi*. No se puede saber por anticipado qué frase exacta hay que suponer y, en consecuencia, si por ejemplo una *ō* como la de *dēvōasti* es asimilable a una *ō* como la de *hōtaram*, o a una *ă*, o a una *ăz*, etcétera.

Dificultad procedente de las interpolaciones. Basta que un solo verso en cincuenta sea interpolado, para que los escrutinios más laboriosos no tengan ninguna significación. Creo haber tenido una satisfacción inversa al comprobar que el primer himno del *Rg-Vêda*, que no ofrece ninguna cifra satisfactoria si se le conserva la novena estrofa (aparentemente añadida), se resuelve en números pares para todas las consonantes cuando se toman solamente las ocho primeras estrofas. Las cifras vocálicas, por su parte, son todas múltiplos de 3. Sin haber podido llevar muy lejos mis estudios védicos, tengo sin embargo varios pequeños himnos que dan cifras absolutamente irreprochables en cuanto a la paridad de consonantes, sea cual fuere la ley de las vocales.

No quiero dejar atrás el primer himno del *Rg-Vêda* sin verifi-

car que es la prueba de un análisis *gramático-poético* muy antiguo, perfectamente natural, ya que había un análisis fónico-poético. Este himno declina el nombre de Agni; en efecto, sería muy difícil creer que la sucesión de versos que comienzan unos por *Agnaye, Agne,* etc., no tenga nada que ver con el nombre divino y ofrezca por puro azar esos casos diferentes del nombre, colocados al frente de las estrofas. *Desde el momento en que el poeta estaba obligado,* por ley religiosa o poética, *a imitar un nombre, es evidente que, después de haber sido llevado a distinguir sus sílabas,* se encontraba, sin quererlo, *obligado* a distinguir sus formas, ya que su análisis fónico, exacto para *agnina,* por ejemplo, ya no resultaba exacto (fónicamente) para *agnim,* etc. Desde el simple punto de vista *fónico,* para satisfacer al dios o a la ley poética había que prestar atención a todas las variedades del nombre; y no olvidemos que esto ocurría sin que una forma particular como el nominativo desempeñase el papel (abusivo, por otra parte, para nosotros) que ha adquirido a través de la gramática griega sistemática.

No me asombraría que la ciencia gramatical de la India fuese entonces, desde el doble punto de vista *fónico* y *morfológico,* una continuación de tradiciones indoeuropeas relativas a los procedimientos poéticos para confeccionar un *carmen,* teniendo en cuenta las *formas* del nombre divino.

En cuanto al texto védico y al espíritu con que se trasmitió desde tiempo inmemorable, este espíritu estaría conforme, por *fidelidad a la letra,* con el primer principio de la poesía indoeuropea, tal como lo acabo de enunciar, fuera de todos los factores especialmente hindúes, o especialmente hieráticos, que se pueden aducir a propósito de esta superstición por la letra.

Reservo mi opinión en cuanto a decidir si el texto *Padapatha* de los himnos es un texto destinado a salvaguardar correspondencias fónicas cuyo valor era conocido por tradición, y en consecuencia relativas al *verso;* en general se supone que ese texto quería establecer la forma de las *palabras,* fuera del verso. No obstante, haría falta un estudio que no he hecho y que, a juzgar por las apariencias, sería inmenso.

POESÍA GERMÁNICA ALITERANTE

Mientras nada vincula los hechos de aliteración latina del saturnio al ritmo del verso —aun suponiendo un estado latino que acentuara la inicial—, es cierto en cambio que las iniciales aliterantes del germánico (antiguo noruego, antiguo sajón, anglosajón, y uno o dos textos de alto alemán) forman un solo cuerpo con el ritmo, porque: a) el verso es rítmico y se basa en el acento de las palabras; b) el acento de las palabras cae sobre la inicial; y por consiguiente, c) si se subraya la inicial con una igualdad de consonantes, se subraya al mismo tiempo el ritmo.

Pero podemos preguntarnos si históricamente, en vez de tomar la aliteración germánica como un tipo original —según el cual se juzgaba más o menos la *aliteración*, el ritmo y la *acentuación* latinas—, no habría motivo para hacer un razonamiento totalmente inverso: que el germánico, a través de cambios ya conocidos, habría llegado a la forma que se hizo famosa como modelo general de versificación [...].

También a partir del supuesto de una poesía indoeuropea que analiza la sustancia fónica de las palabras (ya sea para utilizarla en series acústicas o en series significativas cuando se alude a determinado nombre), he creído comprender por primera vez al famoso *stab* de los alemanes en su triple sentido de: a) varita; b) fonema aliterante de la poesía; c) letra.

Una vez que sospechamos que habría que contar los elementos fónicos del verso, la objeción que surge es la dificultad de contarlos; a nosotros mismos, que disponemos de la escritura, nos hace falta mucha atención para estar seguros de contarlos bien. También concebimos sin esfuerzo, o más bien prevemos, que, si el oficio del *vates* era reunir sonidos en una cantidad determinada, el asunto sólo era posible por medio de un signo exterior, como guijarros de diferentes colores o *varitas* de diferentes formas, que representaban la suma de las *d* o *k*, etcétera, que podían emplearse en el *carmen*, y pasaban sucesivamente de izquierda a derecha a medida que avanzaba la composición, dejando un número preciso de *d* o *k* que ya no estaban disponibles para los versos ulteriores. (Hay que partir de los poemas cortos de 6 a 8 versos, de los que dan idea los *Elogia*, ciertos himnos védicos, o las fórmulas mágicas germánicas.) Resulta entonces que, aun *a priori*, la relación de una

varita (stab o stabo) con el FONEMA se presenta como absolutamente natural y clara si la poesía *contaba* los fonemas; por el contrario, jamás he podido descubrir ningún sentido a *stab, stabo,* "letra literante", o "letra", en la concepción corriente de la poesía aliterante. ¿Por qué se habría designado una letra por una varita? Misterio.

Toda la cuestión de *stab* sería más clara si no se la mezclara inoportunamente con la cuestión de *buoch* (corteza de haya en la que se podían trazar *caracteres*). Estos dos objetos del reino vegetal están perfectamente separados en la escritura germánica, y, como resulta de mi exposición anterior, considero a *stab* = *fonema* como anterior a toda escritura, como absolutamente independiente de *buoch,* que lo precede en el compuesto alemán actual *Buchstabe* (aparentemente, "varita de haya").

La hipótesis de la "paridad" silábica y la extraña especulación sobre las varitas de haya atribuyen al poeta una extrema atención a la sustancia fonética de las palabras. Los hechos de simetría fónica comprobados aquí son notables, ¿pero son efecto de una regla observada (de la que no se habría conservado ningún testimonio expreso)? ¿No se podría invocar, para justificar esta multiplicidad de respuestas internas, un gusto por el eco, un poco consciente y casi instintivo? ¿Es necesario que el ejercicio de la poesía entre los antiguos se asemeje más al ritual de la obsesión que al ímpetu de una palabra inspirada? Es cierto que la escansión tradicional sojuzgó la dicción del *vates* a una regularidad que ya hay que calificar de obsesiva. Nada impide imaginar —ya que los hechos se prestan a ello— una puja de exigencias "formales" que obliguen al poeta a utilizar dos veces en el verso cada uno de los elementos fónicos...

Los textos que hemos trascrito constituyen, por su afán de exposición discursiva, una excepción en la masa de los cuadernos consagrados a los anagramas. Estos contienen sobre todo ejercicios de desciframiento, dirigidos sucesivamente a textos de Homero, Virgilio, Lucrecio, Séneca, Horacio, Ovidio, Plauto, Angelo Poliziano, etcétera...

Más adelante, Ferdinand de Saussure tropezaría con algunos problemas particulares. Los elementos aparentemente inseparables de un *dífono* sometido a la anafonía, ¿pueden separarse? Este problema entraña el del tiempo en el lenguaje. El anagrama, en vez de apoyarse en la distribución espacial de las letras, se apoya en los fonemas, de modo que la dicción de la

"palabra-tema"[6] aparece dislocada, sometida a otro ritmo que el de los vocablos que componen el discurso manifiesto; la palabra-tema se expande, como el tema de una *fuga* cuando se lo trata en *imitación por aumento.* Sólo que como la palabra-tema nunca ha sido objeto de una *exposición,* no podría ser reconocida: hay que adivinarla, en una lectura atenta a los posibles encadenamientos entre fonemas espaciados. Esta lectura se desarrolla según otro *tempo* (y en otro tiempo): se la saca del tiempo de la "consecutividad" propia del lenguaje habitual.

El principio del dífono equivale a la representación de las sílabas en la consecutividad de sus elementos. No le temo al neologismo, porque si existiera[7] sería beneficioso para la propia lingüística.

Que los elementos que forman una palabra *se suceden,* es una verdad que merece considerarse, en lingüística, como algo importante a pesar de su obviedad, ya que postula el principio central de toda reflexión útil sobre las palabras. En un terreno infinitamente especial como el que vamos a tratar, siempre puede plantearse en virtud de la ley fundamental de la palabra humana en general una cuestión como la de la consecutividad o no consecutividad, y desde la primera.[8]

¿Podemos proponer TAE por ta + te,[9] es decir, invitar al lector, no ya a una yuxtaposición en la consecutividad, sino a un intermedio de las impresiones acústicas fuera del tiempo? ¿fuera del orden que tienen los elementos en el tiempo? fuera del orden lineal que se observa si propongo TAE por TA-AE O TA-E, pero que no lo es si lo propongo por ta + te, para amalgamarlos fuera del tiempo como podría hacerlo con dos colores simultáneos.

Descifrando un pasaje famoso del segundo canto de la *Eneida* (*Tempus erat*... véase 268 y ss.), Ferdinand de Saussure *oye* el anagrama varias veces repetido de la palabra *Priamides,* que designaría la figura de Héctor aparecida en sueños a Eneas. Sin duda estos hechos existen, pero han sido extraídos selectivamente dentro de la estructura global del texto; se ha descuidado todo otro aspecto. Hay un margen estrecho entre la elección que aísla un hecho y la elección que construye un hecho. La objeción que surge aquí no se refiere al carácter arbitrario del interrogante planteado

[6] La expresión es de Ferdinand de Saussure.
[7] Omitimos en el texto una proposición inconclusa: *No es sólo*... Al margen, el autor ha anotado: *imagen vocal.*
[8] Frase inconclusa en el manuscrito.
[9] Al margen: *lo abstracto y lo concreto.*

al texto: todo interrogante es arbitrario, y la "ciencia" aparentemente más "objetiva" supone en su origen un interrogante o una curiosidad libremente surgida de parte del observador. No, la objeción se refiere a la individualidad del hecho, a su carácter específico y localizado. ¿Estamos seguros de que sólo el verso 268 y los siguientes de la Eneida darán el anagrama "Priamides"? ¿La materia fonética del lenguaje no es bastante amplia para que podamos recortar esa misma palabra en versos o en obras que no tengan nada que ver con Héctor? Objeción que el propio Saussure no deja de formularse, y que se apresura a responder.

Pero si puede surgir a cada instante la duda de cuál es la palabra-tema y cuál el grupo correspondiente, esta es la mejor prueba de que todo está de una manera u otra en los versos, ofrecidos en profusión, donde parece tener lugar el anagrama. Lejos de suponer que la cuestión debe suscitarse forzosamente a partir de la palabra que llamo anagramizada, me encantaría que se me mostrara por ejemplo que no hay anagrama sino solamente una repetición de las mismas sílabas o elementos, según las leyes de versificación que nada tienen que ver con los nombres propios, ni con una palabra determinada. Con esta perspectiva y bajo esta premisa he abordado el verso homérico, creyendo tener razones para sospechar una proporción regular de vocales y consonantes; no la he podido hallar, pero he visto en cambio que en todo momento se puede establecer el anagrama, y me atengo a él para que se abra una vía cualquiera hacia fenómenos que tengo por indiscutibles en su validez general. El gran beneficio será saber de dónde parte el anagrama; pero el anagrama en sí, o la continua reproducción de las mismas sílabas en un espacio que varía de uno a cincuenta versos, será, como lo espero, un hecho que van a confirmar invariablemente todas las investigaciones y comprobaciones.

En efecto, la ventaja sería saber de dónde parte el anagrama... ¿Y si partiera de que Saussure decidió leer la poesía de Virgilio y de Homero como lingüista y como fonetista? Economista, habría descifrado allí sistemas de intercambio; psicoanalista, una red de símbolos del inconsciente. No se encuentra más que lo que se ha buscado, y Saussure buscó un sistema fonético superpuesto a la métrica tradicional del verso. Quedaría por verificar si lo que buscó y encontró leyendo a los poetas antiguos corresponde a una regla seguida conscientemente por ellos. Lo que parece más necesario, entonces, es encontrar en los antiguos un testimonio externo que venga a

confirmar la existencia de una regla o de una tradición efectivamente observada. Ferdinand de Saussure buscó ese testimonio, y no encontró nada decisivo. Un silencio molesto, que obliga, o bien a formular la hipótesis de una tradición "oculta" y de un secreto cuidadosamente preservado, o bien a sugerir que el método debía parecer trivial, demasiado consabido para que los expertos necesitaran hablar de él. De ahí la prudencia extrema de Saussure en sus cuadernos, cuando se trata de pasar de los "hechos" corroborados a su explicación. Si los hechos le parecen evidente, su *por qué* queda inaccesible, como si se tratara de un fenómeno natural y no de una intención humana. En un cuaderno titulado *Varia*, Sausurre se explica.

NOTA SOBRE UNO O DOS PUNTOS GENERALES

Para admitir los anagramas no es indispensable, en mi opinión, decidir cuál sería su *fin* o su *papel* en la poesía, y creo incluso que correríamos el riesgo de equivocarnos si quisiéramos precisar sus límites. Una vez establecido el hecho, podría comprenderse y explotarse en sentidos muy diferentes, de época en época y de poesía en poesía. Como para toda otra FORMA instituida y consagrada por el tiempo, su causa original puede ser muy distinta del motivo aparente, aun cuando éste parezca dar la mejor explicación; creo que por eso se puede encarar de diversas maneras el "hábito poético" de los anagramas, sin que una excluya a la otra.

No sólo puede entenderse la *función del anagrama* (como tal), de maneras diversas, sino también su relación con las formas más generales de operación sobre los fonemas: de este modo la cuestión admite soluciones diferentes en todos los planos. Es fácil suponer que si el ANAGRAMA fue lo originario, las repeticiones de sílabas que se producían sugirieron la creación de un orden de fonema a fonema, una aliteración que desembocara en un equilibrio de los sonidos. También es fácil suponer lo contrario: que primero se atendió al equilibrio de los sonidos, porque parecía natural (ya que había que repetirlos) elegir los que aludían a un nombre conocido por todos. Según elijamos la primera o la segunda posibilidad, será el anagrama (sin tener en cuenta el *por qué*, que podría encontrarse en una idea supersticiosa) lo que engendre el principio estético, o bien un principio general y de orden estético dará lugar al caso particular del anagrama.

Pero aun limitándose al anagrama propiamente dicho —tomado en su forma propia y separado de todos los juegos fónicos más difundidos— repito que no veo la necesidad de declarar previamente qué papel se le atribuye como medio poético o en cualquier otro sentido. No faltan, evidentemente, las interpretaciones, las justificaciones imaginables para un hecho semejante; ¿pero por qué elegir una y probarla, cuando estoy persuadido de antemano de que cada época podía ver allí lo que quisiera, y no siempre ha visto lo mismo?

De las objeciones al anagrama la única válida sería la siguiente: puede impresionar este aspecto negativo que consistiría en decir que un poeta como Virgilio difícilmente haya podido aceptar una práctica semejante recibida o no por tradición; o que, cualquiera que haya sido su carácter, por lo menos no pudo aceptarla a no ser de ver realmente en ella una ventaja poética. Reconozco que el problema se vuelve cada vez más personal a medida que pasa el tiempo, y se vincula a la *intención poética*, cosa que he negado o presentado bajo otros aspectos, para el conjunto de siglos anteriores a esta poesía personal.

He aquí mi respuesta:

No afirmo que Virgilio haya adoptado el anagrama por las ventajas estéticas que veía en él, pero destaco esto:

1º) Nunca se podría medir la fuerza de una tradición de este género. Hay muchos poetas franceses del siglo XIX que, de haber podido proceder con libertad, no habrían escrito sus versos en la forma prevista por Malherbe. Pero además, si el hábito del anagrama se adquiría de antemano, un poeta como Virgilio debía ver fácilmente los anagramas esparcidos en el texto de Homero; no podía dudar, por ejemplo, de que en un fragmento sobre Agamenón, un verso como

'Ασσεν ἀργαλέων ἀνέμων ἀμέγαρτος ἀυτμή

tuviese relación con sus sílabas con Agamémnon, y entonces, si a la tradición nacional se le sumaba la autoridad incomparable de Homero, se comprende su aceptación de la regla, para no ser inferior en un punto admitido por éste.

2º) Nos hacemos una idea falsa de la dificultad del anagrama, idea que concluyó por figurarse que hay que recurrir a contorsiones del pensamiento para satisfacerlo. Cuando una palabra coincide más o menos con la palabra-tema, parece que se han requerido esfuerzos para llegar a colocarla. Pero esos esfuerzos

no existen si el método habitual y fundamental del poeta consistía en descomponer previamente la palabra-tema y en inspirarse en sus sílabas para las ideas que emitiría o las expresiones que había de elegir. Sobre los fragmentos del anagrama, tomados como marco y como base, se comenzaba el trabajo de composición. Y no se proteste, porque más de un poeta francés ha confesado que la rima no sólo no lo estorbaba, sino que lo guiaba e inspiraba; a propósito del anagrama nos encontramos frente al mismo hecho. No me extrañaría que Ovidio y Virgilio mismo hubiesen preferido los pasajes donde había un nombre para imitar, y por lo tanto una medida fija para el verso, a uno cualquiera en que tenían la soga al cuello y donde nada podía realzar la forma que habían elegido.

En otro cuaderno se encuentra una exposición análoga; Ferdinand de Saussure da mucha importancia a una crítica que sometiera su teoría de los anagramas a una verificación por el cálculo de probabilidades.

No hay término posible a la cuestión del azar, como lo demuestra el ejemplo siguiente:

El mayor reproche que se puede hacer es que en tres versos (verdaderos o no), término medio, se puede encontrar por azar material para cualquier hipograma.

Entonces la mejor refutación consistirá en mostrar el gran número de casos en que sólo se ha llegado a constituir el hipograma al cabo de siete u ocho versos (entiendo *en siete u ocho versos concurrentes*, no a siete u ocho versos de distancia del NOMBRE en el texto, lo cual carece de importancia).

Se habrá refutado, pues, por la misma vía elegida para la objeción, la idea de que es fácil encontrar un hipograma cualquiera en tres versos.

Y caeremos *ipso facto* en una red peor que la primera; porque ahora que se ha probado que no se puede tener muy fácilmente un hipograma en tres versos, nada impide hacer esta otra objeción, ya que se toman siete u ocho para refutar la objeción Nº 1:

"Es claro, usted sigue hasta que haya una masa tal de sílabas en línea que inevitablemente el hipograma se realiza por azar".

Objeción: El azar puede realizarlo todo en tres versos.

Respuesta: Falso; y la mejor prueba es que la mitad de los

anagramas que reputamos verdaderos no pueden obtenerse por lo general en menos de seis versos.

Réplica: Entonces, desde el momento en que usted no se mantiene en los tres versos, las posibilidades se acumulan en un grado que hace posible cualquier cosa.

Saussure no lo resuelve. Sin duda estas consideraciones le impidieron publicar algo de sus investigaciones sobre los anagramas. Queda la convicción inquebrantable de la realidad del hecho. La búsqueda de anafonías será fructuosa en los autores latinos del Renacimiento (Poliziano) y hasta en el oscuro Thomas Johnson, quien a comienzos del siglo XIX tradujo al latín una selección de epigramas griegos, al modo de los alumnos del colegio de Eton. Saussure llegó a escribir a Eton para recibir referencias bibliográficas sobre este erudito, a quien consideraba el último heredero de una tradición secular. ¿Pero qué habría encontrado en los versos latinos de Baudelaire? ¿No estamos ante un fenómeno análogo al de la proyección de una imagen entóptica, que encontramos sobre todos los objetos en que fijamos la vista? ¿No hay en todas partes fonemas en orden disperso, disponibles para combinaciones significativas? Cuando Saussure pasa de los versos a la prosa, ésta también está invadida a su vez por la estructura anafónica.

Acto seguido ejecuté una marcha inversa en lo que concierne al reconocimiento del mismo fenómeno en prosa. Sorprendido por azar de que las cartas y fragmentos en prosa que figuran entre las obras de Ausonio presentaban las mismas características anagramáticas que sus poemas, indagué —sin atreverme al principio a abrir a Cicerón— si cartas como las de Plinio tendrían ya algún matiz de esta afición que tomaba aspectos patológicos una vez que la cosa se extendía a la manera más simple de expresar pensamientos: una carta. No necesité más que unas pocas horas para comprobar que tanto Plinio como asimismo de una manera mucho más sorprendente e indiscutible todavía todas las obras de Cicerón, en cualquier pasaje en que se abrieran los volúmenes de su correspondencia, o los volúmenes[10] nadaban literalmente en el hipograma más irresistible[11] y que muy probablemente no había otra forma de escribir para Cicerón, así como para todos sus contemporáneos.

[10] En blanco en el manuscrito.
[11] Lectura dudosa; puede ser irrecusable.

He aquí por fin algunos renglones que parecen expresar el último estado del pensamiento de Ferdinand de Saussure.

1º) Desde los más antiguos monumentos saturnios hasta la poesía latina que se hacía en 1815 ó 1820, nunca ha habido otra manera de escribir versos latinos que parafraseando cada nombre propio bajo las formas reguladas del hipograma; muy recientemente, en el momento en que sucumbió, el sistema había alcanzado la fase culminante de su desarrollo. La prosa literaria en la antigäedad está colocada bajo el mismo régimen, pero

2º) No sabemos nada de la tradición oculta cuya existencia aparece allí; por mi parte, no emito opinión; considerándola un problema que se mantiene como tal completamente independiente del hecho concrcto.

3º) ¿El hecho concreto puede deberse al azar? Es decir, ¿las leyes del "hipograma" no serán tan amplias que infaliblemente ocurre que se encuentra cualquier nombre propio sin que haya motivo de asombro? Tal es el problema directo que aceptamos y el objeto propiamente dicho del libro, porque esta discusión del azar se convierte en la base inevitable de todo, para quien en cualquier medida haya consagrado previamente atención al hecho.

Ferdinand de Saussure participó sus investigaciones a algunos amigos. Antoine Meillet, que fue su alumno, su sucesor en la École des Hautes Études y su amigo más devoto, debió de recibir una información bastante regular. Una carta de Meillet a Saussure, fechada el 7 de febrero (sin año), no carece de interés.

"Sobre los hechos relativamente turbios que aporta el saturnio, ya me había sorprendido mucho la nitidez de las coincidencias. Con las nuevas precisiones que usted aporta, me parece que será difícil negar la doctrina en su conjunto. Naturalmente, se podrá epilogar sobre tal o cual anagrama; pero sobre el conjunto de la teoría, no lo creo.

Bien veo que habrá una duda por así decir *a priori*. Pero está ligada a nuestra moderna concepción de un arte racionalista. No sé si habrá caído bajo su vista una tesis de aquí sobre la *Estética de Bach* por André Pirro. Allí se ve bien cómo obsesionaban a Sebastián Bach preocupaciones tan pueriles en

apariencia como la del anagrama, y no le impidieron escribir una música fuertemente expresiva, sino que más bien lo guiaron en el trabajo de la forma expresiva".

Sin duda era oportuno recordar el arte de Bach, y sus marchas de bajo cuyas notas-letras sucesivas construyen una firma o un homenaje. El método de composición de Raymond Roussel (notablemente analizado en un libro de Michel Foucault [12]) también se habría prestado a esta forma de investigación... Pero hay que generalizar: Ferdinand de Saussure interpreta la poesía clásica como un arte *combinatoria*, cuyas estructuras desarrolladas son tributarias de elementos simples, de datos elementales que la regla del juego obliga en su conjunto a conservar y trasformar. Sólo se encuentra que todo lenguaje es combinación, aun sin que intervenga la intención explícita de practicar un arte combinatoria. Los descifradores, sean cabalistas o fonetistas, tienen el campo libre: una lectura simbólica o numérica, o sistemáticamente atenta a un aspecto parcial, siempre puede hacer existir un *fondo* latente, un secreto escondido, un lenguaje bajo el lenguaje. ¿Y si no hubiese cifra? Quedarían la interminable atracción del secreto, la espera del descubrimiento, los pasos perdidos en el laberinto de la exégesis.

[12] Michel Foucault, *Raymond Roussel*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974.

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE ALGUNAS NOCIONES SAUSSUREANAS

(REUNIDOS Y PRESENTADOS POR ÉMILE BENVENISTE)

Nos ha parecido útil reunir algunos textos poco conocidos que pueden aclarar los antecedentes y la posterior historia de ciertas nociones que Saussure introdujo en lingüística. Van desde mediados del siglo XIX hasta 1924.

GEORGE BOOLE

Fundador de la lógica simbólica, George Boole se refirió a la noción de lo "arbitrario del signo" (continuando a una serie de pensadores, desde Platón hasta Leibniz) en una página de su obra *An Investigation of the Laws of Thought* [Una investigación de las leyes del pensamiento] (Londres, 1854), pp. 25-26.

Los elementos de que consta todo lenguaje son signos o símbolos. Las palabras son signos.

Definición. Un signo es una marca arbitraria, dotada de una interpretación establecida y susceptible de combinación con otros signos bajo leyes establecidas que dependen de su interpretación mutua.

Tomemos en consideración por separado cada uno de los puntos incluidos en dicha definición:

1) En primer término, el signo es una marca *arbitraria.* Obviamente, no interesa qué palabra o manifestación asociamos con determinada idea, siempre que la asociación, una vez realizada, sea permanente. Los romanos expresaban con la palabra "civitas" lo que nosotros designamos con la palabra "Estado". Pero tanto ellos como nosotros bien podríamos haber empleado cualquier otra palabra para representar el mismo concepto. Efectivamente, en la naturaleza del lenguaje no hay nada que

nos impida usar hasta una letra cualquiera en ese mismo sentido. Si lo hiciéramos así, el uso de esa letra estaría sometido obligatoriamente a las mismas leyes, en esencia, que rigen el uso de "civitas" en latín y de "Estado" en español, por lo menos en la medida en que el uso de esas palabras está regulado por principios generales comunes a todas las lenguas.

2) En segundo término, es necesario que cada signo tenga una interpretación estable dentro de los límites del mismo discurso o proceso de razonamiento. La necesidad de esta condición es obvia y parece basarse en la naturaleza misma del objeto.

PAUL VALÉRY

Este texto inesperado y hasta probablemente desconocido aun para quienes están familiarizados con los escritos de Valéry ha quedado sepultado bajo las copiosas notas de la edición de las *Obras* de Paul Valéry (Bibliothèque de la Pléiade, tomo II, p. 1453). Es un pasaje de un curioso ensayo que Valéry publicó en 1898, a los 27 años de edad, sobre el *Essai de sémantique* de Bréal. Pero en Bréal no aparece el problema que trata Valéry.

"[...] Los signos del lenguaje son absolutamente distintos de su sentido; ningún camino racional ni empírico puede conducir del signo al sentido [...] La investigación de Bréal [...] incita al estudio global de todos los sistemas simbólicos. El álgebra, la notación musical, ciertos géneros de ornamentación, las criptografías, etc., son susceptibles de análisis semánticos. A mi parecer, todos esos sistemas y el lenguaje, considerados desde el punto de vista de las significaciones, deben conducir a una distinción esencial en los modos de asociarse los estados mentales. Sean *a* y *b* dos de estos estados asociados, de modo que si se da *a* se da también *b*. En algunos casos ocurrirá que podremos encontrar entre *a* y *b* una relación que no sea la de secuencia; entonces, *b* podrá construirse con ayuda de *a*, y lo mismo a la inversa, recíprocamente. En general, toda variación en uno de los términos determinará por consiguiente una variación en el otro. Pero en otros casos resultará que los dos términos propuestos no tendrán entre sí más que una pura relación de secuencia. Entonces podremos decir que esa aso-

ciación es simbólica y convencional. El lenguaje está formado por relaciones de esta última especie. La teoría debe investigar en qué se convierten esos símbolos sometidos a la repetición, el uso, mezclados con los grupos del primer tipo, expuestos a la arbitrariedad del individuo y llevados por éste a los límites de su valor [...] (Véase también *ibid.*, p. 1463).

LEONARD BLOOMFIELD

Alguna vez hemos mencionado (*CFS* 20, 1963, pp. 18-19) un testimonio de Bloomfield sobre Saussure. Figura en una reseña del *Curso de lingüística general* que Bloomfield publicó en *Modern Language Journal* 8 (1924), pp. 317-9. Pero esta revista es inhallable en Europa y muy pocos lingüistas han de conocer dicho texto. Hemos podido conseguirlo gracias a la amabilidad del profesor Robert F. Roeming, editor de *MLJ*, y lo reproducimos completo.

FERDINAND DE SAUSSURE, *Cours de Linguistique Générale*, publié par Charles Bally et Albert Sechehaye avec la collaboration d'Albert Riedlinger. Deuxième èdition. París (Payot et Cie.), 1922.

Resulta agradable ver una segunda edición de la obra póstuma de Saussure sobre el lenguaje; la popularidad del libro revela no sólo interés por el lenguaje, sino también la voluntad del público científico de enfrentarse con la teoría lingüística, que hace tambalear, casi a cada paso, nuestros preconceptos sobre los asuntos humanos.

En vida de Saussure se estudiaba ampliamente la historia de las lenguas indoeuropeas; él mismo aportó por lo menos una gran contribución en este terreno, la *Memoria sobre el sistema vocálico primitivo de las lenguas indoeuropeas* (1878). Pero fue casi el único que dictó clases sobre "lingüística general", porque, por extraño que parezca, el siglo XIX, que estudió intensamente la historia de una familia de lenguas, se interesó poco o nada en los aspectos generales del lenguaje humano. El libro que reseñamos aquí fue compilado después de la muerte de Saussure, en su mayor parte sobre apuntes de clase.

El valor del *Curso* radica en su clara y rigurosa demostración de principios fundamentales. Casi todo lo que dice el autor ha

estado por mucho tiempo "en el aire" y se halla expresado fragmentariamente por una u otra parte: lo que le pertenece es la sistematización. Se sabe que el cambio histórico opera en el lenguaje de un modo asombrosamente mecánico, al margen de las necesidades, deseos o temores de los hablantes; no sabemos, por ejemplo, en qué dirección estamos modificando, en nuestro tiempo, la lengua inglesa. Fuera del campo de la gramática histórica, la lingüística sólo ha intentado un esfuerzo desesperado por ofrecer una interpretación psicológica de los hechos del lenguaje, y por la vía fonética una enumeración sin límites ni objeto de las diversas articulaciones y sonidos del habla. Pues bien, Saussure no parece haber manejado más que las nociones más superficiales de la psicología popular y su fonética es un extracto del francés y el suizo-alemán que no soportaría siquiera la prueba de una aplicación al inglés. Él mismo, pues, resulta un ejemplo acaso involuntario de lo que demuestra voluntaria y debidamente: que la psicología y la fonética no interesan en lo más mínimo y que, en principio, no son pertinentes para el estudio del lenguaje. No hace falta aclarar que una persona que sale a trascribir una lengua desconocida o que se dedica a enseñar a la gente lenguas extranjeras tiene que tener algunos conocimientos de fonética, de igual manera que necesita estar dotado de tacto, paciencia y muchas otras virtudes; en principio, sin embargo, todas estas cosas son equivalentes y no forman parte de la teoría lingüística. Saussure hace una clara distinción entre lingüística "sincrónica" y "diacrónica". En un momento dado ("sincrónicamente"), la lengua de una comunidad debe considerarse como un sistema de señales. Cada señal está compuesta por una o más unidades, que son los "sonidos" del lenguaje. Cada señal tiene un significado preciso (por ejemplo, en inglés *hat* = sombrero, *put* = poner), pero además la combinación de dichas señales se produce por medio de reglas precisas y agrega a su vez elementos precisos de significado. Por ejemplo: en inglés, la señal *s* no se usa sola, pero sumada a determinadas otras señales produce significado de plural (*hats* = sombreros) y sumada a otras señales diferentes produce la forma verbal de tercera persona en tiempo presente (*puts* = él o ella pone). Este es todo un sistema complejo y arbitrario de hábitos sociales que se impone al individuo y no resulta directamente accesible a la interpretación psicológica: todo lo que podrá aportar la

psicología es el marco general que posibilita el hecho. Tampoco interesa la fisiología del hecho (fonética): en lugar de los 35 sonidos, más o menos, del inglés, otros 35 símbolos distintos, de cualquier naturaleza, bastarían para reproducir el sistema. Este sistema rígido, materia de la "lingüística descriptiva" —como preferiríamos llamarla—, es la lengua (*langue*). Pero el lenguaje humano (*langage*) incluye algo más, porque los individuos que constituyen la comunidad no logran ajustarse al sistema con perfecta uniformidad. La emisión concreta de habla (*parole*) no sólo varía en cuanto a pormenores no establecidos por el sistema (por ejemplo, el carácter fonético exacto de cada sonido), sino también en cuanto al sistema mismo: diferentes hablantes violarán en ocasiones casi todo rasgo del sistema. Esto nos lleva a la "lingüística histórica" (*linguistique diachronique*): cuando los mencionados rasgos personales y ocasionales del habla se vuelven generales y habituales en la comunidad, constituyen un cambio en el sistema de la lengua (cambio de sonido o cambio analógico, como se los llama en nuestras gramáticas históricas).

En particular, disiento con Saussure sobre todo porque mi análisis se basa en la oración más que en la palabra; por ceñirse a esta última, Saussure obtiene resultados bastante complicados en algunas cuestiones como la composición de palabras y la sintaxis. Sin embargo, lo esencial es que Saussure ha trazado aquí por primera vez un mapa del mundo en el que la gramática histórica indoeuropea (la gran proeza del siglo pasado) no representa más que una sola provincia; él nos ha brindado los fundamentos teóricos para una ciencia del lenguaje humano.

LEONARD BLOOMFIELD

"Documents pour l'histoire de quelques notions saussuriennes", *Cahiers Ferdinand de Saussure* 21 (1964), pp. 131-5.



impreso en national print, s.a.
san andrés atoto 12/naucalpan de juárez
53500 edo. de méxico
un mil ejemplares y sobrantes
6 de mayo de 1985.

El presente volumen integra, por primera vez en castellano, textos manuscritos de los alumnos que asistían en Ginebra a los cursos de Ferdinand de Saussure y ensayos críticos de lingüistas de diversas tendencias, cuyo denominador común es la profundización y comprensión de aspectos generales de la concepción teórica sustentada por el maestro de Ginebra. En la *Introducción al segundo curso de lingüística general* (1908-1909) se encuentran sintetizados los temas generales que constituyeron su objeto de reflexión y además, presenta sus palabras tal como fueron anotadas por sus oyentes directos. Esta perspectiva permite la confrontación con el Curso editado por Bally y Sechehaye y el acercamiento directo al pensamiento del lingüista que, como es sabido significó el salto cualitativo más importante de la lingüística y su constitución como ciencia piloto en el campo de las ciencias humanas.

